

**La Impresionante Vida  
de un Seductor**

**PORFIRIO**

# **RUBIROSA**

**LIPE COLLADO**

**Lipe Collado nació en San Carlos, Santo Domingo, el 26 de enero de 1947. Realizó estudios de periodismo y derecho y ha sido periodista desde finales de 1965 y profesor de periodismo desde 1973. Como escritor tiene una extensa producción en el campo de la comunicación: Curso de Periodismo, Periodismo Para Todos, La Entrevista en 10 Lecciones, Introducción a la Ciencia de la Comunicación, Cinco Ensayos de Comunicación; y los folletos: Cómo Escribir Artículos (Ensayo), Cómo Redactar las Noticias, Cómo Organizar la Rueda de Prensa, Cómo Redactar la Crónica Noticiosa, Cómo Conocer el Periodismo, Cómo Desarrollar el Estilo Noticioso, Cómo Conocer la Comunicación y Qué Saber de Comunicación.**

**En 1970 publicó el libro de cuentos "El Retorno del General" y posteriormente "Cuentos de Guerra, de Paz". En 1980 la novela corta "Los Acorralados" sobre la "Revolución Constitucionalista" de abril de 1965. En 1998, publicó "Después del Viento", una novela sobre la vida del barrio y la circularidad del dominicano.**

**Su calidad de ensayista se manifiesta no sólo en Cinco Ensayos de Comunicación y en Cómo Escribir Artículos. Su ensayo "El Tíguere Dominicano" ha sido reeditado sucesivamente desde 1992. Y el ensayo "La Suegra en la Sociedad", publicado en abril de 1999, confirmó su marcado interés por auscultar la realidad nacional.**

**La Impresionante Vida de Un Seductor**

**PORFIRIO RUBIROSA**

---

-De Cómo un Dominicano se Convirtió en Chulo del Jet Set Internacional-

---

**Lipe Collado**

ISBN- 99934-29-20-1

*La Impresionante Vida de  
un Seductor:  
Porfirio Rubirosa*

Abril 2001: Primera Edición,  
2,000 Ejemplares.

Mayo 2001: Segunda Edición,  
1,000 Ejemplares.

Noviembre 2001: Tercera Edición,  
1,000 Ejemplares.

Julio 2002: Cuarta Edición,  
1,000 Ejemplares.

Julio 2003: Quinta Edición,  
1,000 Ejemplares.

Julio 2004: Sexta Edición,  
1,000 Ejemplares.

Septiembre 2005: Séptima Edición  
1,000 Ejemplares.

Autor: ©Lipe Collado.

Diagramación: ©Yelidá Collado,  
y Portada: Editora Collado.

Impresión: Editora Collado, S. A.  
Calle Leonor de Ovando, #106, Gajucue.  
Santo Domingo, Rep. Dom.  
Tel: (809) 686-2170 . Fax: (809) 686-2170.  
e-mail: lipe\_collado@hotmail.com

Impreso en República Dominicana  
Printed in Dominican Republic



## Palabras Preliminares

¿Acaso un estudioso de las peculiaridades del dominicano negaría que millares de nuestros machos llevan en su garganta una versión del tenor Eduardo Brito y en su siquis los sedimentos de haber querido ser como el dictador Trujillo Molina? ¿Acaso negaría que esos machos se han soñado siendo un Porfirio Rubirosa actuando «a lo Rubirosa» y «como Rubirosa»? Son sus modelos de machos exitosos, los del ser social dominicano que rompe barreras y se dispara hacia la cúspide. He ahí entonces que varias generaciones de machos dominicanos veneran a Eduardo Brito, se siguen maravillando con el dictador Trujillo Molina, y cuando se paran ante el espejo quisieran verse Porfirio Rubirosa.

Brito, negro, analfabeto, miserioso, valido de su garganta atronadora y de equilibrio sin igual conquistó a su patria, trascendió a América y se estableció en Europa y allí cantó e impresionó a los de abajo y a los de arriba en los años veintes y treintas.

Trujillo Molina, con sus características virtuosas y defectuosas, que son un resumen del ser social dominicano, sigue asombrando a 40 años de su muerte luego de gobernar por 31 años.

Porfirio Rubirosa es otro producto social que emergió desde la vida mundana, hizo suya la vida bohemia, y cabalgó a su manera y antojo en el Jet Set Internacional. Es un híbrido de la cultura del tigueraje dominicano y de la del glamour europeo y del Jet Set internacional. Como Brito y Trujillo Molina, escaló en espiral ascendente, atrapó a sus nacionales y se extrapoló, pero con una fuerza expansiva más abarcadora. Tiene características de universalización.

Las noticias sobre Rubirosa me parecieron desde pequeño - nací en 1947 y él en 1909- carentes de interés real. Formado ya escritor, mi curiosidad se aposentó en el hecho de que era un personaje admirado y citado en las clases media y alta y en parte considerable de los miembros de las clases bajas, con un nivel educativo aceptable. De aquí pasé a la observación reflexiva...y ya. Durante años le dí seguimiento convencido de que Porfirio Rubirosa formaba parte del universo simbólico del macho dominicano. Y me convencí finalmente de que era el líder de lo mundano aquí y en gran parte del mundo.

Al investigar y estudiarlo descubrí que Porfirio Rubirosa había sido sepultado por otro Porfirio Rubirosa: el de los decires y anécdotas. El de abajo, el casi verdadero Rubirosa, era un hombre de extraordinarias energías, de un poderoso magnetismo, de una indudable empatía para agenciarse el cariño y la amistad de los demás, de una demostrada capacidad para el «oficio» de amante, de una definida vocación «suicida» -asumió deportivamente riesgos de muerte- de una muy indudable inteligencia -dominaba cinco idiomas- pero incapaz de imaginarse a sí mismo en una tarea dignificada con la palabra «trabajo».

He querido que el lector vea a Porfirio Rubirosa en toda su complejidad. En la Parte I lo enfoco desde pequeño, lo comparo con su papá, lo descubro mentiroso, lo presento como un chulo sobre el que sus ex mujeres hablaban favorablemente; como un oportunista, como un aventurero, como un técnico depurado del sexo y del amor y como uno de los representativos del tíguere dominicano convertido en chulo y en versión de producto exportado. En la Parte II reproduzco sus «memorias», publicadas en el Listín Diario luego de su muerte. En la Parte III presento algunos documentos que de algún modo avalan parte de lo enunciado por mí.

## Características del Don Juan o Casanova o Playboy

Porfirio Rubirosa (Rubi) ha sido calificado como el más grande “playboy” del Siglo XX. “Playboy” es una palabra compuesta que carece de traducción literal. La traducción aproximada de la palabra nos llevaría a pensar en un niño que se divierte. Pero un playboy no es ningún nene, es un seductor que gusta a las mujeres.

La expresión “playboy” es la que en los años cuarentas y cincuentas sustituye a las de “Don Juan” y Casanova para referirse al hombre cazador de corazones de mujeres sin comprometerse permanentemente con ninguna. Rubirosa fue un “playboy” trasuntado en chulo, como lo explicamos claramente en las páginas 16 y 17. Su “playboysmo” o donjuanismo o casanovismo demanda un análisis retroactivo. Todos los donjuanes como Rubirosa y Alí Khan\*1 son inestables y desestabilizadores y generalmente ocultan una desdicha o razón profunda que se empeñan en impedir que brote. En el caso de Rubirosa hay que colocar en el análisis su esterilidad. Sus familiares y cercanos nunca han dado datos convincentes respecto a cómo él asumió su esterilidad desde que tuvo conocimiento de la misma. El poeta dominicano Víctor Villegas refirió en 2001 que cierta vez Rubirosa estaba a la puerta de «La Cafetera», de la calle El Conde de Santo Domingo, adonde había llegado en un carro deportivo descapotable. Eran los años cincuentas. Amigos y conocidos de él hacían chanzas sobre su fama internacional. En un momento en que el poeta dominicano Ramón Lacay Polanco le atribuyó a Rubirosa haberse burlado del mundo del Jet-Set\*2, por lo que

---

\*1Alí Kham, indú-pakistaní, contemporáneo y amigo de Rubirosa. Murió en 1958 en un accidente automovilístico en París.

\*2 -“Jet-Set” significa aproximadamente “élite”. Lo más encumbrado social y económicamente.

era un hombre réquete probado, Rubirosa pareció entristecerse y le dijo aproximadamente... «si tu supieras mi pena no hablarías así»... Su pena era la de que «nunca he podido tener un hijo»...

Para el ensayista español Gregorio Marañón los donjuanes en vez de ser ejemplos de virilidad resultan de «sexualidad equívoca y ambigua». Los coloca en la arena movediza del sexo... «Los donjuanes que andan por el mundo son, en efecto, hombres de psicología, y a veces de morfología, netamente alejadas del tipo viril estricto, incapaces para una actuación social fecunda, y no raras veces bordeando la zona seminormal en que los dos sexos se confunden». La última parte de sus juicios desentona en cuanto a Rubirosa porque él no dejó huellas de confusión de sexos. Él no era ningún «adonis», en el que el atractivo principal reside en que su rostro muestra una belleza próxima a una mujer bella. Rubirosa era de rostro duro, con una pizca de achinamiento en sus ojos. Y una nariz relativamente ancha – vista de frente- en un rostro de pómulos gruesos.

A juicio de Marañón en el hombre “normal y maduro” lo sexual primario debe ser accidental en comparación con lo sexual secundario que es la actuación social verificada en el trabajo. Aquel “debe ocupar” (...) “el sector más amplio de su energía” (página 64 de su obra *Tres Ensayos sobre la Vida Sexual*). Y asegura que el hombre está condenado a la acción, al trabajo, o en cambio se feminiza y muere.

Sin embargo, reconoce, -y esto obra a favor del don Juan peculiar llamado Porfirio Rubirosa- que el deporte sustituye al trabajo en cuanto es acción pura y mantiene viva “la atracción en la lucha de los sexos”. El deporte tiene sentido sexual atractivo para las mujeres, lo que se demuestra en la significación “que tiene el público femenino en los espectáculos deportivos y la frecuencia con que el amor figura entre los premios del vencedor”.

Marañón parece introducirse en la condición de deportista de Rubirosa, quien mezcló elegantemente deporte y sexo, depor-

te y diversión, deporte y atracción social. “La mujer que nos pinta Ovidio siguiendo con ojos anhelantes y con el corazón encendido las proezas de los artistas del circo, es la misma que hoy acude a las olimpiadas modernas a cumplir, sin saberlo, la ley fisiológica de pagar el esfuerzo varonil con el amor. Y, en suma, es el trasunto de la hembra del ciervo, que espera que riñan los machos para ser poseída por el más fuerte”.

Los donjuanes y los lascivos se alimentan del ocio. El hombre hombre tiene que ser un esclavo de la acción. Hasta en el llamado evangelio de Buda vinculan al que mora en la sombra del ocio con el desenfreno lascivo.

Rubirosa era una mezcla de Otelo y Don Juan. Otelo resolvía su instinto en muy pocos amores, o mejor, en uno solo, rico “en matices sentimentales y pasionales”. Don Juan era su antítesis. Rubirosa se repartía pero en cada reparto principal lo entregaba todo. Y se diferenciaba casi perfectamente del don Juan que Marañón nos pinta talmente en las páginas 203 y 204 de su ensayo:

«Don Juan es todo lo contrario. Su virilidad, contra todas las apariencias, es muy indiferenciada, es muy y floja, como en otras ocasiones creo haber demostrado. Por ello, su morfología recuerda más al canon de la belleza correcta y armónica de la mujer que al enérgico de la masculinidad. Y por ello su instinto resbala de mujer a mujer, sin encontrar jamás a “la mujer”; y esta es su tragedia. Como el turista que consume su vida de país en país, visitando, guía en mano, sus monumentos, pero sin penetrar un solo instante en la vida recóndita de la ciudad o del paisaje, que alienta en los interiores vulgares y en los rincones innominados, así consume su existencia el Don Juan, cuya definición más exacta sería esta de turista del amor (83). Turista y no viajero; éste es, el que da vueltas en torno de las cosas sin penetrarlas nunca.»

«De ahí mi encono, no contra Don Juan, que ello sería pueril, sino contra el mito que sustenta. Este mito es dañino,

primero, por ser mito; es decir, por ser mentira; pero, además es la justificación glorificada de una poligamia estéril y con detrimento del trabajo creador. Que sea así quien quiera o quien pueda; pero que no se pretenda hacer de ello el modelo de la virilidad, que es todo lo contrario. Sin contar con que el donjuanismo supone siempre, por parte de la mujer que de grado o por fuerza se presta a su juego, una abyección sexual y social que entristece y subleva.»

Es necesario precisar ahora que el mito literario don Juan tiene un antecedente histórico, y que Casanova existió. A Don Juan lo creó Tirso de Moliná en su obra “El Burlador de Sevilla y Convidado de Piedra”. Se basó en Juan de Maraña, caballero sevillano. Autores famosos de Francia, Inglaterra e Italia retomaron el personaje dándole mayor relieve mundial. En la música Strauss y Mozart contribuyeron a su consagración. En cuanto a “Casanova”, se trata de Giovanni Giacomo Casanova de Seingalt, nacido en Venecia en 1725 y muerto en 1798, a los 73 años de edad. Dejó unas memorias sobre su vida.

## Magnetismo y Misterio de un Seductor

Rubirosa tiene una cosa  
que yo no sé qué será  
qué será, qué será  
lo que tiene Rubirosa

La guaracha “Qué es lo Tuyo Rubirosa”, del compositor cubano Eduardo Saborit, interpretada por el Trío La Rosa, invadía los aires de París, Nueva York, La Habana, Buenos Aires, Ciudad Trujillo\* y muchas otras ciudades en los finales de 1954. Cada vez que el tiguere dominicano convertido en chulo Porfirio Rubirosa llegaba a ciertos restaurantes latinos de París, la orquesta lo saludaba repitiendo gozosamente esas primeras 18 palabras, que eran la parte de la guaracha que la gente cantaba repetidamente con cierto tonillo insinuante. Algunos hombres la bailaban rozando la bragueta del pantalón ahora con una mano -“Rubirosa tiene una cosa”...- y después con la otra -...”qué yo no sé qué será”-.

Cuando en septiembre de 1958 Rubirosa llegó a la Habana como Embajador de la República Dominicana la guaracha volvió a retumbar en la radio y en los restaurantes con orquestas y/o velloneras. Al visitarlos -de lo que tanto gustó y disfrutó- le saludaban cordialmente con la primera parte.

Al difundirse por primera vez en 1954, él había cumplido

---

\* El 11 de abril de 1936 el tirano Trujillo Molina cambió el nombre de Santo Domingo por el de Ciudad Trujillo. A finales de noviembre de 1961 fue restituido el nombre antiguo de Santo Domingo.

45 años de edad; y al llegar a La Habana en 1958, daba la impresión de haber atracado para siempre en el puerto juvenil de La Francesa Odile Rodín, con quien había casado el 27 de octubre de 1955, teniendo ella 19 años de edad y él 46. El declinante chulo del Jet-Set internacional le llevaba 27 años.

“Qué es lo Tuyo Rubirosa”, luego de su primera estrofa, era un franco ataque a su fama y persona...

“Será porque a Zsa Zsa Gabor  
un ojo le amorató

será porque a Rita Hayworth  
Alí Khan se la quitó”.

“Qué será, qué será  
lo que Porfirio tendrá”.

“Aquí hay muchos Rubirosas  
sin tanta publicidad”.

“Porfirio levanto un pollo\*1  
en una noche na más.

“Con ese nombre Porfirio  
Aquí no levanta ná”

“Aquí hay muchos Rubirosas  
sin tanta publicidad.

Rubirosa y tanta cosa,  
Y total ni ná, ni ná...”

“Aquí hay muchos Rubirosas  
sin tanta publicidad.

Yo quiero ver a Porfirio  
en Neptuno y Amistad\*2

“Porfirio, Porfirio, Porfirio  
aquí hay muchos Rubirosas  
sin tanta publicidad”.

---

\*1Así llaman a las mujeres en cuba.

\*2Famoso centro bailable de La Habana, ubicado en una famosa esquina formada por las calles Neptuno y Amistad.



¿Cuál era “la cosa”, el “secreto” de Porfirio Rubirosa?

He ahí una buena dosis de misterio que acompaña aún la imagen personal y pública de uno de los dominicanos más singulares que a través de sus características de tíguere trasuntado chulo del Jet-Set internacional cautiva la imaginación de hombres y mujeres de todo el mundo.

La pregunta mortificante —por lo que tiene de envolvente— se la formulaban para los años cuarentas y cincuentas, y se la formulan hoy, millares de dominicanos, franceses, principalmente parisinos, norteamericanos, cubanos, argentinos, alemanes, italianos, millares de ciudadanos en el mundo al tener noticias ciertas de sus exitosas conquistas de mujeres bellas, famosas y multimillonarias que, esposadas o no con él, separadas o no de él, le adoraban y casi le rendían culto. Virtualmente besaban sus pies.

Ellas le obsequiaron millones de dólares, aviones, fincas, casas, caballos de polo, automóviles lujosos, trajes de primera\*: le costearon su inagotable vida aventurera y bohemia, deportiva y de placeres continuos.

Financiaron al “enfant terrible”, al “bon-vivant”, al “Don Juan”, al “Casanova”, al playboy, al Rubi, al “tíguere” dominicano, al chulo.

Mujeres —“primogénita” de un tirano, grandes y famosas artistas, herederas de grandes fortunas— se entregaron a él un poco más allá de lo razonable y esperado. Le entregaron o descuidaron sus vidas artísticas y su administración comercial y privada, y/o abandonaron a sus amantes y esposos desde el preciso momento en que lo conocieron o a partir del instante mismo en que él las cortejó y acaparó.

A todas, sin excepción, las trató con un estilo en el que se mezclaban la sedosidad de su galantería y encantamiento con

---

\* Bárbara Hutton, una de las mujeres más ricas del mundo, que estuvo casada con él por 73 días, le obsequió 40 trajes de primera y por su distinción en el vestir lo proclamaron como “uno de los 10 hombres mejor vestido de América”.

rabiosos arranques de celos y acciones y presiones brutales. A todas llegó a golpearlas y a zarandearlas hasta hacerlas ir al suelo en medio de sudorosas luchas...A la que no le quebró algún hueso, le amarató los pómulos...y a las más afortunadas sólo las abofeteó con increíble regularidad y les dio empujones hasta reducirles su natural rebeldía y someterlas a sus arbitrios.

Y también sedujo, con la magia magnética de su incomparable personalidad y técnicas de amistar, de vivir y disfrutar, a hombres famosos. Era un perfecto bohemio. Era un hombre fabricado para las juergas, que se entregaba a los amigos, que los envolvía en sus redes de tal modo que querían estar siempre con él y aquilatarlo. Sus atractivas historias, su perfumada fama, su risa magnética, su ritmo del habla con una atractiva musicalidad que se la daba su pronunciación latina, su pleno dominio del baile\*1, de la guitarra, del Ukelele\*2, de la esgrima, del Polo, del boxeo, del fútbol, en fin, su asombrosa capacidad “de aguante”, a punto tal que podía dedicarle todas las noches de todos los días a quien quisiera compartir con él, reír con él, disfrutar con él, unido a su indudable aire de “creíble” ausencia de hipocresía y maldad, adornado por la impresión de la sinceridad y la sencillez, hicieron de él un amigo más que perfecto. Y tuvo amigos a granel. Por doquier...

Acontece que hombres y mujeres, hoy como ayer, le sitúan solamente en el mundo de las conquistas amorosas y almacenan en su cerebro un mar de interrogantes acerca de este dominicano singular –singular dentro de las singularidades del dominicano-. ¿Qué tenía de especial? ¿Acaso era brujería? ¿Era magnetismo hipnotizante? ¿Era su habla penetrante, rítmica y dulce? ¿Era mezcla de labia, brujería y magnetismo? ¿Era acaso su elegancia y galantería? ¿Eran sus modales seductores? ¿Acaso era sólo fama? ¿Acaso eran sus artes y técnicas amatorias? ¿Era su sexo?.

---

\*1 En París, abandonado allí por su familia, fue bailarín “profesional”. Formó parte de un grupo gitano de baile.

\*2 Especie de guitarra del Paraguay.

¿¡Qué era, por fin!?

Muchos llevan una respuesta a flor de labios, que casi la susurran...como quien se cree dueño de un secreto verdadero y lo dice despacito, muy por lo bajo y a mucha confianza:

“Era un lisiado...” “Se lo podía poner de corbata”... “Tenía un bate 45” entre las piernas”... “Tenía un brazo de niño”... “Era un burro”... “Era un tres patines”...

Hacia lo prosaico y lo casi pornográfico se deslizan quienes lo elevan y quienes lo hunden y así descuidan el perfil justo de este ser social dominicano que escaló fortalezas inexpugnables e irrumpió en muchos escenarios; que subyugó y maravilló a mujeres y a hombres prominentes, a gente simple y a reyes, como a Faruk\*, de Egipto, a periodistas y a príncipes, a dictadores y a demócratas, a un tirano implacable, a presidentes de la talla de John Fitzgerald Kennedy, a pobres, a acaudalados, a diplomáticos, a amigos personales, a amigos públicos, a enemigos –muy pocos-, a todos los que supieron de su existencia, a quienes leyeron sobre sus comprobadas aventuras amorosas hazañosas, a quienes alguna vez le oyeron o leyeron en entrevistas, a quienes le dieron la mano y conversaron con él, a los que se divertieron con él...

Visto a la distancia de 69 años –contados desde que en 1932, a sus 23 años de edad seduce a la única hija del tirano Trujillo Molina, de apenas 17 años de edad, y se casa con ella luego de sobrevivir a una orden de muerte- Porfirio Rubirosa es rico en facetas. Es múltiple y, por lo tanto, complicado. Es un dominicano con las garras “del tiguere” barriobajero que con sus pezuñas escaló paredes elevadas. Es “tiguere cinturita”, chulo y diplomático. Es bohemio, aventurero e infractor...”cantante”, bailarín, guitarrista, políglota, humorista, parrandero, deportista, boxeador, nadador, polista de primera, automovilista de a verdad, futbolista, piloto, pesista, gimnasta, esgrimista...¡Torero!

---

\*Faruk III fue el último Rey de Egipto.

## Un Chulo Exitoso

Si lo enfocamos en su imagen más nítida, la de una fiera en un terreno que no es suyo, pero movilizándose en este como su propietario, hay que concluir en que más que un playboy de perfil a la europea, más que un Don Juan -no propiamente “buen mozo” hemos redicho- era de un perfil dominicano próximo al “tíguere cinturita”<sup>\*1</sup> paso fino, que se había “rankiao”<sup>\*2</sup> en el Jet-Set internacional; y, aún más que un playboy y un tíguere rankiao, fue un chulo exitoso... el primero y probablemente el único chulo internacional. Reunió las características que se imponen a la naturaleza personal y social de ese tipo de individuo cuyo éxito consiste en “trabajar” a las prostitutas, someterlas a fuerza de faló y puños, vivir de ellas, divertir las de algún modo -como un respiro en su mundo atosigado- y protegerlas. Porque es que un chulo, en la subcultura de la baja escala del tigueraje y la prostitución, tiene que dominar las señales propias de su entorno, -como lo hizo Rubi-, estar presto a la pelea, ejercitados sus músculos, los puños disponibles, o el cuchillo o el machete, o el revólver siempre a mano. Simulación permanente, vigilancia constante, destreza en el baile, en la diversión, todo esto enmarcado en el consumo del alcohol sin permitirse llegar a la condición de un “borrachón”.

No debería confundirse hoy día al chulo con el moderno

---

\*1 La ley principal en la psicología del tíguere es salir “bien parado” en cualquier situación. El tíguere cinturita es un tíguere muy enamorado, mujeriego y fiestero.

\*2El tíguere se “rankea” al escalar hasta una alta posición social y pública. “Rankiao” viene del “Ranking”, de los 10 primeros del “Ranking” del béisbol. Rankiarse es sinónimo de elevarse.

prostituto denominado “saltipanky”, que se mueve en los núcleos turísticos del país. En la condición “de chulo” subyace el dominio, sometimiento, conducción, protección, falo exagerado -en él todo ha de ser exagerado-, sexo a granel y subvención de todas las necesidades y caprichos de parte de “su mujer”. Tony Moya, director del Instituto de Sexualidad de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD) ha realizado un interesante estudio y recopilación del lenguaje machista y sexista en las calles dominicanas. Nos dice del chulo que “en la cultura de la casa él es el hombre mantenido por una mujer (dimensión de poder)”. Añade que en “la cultura de la calle él es el amante de una mujer (dimensión de potencia sexual), de una o más trabajadoras sexuales, de las cuales vive”. Y apunta curiosamente que en el país al chulo suelen llamarlo “Rubirosa”.

El saltipanky es, simplemente, un prostituto. Así como hombres van a prostíbulos a buscar prostitutas, así mujeres extranjeras acuden a playas y centros turísticos dominicanos a procurar un hombre prostituto, a alguien con quien harán sexo y le pagaran su servicio. Ahora bien, acontece de vez en vez que un “saltipanky” trasciende su papel y se convierte en alguien de quien una mujer no quiere prescindir y entonces pasa a solventar sus gustos y vicios y quizás decida “mudarlo”, llevárselo a su país. El “saltipanky” cruza así la barrera hacia el chulo.

Rubirosa asimiló la vida mundana y la subcultura del chulo en los prostíbulos, bares y cafetines de París, Santo Domingo y San Francisco de Macorís. Parte de su adiestramiento lo recibió junto a boxeadores barriobajeros y a militares, y bien sabemos de la inclinación de ambos a hacer suyo el mundo del prostíbulo. Ostentando el rango de teniente ya tenía fama de consentido y bohemio en ciertos círculos de San Francisco de Macorís, de Santo Domingo y otros lugares; y es cuando da su primer gran salto de gladiador romántico y sexual al hacer suya a Flor de Oro Trujillo y de ahí sube aún más

aplicando sus lenguajes y traduciendo a su idioma de tíguere devenido en chulo todas las señales y lenguajes de las alturas y aunque hoy nos parezca increíble todo cuanto logró y se le atribuye, es un poco más que cierto, y, sin ser el modelo físico de belleza masculina -cual adonis- para conquistar a las damas, él se convirtió en modelo de conquistador y a 36 años de su muerte aún nos deja supermaravillados.

## **Relaciones Públicas Sexuales**

Porfirio Rubirosa era políglota. Hablaba siete idiomas. Cuatro a la perfección: el español, el francés, el inglés y el de dominar a las mujeres. En gran medida el italiano y el portugués, y en menor medida el alemán. Nació y vivió en Santo Domingo, y vivió en Francia por muchos años, y también en Estados Unidos, Italia, Alemania, Argentina, Cuba... Estuvo frecuentemente en Inglaterra, Africa, Egipto, México, Venezuela, Bélgica, y en numerosos países más. En conclusión, era un dominicano afrancesado, ciudadano del mundo. De modales “refinados”, reservas diplomáticas, capacidad empática y francamente insincero y mentiroso con las mujeres a las que sedujo con tácticas deslumbrantes y acaparadoras y con su personalidad y palabras de notaciones profundamente “sinceras”. Trujillo Molina dijo una vez de él que “es un diplomático excelente debido a que le gusta a las mujeres y a que es un gran mentiroso”\*. Y ciertamente conocía las interioridades síquicas de los de arriba, pero principalmente las de las mujeres famosas y adineradas, seres que suelen tener una psiquis en la que impera el desaliento, el vacío existencial y el aburrimiento con destellos de imprevisibilidades.

Fue el creador de un estilo -“a lo Rubirosa”, “como Rubirosa”- y de un cuadro teórico y práctico del amante, un condenado al placer, una poderosa máquina amorosa que hizo del acto sexual un oficio rentable.

---

\*Revista Rumbo. #273, página 38, del 26 de abril de 1999.

Rubirosa era tenaz, estratega, porfiado, confiado en sí, intuitivo, original, oportunista y oportuno, líder de lo mundano, de fino olfato, teatral, violento, apasionado y amoroso, principesco, labioso, infantililoide, inteligente, amistoso, bohemio, morboso... Y sobretodo “bien dotado”... de lo que suelen ufanarse los tígueres barriobajeros aunque no sea así. En Rubirosa era así y probablemente sea el autor de uno de los primeros programas de Relaciones Públicas Sexuales aplicado al mercadeo y promoción de un pene, el propio. En los años cincuentas todo París conocía al dedillo el pene de Rubirosa y ciertas peculiaridades suyas en la cama- -“Yo conocía de él lo que habían dicho los periódicos y lo que susurraba París”, escribió Odile Rodín, su última esposa: Extensión, grosor, supresión del espasmo, o larga duración para el espasmo, y erección de más de una hora. Pero ignoraban que era estéril y que la versión más socorrida era la de que lo esterilizó una ardiente papera. La fiebre le bajó hasta los testículos y la temperatura caliente en extremo afectó sus espermatozoides y posiblemente contribuyó a una disfunción dual: erección “eterna” y espasmo muy retardado... y a veces. Pero también se ha dicho que fue esterilizado por una enfermedad venérea\*1. Y que sus singularidades en el acto sexual obedecían a una técnica sexual medio-oriental llamada Imsak.

En su labor de promoción y mercadeo sexual Rubirosa se valió del rumor a través de mujeres y de acólitos cercanos como su sirviente -“valet” en Francia- Víctor, de origen ruso. Este activo promotor llegó al colmo de vender en las calles de París trozos de los calzoncillos de Rubirosa envueltos en plástico. Mientras más cercano al pene más costoso era el pedazo de tela. Esto fue reseñado por la prensa francesa y

---

\*1 Flor de Oro dice en sus memorias que ella y Rubi se esterilizaron por una blenorragia que él había contraído originalmente. Sin embargo, posteriormente, en adiciones a sus memorias inéditas dijo que médicos de Estados Unidos descartaron que ella padeciera enfermedad venérea alguna vez.

Rubirosa tuvo que formular fuertes declaraciones contra Víctor\*2. “Traicionó mi confianza” llegó a decir Rubirosa, quien supo manipular y conducir exitosamente hacia su fin a compañeros de juergas, cocineros, sirvientes y sirvientas, mozos que fueron sus amigos y músicos y cantantes de restaurantes a los cuales recompensaba con abultadas propinas.

Hoy día se le podría situar entre los pioneros de la conversión del pene en noticia importante, por cuanto la prensa llegó a referirse insinuantemente al tema alrededor de Rubirosa. Hizo de su miembro viril un atractivo singular en adición a su don magnético de atraer, envolver y dominar a las mujeres que a la corta o a la larga quedaban convencidas de que él sabía cómo transportarlas al cielo y específicamente al paraíso sexual. Las convertía en el centro de su vida: su vida, la de un “condenado al placer” –como solía calificarse-, al no aburrimiento –aborrecía la soledad y la vida contemplativa prolongada-, a la diversión, al disfrute pleno de cada instante de cada día y cada noche.

En varias fotografías en las que Rubirosa acompaña a mujeres se percibe que procura un “efecto demostrativo” alrededor de su miembro viril. Reproducimos más adelante dos fotografías en las que encontramos indicios de su programa de Relaciones Públicas. Una de estas fotografías fue tomada desde la altura del pubis, con su mano izquierda dentro del bolsillo izquierdo formando un bulto con arruga hacia la zona del pene que atrae la atención insinuantemente. Pero la otra fotografía es de mayor y marcada intencionalidad: Doris Duke en bata, de pie, y Rubirosa trajeado, sentado. La Duke mira directamente hacia la zona del miembro viril y Rubirosa, sentado, con las piernas abiertas, tiene las manos cruzadas

---

\*2Semanas después del escándalo Víctor dijo a Abelardo Piñeyro y otros estudiantes dominicanos en París que había sido autorizado por Rubirosa para este peculiar comercio.



sobre esa parte y uno de sus dedos de la mano derecha sale de entre dos dedos de la mano izquierda, en una señal bastante conocida en Santo Domingo que significa la ejecución del coito. (La Duke fue la única de sus ex mujeres que describió y dio medidas en público de la extensión y grosor del pene de su chulo, como veremos en la página 26.)

## **El Pene Como Personaje Noticioso**

Valga observar que si hoy día enfocamos abiertamente el tema del pene, su promoción y mercadeo, y su uso sexual en un individuo determinado, se debe a que se ha convertido en un “personaje” y en protagonista de noticias. Recordemos la acción en extremo publicitada de la ecuatoriana Lorena Bobbit, quien le extirpó el pene a su esposo, John Wayne Bobbit, un ex infante de marina, y la enorme publicidad a la intervención quirúrgica de reimplantación del pene. Más digno de retrotraer es el caso del Presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton, que en razón del uso de su pene en momento y lugar inadecuados estuvo a un tris de ser destituido de la Presidencia. Su pene fue descrito meticulosamente por Mónica Lewinski y Clinton estuvo a un paso de que lo sometieran a un “chequeo” a fin de comprobar si su pene era curvo y, por lo tanto, si ella había descrito correctamente “el cuerpo del delito” -se me ocurre llamarlo así-. Ambos casos significaron una globalización y glorificación definitiva del pene como protagonista y dato fundamental de una noticia. Y era que el pene había llegado al lead\* de la noticia para quedarse.

La norteamericana Maggie Paley publicó en abril de 2000 “El Libro del Pene”, de 288 páginas, en el que enfoca desenfadadamente el “controvertido tema”. Hace un recorrido histórico y sigue su evolución temática hasta que se

---

\*lead significa lo que va primero, delante, lo más importante de una noticia. Lead viene de leader. Leader es “líder” en español.

hace “personaje” común en las noticias de la televisión, la radio y la prensa escrita. Y le dedica capítulos a los penes de los hombres famosos y, muy particularmente, al pene de Porfirio Rubirosa. Esta obra ha tenido una venta exitosa, lo que también revela que el pene reúne características temáticas de Best Seller.

Editado por Planeta 2001 el libro ha sido “indicado para todo aquel que tiene un pene, quisiera tenerlo o ama a alguien que lo tiene”.

Flor de Oro también se refirió al pene de Rubirosa. Escribió y grabó en su voz en inglés sus “Memorias de La Hija de un Dictador Caribeño”, parte de la cual fue difundida por Cornelia Margarita en su programa de televisión “Así Somos. Somos Así”. Estas memorias han estado en poder de su amiga Maritza Quiñones, quien le cedió la parte de la grabación que se refiere a las relaciones entre Flor de Oro y Rubirosa. Flor de Oro entró en detalles sobre su relación íntima con Rubirosa y particularmente sobre la primera noche de su boda, acontecida el 3 de diciembre de 1932, la que se convirtió en una persecución del cazador, Rubirosa, tras su presa asustada, Flor de Oro, como veremos.

## Lo Que Dijeron las Mujeres de Rubirosa

Para despejar “el misterio de Rubirosa” y acceder a “su secreto” con las mujeres, sólo hay que saber lo que sus ex mujeres dijeron de él en sus memorias y en las declaraciones a periódicos, revistas, televisoras y radioemisoras. Rubirosa era un hombre que se entregaba a ellas, que las hacía el centro de su atención, que o las complacía o se empeñaba en complacerlas. Hablan de su don de gente y caballero, de su magnetismo envolvente, de su embrujamiento... y también de su violencia... y además de “lo bien dotado” que estaba, de su “polla”, de su “enorme naturaleza”, del “pene más magnífico que jamás haya visto”, de su “pene impresionante”, de su “gran erección”... Hablan del chulo que las trataba como a prostitutas en la cama y que se prolongaba increíblemente.

Flor de Oro Trujillo, Doris Duke, Bárbara Hutton y hasta el escritor y reconocido homosexual Truman Capote hablaron y escribieron sobre el pene y las peculiaridades sexuales de Rubirosa. Estas como muchas otras de sus esposas, amantes y “ocasionales” tocaron ampliamente sus otras cualidades personales. Todas coinciden en atribuirle la virtud de hacerlas sentirse reinas y el centro del universo del amor. Les decía y hacía con ellas lo que otros hombres no les habían dicho ni les habían hecho en calidad de complacientes enamorados. Bárbara Hutton y las demás resaltan la fuerza hechizante de su magnetismo personal. Esta lo vio en la playa —ya eran conocidos— y sintió un galopeo en su corazón. Más adelante se desvivió cuando él le dijo que la amaba. “Lo he amado desde el momento en que lo conocí”, dijo ella,

y reaccionó sorprendida porque la gente de su entorno no aprobara su relación con él. “Lo amo tanto”, decía. La húngara Zsa Zsa Gabor lo percibió sin elegancia la primera vez que lo vio a algunos metros de ella. Pero desde que él se le acercó ella sucumbió. “Pensé este es mi hombre, después de todo este es mi hombre” –escribió en sus memorias-. Este hombre moreno, de ojos radiantes mirándome, envolviéndome con su mirada de tal intensidad que sentía como si todo el mundo se esfumara y sólo permaneciáramos él y yo”. Más adelante ella proclamó:...”un cautivador magnetismo emanaba de este hombre”. Odile Rodín, su última esposa, proclamó que él “daba la impresión a las mujeres, a la mujer que había elegido, por una noche, por un año o para siempre, de ser el centro del mundo. (...) “yo sólo pensaba en el gran calor humano que desprendía y en la sinceridad de los sentimientos que expresaba. Su fuerte es la de ser siempre sincero en el momento que habla”. Y Danielle Darrieux, la más comedida de sus ex esposas manifestó: “Es el más encantador de los hombres”... porque ama a la mujer y la convence de que es así... “y lo bueno es que en aquel momento es en absoluto verdad en el corazón de Porfirio Rubirosa”.

### **“La Cosa”, según Flor de Oro Trujillo**

Luego de aproximadamente 4 meses y días de amores\*, que conllevaron el confinamiento de Flor de Oro a su habitación de dormir y el de Rubirosa a la fortaleza militar de San Francisco de Macorís, y luego de su cancelación del Ejército y la orden a tres soldados vestidos de civil de asesinarle, el tirano Trujillo Molina dispuso que se casaran “inmediatamente”. La drástica orden fue impartida a la propia madre del teniente Rubirosa, Ana Ariza Viuda Rubirosa, en momentos en que visitaba al dictador para interceder por su hijo enamorado.

---

\*Flor de Oro Trujillo conoció a Porfirio Rubirosa en julio de 1932 y se casaron el 3 de diciembre de ese año.



Rubirosa, con su famoso casco rojo que usaba en las competencias de polo, Ramfisa Trujillo, con un trofeo, y a su lado una mujer no identificada, posan luego de un partido. Rubirosa fue quien introdujo el polo en la República Dominicana e inició a Ramfisa en este exigente deporte.

Rubirosa el día de su matrimonio con Danielle Darrieux. La foto, tomada de abajo hacia arriba, su mano en el bolsillo y las arrugas en cierta área del pantalón —como en otras fotos— revelan su intencionalidad de llamar la atención hacia "cierta área" de su cuerpo. En esta obra se explica de qué modo el famosísimo hombre de mundo le hizo las Relaciones Públicas a su pene.



En Nueva York, en París, en Roma, en Berlín, en La Habana, en Santo Domingo, etc., se susurraba sobre el pene y la potencialidad sexual de este singular dominicano, quien se valió de diversos medios para promocionar sus atributos y artes amatorios. ¿Hacia dónde mira Doris Duke? ¿Qué hace Rubirosa con sus manos?. Un tanto discolorada colaboró con el "playboy" en la promoción de su pene. En una oportunidad dio detalles de extensión y grosor, datos que incluyó en sus apuntes y que citamos en esta obra.



Rubirosa fue un calificado polista y un excelente capitán de su equipo Cibao-La Pampa. Ganó la Copa del Abierto de París en 1953, 1954, 1955 y 1956. Estaba invicto el 8 de julio de 1965 cuando murió en un accidente automovilístico en París. El día antes su equipo había ganado.

El polo es un juego que demanda entrega y vigor físico al caballo y a su jinete. Es un juego exigente y costoso porque se efectúa con excelentes caballos de raza y el jugador tiene que practicar regularmente.



Rubirosa tenía su propio equipo de polo



Rubirosa, con su casco rojo que lo distinguía de los demás en el juego de n...

Aficionado a los gallos, solía visitar las galleras de Santo Domingo al retornar o de París o de cualquier otro lugar del mundo. Rubirosa fue automovilista, boxeador, futbolista, piloto, torero y gallero aficionado.



Contrajeron nupcias la noche del 3 de diciembre de 1932 en la casa campestre presidencial de San José de las Matas. Flor de Oro tenía 17 años de edad y Rubirosa 23. Esa noche viajaron a la capital y se alojaron en una casita de caoba que Trujillo Molina hizo construir contigua a la casa de gobierno. Tomaron champagne y luego cada uno se retiró a una habitación a despojarse de la ropa matrimonial. Flor de Oro se puso “un negligé rosado”...

Nos explica Maritza Quiñones, al hacer la traducción de las memorias de la esposada:

“Porfirio lleva a Flor a la cama y no tuvo suerte la primera noche porque Flor de Oro estaba muy nerviosa y muy asustada acerca de la gran erección de él”.

Asustada, Flor de Oro abandonó la cama...

“Yo corrí por toda la casa y Porfirio atrás persiguiéndome”...

La Quiñones explicó que en las memorias Flor de Oro dijo que “poco a poco en los días siguientes” es que empiezan a tener otro tipo de relación: bailando, tomando baños juntos, tomando cocteles... hasta que una noche, por fin, Flor se decide...

“Y cerré los ojos”.

Y pasó lo que tenía que pasar.

Pero al otro día:

“a mí no me gustó para nada porque yo sangré tanto y toda mi ropa estaba destruida”(?).

...“con el paso del tiempo él comenzó a hacerme el amor de diferentes maneras pero al final de todo esto los ovarios míos estaban muy lastimados”.

“Él era tan buen mozo y tan encantador que yo lo dejé hacer todo lo que él quería hacer”.

“Él se tomaba tanto tiempo en llegar al espasmo que al final yo terminaba un poco aburrida”.

## “La Cosa”, según Doris Duke

A sus 38 años de edad, el 1 de septiembre de 1947, Porfirio Rubirosa contrajo matrimonio –el tercero- con la multimillonaria Doris Duke.

Considerada para el 1947 como una de las mujeres más ricas del mundo, era la heredera de James B. Duke, uno de los magnates norteamericanos del tabaco. Este accidentado y ardiente matrimonio, que duraría un año, fue monitoreado e intervenido por las agencias de inteligencia de los Estados Unidos, entre estas el FBI, como veremos en detalles en las páginas 102 y 103.

Independientemente de su riqueza, la Duke trascendió como reportera que entrevistaba a grandes personalidades –así conoció a Rubirosa- y realizaba arriesgados reportajes de guerra, y, por lo demás, porque el FBI le había despojado de su pasaporte norteamericano al entrar en contacto con personalidades indudablemente enemigas de los Estados Unidos.

Detalles importantes de su vida aparecen en el libro “Demasiado Rica: Los secretos de Doris Duke”, escrito por su primo Pony Duke y su ahijado Jason Thomas, quienes se explayan en revelaciones y citas de palabras de la Duke acerca de sus relaciones amorosas y sexuales con Porfirio Rubirosa. Le atribuyen a la Duke haber dicho que “su polla era tan grande que parecía capaz de tener una erección eterna”.

Y que medía unos 28 centímetros de largo y unos 15 centímetros de circunferencia.

...”el pene más magnífico que jamás haya visto... La mejor descripción es que se parece mucho al pie de un bate de béisbol de Louisville\*”.

La Duke sacó a flote la disfunción sexual para la eyaculación de Rubirosa –de la que ya hemos hablado-, lo que se

---

\*Famosísimos bates estadounidenses que no se quebraban. Están en el pabellón de la fama de Cooperstown.

une a otra referencia de Flor de Oro de lo mucho que tardaba para “el espasmo”. Rubirosa llegó a simular que eyaculaba, para que la Duke se sintiera vencedora o satisfecha de haberlo llevado a la conclusión del clímax.

“No creo que sintiera realmente algo cuando hacía el amor, pero era capaz de hacer lo que yo quisiera durante horas seguidas. Mientras hacía el amor yo siempre era el centro. Lo único que le importaba era que yo estuviera satisfecha. Simplemente, quería conseguir que todas las mujeres del mundo experimentaran el clímax supremo”, explicó.

“Su objetivo era satisfacer a las mujeres”.

En otro orden, enfocó un aspecto curioso de esa maquinaria amorosa: se entregaba a la mujer del momento con pasión profunda. Amaba “con verdadera devoción a cualquier mujer que pudiera permitirse”... pero...pero...”era incapaz de ser sincero con una mujer”.

De su parte, Rubirosa dijo a un entrevistador de una revista, que le preguntó sobre su secreto con las mujeres:

“Trato de hacer felices a las mujeres. A las mujeres no les gusta ser manoseadas...A ellas les gusta ser -eh- agradadas”.

## **“La Cosa”, Según Bárbara Hutton**

El 30 de diciembre de 1953, veintitrés días antes de cumplir sus 45 años de edad, Rubirosa contrajo matrimonio —el cuarto— con la multimillonaria norteamericana Bárbara Hutton, considerada también una de las mujeres más ricas del mundo, heredera de la famosa cadena norteamericana de tiendas “1 y 5”.

“Su secreto en el amor es que practica una técnica llamada Imsák\*. Por muy excitado que esté no se permite a sí

---

\*Quienes rechazan la tesis de la disfunción sexual de Rubirosa aseguran que su compañero de estudios Alí Khan lo instruyó sobre el Imsák, técnica sexual en la que el hombre aprende a retener el espasmo por mucho tiempo.

mismo completar el acto. Lo que le gusta es la sensación de control, más allá del umbral. Su placer consiste en excitar a su pareja mientras él se mantiene a distancia y domina totalmente la situación”.

## «La Cosa», según Truman Capote

Truman Capote, periodista norteamericano que trascendió como buen escritor a partir de su novela *A sangre fría*, era un reconocido homosexual y francamente exagerado y chismoso. Fue una de las figuras más coloridas del Jet Set norteamericano de los años cincuentas. Se desvivía por hablar privada y públicamente de las novedades sexuales en torno a los artistas y hombres públicos. Precisamente fue desterrado del Jet-Set de Nueva York por sus escritos sobre las intimidades de hombres y mujeres famosos.

Son varias las biografías y autorretratos sobre su vida intensa y penosa. En la que escribió Gerald Clarke él enfoca abiertamente los miembros viriles de las celebridades y elogia el de Rubirosa, de quien fuera amigo. Extrañamente no hace ningún tipo de insinuación dubitativa sobre Rubirosa, que tanto placía a Capote para mortificar a las celebridades.

Capote se refirió a uno de los motivos de “prestigio sexual” de Rubirosa, su falo magnificado, que tanto captó la atención del terrorífico periodista y escritor. De sus elogios se desprende claramente que el pene de Rubirosa gozó de sus Relaciones Públicas y Mercadeo en un sector del Jet Set norteamericano.

De modo, pues, que la cosa alrededor de “la cosa” de Rubirosa trascendió tanto en su momento que uno se sorprende de que antes no fuera incluido en los libros sobre su vida.

## Bajo el Signo de Acuario

Porfirio Rubirosa Ariza nació en San Francisco de Macorís, Provincia Duarte, enclavada en la región del Cibao de la República Dominicana, el viernes 22 de enero de 1909 bajo el signo zodiacal de Acuario, el mismo de James Dean, Clark Gable, Paul Newman y Galileo Galilei.

Independientemente de la certeza o no de las interpretaciones astrológicas –según la fecha de nacimiento de una persona- hay que ponderar las curiosas coincidencias de temperamentos, emociones y azares de los nacidos dentro de un lapso correspondiente a un signo zodiacal. Al examinar una que otra obra representativa de la voluminosa bibliografía al respecto, el acucioso encontrará observaciones que obligan a reflexionar.

El que es Acuario –Porfirio Rubirosa, desde luego- generalmente práctica “la bondad” y da la impresión de ser “tranquilo por naturaleza”, pero “goza desafiando a la opinión pública y se deleita secretamente escandalizando con algún comportamiento excéntrico a las personas más convencionales” (Pensemos en el Porfirio Rubirosa adulto, casado con la multimillonaria Bárbara Hutton, en el apogeo de su “carrera”, dueño de una estrategia amorosa exitosa, cuando, al poco de conocer a la Zsa Zsa Gabor, le envía a su habitación de un hotel tantas flores que apenas puede caminar dentro de la misma). Son personas “cortesés” y de “voz dulce”...pero cuando menos se espera se les aterrizan los cables positivo y negativo y surge un cortocircuito que los lleva a “las acciones” (...) más pasmosas”. Son

anticonformistas, amistosos, aventureros, curiosos, deportistas, automovilistas, hípicas, divertidos...

Francamente, como si leyéramos lo que nos dicen los hechos de Rubirosa.

Visto a 92 años de distancia, nació en un pueblo que pugnaba por ser ciudad, enclavado en una región rica en minas y tierra agrícola, en revoluciones, luchas intestinas, asonadas y atentados...rica en charcos de sangre fresca. Era una violencia con poco reposo. Las perturbaciones eran tan constantes que los períodos de paz constituían la alteración de la vida.

El perfil social e histórico de la región cibaena y de otras partes del país era así al nacer Rubirosa: como para espíritus permanentemente agitados. Sólo 9 y medio años antes de él nacer, el 26 de julio de 1899, en Moca, enclavada en el Cibao, habían matado a tiros al tirano Ulises Hereaux, más conocido como Lilís. Al nacer, el 22 de enero de 1909, gobernaba el país el presidente Ramón Cáceres, Mon, uno de los que mataron al tirano y quien a su vez sería asesinado el 19 de noviembre de 1911, ostentando aún la Presidencia de la República.

Como su papá Pedro María Rubirosa era “general” de la época de “conchoprino”\*, su esposa, doña Ana Ariza de Rubirosa y sus hijos legítimos -Rubi, como le llamaron desde pequeño, César y Ana- vivían sobresaltados y temerosos de que un día tocaran a la puerta para entregarles su cadáver. Cuando Rubi nació, su papá, nacido en 1878, tenía 31 años de edad. Don Pedro -el “don” le vino desde jovencito- había estado en guerra -con uno que otro intervalo de paz- desde que se le asomaron los pelos sobacales, aproximadamente a los 15 años de edad, y había batallado en la Línea Noroeste durante casi 20 años hasta que exhausto de escaramuzas y batallas aceptó ser Gobernador, primero, de San Francisco de Macorís, luego de Samaná y más luego de

---

\* Período de la vida dominicana de finales del siglo XIX y comienzos del XX caracterizado por guerras civiles.

El Seibo; y más adelante, en 1914, aceptó un puesto diplomático en Saint Thomas, y en 1915, antes de llegar las tropas de los Estados Unidos —que gobernarían el país de 1916 a 1924— obtuvo la representación diplomática dominicana en París, Francia, que será la base del primer entrenamiento como hombre de mundo de Rubi, quien llegaría a París en pantaloncitos cortos, a los 6 años de edad, y retornaría a su país en pantalones largos, a los 19 años de edad, para entonces recibir un segundo gran entrenamiento, esta vez de tíguere barrial, en San Lázaro, San Miguel, Santa Bárbara, San Antón, San Carlos, “Ciudad Nueva” y sectores aledaños signados por las peleas, las fiestas, la prostitución... Se entrenaría en la vida de las esquinas, punto estratégico de la cultura urbana capitaléña, escuela al aire libre para el aprendizaje de las tonalidades de la vida callejera, las que él retrotraerá en sus “memorias” que, aunque acomodaticias, perfumadas en exceso, con mentiras calculadas, son de cierto valor de rastreo. Traducidas del francés, se publicaron a modo de artículos bajo su firma en el Listín Diario desde el 20 de noviembre de 1965 hasta el 7 de mayo de 1966. (Parte II de esta obra).

Sus “memorias” comienzan, precisamente, narrando un ataque a tiros a su casa por una pandilla guerrerista armada, probablemente integrada por “bolos” —dado que su papá era jefe de una cuadrilla guerrerista de “coludos”, partidarios del general Juan Isidro Jimenes y enemigos de los bolos— en momentos en que su padre guerreaba en algún punto cercano.

(...)“Era de mañana. El sol se colaba por las celosías de las persianas y se proyecta sobre la alfombra en forma de rayas. De repente, el trepidar de las detonaciones, los vidrios de las ventanas saltan destrozados, la gente grita, se oyen pasos apresurados en los pasillos de mi casa, la puerta de mi habitación que se abre violentamente y mi madre que irrumpe, que me llama. Yo estaba en mi cama acurrucado y cubriéndome la cabeza con la almohada. Mi madre me arrancó de la cama y me lanzó debajo de la misma. Podía oír su voz jadeante rogar quedamente a la virgen de la Altagracia. Después los disparos



aminoran y se van perdiendo en la lejanía. Luego se escucha el galopar de los caballos y por fin, vuelve la calma. El piso queda cubierto de vidrios rotos que titilan como las estrellas de fantasía que cuelgan en el árbol de Navidad”.

Otro día, de madrugada, cuenta Rubi, bajó de su habitación a buscar a un gato que dormía con él y que se le había escapado. De repente, se detuvo estupefacto. “La casa estaba llena de hombres armados que dormían en los pasillos, los ojos ocultos bajo los grandes sombreros de cana, las cartucheras en las que brilla el cobre amarillo terciadas por el cuello. El máuser descansando sobre el brazo. Yo pasé por entre los cuerpos tumbados de cansancio”.

La madre, Ana Ariza Almánzar, era hija de Buenaventura Ariza y María Dolores Almánzar. Eran seis hermanos: tres hembras y tres varones: Ana, Lila y Agustina; y Horacio Francisco, Adolfo Emilio y Juan Esteban. Su padre Buenaventura, era hijo del general español Juan Esteban Ariza. De él se consignan acontecimientos en San Francisco de Macorís que llevan a pensar que era hombre decidido y excedido. En 1833 le quemaron su casa. Para la anexión a España, en 1861, acordó con el traidor Pedro Santana, su adhesión a cambio de ser vicegobernador y seguir de comandante de las tropas nativas del lugar. Efectivamente, él encabezó como Comandante de Armas, el documento que proclamó la anexión del territorio dominicano a España en aquel lugar el 23 de marzo de 1861. Cuenta el historiador Alcides García Lluberes que un grupo de unos 150 dominicanos se rebeló y procedió a arriar la bandera española para izar la dominicana pero el general Esteban Ariza disparó un cañón matando a tres y destrozando el asta. Cuando se restauró la independencia el general Ariza huyó a la capital, Santo Domingo, donde constituyó nueva familia.

## **La Niñez de Rubi y la Vida de su Papá**

¿Cómo fueron los primeros años de Porfirio Rubirosa hasta que marchó con sus padres a la islita de Saint Thomas y luego a París?

Tenía él tres años de edad cuando la casa fue tiroteada, en 1912, un año después del asesinato del Presidente Mon Cáceres. Detalles significativos de su vida acaecen en 1914, a sus cinco años de edad, cuando la familia se traslada a Saint Thomas en misión consular. Dice Rubi que con la designación su padre habría salido al “exilio”, pero pareciera que don Pedro María estaba fatigado de guerrear y procuraba un cambio de vida para él y sus hijos legítimos y, además, para concentrarse en la educación de estos. Pero Don Pedro María fue en definitiva el principal modelo y asesor en el adiestramiento y comportamiento de Rubi hacia una vida aventurera, de conquistas y apariencias a granel. La cultura criolla dominicana le seguirá hasta París y nunca jamás se desprenderá de esta, hasta el último de sus días. El dominicano transporta casi totalmente su cultura al lugar en que se asienta. Ayer era una verdad más marcada que hoy, pero hoy sigue siendo impelente. Es un caso singular, porque suele caracterizar a ciudadanos de culturas milenarias y de vastos territorios. El dominicano anda el mundo con su cultura portátil. La traslada a Nueva York, a Alaska, a Madrid, a Caracas, como ayer la trasladaba a París y a muchos otros puntos del mundo. Su gastronomía, su música, sus tonos conductuales, su enfermiza vocación de apego a su tierra, todo lo encontramos en Rubirosa a lo largo de su condición de dominicano afrancesado que a la vez es un ciudadano del mundo.

Los líos de faldas también los aprendió del padre. Lo mismo que la asunción de riesgos peligrosos y sobre todo el culto a las aventuras. Su padre, siendo Rubi pequeñín en San Francisco de Macorís, solía montarlo delante de él en su caballo cuando, al mando de sus tropas, llegaba a la casa a pasar un tiempo breve. Correr a caballo con él asido de la crin, acelerar peligrosamente el paso, hacer piruetas, todo esto con la música de fondo de los gritos de su madre, asustada, estrenar en el boxeo a su hijo para que se fortaleciera y estuviera presto a la pelea, hacerlo bailar y enseñarlo a amar a su tierra con el fervor de un criollo que entiende que no hay nada mejor en el mundo, serán parte de su zapata con miras al futuro.

Extrañamente, ningún libro ni reportaje ni artículo sobre la vida de Rubi habla de que su padre tuvo cuando menos cuatro hijos “en la calle” —como se solía decir—. Don Pedro Rubirosa fue un hombre de guerra y de faldas. En el curso de la investigación sobre su vida se recibieron informes sobre hijos tenidos fuera del matrimonio con diversas mujeres en diferentes puntos geográficos. Cuando le designaron en 1906 Gobernador del Seibo se residió allí con su familia. Esta designación —como la de Samaná— tuvo como objetivo central “sacarlo de circulación”, esto es, alejarlo de la zona francomacorisana donde tenía liderazgo e influencia, la del “general” y cacique local de fama y respeto. Establecido en el Seibo, don Pedro corrió tras faldas, como lo había hecho antes en San Francisco de Macorís y en la línea noroeste. Esta vez estableció una duradera relación amorosa con Paulina Morales\* y con ella procreó a Juan Julio, quien usaría el apellido Morales en vez del Rubirosa. Don Pedro crió como suyos a Rafael Morales y a Pedro García, hijos de Paulina. También tuvo un hijo, Antonio Rubirosa, con una prima de esta, Olimpia Morales.

El gran faldero que fue don Pedro se repitió en el hijo, con la “ventaja” —o el agravante síquico— de que Rubi era estéril, dato que omite en sus “memorias”, así como el de sus hermanos de padre nacidos fuera del matrimonio. De los líos amorosos de su padre sólo recoge una anécdota que aconteció en San Francisco de Macorís. Su padre (...) “era un hombre hermoso”, nos cuenta, con prestigio de caballero, al que “las damas admiraban”. Y para esa época los juegos de amor oculto y engañoso eran más peligrosos que ahora. “Yo había oído decir que mi padre había jugado varias veces, no contentándose con las conquistas fáciles que conocen todos los guerreros y políticos, sino atacando las plazas reputadas como inexpugnables\* de la alta sociedad. El había seducido —entre otras— una de las grandes

---

\*Rubi atacará y conquistará amorosamente muchas plazas inexpugnables.

\* Estos datos los suministró el ingeniero Julio Alfredo Goyco, hijo de Pedro Julio Goyco Morales, a quien apradrinó Don Pedro María Rubirosa en 1907 y en honor a él le pusieron «Pedro».

damas de Macorís, persona cuya respetabilidad aparente era más reconocida que antes de cometer el desliz”.

La señora aspiraba a presidenta del Club Social Femenino y visitó a las demás señoras para obtener los votos necesarios. El día de la elección y proclama la presidenta saliente la presentó como única candidata ganadora, pero, inesperadamente, doña Ana Ariza la objetó ante el público argumentando que había sido amante de don Pedro, su esposo. La presidenta electa se desmayó...

“Esos intermedios galantes ocurren en medio de los perpetuos combates”, apunta Rubi.

En Saint Thomas, Rubi tuvo una experiencia que le enseñó a leer el libro de las apariencias del mundo de los adultos. En la escuela donde estudiaba junto a sus hermanos obtuvo un violín en un concurso, y le asignaron un puesto en una pequeña orquesta. “Como no sabía tocar me puse a llorar”, pero el director de la escuela le dio una “lección” para que aprendiera a desenvolverse en lo adelante:

“-Haz como si tocaras, eso bastará”.

Y fue una recomendación que ...”afecta a mi imaginación de niño. ¿El mundo de las personas mayores, es pues un mundo en el que es necesario aparentar?”.

De apariencias habría de vivir. De hacer saber lo que no era y lo que era. De publicitarse creándose una enorme fachada superior a sus dotes amatorias y sexuales y que habría de ser su fuerte principal.

La estadía en Saint Thomas fue corta. En 1915, cuando tenía 6 años de edad, su padre fue nombrado Jefe de la Misión Diplomática en París, Francia. Porfirio, César, Ana, doña Ana y don Pedro embarcaron en el buque “Antonio López”. Nos habla él del frío implacable, de su trajecito a la marinera: rayitas de colores y cuellito blanco; del Peñón de Gibraltar, de unos inesperados disparos de fusiles, del corre-corre de los marineros ar-

mados, de un rumor en el buque de que se acercaba un barco de guerra alemán —estamos en la primera guerra mundial—, de la gente que se recoge en los camarotes...tensión, peligro... y él, un niño de seis años, goza el espectáculo, se agita gustosamente ante esta escena de alguna película de aventura en la realidad.

Se regodea con su espíritu intranquilo como el de su tatarabuelo materno y como el de su padre. En vez de blandir armas de fuego preferirá blandir su sexo, su labia, su magnetismo, su bohemia... pero comoquiera su espíritu se fundirá en aventuras que incluirán también charcos de sangre, de la suya y del exiliado dominicano en Nueva York, Sergio Bencosme, y posiblemente la del polaco Johny Kohane; vinculaciones amistosas y mafiosas con Frank Sinatra, y numerosos amores defectuosos que o iniciarían o terminarían con millones de dólares en sus bolsillos.

## **El Niño Rubi en París**

La familia Rubirosa Ariza desembarcó en España. Ana y César se quedaron en Barcelona, la primera en el Convento del Sagrado Corazón, y el segundo en un Colegio de Hermanos de Escuelas Cristianas. Porfirio y sus padres siguen por tren hasta París y quedará en su mente esta ciudad de luces y colores, de cemento y música, de asfalto y cines, de artistas en sus frontales, de cañones rodeando el Arco del triunfo, ...y se le quedará en los rincones de su memoria “el rostro de Pearl White en los cines donde me arrastra mi padre la mañana siguiente de nuestra llegada”. A estos recuerdos se sumarán otros de tiros, pólvora, aviones, fusiles y soldados en París, los que constituirán un telón de fondo de guerra junto con los que trae desde su San Francisco de Macorís y los que vivirá con motivo de la Segunda Guerra Mundial. Por eso extraña aún hoy día que en vez de una vida de amores no desarrollara una vida de guerras, de armas, de crímenes... La familia sufrió los efectos de los bombardeos inmisericordes en la Primera Guerra Mundial. Con frecuencia corrieron riesgos de muerte en la Mac Mahon No. 6, de París, bajo los estallidos de bombas.

En ese mismo 1916 la familia se trasladó a un pueblo vecino a salvo de los bombardeos y al terminar la primera Guerra Mundial regresó al París que será de sus amores y fiestas. Pudieron ver desde uno de los techos de los edificios el desfile del triunfo de los franceses victoriosos. Estamos en 1918 y Rubirosa tiene 9 años de edad. Su inclinación natural, su vocación alimentada por los ejemplos de faldas de su padre, lo llevan a saltar sus registros de fusiles, sangre, cadáveres, bombas y tiros para aterrizar mágicamente sobre lo vistoso, lo fastuoso, lo femenino. Y se descubre a sí como carente de vocación, aptitudes y actitudes para el estudio y la disciplina académica.

“... los libros no encuentran en mí un amigo muy leal, ni los profesores un alumno aplicado ni en Maintenon ni en Janson de Sailli ni en la Ecole Pascal. Lo único que me interesa son los deportes, los amigos, las mujeres, la aventura, la vida de los grandes, en resumen, la vida”.

A sus nueve añitos se deleita y desvive al ver “las mujeres empolvadas recostadas amorosamente del brazo de los “paines” con las capas sucias; nuestra imaginación trabaja febrilmente”.

Para esa vez Rubi era vivaz, nervioso y decidido, físicamente delgado y débil. Su padre entonces le sometió a un proceso de endurecimiento físico que incluyó su entrenamiento en boxeo a fin de que “aprendiera a defenderse”. Su ídolo, su padre, a quien en sus memorias recuerda como se recuerda a los gigantes y sobre quien desparrama admiraciones con las que oculta sus evidentes fallas familiares, es llanamente “un tigre” –“tíguere”, como decimos en la República Dominicana- que había comandado “a un grupo de Tigres”, según las palabras de Rubi. Y los entrenamientos de boxeo marcarán para siempre su existencia. Dondequiera que viviera instalaría un ring de boxeo. En San Lázaro, en 1928, en la casa matrimonial con Flor de Oro Trujillo, en 1932, en su casa de París, casado con Doris Duke y, así, sucesivamente, hasta su quinto matrimonio y el último día de su vida al lado de Odile Rodín.

## La “Primera Vez” de Rubirosa

La reconstrucción detallada de la vida de Rubirosa desde la niñez hasta la adolescencia es dificultosa en tanto él en sus memorias dosifica los pormenores y ninguno de sus compañeros de Le Ecole Pascal se refirió en público a esos años. Sus familiares, los cercanos y los lejanos, aportaron apenas algunas pinceladas. El doctor Manuel Pastoriza, cercano al entorno familiar, estudiante de Medicina de la Universidad de París, testimonió que veía frecuentemente al jovencito Rubirosa en grupos de amigos y amigas de la escuela. En su escrito Rubirosa se refiere comedidamente a sus compañeros y amigos y subyace su capacidad de seducir y retener, su don de líder que influye y la vez es influido. En sus años previos a la pubertad y durante parte de esta lo angustió la tradición de los padres dominicanos de imponerle a sus hijos el uso de pantalones cortos o “pantaloncitos” hasta aproximadamente los 15 años de edad. Entrados en la etapa de la pubertad era cuando se les autorizaba a llevar los pantalones largos. A Rubirosa, a sus 15 años de edad, los “pantaloncitos” les eran insoportables debido a las chanzas y las frases burlescas de parte de las hembras y los varones adolescentes en el París liberal. Al fin, en 1925, a sus 16 años de edad, Rubi pudo usar pantalones largos. Era, indudablemente, su pasaporte a la vida nocturna, a los bares, a los espectáculos mundanos parisinos.

Rubirosa es quien da la nota sui géneris del simbolismo de la sustitución de los pantalones cortos por los pantalones largos. Era como graduarse de mayorcito o de hombrecito. Y había que celebrarlo... y en grande. Fueron a centros nocturnos, bebieron, bailaron, “mujeriaron”, y el día se les vino encima. Al llegar a su casa, luego de su primera parranda formidable, sus padres le esperaron, desesperados, en la sala de la casa. Habían pasado la noche en vela. Rubirosa nos relata la atmósfera reinante, y recrea la ansiedad familiar ante la incertidumbre del jovenzuelo que ha pasado



Ana Ariza Almánzar



Pedro María Rubirosa



Ana Rubirosa Ariza



César Rubirosa Ariza

Arriba los padres de Porfirio Rubirosa. Abajo sus hermanos Ana (Anita) y César, quien solía identificarse ante las mujeres como «Porfirio Rubirosa». Los restos de la familia Rubirosa Ariza descansan en un panteón familiar en el cementerio de la avenida Máximo Gómez. Los restos de Rubi permanecen aún en París.





César, Anita y Porfirio Rubirosa antes de partir a Saint Thomas en 1914. Su padre, don Pedro María Rubirosa, fue designado cónsul allí.



Dos momentos contrastantes de la vida de Porfirio Rubirosa: el Rubi maduro de unos 50 años de edad y el Rubi niño, de unos 5 años de edad.



Rubirosa, en 1961, luego de la muerte a tiros de Trujillo Molina, al ser abordado por los periodistas en el aeropuerto de Nueva York. Aunque negó que su viaje fuera oficial, el propósito del mismo era gestionar el levantamiento de las sanciones económicas al régimen totalitario trujillista con el doctor Joaquín Balaguer de presidente y Ramfis Trujillo, hijo del tirano ultimado, tras el telón con el control militar de la nación.



El doctor Joaquín Balaguer, Presidente de la República, a la izquierda, habla con motivo de las honras fúnebres del tirano Trujillo Molina. Porfirio Rubirosa, a la derecha, detrás de un militar y de un señor, ambos con lentes oscuros, escucha atentamente. En esos momentos era el cabildero de Ramfis ante el gobierno de Estados Unidos.

Al lado del presidente Balaguer, con el quepis militar bajo su brazo izquierdo, el coronel Gilberto Sánchez Rubirosa (Pirulo), sobrino de Rubi, hijo de Ana Rubirosa, hermana del afamado chulo internacional.

la noche fuera de la casa. Quienes conocen de las normas rígidas familiares de República Dominicana para esa vez saben que o el padre o la madre o ambos debieron haberle castigado “ejemplarmente” pero él obvia entrar en detalles sobre los “castigos”.

Esos castigos incluían una “soberana pela” —con correa- o una “buena tabaná”, además de los boches subidos de tonos y la sentencia de “usted no vuelve a salir más en horas de la noche”, o la de “enciérrese en su cuarto y no me salga por mucho tiempo”.

Rubirosa recuerda aquella noche como la de su “iniciación”, refiriéndose a su primera vez con una mujer en la cama y a su primera gran parranda. Y —¿por qué no?- al primero de los grandes disgustos de sus padres.

“Pancho está un poco pálido, Jit sonrío con la sonrisa que los iniciados muestran a los neófitos, yo tengo el corazón que late, la sangre que hierve, una impaciencia deliciosa en todo el cuerpo. (...) La pista estaba llena de gente que baila el Charleston. No había que titubear. Nos lanzamos en esta agua reflejante de todas las promesas. Más de treinta años han pasado desde esa noche (apenas tenía 16 años de edad, en 1925. Nota mía. L:C.) y todavía veo esos labios húmedos sobre dientes tan blancos, esos ojos donde se alumbran luces, oigo sus risas que se unían al sonido estridente de las trompetas. Una mujer me pasó la mano por el cabello, bailé un “blu” mejilla con mejilla, con un cuerpo que se abandonaba. Luego se hizo de día, la calle, la luz de la mañana: eran las siete.”

“Desde media noche olvidé que yo soy un hijo sospechoso de la autoridad paterna. De golpe la angustia se apodera de mí: mi familia! Mi madre ha debido pasar la noche en lágrimas y oraciones. Mi padre, seguramente está furioso. Me detengo bastante para tocar el timbre de la puerta.”

“-Los señores están en la sala, me dijo ella.” (La del servicio. L.C.)

“-Ya! Ya se levantaron.”

---

\*«Tabaná» significa una fuerte pescozada.

“-No señor, no se han acostado.”

“Al ruido, la puerta de la sala se abre. Es mi padre. Tiene los ojos hundidos, no dice nada, sólo hace un gesto: me tiende los brazos. Corro a ellos, mis padres han pasado la noche llamando a la policía, la funeraria, por todas partes. Ellos temían lo peor, y vivieron horas penosas, mientras yo estaba en el paraíso. Así el niño que ha nacido en el dolor de la madre, no se convierte en hombre, sino cuando causa sufrimiento y tormentos a sus padres”.

Luego entra en consideraciones respecto a su naturaleza y el amor de los padres, que se viene a valorar ya en la madurez. Dice sospechar que desde aquella vez su padre lo sentenció como un “condenado al placer”.

Su padre es trasladado a Londres, Inglaterra, y decide inscribirlo en una pensión escolar de Calais, población francesa próxima a Londres, y es cuando realmente comienza la vida más que mundana de Rubirosa.

## **Compañero de Alí Khan**

En esta escuela y pensión Rubi tuvo de “compañero de pupitre” –el estudiante contiguo o a la derecha o a la izquierda con el que uno se compenetra- a alguien que en el curso de su vida hasta su muerte casi sería su doble y quien probablemente le habría informado sobre las artes del amante y las técnicas del Imsák, en el supuesto de que su larga duración y supresión de la eyaculación no fuera el efecto de una disfunción venida de una “papera” cuya fiebre le bajó hasta los testículos. Era Alí Khan, indú y posteriormente pakistaní (Pakistán se crea por un desprendimiento de La India), hijo de Sir Mohammed Shah Ibn Aga Alí, el gran señor o Khan, conocido como Aga Khan III, Jefe religioso de millones de musulmanes, con una riqueza fabulosa, y famoso criador de caballos de carrera. Alí apuntaba como su heredero religioso pero en vez de eso terminaría siendo, junto a Rubirosa, de los “playboy” más escandalosos y conoci-

dos de los años cuarentas y cincuentas. Las vidas de Alí y Rubi coincidieron fantásticamente, con la diferencia de que Alí uniría a su vida de amoríos rimbombantes —tuvo una hija con Rita Hayworth, estrella de Hollywood, codiciada por Rubirosa y todos los hombres— obsequios millonarios a sus amantes, y Rubirosa obtendría en su vida amorosa regalos millonarios de manos de sus esposas y amantes.

La madre de Alí era francesa, lo que explica los estudios de Alí en esta nación. Cuando Alí llegó a la adolescencia su padre lo envió a un médico árabe en El Cairo a recibir clases de sexualidad y allí aprendió el *Imsák*, técnica que se basa en concentrarse totalmente en la complacencia de la mujer a la vez que se retarda el espasmo o sencillamente se suprime.

Rubi y Alí fueron parranderos juveniles, amigos de juergas en París. Luego cada uno tomó su camino mundano. El dominicano Abelardo Piñeyro, quien amistó con Rubirosa en París en los años cincuentas y quien fue testigo de varios episodios o anécdotas, relata dos encuentros de Alí y Rubirosa en el restaurante Jimmy's de París que confirman la amistad estrecha de ambos. Una noche departían Jeanne Moreaux, Alí Khan y Bettina, una ex modelo que había hecho el traje de boda de la Hayworth cuando esta se casó precisamente con Alí, y que sería su última esposa. Rubirosa llegó al restaurante, se dirigió a la mesa de Alí y Bettina, tomó la mano de ella, echando a un lado la de Alí, sacó su pañuelo blanco, “le limpió” la mano y se la besó sonoramente. Piñeyro cuenta que su amigo dominicano, José Ricardo Feris Iglesias, que estaba junto a él en la barra del restaurante, comentó, evidentemente ignorando que Alí y Rubi habían sido “compañeros de pupitre”:

-Este mulatico nuestro saca un pañuelo, limpia y besa la mano de Bettina y en cierto modo se burla de un príncipe de sangre.

Piñeyro también refirió que una noche en el mismo Jimmy's se reunieron Rubirosa, Alí y los también playboy Decio Pignatary,

o «Baby» Pignatari, millonario brasileño, y Juanito Capurro, famoso polista uruguayo. Jean Rey, emocionado, dijo más o menos:

-Esta noche en mi negocio están reunidos los cuatro playboys más famosos del mundo.

Rubirosa se levantó presurosamente y le respondió:

-Jean Rey, ¡un momento!, eso es cierto, pero entre estos señores y yo hay una gran diferencia: mientras ellos le pagan a las mujeres, las mujeres me pagan a mí.

Nacido en 1910, Alí era un año más joven que Rubirosa. Por sus constantes escándalos amorosos su padre lo desheredó como jefe religioso traspasando la dignidad de Imán a Karim, el primer hijo que tuvo Alí con Joan, una inglesa a la que conquistó siendo aún la esposa de un parlamentario inglés. Al igual que Rubirosa -o, quizás, Rubirosa al igual que Alí- era obseso y tenaz con la presa femenina, se entregaba con furia romántica, la hacía el centro del mundo y de su vida, apuesto, automovilista profesional arriesgado, dueño de caballos de pura sangre, fiestero de largas parrandas, rodeado de numerosos amigos.... Moriría en 1958, a los 48 años de edad, en París, conduciendo un automóvil de carrera. En tanto, Rubirosa moriría en 1965, a los 56 años de edad, en París, conduciendo un Ferrari descapotable.

## **Descontrol del Adolescente Rubirosa**

Los reveses en los estudios y su inclinación a la “dolce vita” fueron tejiendo la red futura. El adolescente Rubirosa se descontrola y es poco lo que pueden hacer sus padres para retornarlo al redil. Llega a tal grado de indisciplina barruntada de juergas que lo juzgan “un caso perdido”, según la típica expresión dominicana. Los padres no saben “qué hacer con él”. Ni represalias, ni tácticas fructifican para frenarlo. La guerra doméstica ha estallado alrededor de este diablillo, de este adolescente travieso e irrefrenable que de sí mismo llega a escribir que “yo no creo que soy de naturaleza mala”... “el dolor de mi

familia me conmueve, y cargo con la responsabilidad de su angustia”. Reprueba dos veces el mismo curso, el último para egresar y pasar a la universidad. Rubi no entra en detalles sobre los episodios escabrosos intrafamiliares de los cuales se siente culpable. Los episodios pueden ser percibidos por sus familiares y, aún más, por los amigos del núcleo familiar central que como los Cuello Mainardi de Santiago tienen contacto una que otra vez con don “Pedrito” Rubirosa que en 1928 regresó a Santo Domingo y dejó a Rubi en París con la esperanza de que terminara sus estudios equivalentes al bachillerato dominicano. Pero ¡reprobó por tercera vez!... Sus padres, desalentados, le abandonaron a su suerte en París. Doña Carolina Mainardi, cuyo esposo, el doctor Leovigildo Cuello, era amigo de don Pedro Rubirosa, confirma en sus memorias las locuras de Rubi, como veremos a continuación.



## De Polizone Entre las Máquinas de un Barco

La República Dominicana fue ocupada por tropas de los Estados Unidos de Norteamérica en 1916, dos años después de que los Rubirosa Ariza salieran al exterior en misión diplomática. Las tropas estadounidenses salieron del país en 1924 al tiempo que se instalaba un gobierno constitucional presidido por el general Horacio Vásquez, quien a la altura del 1928 entró en un proceso de deterioro físico y político que cubrió su mandato como una sombra que más a la corta que a la larga desataría acontecimientos que parirían una nueva era política y social. Don Pedro Rubirosa previó los hechos y retornó a la República Dominicana. Como su hijo Rubi estaba a mediados de un año escolar, con dos reprobaciones consecutivas —mal estudiante y buen parrandero— le dejó en París a cargo de un tutor, quien resultó nada estricto. Como años antes, a Rubi el París nocturno le atrajo más que los libros, por lo que en julio de ese año fue reprobado por tercera vez.

“Cuando conoce de este tercer fracaso, del otro lado del Atlántico, el general Rubirosa entra en una santa cólera —cuenta Rubi—. Un telegrama llega a la mañana siguiente: “Ve a Burdeos. Reservación el 10 en el Carimare”.

Una vez “a bordo del Carimare” Rubi está loco “con el gozo del regreso a la tierra natal”. Y asegura que “la última noche la pasé en descubierta para ver nacer la estera blanca de los corales y la costa de la isla, frágil como una bruma. Por otra parte, todo se ha conjugado para no reducir la alegría del retorno. No desembarcamos en el puerto de Santo Domingo sino a la extremidad norte de la isla”.

Rubi mintió. Lo muy cierto es que sus padres al tener noticia del tercer fracaso en los estudios se negaron a enviarle dine-

ro a París. El adolescente Rubi tenía otra vocación incompatible con los estudios. Entonces se dedicó a diversas actividades para sobrevivir. Fue integrante de grupos de bailes, entre estos de gitanos. Bailó en las calles y en los centros nocturnos pero llegó un momento en que las puertas se le cerraron porque era marcadamente repentista, libre... Conminado por las circunstancias optó por regresar a la República Dominicana. Como carecía de recursos y su familia se negaba a auxiliarlo se coló de polizone en un barco –probablemente el Carimare-. El barco atracó en Puerto Plata, desembarcó –seguramente con la connivencia de algún marino mercante- y viajó en un automóvil a la ciudad de Santiago y no a la de Santo Domingo, como nos cuenta. Llegó a la casa de la familia Cuello Mainardi. El doctor Leovigildo Cuello, Leo, era amigo de don Pedro Rubirosa. Su esposa, Carolina Mainardi de Cuello, “Conina”, es quien le recibe y quien da los pormenores de la llegada de Rubi a su casa en 1928\*1.

En su libro *Vivencias*, publicado en octubre de 2000 por Editora Manatí, apenas días luego de su muerte, acontecida el 9 de ese mes y año, doña Conina da los detalles del encuentro. Ella tenía 22 años de edad\*2 cuando Rubi se presentó a su casa.

“Porfirio nunca quiso estudiar –rememoró en el 2000-. Sus padres le negaban ya la ayuda, porque era un disoluto, se pasaba la vida bailando, bailaba hasta con los gitanos y del baile sacaba el dinero para vivir”.

Cuenta que un día llamaron a la puerta de su casa y al abrir se encontró con Rubi, quien le preguntó por su esposo, el doctor Cuello.

“Está abajo trabajando en su consulta”, le respondió ella. Entonces Rubi le solicitó que le dijera a él que lo procuraba “el hijo de Pedrito Rubirosa”.

---

\*1Ella se confundió y nos habla del 1929. Rubi retornó al país a sus 19 años de edad, esto es, en 1928.

\*2Nació el 9 de marzo de 1906 en Santiago.

“Yo le dije a Leo que ahí había un joven sucio lleno de manchas de aceite de máquinas”.

Su esposo lo recibió y le preguntó qué hacía en Santiago. Entonces Rubirosa le explicó:

“Yo me quedé en París cuando mi papá y la familia vinieron a Santo Domingo. Yo no tengo de qué vivir, ya no tenía dónde bailar. Bailé hasta en la calle, me metí en un barco y vine entre las máquinas. Vine de polizonte.”

Le dieron ropa, se bañó y se vistió, y una vez ante los esposos les rogó:

“Que mi papá no lo sepa”.

Lo alojaron en la casa y luego llamaron a “Pedrito” Rubirosa y le comunicaron que allí estaba su hijo Rubi. El padre se sorprendió y le contaron lo que él había dicho. El padre se trasladó a Santiago y trajo con él a su hijo travieso.

Aunque doña Conina dice en sus memorias que su esposo llamó a “Pedrito Rubirosa” a San Francisco de Macorís, diversas referencias, además de la del propio Rubi, sitúan a la familia Rubirosa Ariza en la capital en el 1928. La Capital y Santiago eran los dos puntos centrales de las intrigas políticas dominantes para esos años.

La autora se queja de que durante los 31 años de la tiranía trujillista los Rubirosa Ariza nunca tuvieron un gesto de solidaridad ni de acercamiento hacia la familia Cuello-Mainardi, que tuvo que exiliarse en Puerto Rico por su militancia antitrujillista. Los Rubirosa Ariza pasaron a ser trujillistas al casarse Rubi con Flor de Oro Trujillo y esto marcó la diferencia y la distancia entre las dos familias.

Su regreso a Santo Domingo significó una “ruptura brutal” con “la vida”... (de París). Pero más allá del impacto emocional al abandonar el país donde había vivido por 13 años estaba la avasallante alegría del retorno a su tierra cuyo

apego le resultaba natural en razón de sus primeros cinco años de vida aquí y de la cultura portátil dominicana y la consiguiente influencia de sus padres que la mantenían viva con “una fuerza extraordinaria”.

“En mis regresos tardíos, mientras me fumaba el último cigarrillo de un condenado al placer, viendo levantarse el día gris y azul sobre París, yo soñaba con mis bosques nativos, con los caballos galopando en las playas bordeadas de cocoteros, el calor, la música de allá, con todo este exotismo maravilloso que ninguna de las locuras de las noches de Europa era capaz de reemplazar”.

Su relato del retorno, su ensoñación al regresar, lo retratan de cuerpo entero como un dominicano de acendrada mentalidad criolla a pesar de haber vivido 12 años en “la ciudad luz”. Como gran evocador, con un dulce encantamiento de vivir el pasado perfumado en el mismo presente, habla de su peregrinaje atravesando las ciudades cibañas, de las carreteras sin asfalto, del automóvil sacudiéndose y levantando el polvo del camino, de los grupos de niños que se aglomeran, lanzan gritos y agitan sombreros de paja al paso del automóvil.

“Ver pasar un automóvil es un espectáculo excepcional”, apunta.

Rubi, a sus 19 años de edad, trajo en la piel de su alma la marca de su vida cual caballo señalizado a hierro caliente. Había aprobado con notas sobresalientes sus primeros adiestramientos en la vida mundana de París. Recibiría un segundo adiestramiento en Santo Domingo.

## Rubirosa en el Ejército

La familia Rubirosa Ariza quedó próxima a la inopia al retornar a Santo Domingo. Los ajuares y otros bienes fueron retenidos en París como garantía de préstamos para solventar los estudios de César, Ana y Rubi en varios países de Europa. Don Pedro trató infructuosamente de revalidarse políticamente en el país pero los hechos políticos y sociales de ahora eran diferentes a los que acontecían cuando él partió 13 años antes. Una nueva generación\* de dominicanos había surgido y parte de su personal ocupaba los escenarios modificados. Por lo demás, el antiguo general de “conchoprimo” carecía de sustentación sólida en la capital. Don Pedro enfermó del corazón y murió en 1930 en San Francisco de Macorís.

A su retorno en 1928, Rubi se radicó en la capital en casa de su familia, en San Lázaro. Cerca de la iglesita del barrio instaló un ring de boxeo, vivía de las carteleras con boxeadores dominicanos reconocidos. Rubi ganó fama de boxeador, parrandero y valiente. Kid 22-22, Kid Gogo y otros famosos boxeadores de la época escenificaron peleas que dejaron ganancias con qué solventar sus asiduas visitas a los prostíbulos junto a sus singulares amigos venidos de los estratos más bajos de la sociedad.

Las veladas en su ring de boxeo se interrumpieron porque tuvo que acompañar a su padre enfermo a San Francisco de Macorís. Allá impartió clases de francés en un liceo, completó su bachillerato y formó parte de equipos de natación y

---

\*Ortega y Gasset plantea en su libro “El método de las generaciones” que aproximadamente cada 10 años surge una nueva generación.

de fútbol (Ver capítulo sobre sus actividades deportivas). Retornó a la capital e ingresó a la universidad de Santo Domingo a estudiar Derecho, con la ayuda y asistencia de su cuñado, el licenciado Gilberto Sánchez Lustrino, novio de su hermana, y quien tenía una posición económica holgada. Habiendo comenzado de barrendero en un banco, se graduó de Abogado, se relacionó con el comercio importador, ganó prestigio profesional y mucho dinero. Rubirosa tenía 21 años de edad, su padre había muerto, la madre sufría de presión alta, y la familia se desenvolvía con estrecheces económicas. Sus estudios de Derecho sólo tenían una razón: se lo había prometido al papá en su lecho de enfermo.

El licenciado Sánchez Lustrino se casó con Ana Rubirosa, hermana de Rubi, y él pasó a vivir a la casa del nuevo matrimonio. De hecho el abogado Sánchez Lustrino se hizo cargo de la familia Rubirosa. Rubi dispuso de su vida a su antojo. Una tarde coincidió en el Country Club con el incipiente dictador Trujillo Molina, quien había sido amigo de su papá y hacía esfuerzos por incorporar a su ejército a jóvenes de niveles culturales medianos y superiores. Su ejército carecía de aceptación en la alta clase y se componía de casi analfabetos de los campos y zonas suburbanas. El general Trujillo Molina observó con interés a Rubirosa y sus amigos. Rubirosa captó su atención por su porte y modo de conducirse. Hizo que este se presentara ante él. Luego de un conversatorio en el que salió a relucir que era hijo de su difunto amigo don Pedro Rubirosa y su condición de estudiante de Derecho, el gobernante le propuso ingresar al ejército como oficial y él aceptó. Otros de sus amigos tomaron el mismo camino. Días después Rubirosa sufriría un revés al presentarse vestido de militar a su casa, la de los esposos Sánchez-Rubirosa. Como la generalidad de los profesionales, el abogado Sánchez Lustrino tenía pobre opinión del general Trujillo Molina y de su ejército. Al ver a Rubi uniformado de ropa kaki militar

reaccionó contrariado y le dijo que él no aceptaba a ningún militar en su casa. Como Rubi era buen nadador en corrientes contrarias, dijo que seguiría de militar y se marchó a vivir al cuartel. Desde muy joven, pues, había aprendido a hacer lo que creía que debía y quería hacer, y no otra cosa.

Por lo demás, ese ingreso a la vida militar daría un giro de 180 grados a su derrotero.

Rubirosa era un joven popular en la parte baja de la ciudad. Sus relaciones eran vastas a todos los niveles. El Listín Diario destacó con su nombre en el titular un accidente de automóvil en el que resultó herido en mayo de 1932.

# **Su Primera Gran Seducción: Flor de Oro Trujillo**

---

## **Amor a Primera Vista**

Flor de Oro Trujillo Ledesma nació el miércoles 7 de julio de 1915, en San Cristóbal, República Dominicana, hija del entonces guardacampestre del ingenio de Boca Chica, Rafael Leonidas Trujillo Molina y de la campesina Aminta Ledesma. Antes que ella, había nacido Genoveva. Afectada por una de las enfermedades que para principios del siglo XX diezaban a la población infantil del país, su estado empeoró una noche de lluvia torrencial. Trujillo Molina luchó con tesón por cruzar el río Nizao, crecido y desbordado, hasta que lo logró; contactó a un médico y, valiéndose de una barcaza, lo cruzaron cuando ya era tarde: Genoveva había muerto. Un Rafael Leonidas Trujillo Molina quejoso y adolorido juró que alguna vez habría de construir un puente sobre ese río. Efectivamente, al llegar al poder en 1930 construyó sobre el Nizao el puente Lucas Díaz.

Flor de Oro, que en lengua taina se dice “Anacaona”, nombre de la excelsa y famosa reina taina del cacicazgo de Jaragua, quedaría así como primogénita mimada. Desde que en 1918 Trujillo Molina se alistó en las fuerzas de ocupación de los Estados Unidos, concentró todos sus esfuerzos y voluntad a la vida militar y así es como sólo de vez en vez aparecía por la casita de madera con techo de yagua que lloraba goteras de lluvia. Aminta Ledesma quedó fuera de sus planes de ascenso social, militar y político y por eso él entabló divorcio en julio de 1924 y lo obtuvo en septiembre de 1925, pero el juez le concedió a Aminta la guarda de Flor de Oro, que tenía 10 años de edad. Pero no. El papá, una vez Presidente de la República desde mayo de 1930,



la atrajo hacia sí y la envió en septiembre de ese año a estudiar a París, Francia, al colegio femenino Bouffemont.

Un año y 11 meses después, en agosto de 1932, a sus 17 años, retornó al país a pasar las vacaciones de su colegio. El padre le organizó un recibimiento digno de la “primogénita” del Presidente. Acudió al puerto de Santo Domingo a la cabeza de una nutrida comitiva oficial compuesta por altos funcionarios, automóviles, entre estos un Packard –un automóvil era un lujo, y este era de lujo-, altos y medianos oficiales, entre estos sus edecanes. Un edecán, con dominio del francés, el segundo teniente Porfirio Rubirosa Ariza, ya restablecido de un accidente automovilístico que casi le cuesta la rótula derecha, ocurrido el domingo 22 de mayo de este 1932, recibió instrucciones de hacerse cargo del equipaje y de los trámites aduanales de Flor de Oro Trujillo. Tan pronto el buque arribó al puerto de Santo Domingo, la primogénita asomó sonriente y avanzó a abrazar y a besar a su feliz padre, pero al propio tiempo sus ojos se posaron sobre los ojos del joven edecán, de 23 años, que se distinguía de los demás por el impecable uniforme que resaltaba sus brazos y ángulos musculosos -era “pesista” y boxeador-. Había avanzado detrás del Presidente a cumplir su cometido. Flor de Oro quedó impregnada de “cierto aire” de su personalidad que lo hacía “distinto” de los demás edecanes, según contaría.

“Desde el primer momento fue un amor a primera vista” rememoraría 44 años después en un recuento de su vida (que aún permanece inédito. 2001).

El padre feliz organizó una fiesta, un baile despampanante de bienvenida. Como ella provenía de la pobreza, la pobreza de Trujillo Molina, y sus amigos y amigas eran muchachos pobres de San Cristóbal, y dado que había estado ausente casi dos años, su padre y la Primera Dama Bienvenida Ricardo se ocuparon de las invitaciones. Entre las invitadas estuvo Lina Lovatón, su compañera de estudios y de un equipo de volibol en la escuela, hija de un político amigo del ahora Presidente Trujillo Molina y quien a la vuelta de 5 años la hará su amante y tendrán dos hijos. Lo más granado de la

sociedad y del gobierno estuvieron en el baile. Y Porfirio Rubirosa también, “quien todo el tiempo estuvo de pie detrás de mi padre y no tuvimos oportunidad de hablar”\*, cuenta ella en sus memorias.

Trujillo Molina decidió días después ir a vivir a la casa campestre de San José de las Matas y desde aquel punto estratégico del Cibao vigilar y dominar la región en aquellos momentos de comenante del ejercicio presidencial. Instó a Flor de Oro a ir a vivir con él allá y ella se hizo acompañar de Lina Lovatón...porque “yo no me podía imaginar sola con mi papá y mi madrastra en esa jungla”. Todos los días ellas montaban a caballo escoltadas por militares “pero entre ellos nunca estuvo Rubi. Yo no se lo había mencionado a mi padre pero él parecía intuir mi interés por el teniente Rubirosa”.

De su parte Rubirosa nos cuenta en sus “memorias” que él fue al puerto de Santo Domingo de edecán del Presidente y que al ver a Flor de Oro por primera vez le pareció “encantadora, con ojos soñadores y pelo de un negro de noche”.

(...) “Al día siguiente estoy de servicio en el Palacio, cuando Trujillo me hace llamar: quiere presentarme a su hija”.

“-Ella conoce a París como usted, me dice él”.

“Entro en conversación con la señorita Trujillo”.

Y hablaron de trivialidades parisinas, pero el encuentro provocó comentarios y celos en el círculo íntimo del Presidente.

Flor de Oro cuidaba de las flores del jardín en la casa campestre presidencial de San José de las Matas “y sueña bajo su sombrilla”, dice Rubirosa. Ella y su padre paseaban a caballo. “Él la rodea de mucha ternura, la ayuda a subirse en la silla, se mantiene a su lado, se preocupa por su estado”.

---

\*Todas las citas de Flor de Oro Trujillo corresponden a sus memorias publicadas en la Revista Look de 1962 y a sus memorias posteriores aún inéditas.

## Un Beso “Robado” y Dos Confinamientos

Poco a poco Flor de Oro y Rubirosa acortan la distancia. Se encuentran y hablan a menudo en francés. Se solazan en los recuerdos y en sus risas y miradas. Están definitivamente enamorados.

Rubirosa nos cuenta: “Tengo bastante prudencia para guardar mis distancias”, pero la madrastra está atenta y encelada por el trato que Trujillo Molina dispensa a la jovencita. Aprovechó el evidente enamoramiento de ella y la confianza excesiva que dispensaba al teniente Rubirosa, para “empañar un poco la imagen que Trujillo tiene de su hija”. Y entonces “explota el trueno”: el jefe del cuerpo de ayudantes militares, el coronel Pedro María (Piro) Estrella, le comunica que por orden presidencial queda confinado a la Fortaleza de San Francisco de Macorís.

“Deberá dejar al instante la residencia veraniega y presentarse inmediatamente y sin tardanza a su nuevo comandante”, ordena Piro Estrella.

Hablando una mentira acomodaticia Rubirosa cuenta que cuando recogía sus pertenencias se le acercó “Vegetal”, un niño protegido de la familia, y le entregó un papel con un mensaje de Flor de Oro en el que le decía que se había enterado de su traslado, que está afligida y que espera volver a verlo\*. Todo lo contrario: fue Rubirosa quien le envió una nota con el militar chofer de su madrastra, primera dama Ricardo. “Un día -rememora Flor de Oro- el chofer de mi madrastra me dejó resbalar una nota clandestina de Rubi en la que me informa que sorpresivamente había sido trasladado a la Fortaleza de San Francisco de Macorís y yo me pregunté ¿Cuándo nos volveremos a ver?” El mensaje entregado a ella por el sargento Peralta decía así: “Querida he sido transferido a San Francisco de Macorís. Por favor, trata de localizarme allí”.

Rubirosa hace la del buen ángel inocente que en vez de acaparar y sonsacar a la hija del Presidente, de 17 años de edad, es

---

\*Será una constante en Rubirosa atribuir las iniciativas a sus mujeres.

ella la que vive atenta a él y la que toma las iniciativas. A sus 23 años Rubirosa había vivido intensamente y aunque se había enamorado de Flor de Oro carecía del ensimismamiento y de los ensueños platónicos de un imberbe principiante del amor. Ocultó a los lectores de sus memorias y a quienes posteriormente trataran de hurgar en su peculiar vida, que el Presidente y la madrastra tenían informes suficientes de este idilio estimulado, procurado y acelerado por el gandido Rubirosa.

Había acontecido que una tarde, al filo de las seis, él, a caballo, seguía a Flor de Oro, quien paseaba también a caballo sin militares ni chaperonas por los caminos del entorno de la casa.

“Todas las tardes yo montaba a caballo y pasaba por las barracas donde estaban los militares y entre ellos Rubi. Una de las tardes yo noté que Porfirio venía detrás de mí en otro caballo y me paré y me desmonté del caballo mío. Rubi hizo lo mismo y me besó apasionadamente. Se volvió a montar en su caballo y volvió de nuevo a sus cuarteles. Al otro día yo pensé que mis paseos a caballo iban a ser más encantadores porque me iba a encontrar con Rubi. Pero esa vez fue imposible. Estaba muy desencantada. A las cinco de la tarde me encontré con el sargento Peralta que me pasó un mensaje de Rubi”.

## **Amores Escondidos**

Por encima de la enorme muralla de las prohibiciones y las vigilancias estrechas, ellos volverán a encontrarse días después del confinamiento, esta vez en una fiesta en Santiago en honor a ella. Su amiga Lina Lovatón la instó a invitar a Rubi, y entonces ella lo llamó por teléfono a la Fortaleza. Rubi y Flor de Oro coincidieron en la versión, pero es Rubi quien nos da detalles de la llamada:

“-Teniente le llaman por teléfono.”

“Es Flor. Su voz un poco ahogada me llega como la más dulce de las músicas”.

“-El sábado próximo dan un baile en mi honor, y yo quisiera verlo”.

“-¿A qué hora es ese baile?”.

“A las cinco. Venga, venga se lo ruego”<sup>\*1</sup>.

“-Haré todo lo posible”.

Por la estrechísima vigilancia, dispuesta por el dictador, tiene que ser hermético y administrarse con encubrimiento. Inventó una historia de amigdalitis y fiebre y solicitó permiso para ir donde “el doctor Grullón” a Santiago, especialista en enfermedades de la garganta. Y firmó una petición de «permiso médico» y le fue concedido. Aproximadamente a las cinco de la tarde estaba en Santiago. “Lo vi por primera vez en un café de la plaza –cuenta ella-. Luego en la fiesta bailaba yo con los oficiales del pueblo y con los hijos del gobernador cuando Rubi se presentó a nuestra mesa. Al otro día por la tarde Rubi llamó urgentemente a Lina y nos invitó a una retreta en el parque. Franqueada por chaperonas dimos unas cuantas vueltas mientras la banda tocaba su música. Al día siguiente mi madrastra me llamó para advertirme que mi padre estaba furioso por mi comportamiento. Él lo sabía todo, y a Lina le ordenaron hacer su maleta y marcharse de inmediato para su casa y a mí me encerraron por muchos días en una habitación”<sup>\*2</sup>.

Un día Flor de Oro escuchó a su madrastra preguntarle a su padre en qué había consistido el “pecado” de Flor de Oro. Trujillo Molina respondió:

-Haberse mezclado con un teniente bueno para nada.”

## **Le Dan de Baja Y...**

Al regresar a la Fortaleza de San Francisco de Macorís, a Rubirosa lo esperaron con “la baja”<sup>\*3</sup>. Rubi se lo hizo saber a Flor de Oro a través de un oficial.

En sus “memorias” él detalla pormenores de la fiesta. Baila-

---

\*1¿“Se lo ruego”?

\*2Hasta 1965 en familias tradicionales dominicanas era frecuente encerrar en una habitación a las jóvenes que “daban amores” sin consentimiento ni aceptación de los padres.

\*3En el argot militar dominicano se le llama así al despido de un militar.

ron, rieron, disfrutaron a sus anchas ante los ojos sorprendidos de los asistentes. Habían olvidado rígidas reglas como la de sólo bailar con los que se inscribían previamente en el Carnet de Baile. Para rematar, salieron al parque a caminar. Era de noche. Una chaperona seguía de cerca a la pareja. Todo esto habría de provocar, como antes, la furia descontrolada del tirano: y quedaría marcada la tendencia de Rubirosa a borrar las señales de peligro así como olvidar posteriormente, mediante la disipación festiva, los momentos negativos, sin importar su intensidad.

Cuenta él que Trujillo Molina le ordenó a la hija presentarse a su despacho, pero que ella optó por quedarse en su habitación. El Presidente trató de derribar la puerta mientras le gritaba. (?). De repente se calmó, pensó en el causante de estas angustias, ordenó su cancelación inmediata y, un poco más tarde, su eliminación física.

A Rubirosa le acompañó hasta la puerta de salida de la fortaleza el teniente Amable Castillo, su amigo, probablemente emparentado con quien luego sería el coronel Manuel Emilio Castillo, de quien Rubi había sido «ayudante mecanógrafo». Poco después de que llegara a casa de su abuela, se presentó el teniente Castillo para informarle que el Presidente había llamado por teléfono “al coronel Fernández” y que le habría dado instrucciones para que procediera drásticamente en su contra. Rubirosa fumó con avidez, se armó de un revolver, huyó a caballo y se escondió en una finca a unos diez kilómetros de allí.

En su soledad se desvivía por el amor de Flor de Oro. Y ella, a su vez, encerrada en una habitación, por el de él. Estaban comunicados a través de sus intensos sentimientos en el fragor de la incertidumbre. Transcurrió una semana, que para él, espíritu intranquilo, aventurero, parrandero y arriesgado, equivalía a un año. Su tendencia a asesinar a la soledad lo llevó a ponerle fin a su “aburrimiento”\*. Y montó en su caballo y llegó a la casa de la abuela,

---

\*Es una palabra que usa frecuentemente en sus memorias.

donde encontró a doña Ana Ariza viuda Rubirosa, su madre, quien había viajado urgentemente desde su casa en la capital, la de tres pisos de la esquina formada por las calles Arzobispo Meriño y Emiliano Tejera. Rubirosa se enteró de que al otro día de su partida se habían presentado a la casa de la abuela tres militares de civil en un automóvil y que habían preguntado por él. Tenían caras de malos amigos.

De su parte Flor de Oro dice que su padre le “sermoneaba” diariamente por su comportamiento con Rubi. “Rubi es un sinvergüenza”, le decía. Sin embargo, los impedimentos eran un acicate para los enamorados. No cejaban. Se comunicaban por diversos canales. Varias cartas fueron interceptadas por el Presidente. El gobierno estuvo paralizado durante aquellos días, asegura Rubirosa. El dictador no firmaba ni ordenaba nada. Daba vueltas en su oficina de trabajo, estaba furioso e intratable. “A los militares que me traían correspondencia de Rubi no los volvía a ver”. Y en una ocasión ella vio al sargento Peralta amarrado de un árbol mientras Trujillo Molina lo zarandeaba halándolo por la corbata. Le encarneció, imprecó y humilló porque en su condición de chofer de la primera dama y amigo de Rubi había servido de correos entregándole a Flor de Oro un papel con un mensaje escrito por Rubirosa.

Cuenta ella que “contrario a la opinión de mi padre yo consideraba a Rubi un galán muy interesante” (...) “me mantuvieron encerrada y sólo podía abrir la puerta para recibir la comida. Se me agrió el carácter y entonces entré en una especie de limbo. Mi padre dejó de regañarme aunque me mantenía incomunicada”.

Realmente Flor de Oro había respondido a la represión de su padre negándose a comer. Le mandaba a decir que lo único que deseaba era casarse con el hombre que quería: Rubi.

Durante esta crisis personal el dictador proclamaba airadamente que el teniente Rubirosa había traicionado su confianza. Ordenó entonces un informe sobre su pasado y su comportamiento en las Fuerzas Armadas. Uno de estos informes, el del coronel Castillo, a cuyas órdenes había estado Rubi como «ayudante mecanógrafo», fue determinante para la finalización de la crisis. Dio buenas referencias del ahora ex oficial.

## Matrimonio Rubirosa y Flor de Oro

“El primer exilio que me impuso mi padre terminó tan repentinamente como empezó. Como en el limbo, me enteré que estaba comprometida con Rubi y que debía salir de inmediato para la capital”. Trujillo Molina había ordenado que se casaran “inmediatamente”. La orden dictatorial para “resolver” un via crucis pasional fue tomada en el curso de una reunión con la madre de Rubi, doña Ana Ariza viuda Rubirosa, en la casa campestre de San José de las Matas. Trujillo Molina estimaba y distinguía al fenecido Pedro María Rubirosa porque cuándo él era un don nadie aquel hombre prominente de la zona, le acogió con respeto y distinción. Su relación fue de tal confianza que, al decir de Rubi, Trujillo Molina le había propuesto la Presidencia de la República a don Pedro María Rubirosa semanas antes del 23 de febrero de 1930 (cuando estalló el movimiento “cívico” que fue como se bautizó el Golpe de Estado sui generis, mediante un ardid de revolución, que depuso al Presidente Horacio Vásquez y que llevó a Trujillo Molina al poder). Doña Ana había solicitado la entrevista a fin de dilucidar “el problema de su hijo”, pero principalmente para que se le explicara qué había de malo en que un Rubirosa fijara su vista en una hija de un Trujillo Molina. Luego de escucharla en silencio durante bastante tiempo el dictador golpeó duramente en el escritorio y anunció que la solución era que se casaran.

Como se estilaba para esa vez, en una sociedad de gran influencia tradicional española, Flor de Oro y Rubi se “comprometieron”, lo que consistió en un encuentro familiar durante el cual los novios se entregaron anillos de compromiso el uno al otro. Según la tradición social, cada uno habría de usarlo en el



dedo anular derecho como prueba de su estado de compromiso matrimonial. Implicó también que el novio quedó autorizado a verla todas o algunas de las tardes o noches, según se conviniera, por una o dos horas hasta que llegara el día de las bodas.

Aún a la distancia de 69 años aquella fue una decisión drástica al estilo típico del mando trujillista no sólo por inconsulta sino porque los novios se habían conocido y tratado en pocas ocasiones. Se conocían apenas a través de sus miradas, conversaciones efímeras, los escauceos en el baile y un beso furtivo, a escondidas y tan rápidamente que les habría parecido haberlo soñado. Apenas se inspeccionaban dentro de la ensoñación de un amor que por lo demás iba enmarcado por la rigidez, la vigilancia y los riesgos. Dado el desarrollo de los hechos -Trujillo Molina siempre se excedió y actuó a exceso de velocidad- Flor de Oro y Rubirosa juzgaron, como suele ocurrir con casos parecidos, que el matrimonio era la solución menos dolorosa. Ya comprometidos, se abocaron entusiasmados a preparar sus bodas. Pero no. Trujillo Molina asumiría el control casi pleno del ceremonial, las invitaciones, la fiesta. etc. Y por eso aquello no fue una ceremonia cualquiera. Fue la boda de la única hija del generalísimo y, por lo tanto, hizo historia.

## **Una Boda Despampanante**

Bajo los acordes de la Banda Municipal de Música de Santiago, la ceremonia se inició a las 4 y 30 de la tarde, aunque se había anunciado para las 3, el sábado 3 de diciembre de ese 1932 en San José de las Matas. La ceremonia civil y la religiosa se efectuaron el mismo día 3 en San José de las Matas. La ceremonia civil fue iniciada con la lectura del acta matrimonial de parte del regidor del ayuntamiento de la capital, don Alejandro Amable Nadal, a requerimiento del oficial civil. La ceremonia católica se desarrolló en la iglesia de San José de las Matas y la consagración de la boda estuvo a cargo de monseñor Adolfo Alejandro Nouel, ex presidente de la República, Conde Romano, Asistente del Solio Pontificio. Una reseña noticiosa de primera

# PACKARD

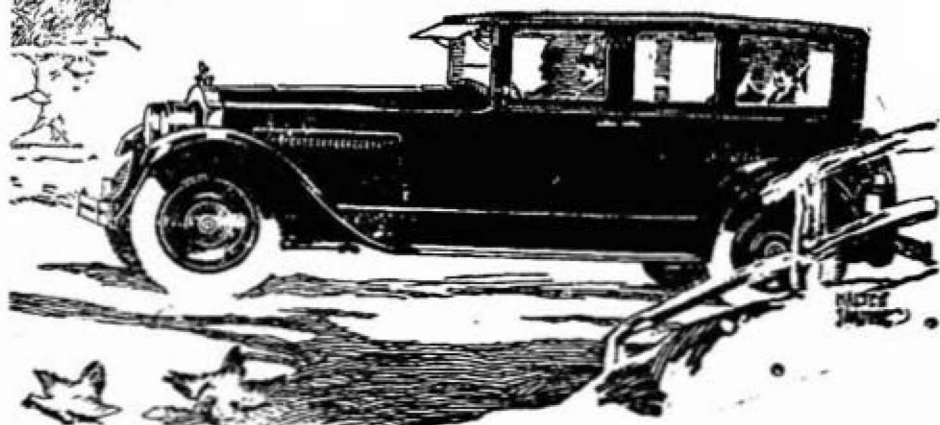
**L**AS personas que poseen coches Packard son las más distinguidas de la sociedad. Esparcidas por el mundo entero forman un grupo que es probablemente supremo en el conocimiento y apreciación de los lujos de la vida.

Las alabanzas de tales personas son, claro está, inestimables. El que las recibe las merece y la compañía Packard se enorgullece del honor que tales personas le hacen al preferir sus coches a todos los demás.

M. ALFARO REYES

San Pedro de Macoris, R. D.

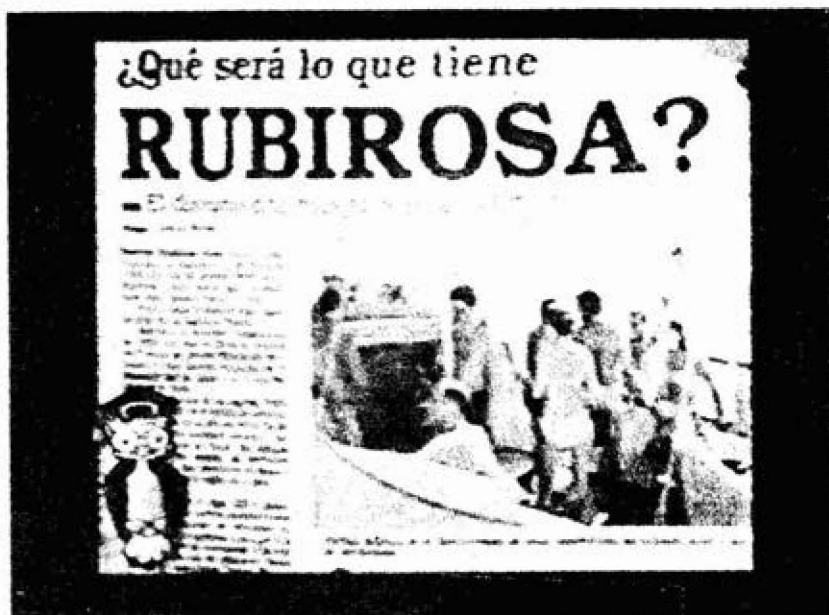
Apartado No. 40.



Anuncio publicado en el Listín Diario en los años treinta. El Packard era un vehículo de lujo preferido por Trujillo. Uno semejante a este obsequió el 3 de diciembre de 1932 a Flor de Oro Trujillo y Porfirio Rubirosa con motivo de sus bodas.



El médico francés, profesor George Marión, quien operó al dictador Trujillo Molina de la próstata a principios de los años treinta, posa con dos pescados a bordo de una pequeña embarcación. Rubirosa -vestido de militar- fue encargado por el dictador de atender al reputado urólogo.



Esa era "la pregunta del millón". Aún muchos se preguntan qué era "lo que tenía ese tipo", que gustaba tanto...



Porfirio Rubirosa, a los 23 años de edad, y Flor de Oro Trujillo, a los 17 años, el 3 de diciembre de 1932 al contraer matrimonio en San José de las Matas, donde estuvo provisoriamente la sede del gobierno dominicano presidido por el generalísimo Trujillo Molina.



Flor de Oro Trujillo en un retrato al óleo que se conserva en Nueva York.



Flor de Oro Trujillo, la primera conquista, el primer gran salto de gladiador romántico y sexual de Porfirio Rubirosa. Personas entradas en edad dicen recordar a Flor de Oro como una joven que aunque no era bella tenía un atractivo físico propio del mulataje nativo.

página del Listín Diario del 5 de diciembre de 1932 informó que los padrinos fueron “el jefe de la Nación, Gral. Trujillo y la Primera Dama, Sra. Bienvenida Ricardo de Trujillo, y por el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos, F.H. Arthur Schoenfeld y su distinguida y gentil esposa Schoenfeld”.

Es el caso que Porfirio Rubirosa incurre otra vez en error en sus memorias: “Me casé primeramente en la Catedral de la Capital (...). Al día siguiente se celebró la ceremonia civil en el pueblecito que queda en los bajos de la residencia de verano”.

Según una escueta noticia publicada el 3 de diciembre por el Listín Diario en su primera página, el día anterior, el 2, Rubi había viajado a San José de las Matas en un avión militar “Bellanca” para la ceremonia del día siguiente. (Ver Anexos al final).

Jovencitas y jovencitos entusiastas de la comunidad adornaron el entorno exterior para el acto ceremonial religioso y civil. Hay quienes rememoran aún (año 2001) el bello arco bajo el cual pasaron los novios y la gran cantidad de flores y rosas en el mismo y en sus alrededores. Un camión “lleno de flores” había sido enviado desde Santiago.

Asistieron los principales funcionarios del gobierno y su respectiva esposa, los miembros del cuerpo diplomático y su esposa, la “élite social y aristocrática”, altos y medianos oficiales, legisladores, hacendados, “industriales”, banqueros, comerciantes, periodistas, amigos personales, familiares de los esposados. En fin, fue una concurrida ceremonia sin par. “Los regalos llenaron una habitación”, cuenta Flor de Oro Trujillo en sus memorias. Le regalaron ¡10,000! pares de aretes, anillos con diamantes “que no se podían contar”, 30 relojes, ajuares de la casa y cuantos objetos eran necesarios para una vivienda. Su papá les regaló un automóvil –probablemente un Packard amarillo- con las iniciales de los contrayentes en oro en las puertas, y 50,000 pesos, equivalentes a dólares, depositados en una cuenta bancaria que sólo podían retirarlos con la firma de Trujillo Molina.

Desde un día antes los altos funcionarios públicos y militares importantes comenzaron a llegar para la boda. Durante cuatro días

el Listín Diario informó de estos viajes hacia y desde San José de las Matas. La ceremonia fue descrita melcochosamente por el Listín Diario. Aunque sabemos hoy día que imperaba el estilo laudatorio y ampuloso en las noticias de sociales, en este caso ese periódico tenía que “besarle los pies” al dictador en razón de que él lo tenía sometido a intensas presiones para que claudicara totalmente.

En las reseñas periodísticas de aquel fasto se omitió a Aminta Ledesma, Madre de Flor de Oro, y a Ana Ariza viuda Rubirosa, madre de Rubi. Se sabe por boca de Flor de Oro que Aminta no fue invitada a la ceremonia nupcial, pero ni ella ni Porfirio informan en sus memorias sobre doña Ana. Tres preguntas flotan: ¿Acaso doña Ana se había excedido en su “diatriba” –palabra de Rubi- al generalísimo sobre los amoríos prohibidos y la consiguiente cancelación y persecución de su hijo? ¿Acaso convinieron los novios en que doña Ana se abstuviera de ir a fin de que no se notara el impedimento de asistencia impuesto a Aminta?. ¿Acaso doña Ana juzgó prudente abstenerse? En fin, no hay constancia de que se presentara a la ceremonia. Lo que se estilaba para esa vez era que el padre de la novia fuera el Padrino y la madre del novio la Madrina. Pero no. Sólo se consignó el nombre del cuñado de Rubi, el mismo que había exigido a Rubi mudarse de su casa porque no consentía a ningún militar allí, el abogado Gilberto Sánchez Lustrino, esposo de Ana Rubirosa, hermana de Rubi. Flor de Oro cuenta que su madre la esperó en la capital en la casita de caoba contigua al Palacio de Gobierno, en la que esa noche se alojaron los esposados. Dado que San José de las Matas está a más de 200 kilómetros de la capital y que las carreteras imposibilitaban viajes a gran velocidad, es muy probable que regresaran a la capital en un avión militar, quizás el “Bellanca”, piloteado por el mayor Aníbal Vallejo Sosa, Jefe de Aviación del Ejército (con quien había viajado Porfirio Rubirosa a San José de las Matas, el día antes del matrimonio).

Varios “poetas” y alabarderos de la incipiente tiranía declamaron poemas “de su propio peculio”, como decía la gente simple del pueblo y que hoy expresamos como “de su propia

inspiración”. César Tolentino Rojas y Juan Goico Alix se destacaron del conjunto. El poema de Tolentino fue el que más gustó a Flor de Oro. El de Goico Alix se publicó el domingo 11 de diciembre de ese 1932 en la sección literaria del Listín Diario. Curiosamente tiene fecha del 2 de noviembre, 30 días antes de la boda:

## Las Bodas de Flor de Oro

Para mi amigo Porfirio Rubirosa,  
Afectuosamente,

Se me escapó del alma el ave de un poema,  
se fue sobre las aguas procelosas del mar,  
traspuso las montañas y así como una gema,  
fue a posarse en tu mano olorosa a azahar.  
Fatigada del vuelo, vio la rica diadema  
que corona tu frente y en ella fue a posar,  
e inspirada de súbito en el sonoro tema  
de los pinos altivos, allí rompió a cantar.  
Oh! La divina música que amenizó tu boda!  
La noche era lo mismo que una inmensa pagoda,  
la sabana una alfombra, un órgano el pinar;  
luces de las estrellas, el mismo Dios que oficia,  
mientras como un incienso la brisa te acaricia  
y la Dicha recoge tu camino al pasar.

2 de noviembre de 1932.



## Bienestar..y Amarguras

Trujillo Molina había previsto sacar del país a los jóvenes esposos. Días antes del matrimonio designó a Rubirosa Secretario de Primera Clase de la Legación Dominicana en Londres, Inglaterra. En las crónicas sociales de los días 2, 3 y siguientes se hace consignar que el contrayente ostenta esa posición. Rubirosa rechazó la designación y entonces fue nombrado “subsecretario de Relaciones Exteriores”. En abril de 1933 sería designado Subsecretario de la Presidencia. Familiares de Rubirosa fueron beneficiados con diversos cargos.

La pareja vivía una “vida placentera” en su “chalet de caoba” en los jardines de la mansión presidencial. Tenían a su cargo entretener a los visitantes extranjeros. En 1933 llegó una delegación haitiana que ellos atendieron con esmero y fueron ampliamente elogiados por la prensa de Haití. Los llamaron los “mejores vestidos”, la pareja “más popular” de Santo Domingo y los “más educados”...pero no mencionaron a Trujillo Molina. A partir de ahí el ya dictador cambió bruscamente hacia ellos en razón de que no consentía que alguien —aún sus familiares— fueran elogiados antes que a él ni más que a él. Los jóvenes tuvieron que mudarse a una casa que les fue construida en la carretera hacia San Cristóbal, actualmente a la altura del kilómetro 10, que es hoy el local del Instituto Nacional de Formación Agraria y Sindical, INFAS. Vivieron allí como seres privilegiados. Discurrieron suavemente sobre un colchón de comodidades y facilidades.

Rubirosa aprendió temprano esta significativa lección: a qué sabe casarse con una mujer que gracias a ella te lo dan todo y un poco más, o que sencillamente ella te lo da todo y un poco más.

Rubirosa tenía a su servicio un sirviente –un “valet”, a la francesa-, un masajista y un boxeador privado –“un pugilista residente”-, nada menos que Kid Go-Go, uno de sus estelares púgiles del cuadrilátero de San Lázaro que en 1928 él construyó y regenteó. Esta vez el ring se instaló en una habitación de la casa. Flor de Oro tenía dos sirvientas y un sirviente. De modo que en la casa habían seis personas para atender a una jovencita de 18 años y a un joven de 24 años.

De lunes a viernes almorzaban con Trujillo Molina, quien había retornado a la capital. Pocas veces les dirigía la palabra. Había quedado profundamente herido en su egolatría por los elogios que la prensa haitiana les dispensó a su hija y al yerno.

Rubirosa fue cancelado por sus constantes parrandas y líos públicos. La pareja gustaba de la buena vida y de los gastos excesivos por lo que rápidamente confrontaron estrecheces económicas.

Rubirosa fue reintegrado al ejército con rango de Capitán pero sin funciones militares.

## **La Draga y un Triángulo Amoroso**

La pareja optó por incursionar en los negocios con los 50 mil pesos de la “dote” que les depositó Trujillo Molina sujeta a su firma. Lo convencieron a pesar de que el dictador puso objeciones al hecho de que intentaran comprar una draga usada para las excavaciones en la construcción del nuevo puerto de Santo Domingo. Enviaron a Nueva Orleans a Federico Peynado González, uno de sus “amigotes” –como siempre llamó Rubirosa a sus amigos de esta etapa de su vida- a comprar una draga usada que luego arrendaron a Félix Benítez Rexach, ingeniero contratado para la construcción y dragado del Puerto de Santo Domingo. Aún se comenta entre personas de avanzada edad una supuesta bisexualidad del ingeniero Rexach, lo que para ellos explica suficientemente la relación Benítez Rexach-la francesa Mome Moineau y Porfirio Rubirosa. Esta íntima triangulación –con períodos de batallas ensordecedoras y arreglos felices- se inició desde semanas antes del

dragado, siguió durante el mismo hasta una primera ruptura; continuó en París y luego se quebró tumultuosamente.

Rubirosa sirvió de canal de comunicación entre Trujillo y Benítez Rexach en la ejecución inicial del contrato de construcción citado. En el curso de las ejecuciones le propuso el arrendamiento de una draga, a la que bautizó “10 de febrero”. Dice Rubi en sus memorias que el ingeniero, poco a poco, fue dejándolo de lado, estableciendo contacto directo con el dictador Trujillo Molina. De ahí en adelante se propuso sacarlo de juego con pretextos fútiles como el de que la draga o era insuficiente o era de vapor e iba a estallar. Le hizo trabajar duro y se negó a pagarle. Rubirosa, vestido de Capitán del Ejército, pistola en mano, le agredió y le exigió el pago. Según Rubirosa, aquel se desplomó y luego prometió pagarle.

La verdad se oculta bajo su versión. El mayúsculo incidente y los diferentes bloqueos y pretextos del ingeniero Rexach fueron ciertos, pero es el caso que había surgido un triángulo amoroso: Mome Moineau, ex vendedora de flores de bar en bar en París, “casada” ahora con el boricua Rexach, era a la vez amante de Rubirosa. El rumor se había extendido por todo el puerto, por los barrios de la parte baja de la ciudad y había llegado, consiguientemente, a los oídos de los Trujillo, y particularmente a los de Flor de Oro. Rexach habría permitido esta relación –y quién sabe si la había planeado y estimulado- a fin de mantener a corta distancia al “influyente” yerno del Presidente, pero enterado de que la hija del Presidente estaba al tanto del triángulo amoroso, habría optado por establecer convenientemente una relación directa con el dictador y cortar abrupta y casi públicamente con Rubirosa a fin de evadirse como objetivo en caso de una reacción de la hija o del mismo dictador haciendo fracasar el contrato que en ese momento tanto necesitaba este ingeniero (que ganaría fama y dinero más adelante).

## **Rubirosa Cae “En Desgracia”**

Un Benítez Rexach cariacontecido y lloroso se presentó ante Trujillo Molina con el ardid de que renunciaría a la construc-

ción de la obra y se iría del país porque “el Capitán Rubirosa me quiere matar”. Deformó totalmente la imagen de Rubirosa ante un suegro francamente predispuesto con su yerno. La orden no se hizo esperar. Rexach trataría sus asuntos directamente con él y Rubirosa no tendría acceso ni a la casa de gobierno ni a su residencia. Había caído “en desgracia” y sus apremios económicos se agigantaron. Por lo demás, el dictador también mantenía a distancia a su atolondrada hija. Pero, de repente, todo pareció cambiar...aunque momentáneamente. Flor de Oro Trujillo y Rubirosa fueron llamados al entorno íntimo familiar. Trujillo Molina fue operado de la próstata y ellos fueron encargados de atender al médico que lo examinaba diariamente. Por lo demás, Flor de Oro se ocupó tanto de distraer al niño Ramfis Trujillo como de vigilar que su padre fuera atendido debidamente en su lecho de operado. Ella recuerda las moscas zumbando, a Trujillo Molina inmóvil e impotente y malhumorado por los comentarios callejeros sobre su inminente muerte.

Y, de repente, una mañana el tirano ordenó a su esposa María Martínez de Trujillo que le vistiera, contraviniendo las recomendaciones de los médicos, y se paseó por la ciudad para demostrar que estaba vivo y que se valía por sí mismo.

“Después de todo yo volví a ser insignificante para papá. Ya no tenía mi dote de 50,000 y Rubi sin trabajo...Rubi me dijo que Benítez Rexach lo había destruido ante los ojos de mi padre y que quería irse para los Estados Unidos”, narra Flor de Oro. Y marcharon a Nueva York. “Casi quebrados aterrizamos en un hotelito de Brodway, en Nueva York”:

Pero a ella le pesaría semejante decisión. Su vida se convirtió en una pesadilla. Rubirosa pasaba las noches en centros de juegos y prostíbulos. Jugaba pócker cada noche “con unos gángsters cubanos mientras yo esperaba en la habitación mirando los letreros intermitentes de Brodway. Si ganaba en el juego comíamos y si perdía nos moríamos de hambre. Llegaba a las seis de la mañana con los bolsillos llenos de cajas de fósforos donde anotaba teléfonos de mujeres”.

Y si ella le reñía Rubirosa la golpeaba del mismo modo que ya antes la había golpeado en Santo Domingo. “Me empujaba y me golpeaba brutalmente cuando discutíamos”.

De repente el tirano Trujillo Molina le envió un telegrama informándoles que Rubirosa había sido “electo” diputado, y regresaron a la República Dominicana probablemente a finales de 1934. Cuando ella recibió el telegrama se preguntaron: “¿Pero...por qué?”. La respuesta la tenía Trujillo Molina en su cerebro alimentado de rencores e inclinado a las venganzas. Trujillo Molina había planeado manchar de sangre a Rubirosa y por eso en abril de 1935 le hizo retornar a Nueva York de incógnito y dirigir un crimen, que detallamos en las páginas 79 y 80. Luego del crimen Rubirosa fue designado en Berlín, Alemania, y en 1936 en París, Francia. Tanto en Berlín como en París, Rubirosa continuó con sus parrandas, sus bellas mujeres bien aposicionadas y sus prostitutas, y su trato sevicioso a Flor de Oro, tanto así que las riñas y golpizas eran ya parte del modus vivendi de ambos.

## **Dictador Ordena el Divorcio**

El Embajador dominicano en París, Virgilio Trujillo Molina, hermano del tirano y, por lo tanto, tío de Flor de Oro, y su prima Ligia Ruiz Trujillo, hija de Luis Ruiz y Japonesa Trujillo, coincidieron en recomendarle a Flor de Oro Trujillo no soportar más abusos de Rubirosa y viajar a Santo Domingo a explicarle a su papá la situación a la que estaba sometida. Desesperada, Flor de Oro viajó a Santo Domingo y contó los detalles a su padre.

“Ese fue mi error”, rememoró 40 años más tarde. El tirano ordenó el divorcio de inmediato.

El licenciado Sánchez Lustrino fue el abogado y apoderado especial de Rubirosa y el licenciado Jacinto Peynado el abogado de Flor de Oro. El proceso de divorcio “por mutuo consentimiento” se inició en noviembre de 1937, y fue acogido y fallado el 31 de enero de 1938. Pero antes, el 29 de diciembre de 1937, el proceso de divorcio fue modificado

“en cuanto a los bienes” basado en “comunicación pasada entre las partes y el generalísimo Dr. Rafael Leonidas Trujillo Molina”. Los bienes adquiridos durante el régimen matrimonial de comunidad de bienes fueron extrapolados del mismo porque “perteneían” al dictador, quien le había prestado, “sin interés”, a su hija el dinero para adquirirlos; en consecuencia Trujillo Molina era su “acreedor propietario”. Hablando en cristiano: Rubirosa quedó divorciado, sin un centavo y sin un palillo de diente.

La instancia de modificación en cuanto a la propiedad de los bienes nos informa suficientemente sobre los mismos y el despojo ordenado por el dictador:

“Que ellos contrajeron matrimonio bajo el régimen de la comunidad, en San José de las Matas, Provincia de Santiago, el día tres de diciembre del año mil novecientos treintidos, y por propia voluntad han resuelto divorciarse por consentimiento mutuo, y al efecto para cumplir las disposiciones del artículo veintiocho (28) y su párrafo primero de la Ley de Divorcio, declaran: 1ro.) Que durante su matrimonio no han procreado hijos. 2do.) Que la señora Flor de Oro Trujillo de Rubirosa, durante el procedimiento de divorcio residirá en la Mansión Presidencial, residencia de su padre el Generalísimo Doctor Don Rafael Leonidas Trujillo Molina, sita en la Ciudad Trujillo, Capital de la República Dominicana. 3ro) Que el esposo no suministrará a la esposa ninguna pensión alimentaria, porque la señora Doña Flor de Oro Trujillo de Rubirosa, renuncia a dicha pensión, y 4to.) Que poseen los siguientes bienes pertenecientes a la comunidad Rubirosa-Trujillo: a) Un solar sito en esta ciudad con su frente a la Avenida Independencia y a la avenida George Washington, y la casa de concreto de dos plantas ubicada en este solar, en donde están instaladas actualmente las oficinas de la Secretaría de Estado de la Presidencia, y solar que fueron alquilados por la comunidad Rubirosa-Trujillo, con dinero

suministrado a la comunidad y entregado al señor Porfirio Rubirosa, en calidad de préstamo sin interés por el Generalísimo Doctor Don Rafael Leonidas Trujillo Molina, y que todavía no le ha sido pagado al prestador. Este préstamo asciende a la suma de treintisiete mil pesos (\$37,000.00) moneda de los Estados Unidos de Norteamérica: b) Una draga de succión, denominada “Diez de Febrero”, adquirida por la comunidad Rubirosa-Trujillo y trasladada al puerto de esta ciudad, y luego separada con dinero suministrado a la comunidad y entregado al señor Don Porfirio Rubirosa, por el Generalísimo Doctor Don Rafael Leonidas Trujillo Molina, en calidad de préstamo sin interés. La suma para adquirir esta draga asciende a la cantidad de cincuenta mil pesos (\$50,000.00) moneda de los Estados Unidos de Norteamérica, y la suma suministrada para traslado y reparaciones a la cantidad de veinte mil pesos (\$20,000.00) moneda de los Estados Unidos de Norteamérica. Esta suma de setenta mil pesos (\$70,000.00) moneda de los Estados Unidos de Norteamérica, no le ha sido todavía pagada al prestador el Generalísimo Doctor Don Rafael Leonidas Trujillo Molina.”

Como se recordará, Trujillo Molina les había dado de dote RD\$50,000, con los que compraron la draga. Según la lógica y la ley de donaciones una vez hecha una donación y/o regalo el donante carece de calidad jurídica respecto al bien, de donde no puede hacer que se asuma lo donado como un préstamo, pero en este caso el donante se constituyó en mandante de la ley.

## **Antecedentes del Crimen de Bencosme**

Son considerables las conclusiones surgidas de las múltiples facetas de Rubirosa; y algunas son como coronas para un rey. Nunca se negó a sí mismo. Era como quería ser y hacía lo que quería hacer y lo que las circunstancias le demandaban. Reunía las pintas de un cazador profesional, de estilo depurado. Y lo más característico del cazador es que ubica y persigue a su presa. Pasó por la vida cazando mujeres, bienes, dinero, oportunidades, juergas, amigos... Asumió su vida deportivamente y por eso no evadió lo divertido y arriesgado que encontró en la mira de su rifle conductual.

El dictador Trujillo Molina tenía memoria de elefante, envenenada por el rencor. Y en alguna de las gavetas de sus recuerdos guardaba venganzas compensatorias. Sus colaboradores cercanos han sido quienes han atestiguado sobre su memoria prodigiosa, su profundo rencor y su extraordinaria capacidad para la venganza. Este trébede sostenía una máquina de planes con los motores encendidos las 24 horas del día.

Los indicios llevan a pensar que Trujillo Molina reservaba para su hija Flor de Oro Trujillo Ledesma un futuro glamoroso. Había tratado de retenerla durante el proceso del divorcio que él le entabló a Aminta Ledesma, la madre de la niña. Perdió su guarda pero no cejó. Siendo ya Presidente de la República la envió en septiembre de 1930 a París, Francia, a recibir una educación tradicionalmente reservada para los hijos de la clase alta dominicana. Veintitrés meses después, en agosto de 1932, la recibió con desparpajo en el Puerto de Santo Domingo cuando ella vino a pasar sus vacaciones escolares. Era su mimado retoño, pero lo soñado para su futuro se ensombreció desde que el



corazón de la adolescente lo conquistó el segundo teniente Porfirio Rubirosa. Su firme oposición, evidenciada con medidas drásticas y amenazadoras, resultó insuficiente para impedir que los jóvenes continuaran su romance. Chistando, tuvo que aceptar el hecho amoroso que se le superponía.

Rubirosa da pistas del ánimo del padre y dictador Trujillo Molina la noche de la boda, el 3 de diciembre de 1932: “Es en el curso de la ceremonia que vuelvo a ver a Trujillo por primera vez. A pesar de la alegría en el ambiente, él está frío y callado”. Años después Rubirosa reflexiona acerca de la conducta del dictador ante él, el yerno: “Tal era mi suegro, y mi vida de yerno no dejaba de ser un remolino. Yo creo que en el fondo, nunca me perdonó el haberme casado con su hija. Que su hija pudiera querer a alguien que no fuera él, debía de serle insoportable”.

Sus sueños marchitos se volvieron intolerables en razón también de que esta vez la historia había sido escrita contra su voluntad. La de un hombre generador de los hechos, o conductor de los hechos de otros si le atañían. Aunque Trujillo Molina cumplió con sus deberes de padrino, la boda fue una afrenta sui generis y en su naturaleza estaba devolver las afrentas. Sin excepción...

Flor de Oro cuenta en sus memorias que siendo niña su padre había barajado varios nombres de la élite social y política para escoger a su padrino de bautizo católico. Figuró en primer grado el licenciado Angel Morales. Por razones que ella no detalla, el licenciado Morales no la apadrinó. Más adelante, en 1930, aconteció que el licenciado Morales fue candidato a la vicepresidencia de la República por la Alianza Nacional cuando Trujillo Molina, candidato presidencial, reprimió y se robó las elecciones del 16 de mayo de 1930. El licenciado Morales tuvo que exiliarse en la ciudad de Nueva York. Poco a poco se convirtió en la figura principal del exilio y apuntaba como el político a suplantar a Trujillo Molina en la presidencia del país.

El tirano Trujillo Molina decidió asesinarlo actuando por

partida doble. Le había llegado su turno a la afrenta de Rubirosa quien, por lo demás gustaba de una vida desajustada e inapropiada a la condición de esposo de su hija a la que había golpeado en más de una ocasión con motivo de las naturales desavenencias de comenzantes matrimoniales. El papá había intervenido pasando por alto el trato indebido a su hija, quien supuestamente “había salido a él”, de carácter fuerte.

## **Rubirosa Salpicado de Sangre**

Trujillo Molina encargó a Rubirosa del asesinato del licenciado Morales. Al efecto, Rubirosa se embarcó en el buque Coamo y llegó el 16 de abril de 1935 a Nueva York. Auxiliado por su primo Luis Fuente Rubirosa, Chichí, y el vicecónsul Luis Méndez, El Tiburón, organizó la trama, impartió instrucciones y distribuyó dólares y se reembarcó el sábado 27 de abril en el Coamo de regreso a Santo Domingo.

Al día siguiente, domingo 28, el licenciado Morales y su amigo y compañero de apartamento, Doctor Sergio Bencosme, hijo del general Ciprián Bencosme, asesinado por el dictador dos años antes, encabezaron un mitin antitrujillista. Finalizado el mitin, el licenciado Morales, la presa a ser cazada en su apartamento, fue a cenar con unos amigos a un restaurante pero el doctor Bencosme retornó al apartamento y entró al baño. Se afeitaba cuando tocaron a la puerta del apartamento. La señora Carmine Higgs abrió la puerta y Chichí Rubirosa, pistola en mano, entró y preguntó por el licenciado Morales. La señora Higgs gritó y huyó a la cocina. El doctor Bencosme, con crema de afeitar en sus mejillas y barbilla, salió del baño a la sala y recibió dos disparos mortales. Chichí Rubirosa huyó a Santo Domingo, probablemente al día siguiente. A pesar de su condición de militar, se refugió en la casa de los esposos Rubirosa-Trujillo.

Días después Chichí Rubirosa fue requerido por los Estados Unidos como autor material del hecho, y Rubi fue citado para fines de interrogatorio. Chichí desapareció de la vista pú-

blica en Santo Domingo, y Rubi más adelante tendría que valerse de su inmunidad diplomática para evadir los interrogatorios. Sin embargo, en enero de 1962, al ser destituido de sus cargos diplomáticos por el gobierno que sucedió a la tiranía trujillista, Rubi se vio forzado a presentarse ante un juez en Nueva York, pero como habían transcurrido 27 años del hecho ominoso y habían muerto testigos e investigadores originales, pudo salir tranquilamente de los Estados Unidos.

Nicolás Silfa, miembro prominente del exilio dominicano en Nueva York para esa vez, dio detalles fehacientes sobre este asesinato en su libro “Guerra, Traición y Exilio” (Ver anexo). Por lo demás, Flor de Oro confirmó en sus memorias que Rubirosa viajó a Nueva York con la misión expresa de asesinar al licenciado Morales. Dice ella que luego del crimen de Bencosme las relaciones de Rubi y su papá “fueron mejores que nunca”. Meses después Rubi fue designado en la legación diplomática dominicana en Berlín. Recuerda Flor de Oro que un día Chichí Rubirosa reapareció en Alemania con Rubi... “pero mi marido me había ordenado callar y me prohibió mencionar jamás ese nombre”.

Los días 6 y 10 de enero de 1962 el diario dominicano El Caribe publicó en primera página dos informaciones sobre las últimas citaciones e interrogatorios a Rubirosa sobre el caso Bencosme:

## Relaciones con RD

GUATEMALA, 5 de enero. (UPI) El Gobierno guatemalteco se convirtió hoy en el primer país que reanuda relaciones diplomáticas con la República Dominicana.

El ministro de Relaciones Exteriores, Jesús Linda Muriel, informó a la United Press International que envió una comunicación a la Cancillería Dominicana, informándole sobre la decisión de su Gobierno.

Una nota fue enviada al cónsul general de Guatemala en Santo Domingo, coronel Ramiro Crevada Asturias, quien reanudará sus funciones como embajador.



NUEVA YORK. — Porfirio Rubirosa abandona el despacho del procurador fiscal del distrito, el día 5 de enero, después de ser interrogado en relación con el asesinato del exiliado antitrujillista Sergio Bencosme, en 1935. Rubirosa dijo que si el fiscal, Frank Hogan, lo necesitara, "él sabe dónde encontrarlo". — (UPI Radio)

mia en general. La misión conjunta será presidida por Teodoro Muescos, administrador regional para la América Latina de la Administración para el Desarrollo Internacional.

## Rubirosa Visita la Oficina De Procurador de New York

NUEVA YORK, 5 de enero (AP)—Porfirio Rubirosa, ex diplomático dominicano y figura social internacional, se presentó en la oficina del procurador del distrito Frank S. Hogan esta tarde a contestar un interrogatorio sobre un asesinato cometido en 1935.

Rubirosa estuvo acompañado por un hombre de quien se dijo

para Asuntos Interamericanos y un funcionario de carrera del servicio exterior de los Estados Unidos. La misión también incluyó

(Pasa a la segunda página)

que es un periodista peruano. Un detective fue enviado por la oficina del procurador al hotel St. Regis donde se aloja Rubirosa, para pedirle que se presentase en la oficina de Hogan el martes próximo. Pero Rubirosa dijo que tal vez no esté en la ciudad para ese día y pidió presentarse hoy por la tarde. Lo hizo y fue llevado ante el subprocurador Alexander Herman, jefe de la sección de homicidios. Hogan quería interrogar a Rubirosa sobre el asesinato de Sergio Bencosme, un exiliado antitrujillista muerto a tiros en Nueva York el 28 de abril de 1935.

Rubirosa, que llegó ayer con su esposa procedente de Florida, habló brevemente con los periodistas antes de entrar a la oficina del subprocurador, y dijo: "No se nada de esto. No se por qué quieren hablar conmigo".

Un vocero del procurador señaló que la visita de Rubirosa era voluntaria y que la oficina no tenía información oficial de su actual posición diplomática.

El martes pasado Rubirosa fue cesado como diplomático por el Gobierno de la República Dominicana.

Cuando se le preguntó si pensaba regresar a la República Dominicana, contestó: "Por ahora no".

## Betancourt Decidió Reanudar Relaciones

CARACAS, 5 de enero. (UPI) —El Presidente Rómulo Betancourt se hizo cargo personalmente hoy de la decisión sobre cuándo Venezuela reanudará sus relaciones diplomáticas con la República Dominicana.

Portavoces del ministerio de Relaciones Exteriores informaron a United Press International que Betancourt está conferenciando con su máximos asesores tras la decisión tomada ayer por la Organización de los Estados Americanos (OEA) de levantar las sanciones aplicadas a esa República Insular.

Un informante dijo que Vene-

pueblo aceptó ranzas, en forma de democracia. Añad levanta que acará la de paldo Domingo la tarea de crear la dicta después de muchos y ras y blo".

Por que "e sica. l impres Cre el una co jurción de r nado. Oficial p creó"

La

A

NUEV (AP) mité, el beramer Howard Howard al. Pres. Dominí y a su "la leg"

relacion minican der el t quin Ba bezando siete m Betan otra pe tiene in tión dos mpañan largo Betanco después atentado tancourt reunión

# Rubirosa Rehusa Declarar Ante Un Gran Jurado

NUEVA YORK, 9 de enero.—(UPI).—El ex diplomático dominicano Porfirio Rubirosa se negó hoy a declarar ante un gran jurado del condado de Nueva York sobre un asesinato y un secuestro que han sido imputados al régimen "trujillista".

Rubirosa concurrió al edificio ocupado por los tribunales penales de esta ciudad, donde está reunido el gran jurado, pero rehusó firmar el formulario por el cual los testigos renuncian a toda inmunidad aplicable a un proceso ulterior fundado en sus declaraciones.

Poco después el ex diplomático se retiró sin declarar sobre la desaparición del profesor Jesús de Galindez, enemigo político del asesinado dictador Rafael L. Trujillo, y el homicidio de Sergio Bencosme, exiliado dominicano muerto a tiros en Nueva York en 1935. Se cree que Galindez también fue asesinado, aunque nunca se encontró su cadáver.

Rubirosa perdió su inmunidad diplomática la semana pasada cuando el Gobierno de la República Dominicana le privó de su cargo de inspector de embajadas. El ex diplomático fue interrogado en las oficinas del procurador general de Nueva York, Frank S. Hogan, por espacio de tres horas el viernes, en relación con el caso de Bencosme, en el cual Luis de la Fuente, primo de Rubirosa, fue procesado pero jamás aprehendido.

## El Supuesto Asesinato de un Polaco

El inesperado anuncio de divorcio de Flor de Oro en noviembre de 1937 impactó negativamente a Rubirosa. El sacudimiento síquico lo llevó a rogarle que regresara a París o él se uniría «a la Legión Francesa», cuerpo militar de combate activo de defensa de los intereses de Francia en el exterior...La voluntad del dictador Trujillo Molina se impuso. La justicia dominicana falló como él lo dispuso y de inmediato lo canceló de su cargo de Consejero de la Legación Diplomática en París, Francia, y, según una versión muy socorrida, lo declaró «persona no grata» en la República Dominicana, evidentemente preparando el camino a la cárcel si se apersonaba al país tras su ex esposa. «Atrévete a venir» era lo que se podía entender por «persona no grata»...Desde febrero de 1938 Rubirosa entró en un proceso de desajuste creciente que se extendería hasta finales de 1939. Curiosamente Rubirosa conservó su pasaporte diplomático, lo que mueve a dos interpretaciones: 1) Que así quedaba protegido de cualquier pedido de extradición a los Estados Unidos por su implicación en los preparativos de la muerte del licenciado Bencosme. 2) Que había amistado estrechamente y hasta hechos negocios con el Embajador Virgilio Trujillo, hermano del dictador.

Flor de Oro calificó certeramente el status de Rubirosa como el de «un diplomático sin trabajo desde que nos divorciamos.»

Pero dada la naturaleza del dictador Trujillo Molina en su mente podría estarse maquinando algo más preocupante para Rubirosa. Flor de Oro sintió miedo al ver cómo se alteraba su padre en la ocasión en que ella le detalló el trato brutal que le daba Rubirosa. Trujillo Molina dijo que Rubirosa era «un in-

servible» y que ella no debía de preocuparse porque «la del dinero eres tú». Acto seguido le entregó una hoja impresa con los últimos modelos de automóviles para que ella escogiera el suyo. Hecha la elección, ella le dijo que se lo enviara a París. Trujillo Molina reaccionó enfurecido y le aseguró que jamás volvería a unirse a Rubirosa. Al día siguiente se presentó ante ella el abogado Jacinto Peynado, enviado por el dictador para iniciar el proceso de divorcio. Rubirosa comprendió aquella vez que su vida estaba en un hilo y desapareció de París durante varias semanas. Luego de aquellos días angustiosos confió a amigos que el dictador Trujillo Molina había enviado tras de él a «comisionados especiales» a París, y que su madre le había hecho serias advertencias respecto de su seguridad en una carta escrita apresuradamente.

Los «comisionados» retornaron sin cumplir su misión, entre otras razones porque les faltó la colaboración del señor Embajador. Desaparecido el peligro, Rubirosa era un asiduo visitante de la embajada y una que otra vez se le vía en el automóvil del Embajador, quien, como era bien sabido en Santo Domingo, tenía serias desavenencias con su hermano, el dictador. Cuando a este le mataron en mayo de 1961 no asistió a su funeral.

Fueron días, semanas, meses de penurias, las de un diplomático de 29 años de edad sin ocupación ni sueldo. Sus amigos le tendían la mano. Algunos miembros de la familia Sánchez Rubirosa han afirmado que hubo momentos en que Rubirosa tuvo que «hacerse el enfermo» para que sus amigos le visitaran y le llevaran «algo de comer». Conminado por la dura realidad recurrió a vivezas y acciones menores que poco a poco lo llevarían a peldaños peligrosos.

En agosto de 1938 el joyero español refugiado en París, señor Basilio Beijas, le fue presentado a Rubirosa porque necesitaba de un servicio especial y, por lo tanto, económicamente gratificante: que valido de su pasaporte diplomático viajara a Madrid, España, fuera a dos joyerías, una de su propiedad y otra del polaco Johnny Kohanne, tomara las prendas y las llevara a París. En la joyería del Polaco también debía de recoger varios miles de dólares. Beijas y

Kohanne habían abandonado España al estallar la guerra civil en 1936 (que se extendería hasta el 1 de abril de 1939).

Rubirosa recibiría como pago algunas de las prendas y dólares. Aceptó la oferta, que encajaba en su estructura síquica tan perfectamente como una pieza imprescindible para que una máquina funcione. Los preparativos de la peligrosa operación en un país en guerra intestina tardaron varios días. Rubirosa actuaba como un depurado cazador: calculador y efectivo. Rubirosa «convenció» al Embajador para que «prestara» su Mercedes Benz placa diplomática y «permitiera» que su chofer fuera sustituido por el polaco, quien conduciría el automóvil y cruzaría la frontera valido del pasaporte diplomático del chofer alterado con su foto. Montada la farsa cruzaron la frontera francoespañola sin mayores contratiempos. Llegaron a las joyerías, tomaron las prendas y los dólares del polaco y se reencaminaron a la frontera con Francia para retornar a París..Mayúscula fue la sorpresa de Beijas -ignoramos si la del Embajador también- al enterarse de que Rubirosa había regresado solo...¿Qué le había sucedido al polaco? ¿Le habrían matado, cruzando la frontera, versión de Rubirosa atribuyéndole los disparos y el robo de prenda y dólares a la «guardia civil» española? Sobre este drama criminal algunos autores han ridiculizado la versión de Rubirosa asegurando que el automóvil del Embajador no presentaba perforaciones de bala que confirmaran mínimamente su versión. Aceptar ese dato colocaría a Rubirosa en la frontera de la idiotez. Y de bobo Rubirosa tenía muy poco... si era que tenía algo. ¿Cómo pensar que Rubirosa inventaría una historia semejante y se presentaría con el automóvil intacto? Hoy por hoy es muy difícil determinar los detalles reales de los hechos. Rubirosa reportó menos joyas que las esperadas por Beijas. Llovieron las presiones de Beijas y los amigos del polaco sobre las cancillerías francesa y dominicana, la embajada y el propio embajador. Pero en esos días calamitosos, previos a la Segunda Guerra Mundial, con múltiples problemas suscitados en Francia por la Guerra Civil española, el caso fue disipándose poco a poco. Para diciembre de 1938, «enfriado» el



caso, Rubirosa cambió de estatus económico. Según una versión, regaló algunas de las prendas preciosas a la esposa del dictador Trujillo Molina cuando en junio de 1939 esta viajó a París a dar a luz a María de los Angeles Trujillo (Angelita).

El caso de Beijas y Kohanne, como el de Bencosme, resucitaría de vez en vez creando desazón en el mundo diplomático dominicano. Un pálido perfil gansteril acompañaría a su nombre en las altas esferas europeas y en las de los Estados Unidos. En una ocasión el New York Times habló «de gánsteres»... refiriéndose a Rubirosa y otros cabilderos alrededor de los Kennedy. Su indudable estrecha amistad con Frank Sinatra, un hombre tildado de enlace de mafiosos, fue otro factor en la creación de este perfil que ha sido el menos investigado en la vida de Rubirosa. Valga retrotraer la versión de Flor de Oro de que en 1934, viviendo en Nueva York, Rubirosa pasaba las noches junto a «gánsteres cubanos» en las casas de juegos y en los prostíbulos...

El caso Beijas resurgió escandalosamente en España, en 1940, un año después del fin de la Guerra Civil\*. El español Roberto Nández envió al embajador dominicano en Madrid, Emilio A. Morel una carta reclamatoria contra Rubirosa para que a su vez la remitiera a la cancillería dominicana. Exigía que se procesara a Rubirosa por el caso Beijas. Morel la remitió favorablemente. Rubirosa entonces acusó a Morel de ser enemigo del dictador Trujillo Molina. Morel y Rubirosa polemizaron mediante cartas a la Cancillería y al dictador, pero la balanza se inclinó a favor de Rubirosa -recordemos las singulares relaciones entre él y el embajador hermano del tirano- y, por lo tanto, Morel se vio en situación dubitativa. Ni corto ni perezoso Morel viajó de Madrid a Nueva York y se declaró exiliado político.

---

\*1Extrañamente Beijas dejó de lado la desaparición del polaco, de donde se pueden hacer dos inferencias: a) Que habría confirmado la muerte del polaco en la frontera española. b) o que optó por concentrarse únicamente en el supuesto robo de sus joyas.

## Un Deportista Nato

La cédula de identificación personal de Porfirio Rubirosa decía: «Profesión: Deportista». Y era muy cierto. Fue, más que un aficionado a los deportes, un deportista nato que practicó el fútbol, el polo, el boxeo y el automovilismo con método y disciplina. También practicó la natación y en menor grado la esgrima y el toreo.

Desde los 13 años hasta el último de sus días practicó el boxeo con verdaderos profesionales y en una ocasión retó -a sus 17 años de edad- a un renombrado boxeador juvenil parisino que lo derrotó en el tercer round de una trompada en la nuez de Adán. Abrazó el automovilismo y el polo hasta el último instante de su existencia: Rubirosa murió conduciendo un auto Ferrari deportivo luego de celebrar el triunfo del equipo capitaneado por él y, según una revista especializada en polo, había ganado el abierto de París tres veces y un mundial de polo.

### Futbolista

Como futbolista tuvo destacada participación en el equipo dominicano de finales de la década de los veinte. El reputado cronista deportivo dominicano Cuqui Córdoba, Presidente del Pabellón de la Fama del Deporte Dominicano, reconoció sus aptitudes para el fútbol. Le vio jugar en La Vega cuando el equipo vegano se enfrentó al de San Francisco de Macorís. «El era el mejor guardameta de aquí, de la república Dominicana. Así lo consideraban los cronistas de la época. El era flaco, delgado, pero musculoso. Practicó el boxeo y también fue nadador», dijo Córdoba a Cornelita Margarita en el programa «Somos así, así somos, », transmitido

por el canal 7 de televisión en 1999. Explicó que por los pasajes oscuros de su vida no ha sido elevado al pabellón de la Fama. Este sitio le habría correspondido porque Rubirosa introdujo y fomentó en el país y capitaneó eficientemente en el exterior el juego de polo.

## **Polista**

Fundó en París su propio equipo de Polo «Cibao-La Pampa» y bajo su capitanía ganó «la copa» del «Abierto de París» en 1953, 1954 y 1955 y ya era invicto y seguro ganador al 8 de julio de 1965. Su equipo ganó el mundial de polo celebrado en Dauville, Francia. «Todo el mundo quería jugar con Rubi, debido a que él capitaneaba adecuadamente», declaró el polista y cronista social inglés Taki Theodoropoulos. De su parte, la revista de Polo «El Libro Azul», de marzo-abril de 1999, atribuyó a Jean Luc Chartier, presidente del Sindicato de Polo de Francia, haber declarado que Rubirosa jugaba Polo «por placer». «El jugaba para poder festejar con sus amigos». Regularmente jugaba llevando un casco rojo y en la posición 4, cerca de la meta, y si se veía acorralado «el siempre gritaba a sus compañeros, ya que estaba bajo gran presión, ¡no me dejen solo, no me dejen solo!», explicó Antonio Fouret, compañero de Rubirosa en este equipo.

Aunque Rubirosa se sujetó a una disciplina de entrenamiento, que incluía cabalgar 4 ó 5 veces a la semana, mezclaba el polo con el amor y las fiestas. «Rubi siempre traía a las mujeres más bellas a las fiestas después de un partido de polo, y no sólo una, sino dos o tres» cuenta Alejandro Gracida, quien por 10 años jugó polo con él «El bailaba con todas ellas y las mantenía felices a todas. Nosotros festejábamos hasta las siete o las ocho de la mañana».

La faceta de boxeador de Rubi es tan conocida como la de polista, pero a diferencia del polo no descolló profesionalmente

en el boxeo, el cual practicaba cada mañana. El boxeo a la francesa, que acompañaba con el uso de los pies, fue su preferido.

El dominicano Federico Peynado González se hizo amigo de Rubirosa a través del boxeo. «En casa se boxeaba y él boxeaba muy bien. Corrientemente, todos los domingos, iban a casa a boxear y él era el que mejor boxeaba de todos», explicó. Eran los finales de los años veinte y para esa vez Rubi se dedicó a dirigir su cuadrilátero de boxeo en San Lázaro, como ya hemos referido.

Como nadador, esgrimista y torero hay pocos datos. Pareciera que la natación la practicó regularmente durante su juventud si juzgamos por el cronista Cuqui Córdoba que lo cita en estas prácticas. Lo de esgrimista\* y torero probablemente eran tanteos de un espíritu probatorio, a más de aventurero. Sobre el toreo declaró a un periodista dominicano haber recibido adiestramiento en Pastejé, México, de Ciclón Carlos Arruza. «Sentí un grandísimo miedo», dijo, «bastante parecido al que experimenté cuando me dejaron pilotear mi avión con pocas horas de prácticas».

## **Automovilista**

Como automovilista fue persistente. Participó en competencias en Francia, en Inglaterra, en Estados Unidos, en Cuba, en Venezuela, en México, en Italia y otros países, y sufrió accidentes de los cuales salió milagrosamente ileso.

El 10 de noviembre de 1954 el diario dominicano La Nación publicó una noticia fechada en Ciudad México titulada «Porfirio Rubirosa correrá un Ferrari tipo grande en la Carrera Panamericana» en la que participaron 150 corredores de automóviles «sobre 3,053 kilómetros de una de las más difíciles competencias automovilísticas.

---

\*Francia tiene una larga tradición en la práctica de la esgrima mezclada con el ballet.

«Además de los nombres famosos en el mundo automovilista por lo menos un hombre famoso en el de los romances internacionales aparece en la lista de competidores inscriptos.

«Es el de Porfirio Rubirosa, el diplomático dominicano, que correrá un Ferrari Mundial en la categoría de coches deportivos grandes.

«Como su copiloto aparece Ernie Makee, de Hollywood, famoso como corredor de automóviles por derecho propio» (...)

El 20 de noviembre La Nación publicó en su página 10 que Jack McAfee resultó muerto y su copiloto gravemente herido. «Porfirio Rubirosa se retira». Más adelante daba detalles: «El dominicano Porfirio Rubirosa partió en su Ferrari en el tercer lugar y terminó la primera etapa en el número 45. Fue descalificado por lento.»

Y explicaba que «El auto de Rubirosa parecía estar sufriendo desperfectos».

La Ferrari informa habitualmente en su página de Internet que Rubirosa, conduciendo un Ferrari, ganó una competencia en 1955 - y que como copiloto quedó segundo en 1954 en la competencia de Sebring, Florida.

## Peregrinaje de un Soldado del Amor

Rubirosa y sus ex mujeres hablaron de sus lances amorosos mucho menos que los periodistas de sociales y los escritores que se ocuparon de su vida. Periodistas y escritores centraron la atención en sus matrimonios con mujeres famosas...y con sobrada razón. Junto a las prácticas deportivas fueron el leiv motiv de Rubirosa. Las huellas de sus romances están en numerosas revistas, periódicos y libros. Por eso difícilmente surja hoy día algún dato inédito significativo sobre sus relaciones sentimentales de cara al público. Flor de Oro Trujillo, Danielle Darrieux, Doris Duke, Barbará Hutton, Zsa Zsa Gabor y Odile Rodin fueron sus amores más relevantes. Pero el romance más aparatoso fue el que sostuvo con Gabor.

En agosto de 1939 la vida de Rubirosa y la atmósfera vital de Francia cambiaron bruscamente, desde que se publicó en la primera página de uno de los diarios el llamado a «Movilización General» para enfrentar la inminente invasión alemana. Rubirosa había hecho las paces con su ex suegro, el ahora tirano Trujillo Molina, y lo acompañaba en un recorrido fluvial que partió de las cercanías de París. Enterado de la noticia el tirano regresó inmediatamente a la República Dominicana. Nueve meses después, el 10 de mayo de 1940, ante el avance alemán, Rubirosa se enfrentaría a una dura realidad: abandonar apresuradamente París con archivos y enseres de la legación diplomática en un recorrido que incluiría Tours, Burdeos y Biarritz. Para junio Rubirosa había recorrido centenares de kilómetros. «Una amiga me acompañaba». Desde luego que sí...Al llegar al Castillo que ocuparía la legación dominicana, ya estaban allí varios refugiados. Fue a una pensión momentáneamente y días después

volvió a Biarritz. Cuando más adelante vio las primeras avanzadas alemanas se sobrecogió. «Era como un delirio de fin de mundo». Francia ocupada. Bebió, bailó, parrandéó por semanas junto a franceses amargados. «Esas fueron semanas de pesadillas».

Aproximadamente en octubre de 1940 la legación dominicana -neutral en el conflicto- se instaló en el Hotel des Ambassadeurs, cerca del Hotel Du Parc. Como se sabe, en el Sur de Francia, en Vichy, se instaló un Gobierno francés que coexistió con la ocupación alemana. Poco después «recomenzó» la vida aparentemente normal de París, y Rubirosa, entonces, peregrinó de Vichy a París, y de París a Vichy, conduciendo un auto con placa diplomática y portando un pasaporte diplomático. A pesar del toque de queda las pasaba bien en París junto a jóvenes señoras que habían logrado pases nocturnos porque «trabajaban» en los night clubs, y derrochando los 100 mil dólares que le había obsequiado el tirano Trujillo Molina por el trato deferente que tuvo con su esposa y su hijo Ramfis y particularmente con él. Rubirosa fue su guía y celestino en las calles de París y en las rutas marítimas de algunos puntos de Europa.

Flor de Oro apostrofa a Rubirosa en sus memorias por el trato «servil» que dio a la esposa del dictador María Martínez de Trujillo en París poco antes de arribar el tirano. «Se comportó como un servil» (...) «como si fuera un sirviente. María hasta me escribió reprochándome haberme divorciado de un caballero tan espléndido».

...Pero extrañamente Flor de Oro no calificó el comportamiento de Rubirosa frente a su padre, el tirano Trujillo Molina.

## Danielle Darrieux

«Es en el curso de uno de estos viajes cuando voy a conocer a Danielle Darrieux\*», nos cuenta Rubirosa. Y esta famosa cantante y actriz francesa sería su primera gran conquista que lo lanzaría al «estrellato» en el jet Set francés como escalón previo al internacional. Por lo demás, ya Rubirosa era un conquistador famoso en los espacios restringidos de la vida diplomática y de los cabarets como el Jimmys. Sus amigos y sus amigas le tenían como un conquistador y fiestero de primera línea

La Darrieux estaba en proceso legal de divorcio. Un amigo común los había invitado a un cocktail y al final le pidió a Rubirosa que la llevara a su apartamento y Rubi asintió, como era de esperarse, principalmente porque la había acaparado con sus atenciones, sus elogios, las referencias a su país tropical con playas y cocoteros al andantes y su técnica de conversación, acompañada de una voz rítmica que indudablemente envolvía a las mujeres. Nos cuenta Rubirosa sobre cierta advertencia del amigo a Darrieux:

«Tenga cuidado Danielle -intervino mi viejo amigo Pedro Concuera, en el momento que salíamos-, este hombre es peligroso.

-¿Es verdad?- dijo ella.

Todavía recuerdo su risa cristalina. Bajamos.»

Y la llevó al No.7 del Boulevard Julien Patin, coincidentalmente al lado del suyo, el número 9.

Días después volvieron a coincidir en un restaurante. Ella

---

\*Se le calificaba como «la mujer más bella del mundo». Era actriz y cantante francesa de gran fama en Francia y muchas otras partes.



departía con su esposo a pesar de los trámites del divorcio. Las miradas de Rubirosa y Darrieux se encontraron. «Ella levantó la cabeza, me miró, y yo la miré. Ella se levantó. Se marchó. Pero ese contacto de dos miradas fue suficiente».

Rubirosa la sometió a un acoso tipo «gardeo» en el juego de basquetbol. Le llamaba por teléfono y le decía poemas de amor. Le escribía cartas perfumadas. Le enviaba flores. En fin, Rubirosa atacó directo al corazón de una mujer divorciada emocionalmente y que completaba el divorcio legal. Un poco más adelante se citaron, cenaron, bailaron. Se fueron convirtiendo en pareja habitual en discotecas y restaurantes hasta que se prometieron amores eternos. Para ella, mujer de temple, que se tomaba a sí en serio, esta relación de ninguna manera podía conceptuarse pasajera. Fue al grano y hablaron de matrimonio. Rubirosa había triunfado y este era un trofeo digno de preservar. Definitivamente se había enamorado de Darrieux. Y ella de él. Aún perdura el eco de ese amor entre sus familiares y allegados residentes en Santo Domingo. «Si a alguna mujer él amó de verdad, fue a la artista Darrieux», afirmaba en marzo del 2001 doña Miriam Medina Hasbún viuda de Gilberto Sánchez Rubirosa, hijo del licenciado Sánchez Lustrino y Ana Rubirosa; la muy querida hermana de Rubi, quien murió de cáncer del colon el 18 de diciembre de 1956, a los 54 años de edad. La señora Miriam llegó a aquella conclusión por las conversaciones sostenidas con su esposo, «el sobrino que más quiso Rubi», y quien siempre resaltó de qué modo y cuánto Rubi quiso a la artista francesa.

Desde que la conoció, Rubirosa tuvo su corazón en París y su puesto diplomático en Vichy.

Como permanecía en la zona ocupada de París más tiempo que en la neutral de Vichy, corría grandes riesgos, y su situación se complicó y empeoró desde que los japoneses bombardearon Pearl Harbor y desde que el 7 de diciembre de 1941 Alemania declaró la guerra a Estados Unidos. Trujillo Molina agravó sus circunstancias al declararle la guerra a Alemania y a Italia el 11 de diciembre. Rubirosa fue despojado de su pasaporte y confinado a un Hotel.

Von Kraft, embajador alemán en Francia, le citó a la Embajada:

«-Su paisito se ha atrevido a declararle la guerra al gran Reich alemán. Su presidente Trujillo, en un discurso, insultó a nuestro Führer. Luego, señor, usted está aquí en zona alemana, usted es nuestro prisionero, lo mandaremos al Hotel Claridge con un centinela. Usted responde de la vida de nuestro ministro alemán en Santo Domingo.»

Ante tal amenaza Rubirosa sacó las garras del típico tíguere dominicano que se ha «rankiado». Asumió la pose lógica de la estructura síquica del hombre de mundos repleto de armas tácticas y estratégicas. El peligro era latente y serio y él no podía dirigir los hechos. Entonces, simuló y casi imploró. Y recurrió a un argumento demoledor surgido de su creatividad fértil: que el embajador dominicano en Berlín, Alemania, era quien tenía que responder con su vida, no él, un simple diplomático que está en París tras un amor, la muy conocida artista Danielle Darrieux. Y entonces, «el hombre se suavizó», nos cuenta Rubirosa. Le permitió retornar a la casa, con un salvoconducto y la promesa de no escapar.

«Tres semanas después de mi visita al señor Von Kraft, una noche fuimos a L Aiglon. Había en ese cabaret un violinista gitano bastante sensacional. Se llamaba Yoskas Nemeth. Para nosotros se llamaba siempre Yoska. Allí vivimos la historia que les voy a contar».

“Esa noche no hizo excepción. Tocó como si nadie más que nosotros existiera en el cabaret. Ahora bien, en una mesa vecina se encontraban tres alemanes de civil, con ese estilo que se le atribuye a la Gestapo. Más lejos, en otra mesa, se encontraba otro alemán en uniforme de la Wehrmacht, de alta graduación, quién sabe si de general, pues no lo recuerdo bien. Yoska tocó inclinado hacia nosotros. Esto creó un ambiente tenso. Yo comencé a beber a la rusa, rompiendo los vasos y tirándolos detrás de mí. Uno de los alemanes de civil se molestó. Encontraría insoportable que un hombre de un tipo visiblemente no germano pudiera, en 1942, divertirse en compañía de una mujer bonita, cuando ellos estaban solos, ellos, los vencedores, y no disimulaban su disgusto. Cogió pues un vaso y lo tiró sobre nuestra mesa.

Ese insulto fue insoportable cualquiera que pudieran ser las consecuencias, yo no podía dejar de ripostar. Fuera de mí, salté y golpeé. Él se tambaleó sobre la mesa, sus dos camaradas se levantaron y me agarraron. Estaba atrapado. Fue entonces cuando el oficial alemán intervino, quizás para salvarme la vida. Nos separó. A los policías les habló en alemán. A mí se dirigió en francés y me dijo al oído:

-No debió hacer eso. Yo lo comprendo, pero usted no sabe con quién se las está viendo, márchese..., márchese pronto... pronto.

Cuchicheándome se interpuso, hizo de mampara entre los civiles y yo. A nuestro alrededor había un silencio de muerte. El público, los sirvientes, los músicos, todo el mundo estaba petrificado. La sangre fría de este hombre, su autoridad, por todo decir, su clase, me permitieron medir hasta donde llegó el puñetazo. Agarré a Danielle por la mano, y en un silencio en el cual sólo retumbó la voz del soldado alemán hablando en su idioma gutural a los policías, nos largamos.”

Al otro día le comunicaron que tenía que irse para Bad-Nauheim, ciudad donde confinaron a los diplomáticos occidentales. Allí se encontró con la legación dominicana de Berlín y con diplomáticos latinos y norteamericanos. Había entretenciones pero a Rubirosa nada le distraía. Estaba enamorado. Darrioux le enviaba tarjetas con palabras «claves» de expresión de su amor y luego él se emborrachaba furiosamente con vino blanco. Nos habla de su total entrega al amor de Darrioux. Este amor torrentoso se extendería hasta aproximadamente el 1945. Ella pudo llegar al hotel donde Rubirosa había sido confinado gracias a la «gentileza alemana» como pago por su actuación artística y su visita a los estudios alemanes de Berlín, Munich y Viena junto a un grupo de artistas franceses. A los diez días tuvo que abandonar Bad-Nauheim por falta de un permiso de estadía. Tres meses después Rubirosa y los demás diplomáticos fueron liberados y llevados a Lisboa, Portugal. «Yo pasé los dos o tres primeros días sin haber tenido la impresión de que caminaba. Era como si hubiera flotado, completamente aturdido, encantado». Y pudo retornar a Francia, específicamente a Vichy con cuyo gobierno la República Dominicana mantenía relaciones diplomáticas. Allí contrajo matrimonio el 18 de septiembre de 1942 con Danielle



Zsa Zsa Gabor y Rubirosa a su arribo a París. Sus incidentes frecuentes fueron ampliamente publicitados durante sus 13 meses de amoríos.



Rubirosa en un hospital de París luego de ser operado para extraerle varios plomos a la altura de los riñones. Fue baleado por una patrulla de la resistencia francesa en 1944. Estuvo en el borde del cráter del volcán de la muerte.



Arriba Zsa Zsa Gabor y abajo Bárbara Hutton con Rubirosa, quien mantuvo romances con ambas a la vez... y públicamente. Dejó plantada a Gabor y casó con Hutton. Luego dejó plantada a Hutton y se unió a Gabor. Rubirosa se desvivía por los triángulos amorosos. Estuvo con la Gabor casada con George Sanders, Productor de Películas, Rubirosa la hizo su amante.



Rubirosa ganó fama de gentil y caballeroso. Gustaba de besar en público las manos de las mujeres.



El dictador Trujillo Molina, Rubirosa y Rodín en el Palacio Nacional de República Dominicana. Rubirosa y Rodín viajaron frecuentemente a tierra dominicana. Rubirosa solía llevar a tierra dominicana a sus esposas extranjeras. A pesar de haber vivido París de los 6 a los 19 años de edad evidenciaba su apego a la cultura criolla el dominicano suele transportar a cualquier punto del mundo.



Una secuencia de tres fotografías de Rubirosa próximo a sus 50 años de edad.



Rubirosa «no fumaba». Encendía y fumaba un cigarrillo cuando obtenía algún éxito. La vez que casó con Doris Duke, una de las mujeres más ricas del mundo, fumó ávidamente encendiendo cada cigarrillo con la colilla del anterior.

Darrieux. «Nos casamos desde mi regreso a Vichy, muy pronto, sin publicidad. Pasamos nuestra luna de miel en Portugal, donde ella fue recibida como una reina. Se organizó una corrida de toros en su honor. La orquesta tocó la Marsellesa. Todo el público se ponía de pie menos una persona, se quedaba ostensiblemente pegada al sillón: el embajador de Alemania. En la universidad de Santarem, los estudiantes tiraban las capas a sus pies. La aclamaban. Era fantástico. Y lo más fantástico era ver con la simpleza y la modestia que Danielle aceptaba ese homenaje.»

Retornaron a Vichy en noviembre de 1942 a sufrir las estrecheces propias de una guerra. En ese noviembre se empeoraron las cosas con la irrupción de los alemanes en Vichy y junto a Darrieux trató infructuosamente de llegar a España. Se instaló en Megève, próximo a Suiza y allí lo confinaron en una casa porque República Dominicana había roto relaciones con Vichy. El ambiente, pues, se enrareció poco a poco y la mujer de un oficial recientemente asesinado por la resistencia le informó que su vida estaba en peligro. Entonces huyeron a Lyon y se escondieron en una finquita en Ile-de-France, en Septevil, a unos 70 kilómetros de París, propiedad de Darrieux. Semanas después fueron a buscarlos presos y huyeron en dos bicicletas y se alojaron en una finca vecina. Y, ¡al fin!, terminó la guerra. Pero llegó lo peor para él. A principios de septiembre de 1944, en París, mientras viajaba con Danielle, Bill Hearst y un tal Vassilopoulos y su esposa Edmée, un retén de la resistencia francesa, que buscaba alemanes, disparó contra el automóvil e hirió a la señora Edmée y a Rubirosa varias veces a la altura del riñón derecho. Rubirosa mantuvo la calma y fue quien dirigió al conductor del vehículo en el que lo transportaban para que pudiera llegar rápidamente a un puesto de socorro cercano. Una vez allí fue abandonado a su suerte en un pasillo. Sólo Darrieux se ocupó de él. Un joven médico se presentó repentinamente, le examinó, se impresionó y ordenó que de inmediato lo llevaran a la sala de operaciones, y durante dos y media horas estuvo entre la vida y la muerte. A las 11 de la mañana del día siguiente despertó. Días después lo llevaron a otro hospital. Día a día fue empeorando hasta que un médico le advirtió que si en el término de cinco días se le infectaba la operación no le garantizaban la



vida. «Fueron cinco días abominables», recordó. «Yo me sentía joven. Yo no quería morir tan pronto y tan tontamente, por nada». Rubi tenía 35 años de edad. Se recuperó y lo mandaron a su casa.

Al juramentarse el gobierno provisional del general Charles de Gaulle, le enviaron a Roma, y es cuando se inicia el distanciamiento de él y Darrieux. Rubirosa viajó frecuentemente a París pero no podía acompañarla a puntos lejanos donde ella filmaba películas. Estando Darrieux en Marruecos, Rubirosa se presentó pero se estrelló contra la realidad de un rotundo rechazo. Darrieux no era como las demás mujeres que él había seducido hasta entonces. Tenía los pies sobre la tierra. El amor de Darrieux se había desgastado y su conciencia había ocupado su justo lugar. Estaba cansada de sus mentiras, sus dobleces, sus parrandas largas y sus cambios vertiginosos y su temperamento violento mezclado con celos furiosos. Lo que finalmente la estremeció fue el acercamiento íntimo con Doris Duke, una de las mujeres más ricas del mundo, heredera del gran magnate del tabaco de los Estados Unidos, señor James B. Duke, presidente de la American Tabaco. Sus relaciones se iniciaron en Roma cuando la Duke, famosa porque realizaba atrevidos reportajes y entrevistas a renombrados, desayunó con Darrieux y Rubirosa en el curso de una entrevista a la actriz y cantante francesa para la revista Harper's Bazaar. De ahí en adelante las "entrevistas" fueron exclusivamente a Rubirosa, pero carecían de fines periodísticos. Fue así como Doris Duke entró al mundo amoroso del tiguere dominicano Rubirosa.

La señora Mirian Medina Hasbún viuda Sánchez Rubirosa aseguró en 2001 que el motivo final del rompimiento de parte de Darrieux había sido un reencuentro amoroso entre Rubirosa y su primera esposa, Flor de Oro. Flor de Oro atrajo a Rubirosa y lo llevó a una trampa a fin de separarlo definitivamente de Darrieux y «quedarse con él». Contrató a un fotógrafo que simuladamente hizo numerosas fotografías en las que Rubirosa y Flor de Oro se besaban y bailaban «sobre un mosaico» en una discoteca, como se decía para esos años significando que bailaban exageradamente juntos. Flor de Oro le hizo llegar a Darrieux un «mosaico» de fotografías. Rubirosa lo supo y luego de que Darrieux lo rechazara, dejó esperando a Flor de Oro en un restaurante en París.

## Doris Duke en las Garras del Tíguere

Al divorciarse de Darrieux, Rubirosa tenía una situación económica estable. Pero no era porque Darrieux le había regalado dinero. Sus ventajas durante el matrimonio con Darrieux fueron las de la gran fama de ella que lo catapultó mediante el proceso que en psicología de la comunicación se llama “prestigio prestado” y cierta garantía y estabilidad dentro de la precaria situación de guerra en Francia, y algunas ventajas económicas por las posesiones y entradas monetarias de Darrieux que compartieron en parrandas, actividades deportivas y otras facetas de la vida del peculiar Rubirosa. Este divorcio le conmovió aún más que la demanda iniciada por Flor de Oro en forma sorpresiva luego de haberse marchado de su lado hacia Santo Domingo. Algunos han asegurado que durante algunas semanas Rubirosa - a pesar de que cortejaba a la Duke- consumió drogas y luego se aisló de los amigos para su recuperación. Esta es una versión sin indicios que la confirmen mínimamente. Familiares, amigos y personas que le trataron ponen en dudas que un individuo de la personalidad práctica, vivaz y oportunista de Rubirosa resbalara por esa pendiente a sus 36 años de edad. Rubirosa tenía una posición económica estable porque había hecho algunos negocios no santos prevalido de su cargo de diplomático. Traficó con españoles, franceses y alemanes judíos valiéndose de su condición y de sus relaciones en el mundo diplomático. Lograba sacar judíos y españoles de Francia, así como antes fue muy activo en el envío de españoles a Santo Domingo. Antes de que las cosas se complicaran con los alemanes transportó hasta la frontera con España a pudientes que lograron salir apresuradamente luego de gratificarlo. Una versión fantástica echada a rodar en Santo

Domingo y que aún comentan algunas personas que lo trataron en una que otra ocasión apunta a que él transportaba a judíos hasta la frontera con España y luego los asesinaba. El perfil de Rubirosa desajusta en semejante acción y, además, habría sido apresado o eliminado luego de la guerra por los comandos de la Resistencia francesa o por la inteligencia de Israel, o sencillamente las autoridades francesas le hubieran sacado del país declarándolo «no grato».

De modo, pues, que Darrieux le abrió el cielo del Jet Set francés y le indicó el camino del Jet Set Internacional y él lo tomó por el atajo de Doris Duke y luego aceleró por el de Bárbara Hutton y más luego por el de Zsa Zsa Gabor. Con Duke duraría 25 meses, si sumamos 13 meses de casados y 12 meses de amantes luego de divorciados; el segundo duraría 73 días, y los amores con la Gabor se extenderían por poco más de un año. A estas alturas Rubirosa había sido calificado por la crónica social chismográfica como «una amenaza»... «la amenaza de tocador de dos continentes»... y las relaciones públicas a su pene había sido tan efectiva que entre los fanáticos del polo en Francia se decía que él «estaba dotado como un caballo de polo». Lester Armour, jugadora de polo, confesó a una revista de polo haberse apropiado de uno de sus suspensorios de jugador «y lo clavé sobre una casilla del establo del semental más grande de mi rancho».

En compañía de Doris Duke, el playboy ahogó las penas de su separación de Darrieux a quien, según se dijo, la amaba al momento del divorcio lo que no se ha de dudar. Amó a casi todas sus esposas y amantes con pasión quemadora. Amó a primera vista a Flor de Oro Trujillo a riesgo de su vida. Persistió y vivieron cinco años intensos. Amó también por cinco años a Danielle Darrieux y ambos arriesgaron sus vidas por ambos. Amó a Doris Duke por dos años y un mes. La amó tanto como a su dinero, pero ciertamente la amó. Y a la Zsa Zsa Gabor la amó por poco más de un año talmente que su violencia se hizo tan pública como que ella dijo en una rueda de prensa que convocó para

hablar del ojo que le amarató Rubirosa de una trompada que eso era una demostración de su amor por ella. No se casó con Gabor pero se lo rogó. Para Rubirosa Gabor era un trofeo invaluable de Hollywood. Y su amor por Odile Rodín se hizo más evidente porque ella sólo aportó estabilidad y calor hogareño a su vida. No hubo ningún aporte económico de parte de la Rodín. Hoy podría leerse en el acomodamiento de Rubirosa con la Rodín la decisión de un hombre de mucha experiencia que se aproxima a los 50 años de edad, esto es, que se acerca al «Pasado Meridiano» de la vida. Encuentra a una joven a la que sobrepasa en más del doble de su edad -ella con 19 años y él con 46- y a la que moldeará a sus gustos y maneras en procura de una estabilidad dual y duradera. Este hombre maduro y “rejugado” está bien apositionado económicamente y tiene conexiones en las alturas francesas y se desenvuelve en el Jet Set Internacional, y la jovencita Rodín es de clase media, que apenas se inicia en la vida adulta y que carece del conocimiento y de la experiencia en las alturas. Por lo demás, es un hombre famoso, un hombre noticia, es atractivo y varonil y la ama. Hay una clara compensación dual e inteligente de parte de quien la ha procurado.

Rubirosa amaba como amó Alí Khan: con fiereza arrolladora y desestabilizadora. Ambos jugaron al disfrute pleno de la vida y amaron al amor y a las mujeres que los obsesionaron. Pero Rubirosa amaba y disfrutaba a plenitud también las cuentas bancarias de sus mujeres que podían sustentar su capacidad derrochadora.

Doris Duke encajaba perfectamente en su concepción de la vida. Era parrandera, vivaz y “sexí”, y heredera «de la fortuna del Tabaco» y dueña de empresas que para el 1947 se consideraban «estratégicas» en los Estados Unidos. «Doris me pareció vivarachá, jovial, con ese no sé qué que pueden tener las americanas -cuenta-. Pero yo estaba lejos de pensar que algunos meses más tarde estaría completamente subyugado por ella». La dibuja como «alegre, elegante, encantadora» con la que se entendía «maravillosamente» porque tenían «muchos gustos en común»: París, la mú-

sica, las parrandas...y el sexo a granel. «Las horas que estábamos juntos pasaban rápidas y alegres»...Para los agentes del F.B.I. y de agencias de espionaje de los Estados Unidos esas horas tenían que monitorearse y eran verdaderamente lentas y fastidiosas. De modo, pues, que Duke no sería una presa libre para Rubirosa, y él era un cazador exactamente indigno de confianza dadas sus características de coleccionista de corazones de adineradas y famosas. «No éramos solamente un hombre y una mujer que se gustaban, nos habíamos convertido en una pareja», dice en sus memorias, y por eso se casaron desde que se pronunció el divorcio de él y Darrieux. Nos cuenta el contrayente: «Un matrimonio muy íntimo. Mis testigos fueron Jean Pierre Wimille y Pierre Légonie. Nos instalamos en la Rive Gauche».

Por razones obviamente comprensibles Rubirosa evadió referirse a los hechos peculiares suscitados alrededor de sus preparativos de boda y particularmente de la recepción nupcial. La recepción se desarrolló el 1 de septiembre de 1947 en la Legación Dominicana en París, a los 34 años de edad de Duke y a los 38 años de Rubirosa. No hubo la tal “intimidación”. Todo lo contrario.

Tanto las relaciones amorosas como el inminente matrimonio Rubirosa-Duke habían sido reseñados por los principales periódicos del mundo y particularmente de Estados Unidos y Francia. La prensa los asediaba. Los reporteros inundaron el antedespacho del consulado dominicano en París en espera del desarrollo de la ceremonia. Lo que aconteció esa noche se puede deducir del hecho de que Duke había heredado una fortuna que se calculaba en 300 millones de dólares. Existía un «Portafolio Duke», que comprendía, entre muchas propiedades e intereses, plantas de energía, minas de la vital bauxita y acciones importantes en la compañía Texaco, según se revela en el libro «Demasiado Rica: los secretos de Doris Duke», escrito por Jason Thomas y Pony Duke, el primero ahijado y el segundo primo de ella. El Pentágono temía con sobradas razones que el portafolio cayera en las garras afiladas de Rubirosa. Y temía mucho más porque el superior y protector de Rubirosa era el tirano Trujillo

Molina, de ambiciones extremas e incontenibles. Agentes del F.B.I. intensificaron sus esfuerzos y exigieron por tras manos a Rubirosa que firmara un contrato prematrimonial excluyéndolo de los derechos sobre las propiedades y documentos de la fortuna Duke. El playboy se negó. Entonces los agentes del FBI intervinieron directamente. Retardaron la ceremonia nupcial a través de los familiares de Duke, de los abogados y de la propia Duke. Impuesta la tardanza, que en esos momentos resultaba incomprensible para el público y los reporteros mantenidos a raya, entonces se presentaron, papeles en manos, abogados de la firma Coudet y agentes del FBI a la legación dominicana. Aún así Rubirosa -un individuo de arrestos a quien el implacable Trujillo Molina quiso pero no pudo eliminar en 1932 ni en 1938- se negó a firmarlo. Pero los agentes del perfil de los del FBI suelen tener los juegos pesadísimos en casos de tal naturaleza y entonces procedieron a hablarle con fría y preocupante claridad. Lo amenazaron de muerte. «Fírmelo o muera, era el mensaje -escribió Pony Duke- Un Rubirosa turbado pero furioso lo firmó y la boda continuó».

La prensa reseñó que Rubirosa fumaba un cigarrillo tras otro, incluso en el instante en que «intercambiaban los votos». La revista *Life* de Estados Unidos correspondiente a septiembre le atribuyó a Duke haber dicho que «después de haberse fumado un cigarrillo el muchachote se me desmayó en mis brazos». Amigos y familiares de Rubirosa han asegurado que él no fumaba, «sólo echaba humo», o sea, que fumaba uno que otro cigarrillo sin absorber el humo. Para Rubirosa el fumar era un rito como el yantar ante los dioses griegos, que consistía en ofrendarles comida a cambio de una petición de ayuda. Lo hacía en ocasiones en que entendía que había triunfado. El matrimonio con Duke era más que un triunfo. Pablo Clase hijo refiere en la página 104 de su libro «Porfirio Rubirosa, El Primer Playboy del mundo» que se presentó a la boda con un traje oscuro de anchas rayas y una chaqueta «que le sentaba muy bien», y Duke con un vestido «verde resplandeciente adquirido en Dior, confeccionado a la última moda en combinación con un sombrero de terciopelo que re-

saltaba su elegancia». Rubirosa le obsequió un anillo de rubíes y ella uno de oro de casi media pulgada de ancho.

Pasaron la luna de miel en Eive Gauche. Querían, antes de proseguir a Hawaii, asegurarse una casa en París, «una casa escogida, amueblada y decorada a nuestro gusto. Nos gustaba el arte francés del siglo XVIII más que nada -dice Rubirosa- A mí siempre me gustó «instalar» la casa que iba a vivir, pero nada mejor que el amor en sus comienzos para realizar esa tarea».

Duke le compró una estupenda casa a la princesa George Chavchadze que había sido un hotel al estilo del siglo XVII, ahora amueblado, con atrio y jardín, situado en la 46 rue de Belle, en la Ribera izquierda del Sena. Fue adquirida por 100,000 dólares y acondicionada con 300,000 dólares, según Clase hijo en la página 105 de su obra. Rosendo Alvarez, J.R., en el #462 de la revista Ahora del 18 de septiembre de 1972 -el reportaje 2 de una serie de 3- describe así esta casa en París ya habitada por Rubirosa sin decirnos si la visitó o cómo obtuvo los datos:

«Su casa en París estaba situada en el No.46 Rue de Bellechasse, en la riviéra izquierda del Sena. Una hermosa casa del siglo XVII de tres pisos de alto. Rodeada de una inmensa pared blanca, se levantaba al frente de un portón de hierro pintado de negro. Junto al portón sobre la pared un timbre. A cuyo sonido, acudía a la puerta, cojeando con su pata de palo, Jean el conserje. Dentro encontramos a Víctor, el valet, un musculoso ruso que Rubi había contratado en la Argentina. El resto de la servidumbre estaba compuesta por Marie y María, sus dos mucamas españolas. Ambas uniformadas con confecciones en seda negra y delantales blancos. En el interior todo hablaba de un gusto exquisito, las pinturas, los muebles, alfombras etc. La atmósfera llena de un olor a tabaco, cuero y sándalo. En la cocina un Chef español se encargaba de preparar sus platos favoritos».

«El comedor estaba decorado con paneles dorados y verdes, alojaba grandes gabinetes llenos de su colección de porcelana.

«En el tercer piso, un gimnasio completo, incluyendo un cuadrilátero de box, en donde diariamente se entrenaba con Víctor y otros amigos. También contaba con mesa para masajes y un baño de vapor.»

«En el cuarto vecino, equipo de montar, vestimentas y accesorios para el toreo y todas las paredes llenas de fotografías de sus ponies preferidos, el estandarte de su equipo de polo que había ganado el campeonato mundial, celebrado en Dauville y su característico casco rojo, el cual no dejaba de usar en ninguna competencia.»

«Toda la casa estaba llena de trofeos, incluyendo el cuarto del servicio. Trofeos por carreras ganadas en Ferraris, o en juegos de polo, tanto en Sudamérica como en Europa.»

En esta magnífica casa, Rubi solía traer personalidades de la sociedad de Francia, Italia y E.U. Entre ellos, el Rey y la Reina de Yugoslavia, Elie Rothschild, el Maharajah de Japur. Entre otros.

## **EMBAJADOR EN LA ARGENTINA**

Rubirosa fue designado el 11 de noviembre de 1947 embajador en Argentina. La Argentina, Inglaterra y Francia eran los centros del polo en aquellos momentos. Rubirosa cuenta que por eso solicitó a Trujillo Molina la Embajada en la Argentina. Rubirosa refiere en sus apuntes que a partir de su designación se deterioraron sus relaciones con Duke. Ella no viajó de inmediato con él a la Argentina. Visitó a su familia en los Estados Unidos, y trataron de retenerla. Los indicios indican que Rubirosa estaba creando las condiciones para deshacerse de Duke por las presiones del FBI que continuaron soterradamente en razón del indudable predominio de Rubi sobre Duke que a la larga podría tomar algún curso preocupante. Una pianista amiga de Duke, su profesora de piano, se alojó con ellos en la Argentina. Al parecer jugaba algún papel divisorio a instancias de los familiares de Duke y del propio FBI. Dice de ella que «jugaba el mismo juego de la prima de Flor» (La prima de Flor de Oro Trujillo era Ligia Ruiz Trujillo, hija de Japonesa Trujillo de Ruiz, y quien convivió con ellos en Berlín y en París).



Finalmente Rubi y Duke optaron por el proceso legal del divorcio y el 27 de octubre de 1948 fue pronunciado. Rubirosa se quedó con la flamante residencia y Duke le reconoció un pago de 2 mil dólares mensuales mientras permaneciera soltero. Más adelante Duke y Rubirosa fueron amantes. La versión de Rubirosa es la de que Duke lo llamó por teléfono para saber de su vida y en procura de una reconciliación. Que haya sido así de parte de Duke no se podría dudar tajantemente, pero dado que la fuente es Rubirosa tendríamos que recordar otras versiones suyas como la referente a Flor de Oro Trujillo a quien presenta varias veces tomando la iniciativa hacia él cuando las confesiones de ella y otras referencias prueban lo contrario. En sus apuntes son constantes las atribuciones de iniciativas amorosas a sus mujeres famosas. Su condición de amante de Duke se prolongó por otro año hasta que vino el rompimiento final. Rubirosa fue ampliamente beneficiado por Duke pero nunca se sabrá cuánto dinero recibió ni el valor de los cuantiosos regalos que ella le hizo. Reiteradas veces se ha publicado que ella le regaló un bombardero B-25 adaptado atractivamente para pasajeros y que le entregó una jugosa cantidad de dinero, dicen que 500 mil dólares, poco antes de la separación definitiva. Todo se enmarca en el cuadro de lo probable pero no comprobado. El hecho de que él piloteara el B-25 en varias ocasiones -arriesgando su vida al realizar dos aterrizajes forzosos, uno de estos en Irlanda, que seguramente nada tuvieron que ver con sabotajes del F.B.I.- convenció a muchos de que ella le obsequió el avión.. Sin embargo, cada vez que se averiaba el aparato volvía a manos de ella para su reparación.

Antes del divorcio Rubirosa sufrió un serio revés. Estaba en París a pesar de ser Embajador en la Argentina. Trujillo Molina le había exigido permanecer en Argentina, cerca de Juan Domingo Perón y de Evita de Perón, pero Rubirosa viajaba a París por más tiempo que el que permanecía en aquel país. El tirano las tenía tomadas con él y le canceló como Embajador y lo conminó a presentarse a Santo Domingo. Rubirosa recibió el maza-zo en París en compañía de Duke. Conocedor de las probables

cuencias de la citación y enterado de que «estaba en desgracia» con el dictador se salió por la tangente. Nuevamente sus garras de tíguere dominicano le salvaron. Hizo publicitar ampliamente su regreso y luego voló a Santo Domingo, junto con Duke. El tirano Trujillo Molina era débil con visitantes de la categoría de Duke. Al llegar acompañado de este tesoro norteamericano el tirano Trujillo Molina le ofreció una recepción y los invitó a su Hacienda Fundación. Los trató de a primera. Regresaron a París sin que el mandamás dominicano le dijera a Rubirosa ni la razón ni el propósito de la citación.

Aunque Rubirosa desatendió sus funciones diplomáticas en Argentina, sí estrechó relaciones con el gobernante Perón y con su esposa. Perón y Rubirosa fueron vistos en varias oportunidades en los campos de Polo de la Argentina a los cuales aquel asistía a presenciar las competencias en las que Rubirosa se distinguía por su característico estilo de capitanear montando como zurdo y escandalizando cada vez que era asediado por sus contrarios. Cooperó económicamente con Evita y apareció en público con ella muchas veces. Amistaron sinceramente y esto dio motivo a que la incluyeran en la lista de sus amantes, lo cual es falso de toda falsedad. Sus relaciones se estrecharon luego de un incidente que nos narró la señora Miriam Hasbud viuda Sánchez Rubirosa con ocasión de una visita de Rubirosa y Duke al centro de beneficencia de Evita Perón. Rubirosa estaba invitado a una cena «de sentado», esto es, una cena formal del cuerpo diplomático y no podía retrasarse ni un minuto, razón por la cual miraba su reloj reiteradamente mientras la Perón le hacía explicaciones... Ella se malhumoró y le sacó en cara su mala educación. Entonces él le explicó la proximidad de la hora de su compromiso. Al día siguiente le envió una donación en dólares que impresionó a Evita y a partir de ahí tuvieron un notable acercamiento.

## Un Zarpazo Felino: Cae Barbara Hutton

Porfirio Rubirosa y la super millonaria norteamericana Bárbara Hutton se casaron el 30 de diciembre de 1953, pero 73 días después, el 13 de marzo de 1954, se separaron e iniciaron el proceso de divorcio. Sería en 1955 cuando se pronunciaría en Santo Domingo. El matrimonio se efectuó luego de dos fracasos comerciales de Rubirosa: una empresa pesquera con una flota de barcos administrada por un francés y una costosa expedición de búsqueda de un tesoro en las costas de Puerto Plata, Santo Domingo. En ambas perdió barcos y dólares al granel. Coincidentalmente era el cuarto matrimonio de Hutton y de Rubirosa.

Hutton, como su antecesora Doris Duke, era una de las mujeres más ricas del mundo, heredera de la cadena de tienda Cinco y Diez, valga decir de la fortuna Woolworth. En sus memorias Rubirosa habla poco de ella y de sus quebrantos; y calla sobre el dinero, los bienes que recibió y el consumo de drogas de parte de ella.

Aunque Rubirosa asegura, como argumento defensivo, que conoció y departió con Hutton muchos años antes, estando casada con Igor Troubetskoi, ciclista ruso muy conocido en Francia, son varias las fuentes que aseguran que él la manipuló hábilmente a través de Leland M. Rosenberg, su secretario y administrador de sus cuentas. Rosenberg era amigo del hijo de Bárbara, Lance Relentlow Hutton, a quien Rubirosa adiestraba en el juego de polo desde semanas antes del matrimonio. La Hutton y su hijo estaban muy complacidos del trato del entrenador. La periodista Elsa Maxwell aseguró en un libro de chismografía social que Rosenberg fue el intermediario de aquel matrimonio. Rubirosa, de su parte, dice que jugaba polo en Deauville cuando

encontró a la Hutton en el hotel Normandy. Cenaron, bailaron, pero Hutton se fatigó porque estaba enferma. Finalmente se recluyó y Rubirosa la visitaba, «y nuestra amistad toma un nuevo curso. Nos descubrimos una poderosa atracción el uno por el otro».

Hábilmente, Rubirosa coloca el «amor» como un escudo delante de su inadmisibile matrimonio con Hutton, quien era una mujer con serias dolencias, consumidora de drogas y sometida a intensos tratamientos psicológicos. Su vida era una tragedia, pero Rubirosa no parecía verlo así en aquellos momentos en que él derivaba hacia la quiebra económica.

(...) «descubro una mujer nueva, una belleza frágil, inteligente, cultivada, sensible, acerca de quien encuentro cada vez más placer en verla».

Y por eso decide casarse con ella.

## **Vieja Pero...**

Su explicación, propia de una telenovela rosa carente de credibilidad y calidad, se descubre como una mentira a través de la historia que cuenta el vicealmirante dominicano Néstor Julio González Díaz, al comparecer al programa de T.V. de la periodista dominicana Cornelia Margarita, “Así Somos, Somos Así”. A principios de 1954 él llegó a Miami en un yate desde Santo Domingo con 25 caballos para un torneo de polo en el que participarían Ramfis Trujillo y Rubirosa. El tirano Trujillo Molina llegó en la fragata 101 a ver el juego, y una tarde dio una fiesta en la fragata. Allí «estaba Trujillo, estaba Ramfis, estaban dos argentinos y estaba Rubirosa con una americana que se llamaba Bárbara Hutton».

González Díaz dijo que el tirano se había «pasado de tragos» y estaba de buen humor.

«Yo oí cuando le dijo a Rubirosa:

-Pero tú estás degenerando ya. Fíjate con quien tú te casaste. Esa es una vieja».

Entonces Rubirosa le contestó:

«-Sí, pero..»

Y le hizo una señal rozando con el pulgar derecho las yemas de los dedos índice y mayor derechos (señal que en Santo Domingo significa dinero constante y sonante).

Y añadió:

“-Ya yo tengo un avión que ella me regaló.”

El «amor» -el verdadero amor- de Rubirosa por esta mujer destrozada y enferma se patentizó en los regalos que él recibió: una finca en Santo Domingo valorada en 200,000 dólares, cinco caballos de pura sangre, decenas de trajes de vestir de primera calidad mandados a hacer para él en sitios exclusivos, que le permitieron conquistar el título del «hombre mejor vestido de América», y entre un millón y cinco millones de dólares\* al momento del divorcio... ¡Vaya amor!

Por otro lado, en 1959, estando de Embajador en Cuba, su auxiliar Rafael Lantigua Fernández le preguntó a Rubirosa en el curso de un almuerzo si era cierto que Bárbara Hutton le había regalado 5 millones de dólares cuando se casaron.

-Eso no es verdad -contestó Rubirosa- Esa señora lo que me regaló fue una avioneta Cessna de dos motores.

Más adelante, Rubirosa le dijo:

-Lo mío es más fama que otra cosa.

Allegados a Rubirosa han asegurado que Hutton trató de inyectarle droga durante la luna de miel y que en el forcejeo él le fracturó un tobillo. Otros aseguran que él la golpeó y empujó..

«Nunca más me casaré con una mujer rica», dijo Rubirosa luego de su separación de Hutton. Aunque su aseveración se

---

\*Juzgamos exagerado este dato oscilante (de 1 a 5 millones de dólares). Pero sí se puede decir que son diversas las fuentes que aseguran que ella le hizo un obsequio jugoso en dólares.

haría realidad, él no tenía base para lamentarse de ese tipo de «error», y eso lo revela lo que citó que le gritó un periodista norteamericano el día de su casamiento con la millonaria Hutton.

“-¡Su próximo matrimonio será con Fort Knox!”

(«Fort Knox»: el «fuerte» donde se guarda la reserva de oro de los Estados Unidos).

## Hechos Espectaculares

Como los demás amores y matrimonios célebres de Rubirosa, este estuvo rodeado de hechos espectaculares. Trujillo Molina le había despojado de su cargo diplomático porque tres meses antes se pronunciaron dos divorcios a solicitud de esposos que alegaban que sus esposas les habían sido infieles con Rubirosa. La prensa sobredimensionó estos escándalos. El tirano le canceló porque su conducta era incompatible con sus funciones diplomáticas (?). Pero desde que la prensa publicitó su romance con Hutton, acompañándolo de duras críticas de periodistas norteamericanos a este probable matrimonio y exigiendo que las autoridades norteamericanas lo impidieran, el tirano Trujillo Molina rehabilitó a Rubirosa y le concedió a Hutton la nacionalidad dominicana por naturalización privilegiada. Se casaron en la legación dominicana en Nueva York y Ramfis Trujillo fue el padrino.

Días antes, en una rueda de prensa en el Hotel Pierre, en Manhattan, Rubirosa había afirmado que ella «ha traído sinceridad a mi vida». Su sinceridad era cierta pero focalizada al momento vivido y en este caso duró tanto como el cigarrillo que se fumaba como señal de victoria, o quizás rememorando su juventud en Santo Domingo cuando ofertaba hipnotizar a cambio de un cigarrillo.

Rubirosa cortejó a la actriz húngara Zsa Zsa Gabor desde antes y durante el matrimonio con Hutton. Gabor actuaba en Las Vegas cuando los cables de prensa informaron de su estruendoso matrimonio seguido de cerca por una batería humana de no menos de 30 reporteros. Un periodista se pre-

sentó al Hotel Last Frontier y le preguntó a Gabor sobre el matrimonio Rubirosa-Hutton en momentos en que se publicitaban sus amoríos con el seductor dominicano.

-Todavía él me desea. En un par de semanas estará tras de mi otra vez.

Y no se equivocó...

Pero cabría una reflexión importante en vista de que Rubirosa le había propuesto matrimonio y estaban decididos el uno por el otro. Algún impedimento de peso trabó el matrimonio Rubirosa-Gabor. Ella sería su próxima presa, pero como perfectos amantes y no como imperfectos esposos. «El no tiene dinero para casarse conmigo», proclamó Gabor en señal de rechazo a las insistentes propuestas de matrimonio de parte de Rubirosa.

El lunes 28 de marzo, 15 días después de su separación de Hutton, llegó Rubirosa a Santo Domingo y declaró al periodista Rafael Lara Cintrón, del diario dominicano El Caribe: «Vengo por motivos particulares. Mi viaje de ahora no tiene que ver en absoluto con el divorcio de Bárbara Hutton». Más adelante añadió: «Cuando las cosas no andan bien con una mujer después de un tiempo juntos, para qué seguir».

También habló de su afán de publicidad. «No me atrae la publicidad como se cree». Y en una evidente alusión a los múltiples comentarios sobre sus matrimonios y divorcios que le dejaban grandes beneficios, particularmente el de Hutton, dijo: «Tampoco me divorcio porque aspire millones. Si los deseara, es lo lógico, no me divorciara, sino que trataría de obtener beneficios de una situación que no hay que mencionar».

En sus memorias Hutton dice que ella y Rubirosa se acercaron más al verlo en traje de baño en un balneario francés de Deauville. «Me dijo que me amaba pero no lo creía. Lo he amado desde el momento que lo conocí». Y se lamentó y ca-

lificó de «terrible» el que se descreyera de un hombre «porque me quiere a mí como persona».

Pero más adelante ella se hastiaría de los líos públicos de Rubirosa, quien se regodeaba al dibujar el triángulo Gabor-Rubirosa-Hutton. Y de repente Hutton desapareció de la vista de la prensa y de Rubirosa. Había decidido abandonarlo definitivamente.

Rubirosa justificó el proceso de divorcio diciendo que «ella no quiere llevar una vida activa...»prefiere pasar el día en la cama». Y redondeó su pensamiento con esta sentencia muy propia de un tíguere dominicano a la ofensiva: «Después de setenta y tres días de semejante existencia, supe que lo nuestro era un fracaso». Se proclamó como un hombre saludable por lo que le aterraba pensar que una persona pase todo el día en una cama. «Desearía sinceramente que mi esposa cambiase su estilo de vida».

Tenía el tupé de llamarla aún «mi esposa».



## Zsa Zsa Gabor en las Redes de Rubirosa

La muy afamada y bella actriz Zsa Zsa Gabor, admirada por los norteamericanos y gente del mundo occidental y más allá a través de sus películas y actuaciones artísticas, casada con el productor de películas George Sanders, quedó atrapada como un sardina en las redes de «este hombre moreno», a pesar de que al verlo desde lejos por primera vez en 1952 se sorprendió de que no fuera un Adonis, como se esperaba por su fama de conquistador. Esa vez Gabor se clavó un puñal: «¡Definitivamente, ese no es mi tipo!»

El «tipo» Rubirosa era este: piel morena, delgado y musculoso, casi patizambo, estatura de 5 pies y 9 pulgadas, que él solía elevar con tacos ligeramente gruesos, pelo negro algo ondulado, con un brillo grasiento tenue, ojos negros con una pizca de achinamiento, frente despejada, con líneas sucesivas atractivas, rostro lleno, de pómulos que se destacaban para darle un toque de hombre ordinario, con una media sonrisa que a veces la completaba.

De Gabor y la pasión amorosa que se desató entre ellos, podría decirse que comenzó con un desdén durante el «encuentro cercano de primer tipo» que rápidamente se convirtió en «un encuentro cercano de segundo tipo», sólo por simple curiosidad femenina, y que finalmente permitió el «encuentro cercano de tercer tipo» mediante una aproximación personal que terminó embriagándola, haciéndola delirar y arrojándola como una sardina inquieta en la red amorosa de la desquiciante personalidad magnética de Rubirosa.

Esta húngara asimilada a la cultura norteamericana, casada con un hombre bien plantado y reconocido en el mundo del cine, era voluble, como suelen ser los de temperamento artístico... y

Rubirosa también. Y era apasionada...y Rubirosa también. Y tenía ganas ardientes de ser amada con el corazón y la carne y que a la vez le ofrendaran la atención del mundo que ella se merecía.

Ella cuenta en su libro de memorias «Mi Historia»: «Este hombre moreno, de ojos radiantes mirándome, envolviéndome con una mirada de tal intensidad que sentía como si todo el mundo se esfumara y sólo permaneciéramos él y yo».

Habla de su primera cena a solicitud del don Juan dominicano en un restaurante del hotel en que ambos se hospedaban. Rubirosa había llegado al Hotel Plaza el 1 de enero de 1953 y en el ascensor coincidió con Gabor, a quien le tenía una gran admiración y encajaba en uno de sus sueños de amante latino: lograr el amor de una famosa actriz rubia despampanante. Ella entró al ascensor luego que él lo abordara y la reconoció en el acto. El estaba a sus espaldas y la llamó por su nombre y le preguntó qué hacía en Nueva York. Ella le respondió que asistía al estreno de su nueva película y Rubirosa se identificó y le dijo que él acompañaba a su Presidente, el generalísimo Trujillo Molina, quien visitaba Nueva York. Rubirosa sabía de sobras que las oportunidades son como las coincidencias: una manera de Dios decir presente. «A esta me la puso Dios», pudo haber pensado como buen dominicano. Y por lo mágico y misterioso de las oportunidades que se les suelen presentar al cazador experimentado, supo que debía de actuar con creatividad y rapidez: la invitó a tomarse una copa dentro del marco de las actividades organizadas por la visita del generalísimo Trujillo Molina. Ella respondió con la típica evasión femenina que deja abierta la puerta de la posibilidad: tal vez en una ocasión futura, pero no por el momento.

Y se despidieron...

Rubirosa entonces aceitó su arma de cazador consumado consciente de que la presa estaba ubicada...Cuando ella regresó del estreno de su película encontró en su habitación numerosos ramilletes de flores. Del conjunto se destacaba una tarjeta personal con una dedicatoria: «Para una muy bella dama: «Rubi».

Poco después sonó el teléfono. Rubirosa la invitaba a departir con él y unos amigos, sólo un ratito, él se lo rogaba, sólo un ratito, y ella aceptó. Y se le vio nadando hacia la red de este cazador que también pescaba sardinas humanas fuera del agua. El la hizo reina esa noche y al final la acompañó hasta la puerta de la habitación. Gabor estaba réquete feliz por el éxito del estreno de su película y por lo deslumbrante de este «tipo moreno»: Rubirosa. Su esposo estaba a muchos kilómetros de distancia. Rubirosa se le aproximó lo más posible y le preguntó si podía entrar por un trago.

«El señor Rubirosa me miró fijamente. Se me acercó más pero no me tocó. No había la menor duda; un cautivador magnetismo emanaba de este hombre»...

Entraron, tomaron, hablaron...y la sardina se retorció en el aceite caliente de la sartén de Rubirosa. La presa era definitivamente suya.

Rubirosa puso en práctica desde el día siguiente una técnica de división. Envío flores y cartas a Gabor y, como era lógico suponer, el esposo se enteró y afloraron los disgustos. En París volvieron a verse, y esta vez la atrajo totalmente y la llevó a su majestuosa casa obsequiada a él por Duke. Ella se hospedó allí mientras rodaba una película y conoció a grandes figuras internacionales. Eran las personas sobre las cuales se hacían las películas, cuenta ella. Gabor seguía casada con Sanders y era amante de quien había dicho que «definitivamente» no era su tipo. Rubirosa se desgranaba, se colocaba a sus pies. Era su gran trofeo del cine. Era el dueño de una protagonista de películas que él había visto tanto en los cines de París como en el cine Olimpia de Santo Domingo cuando retornaba en el verano. Al Olimpia llegaba primero su perfume y tras este Rubirosa, cuentan quienes coincidieron con él. El hombre moreno del Caribe, el casi patizambo, el de la mirada radiante y atrapadora se creía en la gloria, y no lo podía creer. Le pidió que se casaran, pero ella lo evadió. El triángulo amoroso, de los que tanto gustaban a Rubirosa, se convirtió en un «trilátero» de boxeo sexual

y amoroso hasta que el destino, por no decir que su arrolladora naturaleza de amante que nunca descansaba ni cejaba, decidió la pelea en favor de Rubirosa. Rubirosa dio knockout rotundo a Sanders, quien, avergonzado y mofado, se divorció de Gabor. La presa estaba ahora entre sus uñas. La había sacado de la sartén.

«Tú sientes como que este hombre va a romper paredes, derribar montañas, tomar el mundo para alcanzarte. El es salvaje, impaciente, un hombre violento. Pero te da el corazón cuando te desea y te desea todo el tiempo, es con tal obstinación que no te deja tiempo de pensar, protestar, imponerte»...confesó Gabor tiempo después de su rompimiento con él.

De todas maneras, ella tenía poco de boba. Era sagaz. Sabía administrar su vida artística y, sobre todo, sus bienes. Rechazó, desde el principio hasta el fin, casarse con Rubirosa, quien la acosaba con su insistente propuesta. Pero a la vez hacía la misma propuesta a Bárbara Hutton. Las dos propuestas trascendieron a los diarios. El columnista social y chismográfico Igor Cassini -amigo casi íntimo de Rubirosa- se había ocupado de hacerlo saber. Rubirosa jugaba al segundo juego preferido de él: al de la competencia. Tanto como el triángulo amoroso -él, una mujer y su esposo-, le gustaba el juego de la competencia entre las mujeres, con él en el centro, desde luego que sí. Así se crecía ante la prensa y quedaba nuevamente confirmado como el chulo por excelencia, colocado en un estadio superior al del seductor.

Cuando casó con Hutton no tuvo empacho en elogiar a Gabor y se lamentó de que ella prefiriera su carrera artística a vivir con él en París.

A finales de marzo de 1953, Rubirosa habló en Santo Domingo con el diario El Caribe de sus 12 meses de relaciones con Gabor y de una película «de vaqueros» que filmarían. Las autoridades de Estados Unidos bloquearon la actuación de Rubirosa porque carecía de permiso de trabajo. «Protegían así a los actores nativos», dijo. Y explicó que Gabor se veía mejor personalmente que en

la pantalla del cine. Apostrofó al ex esposo de Gabor, porque quería volver con ella. «Ella no lo amaba a él -dijo Rubirosa-Zsa Zsa lo echó. Ocurre que la gente cree que ya he terminado con ella. Pero es que no puedo pasarme todo el tiempo en California». De su parte, Gabor anunciaba en Estados Unidos que había decidido casarse con Rubirosa...Puras palabrerías...

Rubirosa y Gabor desarrollaron sus amores, fiestas y peleas en las páginas de los diarios estadounidenses y de muchos otros países. Sus uniones y rupturas, el triángulo amoroso, los celos y peleas a trompadas y arañazos, y las fiestas ruidosas en el yate Angelita junto a Ramfis Trujillo, Kim Novak y otras celebridades de la pantalla fueron las notaciones relevantes de estos amores.

Como dijimos páginas atrás, se hizo célebre una trompada que Rubirosa dio en el pómulo derecho a Gabor cuando esta lo atacó a empujones al enterarse de que iba a casarse con Hutton a la vez que le juraba que aún la amaba y que quería casarse con ella. Horas después de la reyerta Gabor convocó una rueda de prensa, se retrató con su ojo amoratado y proclamó que era a ella a quien quería Rubirosa y que la trompada demostraba la intensidad de su amor. La más célebre de las trompadas en el mundo de los amores y espectáculos fue recogida en la famosa guaracha cubana sobre Rubirosa, que inicia este libro: «Será porque a Zsa Zsa Gabor un ojo le amorató».

La actriz nos dejó sus impresiones sobre las fiestas célebres en el Yate Angelita escenificadas por ella, Ramfis Trujillo, Kim Novak, Porfirio Rubirosa y otros:

«Aquella embarcación, aquel grupo, aquel hombre no eran del siglo XX, sino de siglos pretéritos. Ramfis y su yate, su modo de vida, su país de origen, eran un residuo de aquellos tiempos. De un modo u otro, todos -Ramfis, Rubi y yo- pertenecíamos a ese siglo»\*.

---

\*Pág. 372 "Trujillo -La Trágica Aventura del Poder Personal". Robert Crassweller. Toma su cita de "Mi Historia", de Zsa Zsa Gabor NY. 1960.

## El «Afrodisíaco Pega Palo» y Porfirio Rubirosa

En el discurrir de la vida de Rubirosa saltan a la vista las características del bohemio y del machista latinoamericano: fies-tero, «parrandero de parranda larga» -»a todo líquido, hasta el amanecer», solía decir-, mujeriego, abusador con las mujeres, falocéntrico (cultor del pene), hipersexual, jugador, irresponsa-ble, valiente y violento, dadivoso y ostentoso.

Para el 1956 su fama de gran macho -un «machómetro»- ha-bría llegado a casi todos los rincones del mundo. Era una celebri-dad mundial. Considerado certeramente como el «Rey de los Play Boys», maravillaba a los Estados Unidos, principalmente a Nueva York, a Francia, principalmente a París, a Alemania, a Italia, a Hungría, a Argentina, a México, a Cuba, a República Dominicana y a toda América Latina. Estando en el máximo de su apogeo y, por lo tanto, a un tris de iniciar su declinación -iba «entrando en edad»- se inició el desarrollo acelerado de la corriente feminista que, uni-da luego a una corriente política revolucionaria de izquierda, crea-ría una armadura de conceptos contrarios al imperio del machismo.

Antes de que el antimachismo y el feminismo de los finales de los cincuentas y de todos los sesentas contribuyeran a socavar su reinado, aconteció algo que retrató de cuerpo entero la monumentalidad de su imagen de gladiador sexual: salió al merca-do en 1956 -a sus 47 años de edad- el «Pega-Palo-Fortidom-», un producto «afrodisíaco» que fue promovido y popularizado en el ex-terior asociándolo a su nombre y a su imagen de un supermán sexual.

La revista norteamericana «Confidential» publicó en el

número de noviembre de 1956 un reportaje sobre el «afrodisíaco» Pega Palo en el que se daba la impresión de que Rubirosa debía su atletismo y olimpismo sexuales a su consumo diario.

«El Pega-Palo, La Planta de la Virilidad» -decía en su encabezado el reportaje-. «Crece en las selvas de la República Dominicana y las autoridades médicas afirman que este árbol sorprendente restaura el vigor juvenil de los hombres que hace ya tiempo renunciaron al papel de Romeos»...Y adjunto la imagen de Rubirosa, en una fotografía sobre dos páginas, mientras «se bebe un trago de pega palo». «Todos los días él toma su Pega-Palo», decía el pie de foto.

Y esto abrumó a Rubirosa, aunque también le estimuló el apetito mercantil. Mujeres y hombres le abordaban y le escribían solicitándole el «Pega-Palo». De inmediato viajó de París a Nueva York con el signo del dólar dibujado en los ojos. Contactó a los editores de la revista «Confidential» y se enteró de que la fotografía y el reportaje habían sido financiados con dinero de República Dominicana y que las huellas conducían al Laboratorio Químico Dominicano y al doctor José E. Sobá. De Nueva York voló a Santo Domingo, esta vez con el signo del peso dominicano en sus ojos, y una vez ante el reputado médico supo de su boca que la patentización y comercialización del «afrodisíaco» era manejada por la Oficina Particular de Trujillo Molina (la que finalmente cedería los derechos de venta en los Estados Unidos a Mr. W.L. Bridges, presidente de la Bridges Company, mediante un contrato del 17 de diciembre de 1956.) Ante las evidencias de que su ex suegro y superior máximo era el final del hilo conductor, retornó mansamente a París...y con los bolsillos vacíos.

Rubirosa relata en sus memorias qué le dijo al doctor Sobá y qué le respondió éste:

«-¿Cómo puede usted utilizar mi nombre en todas esas transacciones, sin preguntarme mi parecer...sin ni siquiera proponerme participación alguna?».

«El doctor Sobá tomó un aire misterioso:»

«-Usted conoce cuál es la única persona que puede dar semejante órdenes aquí»..

Y Rubirosa explica más adelante:

«Me fui a París. Algunos días después recibí una generosa recompensa: doce pequeñas botellas, muestras de Pega Palo».

En la República Dominicana se comercializó como «Pega Palo-Fortidom» y en 48 estados norteamericanos como «Pega-Palo». Vendieron decenas de miles de botellas con el líquido «afrodisíaco» a precios que oscilaban de 15 a 65 dólares -según el tamaño de la botella- hasta que en marzo de 1957 las autoridades norteamericanas frenaron su venta al prohibir su envío por correos. Por lo demás, los estudios de laboratorio de Estados Unidos precisaron que carecía de los atributos promovidos en la posología del producto y en los avisos de prensa y entonces bloquearon su venta en territorio norteamericano. Sin embargo, los distribuidores ejercieron fuertes presiones y así fue como gracias a supuestas pruebas posteriores que «verificaron» su efectividad y gracias a reportajes favorables en revistas de sexología, volvió a venderse a través del correo.

Hasta la Embajada de los Estados Unidos en Santo Domingo se vio en el caso de desplegar esfuerzos investigativos alrededor del famoso «Pega-Palo», su elaboración y comercialización. El 25 de enero de 1957 la Embajada envió a Washington un informe «confidencial» en el que se ponía en duda la calidad y eficacia del producto e informaba que desde que la revista «Confidential» publicó el «artículo» la Embajada había recibido numerosas cartas desde Estados Unidos de hombres interesados en la obtención del líquido.

«Correspondencia con similar solicitud ha sido recibida en el Palacio Nacional, la Cámara de Comercio, Hoteles, el Departamento de Industria y Comercio, y más de mil ochocientas piezas de dicha correspondencia han llegado al Laboratorio Químico Dominicano, C. por A., que es el beneficiario de la patente dominicana del referido nombre».



El famoso humorista Paco Escribano deleitó a los radioyentes con chistes y dramas sobre la restauración de la potencia sexual y lanzó al mercado la «avena con Pega-Palo». En diversos países surgieron bebidas y cocteles «con Pega-Palo». El artista dominicano, Yoyito Cabrera compuso un merengue en el que resaltaba el Pega-Palo y al «usuario» Rubirosa.

A esta historia del «afrodisíaco» se vinculó la mafia norteamericana que, a través de sus sindicatos, asumió el control de su comercialización y de su promoción en las revistas de sexo. Como es lógico suponer, dado que se trataba de una propaganda comercial alrededor de un producto ineficaz para aumentar la potencia sexual del hombre, poco a poco fue declinando su venta hasta desaparecer del mercado.

Por otra parte, en sus «memorias» Rubirosa sitúa erróneamente el sonado caso alrededor del Pega-Palo en los días posteriores a su divorcio de Hutton, iniciado el 13 de marzo de 1952. Como vimos, en noviembre de 1956 la revista «Confidential» publicó un reportaje y entonces se produjo el boom del consumo del producto. De modo, pues, que se trata de otra inexactitud, posiblemente adrede. Colocó el tema inmediatamente luego de un divorcio, pensando que el público francés que leería esas «memorias» lo vería como un hombre de tales virtudes falocéntricas que saltaba de París a Nueva York, de Nueva York a Santo Domingo, y de Santo Domingo a París. En fin, su falo y potencialidad eran indudablemente internacionales. Y él valía millones. Los millones de la Hutton y los del Pega-Palo.

La realidad era sencillamente que en noviembre de 1956 le faltaban dos meses para cumplir sus 48 años de edad y estaba casado con Odile Rodín, una bella ex actriz, de apenas 21 años de edad.

## Magnetismo y Sexo en Rubirosa

Rubirosa tenía una fuerza magnética atractiva en la mirada. Sus ex esposas y ex amantes hablaron de la fuerza envolvente de su mirada. Sus amigos la consideraron como la de alguien en quien usted puede confiar. De sus ojos ligeramente achinados fluía la mirada que penetraba y halaba. El tirano Trujillo Molina también ganó fama por su mirada poderosa, penetrante...pero degolladora. Se le temía a sus ojos, pero más que a estos al fuego que parecía fluir cuando se posaban fijamente. Sus cortesanos y los citados ante él evitaban mirarlo a los ojos porque creían que les estaba leyendo el pensamiento. Ellos se inquietaban, temblaban. De Rubirosa, por el contrario, fluía una especie de fuerza positiva atractiva. Era carismático. Sus ojos lo sustentaban...Y él lo sabía. Creía en la potencialidad y el hechizo de su mirada. De pequeño le hablaron de la fuerza que emanaba de sus ojos. Y era hijo de una madre «con poderes», más bien «vidente». Su madre presentía, antevía y desmadejaba los hechos futuros y a la larga resultaba lo que había anunciado. Si no todo, aproximadamente. Rubirosa se refiere de soslayo en sus memorias a las virtudes de su madre. Cuenta de ese cariz de su madre en la forma más natural: que un día se le presentó la Virgen de la Altagracia y le dijo que dejara de preocuparse porque a su esposo, el general Pedro Rubirosa, nada le pasaría en su lucha guerrera en la manigua cibaëña.

Siendo jovenzuelo, al retornar de Francia, Rubirosa practicó la hipnosis, sin mayores resultados. Insistió pero no logró aprender a hipnotizar. Cobró alguna fama porque ofertaba la hipnosis «por un cigarrillo»...Así educó sus miradas. Las supo dirigir, las potencializó para que ellas por sí hablaran. Asistió regularmente ante mujeres

videntes en todas partes del mundo y en Berlín le pronosticaron que sería herido, estaría a punto de morir y se recuperaría *totalmente*. Y en su pueblo natal una vidente le anunció que le espera-

ban días de fama y dinero. A Oscar Ariza, un primo, el solía decirle que su futuro sería glorioso, de fama y de dinero... Como que lo presentía, como que podía anteverlo a golpe de decirselo su madre

y de requintárselo las que le leían la taza, las barajas y las manos. Su integración a un grupo gitano de baile en París tal vez acrecentó sus creencias...pero siempre expresó sus temores porque también le hablaban de un trágico accidente automovilístico.

Como los supersticiosos, Rubirosa era misterioso...O se esforzaba por parecerlo. Cada vez que alguien quería que el le dijera su secreto, su fórmula con las mujeres, Rubirosa se disparaba con respuestas *que decían poco y aumentaban su halo de misterio* alrededor del «secreto» de su éxito.

## **Técnica Sexual de Rubirosa**

La fortaleza de su «secreto» consistió definitivamente en su naturaleza, en su temperamento de amante y en sus técnicas sexuales practicadas con regularidad y dominadas al cien por ciento; en su programación y su gran fuerza interior que brotaba luego de sus meditaciones acostado en una mesa o en el suelo, a oscuras, en el curso de prácticas para el control absoluto del cuerpo. Familiares cercanos y amigos que iban a su casa lo confirmaron. Era cierto. Al llegar la noche o en cualquier otro momento, se encuentra en una *habitación a oscuras y realizaba prácticas de profunda meditación*. Sus prácticas estaban fuertemente vinculadas a sus técnicas sexuales. Las informaciones de algunas de las que fueron sus esposas y amantes acerca de su conducta sexual coinciden con los resultados de ciertas técnicas indúes y orientales. Meditación y sexo se funden a grado tal que el hombre pasa a ser dueño de su cuerpo y sus sensaciones y es quien gobierna su vida sexual y consiguientemente sus actos.

Rubirosa practicaba el orgasmo sin eyaculación. Las filoso-

fías china e indú fueron las primeras que interiorizaron en el orgasmo sin la fluencia del semen, esto es, el disfrute de las sensaciones parecidas a las del espasmo eyaculatorio pero sin expeler. Eso conduce al éxtasis y a la salud superior, afirman.

En la obra «El hombre multiorgásmico», Mantak Chea y Douglas Abrams Arava hablan del «Tao del Sexo» chino y dicen que un hombre puede prolongarse en el acto sexual, quedar en la primera sensación, que es el orgasmo, sin llegar a la fase espasmódica, la debilitadora. En el «Tao del cielo» se proclama que el hombre se supera al copular sin eyacular, y se anuncian 9 estadios. En el primero, una gran paz; en el segundo, oídos y visión claros; en el tercero, enfermedad física eliminada, en el cuarto, gran paz interior; en el quinto, la sangre circulando rápidamente; en el sexto, los genitales potencializados; en el séptimo, firmeza poderosa en los muslos y nalgas; en el octavo, el cuerpo proyectando salud plena; y en el noveno, «su vida se alargará».

El «autocultivo» es un paso que lleva a la exagerada prolongación del acto, que fue lo más característico en Rubirosa. El «autocultivo» es una interfaz, un punto de encuentro de la masturbación y la meditación profunda. Si el hombre se «autocultiva» sin eyacular durante 15 ó 20 minutos, en varias sesiones, podría practicar el coito todo el tiempo que le plazca. Experimentará solo un «orgasmo en todo el cuerpo», esto es, no habrá erupción agotadora.

Como se ve, es más que evidente que la disfunción eyaculatoria de Rubirosa -tan comentada por sus mujeres e íntimos- se vinculaba a estas prácticas; lo que de ninguna manera descarta totalmente los efectos retardatarios que habría arrojado la alta fiebre de papera que le bajó a los testículos y lo esterilizó. Su estrecha amistad con Alí Khan, cuya vida se asemejó increíblemente a la de él, debió haberle abierto el camino a las técnicas sexuales indúes y orientales en las que Alí fue adiestrado por órdenes de su padre al llegar a la adolescencia. El médico árabe que fuera su tutor de estas prácticas se apoyaba en el llamado «arte de la retención» que no es más

que mantener el cerebro ocupado mediante la meditación durante el coito pero poniendo bajo control su actuación con la mujer, centro vital sexual. En definitiva, el acto es para ella...

## **¿Priapismo?**

En otro orden, en Santo Domingo se ha comentado que Rubirosa sufría de «priapismo» y que por eso tenía la «erección eterna». Eso no es posible. El priapismo consiste en una erección durante horas que generalmente produce un dolor agudo. El afectado tiene que ser tratado por un médico, quien procede a desenhestar el miembro. Si el priapismo repite frecuentemente, o se vuelve «constante», el pene pierde definitivamente la capacidad de erección debido a que la no circulación sanguínea lo desoxigena y el miembro «muere», por decirlo así. Entre los hombres dominicanos circulan versiones de casos de priapismos por masturbaciones muy prolongadas. De ahí que este «accidente fálico» sea del conocimiento de los adolescentes dominicanos. Indudablemente, pues, que el priapismo no podía ser el «secreto» de Rubirosa ni de ningún otro hombre. Pues, fue su potencia y no la impotencia lo que lo caracterizó.

A todas luces, Rubirosa logró un punto de equilibrio adecuado que aún hoy llama la atención. Todavía en 1999, bajo la atmósfera de la cultura del sexo y la glorificación fálica, un hombre de tanta experiencia como el ex embajador de México en República Dominicana Fernando Benítez, autor de una novela sobre Trujillo y Rubirosa, confesaba a la revista *Rumbo* en febrero de 1994 que para él era increíble «cómo trabajaba (Rubirosa) en la cama para hacerse rico». Este escritor daba la nota del misterio pero incurría en el error de focalizar su éxito en el oficio sexual. No pensó en la fuerza de su magnetismo, en su conocimiento pleno del alma femenina, en sus deslumbramientos, en su mirada educada para un efecto ya aprendido y en su voz mágica y rítmica que

contribuía al todo: personalidad, físico, mirada, proximidad e irradiación proyectada por la potencia acumulada en la meditación diaria y en el almacenamiento del semen...Olivier Fouret, un amigo bastante cercano, su compañero en el polo, recuerda que las mujeres se volvían locas con él. «A primera vista la mayoría de las mujeres diría: «me siento defraudada. ¿Es que eso es todo?». Ciertamente él no era un Clark Gable, pero tan pronto Rubi empezaba a hablar con una mujer, ella caía por sus encantos y gentilezas».

También sabían que él les podía dar sexo, mucho sexo...si eso buscaban. A él le llamaban «siempre dispuesto».

## Porfirio Rubirosa en Cuba

El 15 de junio de 1958, a sus 49 años de edad, Rubirosa fue designado Embajador en Cuba. De la calidad de la persona designada hablan las circunstancias imperantes en Cuba en esos momentos. El ex sargento Fulgencio Batista era la cabeza de un gobierno dictatorial de jaez militar vapuleado por la lucha armada liderada por Fidel Castro en las montañas y en algunos pueblos, y por la intensificación de la lucha armada clandestina en La Habana. La permanencia de Batista en el poder era tan conveniente para el dictador dominicano Trujillo Molina, como desafortunado habría de ser el triunfo de las fuerzas de Castro. Trujillo Molina desplegó grandes esfuerzos económicos, militares y diplomáticos en ayuda del ex sargento Batista. El super famoso Rubirosa tenía que conducirse exitosamente -caminando descalzo sobre carbones encendidos- en tres frentes: ante Batista, enemigo de Trujillo Molina hasta hacía poco, ante los exiliados dominicanos, numerosos y envalentonados, y ante la propia resistencia interna cubana, que podía considerarlo un buen blanco de secuestro o eliminación.

«El nuevo Embajador asumió el cargo en una de las más críticas situaciones políticas del dictador cubano», expresa Mukien Adriana Sang en la página 532 de «La Política Exterior Dominicana. 1844-1961-Tomo 11».

Rubirosa llegó a la Habana desde París el 3 de septiembre de 1958 -dos meses y 18 días después de su designación-, y presentó el martes 9 sus cartas credenciales ante el dictador Batista. Al día siguiente envió un informe al dictador Trujillo Molina en uno de cuyos párrafos iniciales daba señales claras de que había entrado en un proceso de cambio y de aposentamiento en su conducta:

«Aseguro a Vuestra Excelencia que cumpliré fielmente con mis deberes, y mi comportamiento irá a la par con el inmenso agradecimiento que le profeso».

De inmediato dió detalles de su entrevista de diez minutos con el dictador Batista, quien por su intermedio se excusó por no poder obtemperar a una convocatoria de reunión de gobernantes de Haití, Cuba y República Dominicana.

«El trato del Presidente Batista conmigo fue muy cordial y amistoso», indicó Rubi luego de informarle que éste quería conocer la República Dominicana:...» diga al generalísimo Trujillo que yo iré a la República Dominicana».

(Y Batista llegó inesperadamente a la República Dominicana el 1 de enero de 1959, huyéndole a Fidel Castro y sus tropas revolucionarias, dejando a Cuba en un mar de incertidumbre).

La designación de Rubirosa repercutió en toda Cuba, a pesar de los sucesos en curso. Quienes estuvieron con él o cerca de él en La Habana refieren hoy que bastaba con que llegara a un lugar público para que la gente se aglomerara y las mujeres solicitaran darles o un abrazo o un beso. Si llegaba a algún restaurante, como el «Monseñé», que era de sus preferidos, inmediatamente le saludaban con el principio del merengue «Qué es lo tuyo Rubirosa», del cubano Saborit.

Rubirosa permaneció en La Habana hasta mediados de mayo de 1959, esto es, durante ocho meses. Como las relaciones diplomáticas y políticas se agriaron entre los dos gobiernos desde que Castro tomó el poder, él se vio en el caso de alojarse en la sede de Suiza, donde lo acogió cortésmente el Embajador. Mientras tanto, la sede dominicana continuó operando a cargo de Rafael Lantigua Fernández, quien habiéndose desempeñado como auxiliar especial de la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores dominicana fue transferido a Cuba como secretario del Embajador Telésforo Calderón, sustituido por Rubirosa.

El «Play Boy» se concentró en sus labores diplomáticas, obvió los aparatajes públicos y trató de mantener la mayor distancia posible de las intrigas políticas, salvo en aquellos casos



en que su indiscutible condición de agente internacional de la tiranía trujillista en la diplomacia requería de su accionar, principalmente a través de informes confidenciales. Así es como en el mismo informe sobre su conversación con el Presidente Batista hace constar que el señor Rafael Oscar Alvarez Tineo, ex militar dominicano, se le puso a las órdenes, ya que los exiliados políticos antitrujillistas le tenían confianza. Anteriormente había recibido dinero del Embajador Calderón «en pago de informes sobre las actividades de enemigos de nuestro régimen en Cuba». Recomendó en su informe probarlo en cuanto a que decía tener «la plena confianza» de los exiliados en Venezuela», por lo que solicitaba un pasaporte y que le «facilitaran» el viaje a Venezuela.

De otra parte, Rubirosa criticó el estado de abandono de la Embajada y solicitó su reparación. «Considero una vergüenza para la Embajada recibir personalidades en ese cuadro», apuntó.

Y el 2 de octubre de 1958 informó que el 27 de septiembre le había visitado «el desafecto José Tiberio Castellanos Vargas para expresarnos su deseo y el del llamado «Movimiento Popular Dominicano», según nos dijo, de regresar al país» para luchar por reformas y crear el ambiente de «sana polémica y crítica constructiva».

El 27 de abril de 1959 Porfirio Rubirosa le remitió a la Cancillería dominicana otro informe, ahora dando cuenta de que el periódico El Mundo del 25 de abril publicó unas declaraciones del doctor Joaquín Balaguer, Vicepresidente de la República. De inmediato informó que anexaba un recorte de Revolución del 27 de abril «en él que aparece Camilo Cienfuegos jefe de Estado mayor del Ejército Rebelde y una de las principales figuras de la Revolución» y lo calificó de «ambicioso de publicidad a cualquier precio».

Que se sepa, nunca antes el «Play Boy» había asumido con seriedad ninguno de sus cargos diplomáticos, lo que confirma la opinión de los analistas de su vida de que con Odile Rodín había pasado a ser un hombre menos desmedido y casi convencido de que los días de fiestas continuas debían quedarse en el pasado.

Su secretario Lantigua Fernández ha dado diversos testimonios de sus relaciones con el «playboy» en La Habana donde le trató de tú a tú y por más tiempo que nadie, aparte de Rodín, hasta mediados de 1959.

«A Rubirosa lo conocí el primer día que hizo su llegada a La Habana (...) Lo recibimos, allí compartimos. Me pareció una persona muy amena, muy amistosa» (...).

«Después que él tomó posesión de la Embajada mantuvimos una relación (...) de buena comprensión. El me distinguió mucho», rememoró en el año 2000.

Como un gran aficionado al juego y a los casinos -recordemos que en 1935 dejaba a Flor de Oro en su hotelito de Nueva York para irse a jugar poker-, Rubirosa fue un asiduo concurrente al casino del famoso Tropicana. Dos veces se hizo acompañar de Lantigua Fernández. La primera vez Rubirosa perdió 150,000 pesos -aproximadamente 150,000 dólares- y Lantigua le reprochó:

«-¡Pero cómo señor Embajador!

-Pero eso no importa -le dijo Rubirosa- eso yo lo recupero un día de estos.

Y dijo él:

-¿Pero usted sabe lo que son 150,000 pesos?.

-Pero en Las Vegas yo he perdido hasta medio millón de pesos- añadió Rubirosa.

«Como a los cinco días -recuerda Lantigua Fernández-: me dice «vamos a jugar al Tropicana»; y yo le dije: ¿Pero a jugar otra vez Embajador?

-Sí, es que a mí me gusta el juego. Eso me entretiene-.

Fueron al Tropicana y ganó 400,000.

Entonces Rubirosa le dijo:

-Tú ves, perdí 150,000 y ahora gané 400,000...me gané 250,000, y eso es el juego..¡eso es el juego Lantigua!»

## La Caída de Batista

La noche del 31 de diciembre de 1958 Fulgencio Batista huyó a Santo Domingo dejando en su antedespacho a una comisión enviada por Trujillo Molina para asistirlo en la lucha contra Fidel Castro. El chofer de Rubirosa tocó a las puertas de Lantigua Fernández en horas de la madrugada y le dijo que el Embajador le requería con urgencia y una vez ante él se enteró que el dictador Batista estaba en Santo Domingo. De inmediato lo hizo pasar a una oficina en la que estaban los comisionados por Trujillo Molina: Johnny Abbes García, ex Jefe del Servicio de Inteligencia Militar dominicano, de triste recordación, el coronel Antonio Alvarez Albizu, quien llegó como nuevo agregado militar, el coronel Fidel López Guzmán, de los Servicios Tecnológicos, y un chino experto en explosivos. Habían llegado el día 30 al Aeropuerto Militar de Columbia.

El Embajador Rubirosa instruyó a Lantigua Fernández para que los llevara a las oficinas de la embajada. Llegaron luego de pasar un retén revolucionario. Días después salieron subrepticiamente en un avión enviado desde Miami.

Una semana después del triunfo revolucionario Rubirosa optó por trasladarse a la sede de la Embajada Suiza -posiblemente con la anuencia de gobierno dominicano-. Luego envió a su esposa a Miami.

Rubirosa quedó virtualmente conminado al espacio de la sede Suiza hasta que en mayo de ese 1959 viajó a París. Evidentemente que Trujillo Molina había quedado esta vez satisfecho con el «comportamiento» -palabra frecuente en boca de Trujillo Molina al referirse a Rubirosa- de su ex yerno y de ahí que al mes siguiente, el 15 de junio, lo designara Embajador en Bélgica.



Fulgencio Batista, dictador cubano, y Rubirosa al presentar sus cartas credenciales como Embajador en Cuba el 9 de septiembre de 1958. En el anexo de esta obra aparecen informes enviados por él desde Cuba. El triunfo de Fidel Castro lo tomó por sorpresa y a los pocos días se puso bajo la protección de la Embajada Suiza.



Rubirosa en camisa en el hotel Jaragua en 1953. A la derecha escribiendo en la embajada dominicana en Cuba. Rubirosa prefería alojarse en un «bogalou» del hotel Jaragua, a pesar de que tenía varias propiedades en el país incluyendo una en el balneario de Boca Chica.



Sus esposas y amantes dijeron que Rubirosa no era atractivo a simple vista, pero que una vez cerca de una mujer la envolvía con la magia de su personalidad y magnetismo.



A la izquierda Porfirio Rubirosa, detrás de Ramfis Trujillo, luego Anselmo Paulino y el dictador Trujillo Molina. Rubirosa fue un efectivo agente trujillista en el mundo diplomático y en el Jet Set internacional. Su curva de vida oficial arranca en 1932 y culmina luego del trujillismo en enero de 1962 al ser separado de la diplomacia dominicana inmediatamente fue interrogado en Nueva York por su vinculación con la muerte de un antitrujillista, Sergio Bencosme.



A Rubirosa le llamaron "el más grande playboy", el "enfant terrible", "el gigolo", "la amenaza de tocador de tres continentes"...

## Circularidad en las Vidas de Rubi y Ramfis

Rafael Leonidas Trujillo Martínez (Ramfis) nació el miércoles 5 de junio de 1929 en Santo Domingo cuando Porfirio Rubirosa Ariza (Rubi) tenía 20 años de edad. El destino -lenguaje oculto del inexplicable azar- marcó las barajas de Rubirosa y Ramfis para que trazaran con sus vidas una curiosa circularidad de principio a fin, que se cerró con las muertes de ambos casi a destiempo en dos accidentes en dos capitales europeas famosas y conduciendo dos automóviles deportivos Ferrari\*.

Las biografías de Ramfis y Rubirosa resultan incompletas sin el importante entrelazamiento de ambas. En períodos discontinuos significativos de sus vidas estuvieron en los mismos terrenos en medio de las mismas circunstancias. De los tres a los diez años de edad Ramfis quedó anudado a Rubirosa. En 1932, a los tres años de edad, Rubirosa se casó con su media hermana Flor de Oro Trujillo y en 1939, a sus 10 años de edad, Rubirosa fue guía de él y de su madre María Martínez Alba, esposa del dictador; cuando viajó a París, Francia, a dar a luz a María de los Angeles del Corazón de Jesús (Angelita).

Se desvincularon durante 15 años y se enlazaron nuevamente a través de los entrenamientos de polo de Ramfis bajo la tutela de Rubirosa, y de la creación del primer equipo de polo profesional de República Dominicana, capitaneado por Ramfis. La vinculación se estrechó más al mezclarse la afición por el polo con la inserción de Ramfis en el Jet Set artístico femenino norteamericano gracias a los contactos de Rubirosa. Sus romances y escándalos con artistas como Kim Nova fueron una clara imitación del perfil público y privado de su ex cuñado y amigo Rubirosa.

---

\*Ramfis murió el 27 de diciembre de 1969 en Madrid, España, a los 40 años de edad, al chocar su Ferrari contra un Jaguar.



John F. Kennedy, en el curso de las negociaciones para la instauración de un gobierno democrático en la República Dominicana y el levantamiento de las sanciones económicas impuestas al país. En medio de estas diligencias Rubirosa presionó -urgió, más bien- a Ramfis para que le restituyera 250,000 dólares que él había «gastado» como cabildero en Estados Unidos. Ramfis le entregó 100,000 y prometió lo restante «en la primera oportunidad», pero abandonó el país el 18 de noviembre de 1961, sin complacerlo y sin avisarle. Rubirosa se enteró el 19 de noviembre mientras practicaba en el campo de polo del Hotel El Embajador. Comprendió inmediatamente que sus esperanzas se habían marchitado y que Ramfis le había desconsiderado y colocado en situación dubitativa frente a las autoridades y amigos de los Estados Unidos que reaccionaron sorprendidos por la huida de Ramfis. Viajó a París de inmediato y ofreció una rueda de prensa en la que atacó acerbamente a Ramfis. Sus acusaciones iban desde la de cobarde hasta la de haber huido con dineros del tesoro dominicano. Rubirosa procedió a desafiliar a Ramfis de las instituciones sociales y deportivas a las que había accedido gracias a los contactos del «playboy». Ramfis fue prácticamente expulsado del Club de Polo de París. Ramfis, a su vez, trató de propiciar una campaña de descrédito contra Rubirosa mediante el soborno a periodistas en capitales europeas. Sus esfuerzos fallidos llegaron a conocimiento de Rubirosa.

Ramfis -de precario equilibrio emocional, sometido a frecuentes tratamientos psiquiátricos- se radicalizó odiando obsesivamente a Rubirosa. Algunos allegados suyos le han atribuido la organización de una fiesta para celebrar la muerte de Rubirosa en 1965.

De su parte Rubirosa obvió desde 1962 referirse a Ramfis, dando por terminado el enfrentamiento público. En círculos de remanentes trujillistas que se ufanan de estar informados se asegura que Ramfis en algún momento estuvo dispuesto a un acercamiento, pero Rubirosa interpretó que aquel procuraba una legitimación pública en el contexto europeo.

## Rubirosa, Ramfis y los Estados Unidos

Porfirio Rubirosa era muy famoso en Estados Unidos porque casó con dos ricas herederas norteamericanas: Doris Duke y Bárbara Hutton, por su melodramático romance de poco más de un año con su amante Sza Sza Gabor y por sus amoríos furtivos con otras estrellas del cine. Y porque tuvo un punto de apoyo adicional: el muy leído y, por lo tanto, famoso Igor Cassini, columnista social y artístico que firmaba como Cholly Knickerbocker. En varias de sus columnas Cassini se había referido ventajosamente a Rubirosa. Eran amigos con intereses pecuniarios comunes. Cassini, pagado por el tirano Trujillo Molina, promovía una imagen positiva del trujillismo y era uno de sus contactos con la gente del poder político y del Jet Set norteamericano. Rubirosa era uno de sus enlaces con el dictador dominicano. Ambos se habían acercado al clan Kennedy por diversos caminos. Cassini había promovido a quien sería esposa del Presidente John F. Kennedy declarándola en su columna la más elegante joven debutante. Por lo demás, tenía una vía de acceso directo a Joseph Kennedy, padre del presidente norteamericano. Fuere como fuere, se colocó en círculos cercanos a los Kennedy. De su parte, Rubirosa habría amistado en París con Bob Kennedy, hermano del Presidente, y compartido con él en restaurantes y en una que otra fiesta. Llegó a vincularse más a los Kennedy a través del mismo Cassini y de su amigo Peter Lawford, esposo de una hermana del Presidente. Su trato previo con Bob, su capacidad empática, su fama deslumbrante y su condición de agente internacional del tirano Trujillo Molina -acorralado por las sanciones económicas impuestas por las naciones americanas luego de que intentara asesinar a Rómulo Betancourt- lo aposicionaron favorablemente en los círculos de influencia presidencial.

Para ese año las relaciones de Ramfis y Rubirosa eran aún más estrechas que tres años atrás cuando el hijo del dictador disfrutaba de sus romances con Kim Nova y otras actrices. Rubirosa trabajaba ahora bajo las directrices de Ramfis, a quien Trujillo Molina confiaba parte importante de sus gestiones en procura de que le levantaran las sanciones económicas al país. El 8 de marzo de 1961 -dos meses y 22 días antes de la ultimación de su padre, el dictador-, Ramfis se trasladó a Nueva York y, valiéndose de Cassini y de Rubirosa, trató de concertar una reunión entre su padre y el Presidente Kennedy. «Rubirosa era amigo del actor Peter Lawford, casado con una hermana del Presidente norteamericano», refiere Bernardo Vega en la página 18 de su obra «Kennedy y los Trujillo».

Rubirosa, agente efectivo, logró enviar por diferentes vías un ominoso mensaje al Presidente Kennedy: «una revolución izquierdista podía estallar en cualquier momento en Santo Domingo».

A Rubirosa lo vemos en diversos escenarios comisionado por Ramfis como cuando viaja a la Florida a una reunión de contactos. Rubirosa se vió allí con funcionarios de los Estados Unidos y un comisionado dominicano en los esfuerzos por lograr la reunión cumbre. Vega refiere expresiones de Saillant, secretario particular de Ramfis, sobre el laborantismo de Rubirosa. «Cassini, viejo amigo de Porfirio Rubirosa, fue de las cartas más importantes de Ramfis...A Cassini ya lo conocía Ramfis a través del mismo Rubirosa, quien comprometió también su aplastante prestigio de «play boy» y algún dinero propio en las negociaciones». De Cassini, el investigador Vega dice en la página 30 que «Daba la apariencia de un simple e inocente amigo de Rubirosa, interesado en atraer la atención de su amigo, el Presidente norteamericano, sobre el peligro de que surgiera otro Fidel Castro en Santo Domingo», pero luego fue encausado porque no se registró como agente de Trujillo en los Estados Unidos.

La cercanía de las relaciones Rubirosa-Ramfis a sólo seis meses de la futura ruptura y enemistad acerba se refleja en el hecho de que jugaban polo en París desde hacía un mes cuando aconteció la muerte de Trujillo Molina.

## Rubirosa Fleta Avión para Ramfis

El miércoles 31 de mayo, Rubirosa se enteró de la muerte del dictador al llegar a la casa de Ramfis en París a buscar uno de los instrumentos del juego de polo. De inmediato se incorporó al reducido círculo íntimo de Ramfis y fue cabeza de las diligencias en procura de un avión que los trajera directamente al país. Dominicanos que tuvieron cerca de su esposa Rodín en las ocasiones en que vino al país luego de la muerte de Rubirosa, le atribuyen haber confirmado que hubo indicios de que funcionarios aeroportuarios franceses evadieron inicialmente dar facilidades para que Ramfis viajara a República Dominicana en el entendido de que los Estados Unidos habían prohibido a sus líneas aéreas transportar pasajeros apellidados Trujillo a la República Dominicana. Aunque Francia podía transportarlos libremente sin tocar territorio norteamericano, el traslado inmediato de Ramfis a Santo Domingo podía provocar represalias tácitas y simuladas en el futuro contra los vuelos franceses a territorio estadounidense.

La Rodín había sido particularmente distinguida por la esposa del Presidente de la Air France de quien fue alumna. El 31 de mayo la contactó para que convenciera al esposo de que le fletara un avión a Ramfis y demás acompañantes y, efectivamente, pudieron llegar a Santo Domingo antes de que en los Estados Unidos idearan alguna fórmula legal de bloqueo. Rubirosa retornó a su país en ese vuelo y, según se echó a rodar en círculos trujillistas, se dedicó en el aire a tratar de influir en Ramfis para que se mantuviera sereno y actuara sin premura y sin violencia.

Ese es un dato bastante difundido y, por lo demás, sintomático en razón de que el Presidente de Air France necesariamente debió haber consultado al gobierno francés y, como es lógico, la consulta debió haber llegado al Presidente Charles de Gaulle dada la calidad del pasajero Ramfis y la singularidad del motivo del retorno a Santo Domingo y sobre todo porque a ambos hechos se unía la presencia en París del presidente norteamericano Kennedy. Añádase a todo esto que el agregado de prensa de este anunció primero que

las agencias noticiosas del mundo que el dictador Trujillo Molina había sido eliminado la noche antes. Las gestiones de Rubirosa debieron haber sido paralelas: ante Air France y ante el gobierno francés. Sus relaciones llegaban a todos los rincones del poder francés por razones que los lectores deducen fácilmente y que devienen de sus cualidades diplomáticas y de su fama nacional e internacional. La presión de Rubirosa sobre Ramfis en pleno vuelo probablemente fuera en atención a alguna seria observación al facilitarse el avión y al permitirse el urgente vuelo. De ser así resulta fácil suponerla: «Pueden fletar el avión pero usted tiene que hacerle saber a su amigo que Francia corre un riesgo ante la opinión pública mundial y que esperamos que no se incurra en excesos a su llegada».

Para comprender la importancia de que Rubirosa se empeñara en lograr el fletamiento de un avión para viajar apresuradamente a Santo Domingo hay que saber que los Estados Unidos tenían su propio plan de contingencia y acciones posibles una vez muerto el tirano Trujillo Molina y que las altas instancias del gobierno de los Estados Unidos estaban comprometidas directamente con la conspiración asesina. Sus barajas estaban marcadas en el plan de los complotados y eran estos quienes les possibilitaban un control directo de los eventos siguientes. Se proponían instaurar un gobierno con elementos conservadores como el complotado Angel Severo Cabral, canal principal de la CIA en el país. Por lo demás, tenían en sus manos los hilos conductores de otros complotados, a punto tal que difícilmente ignoraran algún detalle importante del mismo. Al 31 de mayo, sin Ramfis en el país, había más probabilidades de que los exitosos emboscadores lograran la segunda fase del plan: un Golpe de Estado encabezado por Pupo Román Fernández, secretario de Estado de las Fuerzas Armadas. Lo procedente era, entonces, bloquear el regreso de los Trujillo en lo que el panorama se definía. Ramfis, lo cual era una gran ventaja, podía quedarse en París como una ficha que podría ser condi-

cionada para regresar al país un poco más adelante si el plan se venía abajo. La segunda instancia del plan norteamericano debería ser, como lo fue finalmente, que en caso de que los complotados no asumieran el control del gobierno, la transición fuera dirigida por el Presidente Joaquín Balaguer y Ramfis Trujillo.

### **Ramfis envía a Rubirosa a N.Y.**

Al tercer día del regreso a Santo Domingo, el 3 de junio, Rubirosa viajó a Washington comisionado por Ramfis. El viaje de Rubirosa llamó la atención de los corresponsales y enviados especiales de prensa y Rubirosa explicó presurosamente que su viaje era privado. «No oficial», dijo. De su parte el Presidente Balaguer también aclaró que Rubirosa no viajaba en misión oficial. Poco después viajó a París y a su regreso pasó por Nueva York. «El 17 de junio Rubirosa pasaba otra vez por Nueva York, procedente de París y rumbo a Santo Domingo», refiere Vega.

En fin, son múltiples las referencias sobre las misiones que Ramfis encomendó a Rubirosa y ambos aparecen en múltiples documentos oficiales y despachos de prensa de esos días. Poco tiempo después de que abandonara Santo Domingo, Ramfis le comentó a su secretario Saillant algo que nos confirma nuevamente que Rubirosa no sólo era un chulo en el Jet Set Internacional: «Tu te acuerdas que a mí me iban a levantar las sanciones en noviembre, el mismo Kennedy me mandó a decir con Rubirosa: ‘Dile al general Trujillo hijo que se aguante unos días más; pero a mí no me dio la gana de aguantar».

Vega le atribuye a un amigo íntimo de Ramfis haber dicho que la respuesta de Kennedy «no fue muy positiva», y que Rubirosa le dijo a Ramfis: «La cura es difícil, pero hay medicina».

Las intrigas políticas, las dualidades, los engaños mutuos, las esperanzas marchitas, los subibajas de la difícil situación dominicana y el precario equilibrio con el que Washington quería manipular «el caso dominicano» tuvieron un desenlace desfavorable.

nable para la permanencia de los Trujillo en el país. Las fuerzas contrarias en pugna eran irreconciliables y había un proceso en curso que implicaba o una revolución tipo guerra civil o la destrujillización del país o el desembarco de los marines norteamericanos.

La idea de la destrujillización cobraba fuerza y eso fue lo que percibió Ramfis. Entonces optó por salir inesperadamente, su única opción real al mismo tiempo que trataba de provocar un lío político mayúsculo haciendo que retornaran al país sus tíos Petán y Negro Trujillo. A partir de ahí todo se vino abajo para Rubirosa en el país porque él era, efectivamente, un compromisario del trujillismo.

Si Rubirosa fue hasta el 18 de noviembre un íntimo o no de Ramfis, esto queda definitivamente despejado al leer el primer nombre de los que citó Saillant en sus memorias sobre los últimos momentos del hijo del tirano en el país: «Conozco sí, las reacciones del general al (sic) través de breves notas que escribe, algunas de ellas al propio Presidente, y de sus comentarios en círculos de intimidad: Porfirio Rubirosa, Marcos Gómez, Luis Mercado, Luis José León Estévez, general Sánchez».

La madre de Ramfis, María viuda Trujillo Molina, sembró la cizaña entre Ramfis y Rubirosa, tanto mediante cartas como por la vía telefónica. Le advertía que se cuidara de sus amigos aparentes y que no creyera en Rubirosa. En una carta a su hijo desde Madrid -en la que criticaba duramente al Presidente Joaquín Balaguer por un discurso ante las Naciones Unidas en octubre de 1961- cita a Rubirosa entre los amigos proclives a traicionarle. Ella le pregunta al hijo cuál era la opinión de sus amigos sobre el discurso de Balaguer. «Y ¿qué dicen los estimados amigos Mercado y los otros y el turbulento Demorizi y Marco Gómez, Rubirosa? Temo que te traicionen a ti. La buena fe no cuenta en estos tiempos».

La presencia de Rubirosa como cabildero de Ramfis atrajo la atención de funcionarios y periodistas norteamericanos. La

prensa expresó su alarma por el acceso de Rubirosa a los Kennedy en su calidad de emisario de los representantes del viejo status quo político dominicano. Los emisarios de los antitrujillistas en Estados Unidos expresaron también su asombro por la acogida de Rubirosa en los círculos de poder. En octubre de 1961, el periodista William A. Carrse se ocupaba del caso en una información comentada en la que resaltaba la condición de Rubirosa de «íntimo amigo del hijo del dictador asesinado» y por ello lo consideraba «una nueva fuente de fricción». Resaltaba que «Rubirosa ha sido huésped frecuente a los convites sociales de los Kennedy en su residencia en Hyannis Port, Mass». Y lo juzgaba como «miembro de la camarilla en el poder en la República Dominicana». Citaba al doctor C. Alvarez, de la Unión Cívica Nacional, como diciendo que «La asociación de Rubirosa con el Presidente Kennedy...ha desalentado a muchos dominicanos que sueñan con la libertad».

The New York Times en un editorial sobre la crisis dominicanas de esos días evidenciaba el temor que la influencia de Rubirosa despertaba. Aludiéndolo a él, a Cassini y a otros cabilderos el diario hablaba de que «Sustentadores poderosos de la familia Trujillo en este país están presionando a la administración de Kennedy para que se mantenga el status quo como una defensa contra el comunismo».

Es muy probable que además de la viuda de Trujillo Molina, los hermanos de este y, por lo tanto, tíos de Ramfis, señores Petán y Negro Trujillo, contribuyeran a sembrar la desconfianza entre los dos personajes en razón de que Rubirosa les hizo la guerra soterrada y esto debió haber llegado hasta ellos. Diversas referencias sitúan a Rubirosa como presionando para que ambos salieran del país a modo de descompresión de la olla política dominicana muy condimentada con las posibilidades de un régimen comunista. Rubirosa es quien aconseja a un comisionado del Presidente Kennedy, al señor Robert D. Murphy, que demandara la salida de Petán y Negro



Trujillo a una comisión de dos enviada a New York por Ramfis. El comisionado Murphy sólo planteó la salida de Petán Trujillo en razón de que el principal comisionado era el norteamericano-dominicano Charles MacLaughlin, suegro de Negro. MacLaughlin apoyó resueltamente la idea de sacar a Petán del país, y Rubirosa no pudo ocultar su alegría: «Rubirosa expresó júbilo por sus resultados», según un documento del Departamento de Estado de los Estados Unidos que Vega revela en la página 123. Rubirosa evidenció otras veces su rechazo. El 19 de noviembre en una declaración al periodista Bernard Diederich, en la que negaba el rumor de que Ramfis habría huido -lo que había acontecido la noche antes- dijo que todo se debía al retorno al país de Petán y Negro Trujillo y a las llamadas telefónicas atormentadoras de doña María que a Ramfis le desquiciaban.

## El «Suicidio» de Porfirio Rubirosa

Porfirio Rubirosa Ariza murió en París aproximadamente a las 7:30 de la mañana del jueves 8 de julio de 1965, cuando el auto deportivo Ferrari gris plateado que conducía tomó a gran velocidad una curva cerrada, chocó un automóvil estacionado a la derecha, y, en medio de chirridos de la goma derecha, atascada en el guardafango, subió a una acera y se estrelló en un tronco de un grueso árbol del bosque del Boulogne.

El timón de lujo, con un revestimiento de madera, casi se quebró en el pecho del fornido Rubirosa, de 56 años de edad. Aún respirando, lo sacaron del Ferrari en medio del ulular de las sirenas de la ambulancia y de un carro de policía. Una vez dentro de la ambulancia los médicos se afanaron por mantenerlo vivo. Lo lograron. Llegaron ante el hospital...pero en la sala de emergencia él se les murió.

¡Esta vez sí murió! Muchas otras veces había sobrevivido a eventos peligrosos por acciones y conductas suicidas. Conduciendo autos de carrera se había volcado, había dado contra vallas y chocado con otros autos, como cuando resultó milagrosamente ileso en una competencia corriendo 24 horas sin parar. Jugando agresiva y atrevidamente el polo casi se desnucó dos veces, y una vez hubo que inmovilizarlo desde la cintura hasta el cuello. Boxeando -siendo él un aficionado- contra un campeón juvenil francés que le golpeó fuerte y peligrosamente la nuez, lo derribó y tiempo después volvió en sí. Piloteando -él, un aficionado- un B-52 de Gabor, anduvo sin rumbo por horas hasta que afortunadamente oteó una pequeña isla, aterrizó en una pista precaria y el aparato dió tumbos hasta que se varó...seriamente

averiado. Transitando en un auto, en el asiento ,en horas de la noche en París, en momentos en que menudeaban bolsones de la resistencia, ávidos de disparar a alemanes y a sospechosos de colaboracionistas, que, efectivamente, le infirieron 4 heridas de bala que lo dejaron entre la vida y la muerte por más de un mes. Enamorando a la única hija de un dictador, quien reaccionó ordenando su asesinato. Golpeando a la misma mujer por lo que aquel ordenó el divorcio y luego su asesinato en París.

En fin, Porfirio Rubirosa murió aquel jueves 8 de julio conduciendo suicidamente su Ferrari, pero esto pudo haber ocurrido en cualquier otra fecha como fruto de cualquiera de sus acciones bordeando el carácter del volcán de la muerte.

Desde la noche antes él estaba desbordante de alegría y felicidad. Había anotado un decisivo gol y su equipo de polo «Cibao-La Pampa» seguía invicto. Por eso festejó hasta el amanecer en «El nuevo J'immy»...y bebió «a todo liquido», sin ingerir alimentos durante toda la parranda, como siempre.

Como otras veces, sus amigos y su propia esposa se cansaron y se fueron. Rubirosa, como otras veces, siguió bebiendo. Los mozos trataron de quitarle las llaves del auto cuando, tambaleándose, se marchaba del lugar; pero él los llamó «mujercitas» y abordó su Ferrari. Anduvo París a sus anchas. Ignoraba que se despedía de la dulce vida. Muchos le vieron ir y venir a marcha rápida. No era nada nuevo. Y luego enfiló para su casa...Sus reflejos no respondían enteramente por el embotamiento del alcohol, aunque sí su Ferrari, y en la curva que tantas veces había dominado al volante de su auto de carrera -«amo la velocidad» dijo en Santo Domingo al diario El Caribe- su turbación de borracho lo llevó a chocar ladeadamente un auto estacionado...y a entrar en el túnel insondable de la muerte.

Varios autores y admiradores de Rubirosa han afirmado que él cometió suicidio en forma de accidente calculado porque su mundo circundante se había derrumbado. Alegan que tenía 56 años

de edad y que carecía de recursos económicos. Otros han sospechado de manos ocultas en el accidente. Dicen que pudo haber sido provocado por quienes sabían que él conocía muchos secretos comprometedores para ellos.

La tesis del suicidio coincide con la realidad en cuanto a que su modo de conducir aquel día lleva a pensar que cometió suicidio. Como dijera un amigo y compañero del juego de polo que también amaneció festejando el 8 de julio de 1965, si él hubiera conducido velando por su vida «no hubiera sido Rubirosa» (según la Revista de Polo El Libro Azul. Marzo-Abril 1999).

Al morir, Rubirosa estaba bien aposicionado económicamente. Carece de asidero la versión de que estaba arruinado desde 1961 cuando «perdió» medio millón de dólares al comprar a Ramfis Trujillo acciones de la empresa dominicana Molinos Dominicanos que luego el Estado confiscó. «Perdió» sólo 150,000 de los 250,000 dólares que supuestamente había gastado en recepciones y actividades en N.Y. como agente de Ramfis Trujillo ante los Kennedy en los esfuerzos para restablecer las relaciones con E.U. y hacer levantar las sanciones contra la República Dominicana. Ramfis sólo le restituyó 100,000 dólares\*.

Sergio Berrocal, de la agencia Prensa Latina, quien dice creer que fue el último periodista «que charló con él», en un artículo publicado en la página 4-A del diario dominicano El Nacional, del miércoles 14 de marzo de 2001, informó que Rubirosa vivía en un sector de millonarios.

«Se había retirado a una encantadora propiedad «de Maines-la-Cojuet\*, un pueblecito de las afueras de París, donde en aquel entonces abundaban los millonarios»...»Casualmente yo le había visto en su casa poco antes» (de morir).

«Allí llevaba al menos en apariencia una vida tranquila con su última esposa, una actriz sin un céntimo llamada Odile Rodín»(...).

Y luego dice significativamente:

---

\* Rubirosa figura en la lista de accionistas minoritarios de la Chocolatera Industrial y de Molinos Dominicanos de los años sesentas.

\* Se refiere a Marne la coquette.

«Después de tomarnos un café nos paseamos por el parque de su residencia y charlamos. Supongo que a Porfirio Rubirosa no se le había ocurrido ni por un momento, en aquel plácido ambiente lujoso (subrayado mío. L.C.) que le quedaba muy poco tiempo que vivir».

Familiares y allegados a Rubirosa confirmaron que al momento de su muerte -ya había testado en favor de su esposa Rodín- tenía por lo menos ese bien mueble costoso en Francia así como caballos de pura raza, joyas, enseres hogareños de lujo, cuadros de pintura de valor y una gran cantidad de efectos costosos -trofeos de oro, etc.- que contradicen la versión de su ruina económica.

Si bien Rubirosa fue un parrandero, derrochador y jugador de casinos, en los últimos años tuvo la prudencia de ahorrar, primero en caja fuerte y luego en bancos comerciales a instancias de Rodín. Ya casado con Rodín ganó fama de «tacaño» cuando no se trataba de parrandas y mujeres.

Su acomodamiento con Rodín lo proyectaba como un hombre que se había preparado para los efectos del período de la vejez, que en el caso de él -activo, disciplinado en los deportes- habría que calcularle a partir de sus 65 años. Los indicios alrededor de su vida apuntan a afirmar que hasta el 8 de julio de 1965 siguió imbatible su espíritu indomable y su optimismo a borbotones.

Por lo demás, al momento de morir la República Dominicana se desangraba en una guerra civil y estaba ocupada por tropas de los E.U. y otras naciones. Estos eventos tenían que hacerle crecer las esperanzas de ser nuevamente conducto internacional en los asuntos vinculados con su país.

Rubirosa le confió a Berrocal que escribía sus memorias. De ahí que el periodista Berrocal llegara a la conclusión de que Rubirosa murió en «un accidente bastante extraño». Casi se inscribe en la tesis de que fuera asesinado por



Ali Khan y Rubirosa fueron los dos más famosos "playboy" de los años cuarentas y cincuentas. Ambos murieron conduciendo dos autos deportivos en París. En la gráfica inferior, Rubirosa departe con diplomáticos en París.



La culta y aristocrática Sra. Doña Doris Duke de Rubirosa, digna esposa del distinguido y amable caballero Don Porfirio Rubirosa, prestigioso Embajador de la República Dominicana en la Argentina. La bella y la elegante dama Doris Duke de Rubirosa, es una de las mujeres más ricas del mundo. Recientemente estuvo en Ciudad Trujillo, acompañada de su apuesto y gentil esposo, recogiendo las más gratas impresiones.

(Tomado de la Revista Cosmopolitan 1948).



Flor de Oro Trujillo  
Dominicana



Danielle Darrieux  
Francesa



Doris Dukè  
Norteamericana



Bárbara Hutton  
Norteamericana

Las primeras cuatro esposas de Porfirio Rubirosa. Casó con Flor de Oro Trujillo el 3 de diciembre de 1932, con Daniel Darrieux el 18 de septiembre de 1942, con Doris Duke el 1 de septiembre de 1947 y con Bárbara Hutton el 30 de diciembre de 1953.





Zsa Zsa Gabor  
Húngara-Norteamericana



Odile Rodin  
Francesa



Zsa Zsa Gabor, bella actriz, amante de Rubirosa por poco más de un año y Odile Rodin, con quien casó el 27 de octubre de 1955. Rubirosa batió todos los records de conquistas de mujeres famosas y adineradas. En las fotos inferiores Rubirosa en dos etapas de su vida.

esa vía para evitar que divulgara los secretos que habían en su cerebro sobre los Trujillo y otras personalidades.

La realidad es otra. Cuando Rubirosa murió ya se habían publicado en una revista francesa -a cambio de un buen fajo de dólares- sus artículos a modo de «memorias» que carecieron de trascendencia, principalmente porque su vida siempre fue un libro abierto al público. Esas «memorias» son defectuosas porque callan muchas verdades y porque deforman algunos hechos fundamentales sobre su vida. En estas no hay «revelaciones comprometedoras», ni podía haberlas, en razón de que Rubirosa nunca fue un político y, por lo tanto, no tuvo acceso ni le interesó tener acceso a los grandes secretos de las intrigas políticas.

Sólo se involucró en la política en su calidad de agente internacional trujillista en el mundo diplomático. Cada vez que las circunstancias le impusieron un involucramiento comprometedor, Rubirosa trabajó en un bajo perfil, como intermediario antes que como actor.

## El Tíguere Rubirosa

Como estudioso del tíguere dominicano, de su sicología y tonalidades conductuales, veo en Rubirosa, a esta distancia de décadas, a un tíguere consumado y ésta confirmación es a resultas de tenerlo cerca de mis ojos a través de sus «memorias», de las memorias de sus ex esposas y de los recuerdos de las ex amantes y ex concubinas y de las múltiples referencias de personas que le trataron. Como bien sabemos los dominicanos, el tíguere es un individuo de sicología cultivada principalmente en las calles, con una ley básica: «salir bien parado»; esto es, obtener su objetivo, sin importar las armas a usar. En su tránsito se vale de la simulación, la mentira, el ayante\*1, el aguaje\*2, la labia, la imaginación....de cuanto le pueda ser útil. Todo lo envuelve en el celofán de una personalidad atractiva y simpática - el humor es un resorte sui géneris de soporte- que vista como un todo es una tipología conductual dominicana generalmente viable.

Rubirosa reunió características básicas del tíguere, tuvo plena conciencia de la trascendencia de este ser social dominicano y, por lo tanto, se tuvo a sí mismo como «un tíguere». Al igual que el tíguere común callejero, él cuidó su cuerpo con ejercicios y prácticas deportivas, fue un bailarín de primera, un fiestero de «apaga y vámonos», tuvo vocación de codearse «con los de arriba» -más arriba de él-; arrojado, cotorreador...mentiroso...y

---

\*1Ayante viene de yantar. Yantar es dar comida al Dios a fin de alegrarlo para solicitarle que ayude a quien lo “ayantó”. Hacer “ayante” implica alabar y luego obtener alguna ventaja del alabado.

\*2Aguaje viene de aguajear, que es una palabra marina. Aguajear es “amagar y no dar”, hacer creer que se es capaz de algo quedándose en la apariencia.

su ley principal fue «triunfar», quedar bien -y quedaba bien- en cualquier situación. Podría ser clasificado como un «tíguere cinturita\*1» que se había ranquiao\*2, valga decir, «un tíguere cinturita ranquiao», y esto gracias a sus condiciones particulares y a sus garras afiladas que lo llevaron a niveles sociales mucho más elevados que el que originalmente le era atribuible.

Rubirosa no fue en su juventud en el país un representante de la que hoy llamamos la clase media dominicana. Fue él un dominicano de siquis propia, de los que desarrollaron su vida en la calle y adquirieron una cultura a partir de esa estrategia. Era un hombre de la calle, un hombre de mundo, en el que su cultura criolla y familiar se apoderó de él a la vez que se le injertaba la cultura francesa en cuanto al hombre de mundo, de la calle. Entonces, debemos leerlo hoy como un criollo con influencia francesa salpicado de otras culturas absorbidas en su larga correría: alemana, italiana, norteamericana, egipcia, mexicana, argentina y hasta cubana. Aunque al sumar los tiempos vividos en Italia, Argentina, Estados Unidos -específicamente Nueva York-, Saint Thomas, Cuba y Alemania y sus primeros 13 años de vida en Francia -de los 6 a los 19 años de edad- tenemos 19 años, hay que juzgarlo a partir de la cultura portátil del criollo dominicano y del hecho muy cierto de que cultivó su enraizamiento nativo; y hay que verlo a partir de que era hijo de un «tíguere gallo», de un tíguere peleador que se enredaba en las faldas de las mujeres y que de alguna manera salía triunfante. Don Pedro María debió haber sido dueño de un tono y de ciertas fintas de la tipología del dominicano que al correr de los años devino en representativo del tíguere. Rubi emite juicios reveladores de su clara percepción de lo que era su papá dentro de la realidad y contexto dominicano:

---

\*1El Tíguere Cinturita es muy enamorado, bailador, etc.

\*2»Ranquiao» es el tíguere que con astucia y habilidad escala altas posiciones.

«En esa época no se llegaba a general por nombramiento, uno se convertía en general. Aquel que por su valentía, su inteligencia, su suerte se imponía como el mejor de la banda tomaba ese título -título este que exigía mucho de quien lo llevaba-. En efecto, el general debía pagarle a su tropa, alimentarla, equiparla y conducirla a la victoria. Esta tenía que ser su intendencia, su lugarteniente, su gran cuartel general y su grupo de asalto. Era necesario ser un tigre para poder comandar un grupo de tigres como este» (...)

Y un poco más adelante al hablar del corazón enfermo de su padre -muerto en 1930-, dice que se fue al exterior porque (...) «esta existencia de «tigre» no puede llevarse con un corazón afectado».

Rubirosa escribió sus disquisiciones, su enfoque perceptivo sociológico, en los años sesentas. Focalizó un papel y ciertas circunstancias que se evidenciaron a partir de los años veintes, que es precisamente la década en la que yo he situado en otro escrito el inicio de la definición de nuestro ser social típico llamado «tíguere»\* por asociación con la fiera «Tigre» y sus semejanzas.

---

\*El periodista Rafael Damirón enfocó en 1948 en su obra «sesgo» un tipo de individuo «de nuevo cuño», de la calle, que reunía aristas peculiares y que llamó «tigre». Es el caso también que en la novela Eusebio Sapote, que recrea la vida dominicana de finales del siglo pasado y principios del XX, uno de sus protagonistas es un «tigre bimbín».

## Trujillo y Rubi: Dos Tígueres

Rubirosa, hombre de mundo, con un almacén rico en datos, podía ver un mime a un kilómetro de distancia, y por eso sus percepciones, juzgando y situando a las personas y los hechos, afloraban claramente en él. Y fue quien proclamó por primera vez desde París que en el tirano Trujillo Molina estuvo ensuelto el tíguere dominicano porque eso era también el Tirano Trujillo Molina, un tíguere, que dirigía bandas de tígueres, en una nación acogotada por el tigueraje social y político con fintas de lo que hoy sería delincuencia.

A Trujillo Molina correspondió sentar la cultura del tigueraje en el Palacio Nacional con sus garras afiladas, sus ayantes y agujajes -los agujajes y ayantes tienen una sólida base de mentiras teatrales que ocultan verdaderas intenciones-, sus movimientos constantes, sus juegas, su ausencia de escrúpulos mezclados con destellos de solidaridades, sus «ayudas», su machismo olímpico, sus mujeres a granel...

Rubirosa dijo en sus «memorias» que Trujillo Molina era «un tigre con la astucia de un zorro»; valga decir, un «tíguere dominicano», una fiera en la jungla social de esos años, un ser social de condiciones especiales, lector de hombres y mundos que, por lo demás, era muy astuto. A Rubirosa le cabe, pues, haber sido la primera persona que tipificó inteligentemente al tirano Trujillo Molina a partir de esta esencia social.

### Un Debate Interesante

Otra persona que tuvo el fino olfato de encuadrar y estudiar a Trujillo Molina como tal fue la profesora Lauren Derby, de la universidad de Chicago, quien habló en julio de 1997 en el seminario

«La República Dominicana en el umbral del Siglo XXI -Cultura, Poder y Cambio Social», organizado por la Universidad Católica Madre y Maestra los días 24, 25 y 26 de julio. En su ponencia «La Seducción del dictador: género y espectáculo del Estado durante el régimen de Trujillo», la profesora Derby vio en Trujillo Molina lo que había visto Rubirosa. Ella vio en Trujillo Molina las características del tiguere -«símbolo dominicano de hombre desposeído que obtiene poder, prestigio y movilidad social haciendo uso de una curiosa mezcla de astucia, fuerza de voluntad, gallardía y cojones»- y afirmó que Trujillo Molina «cedió» a Rubirosa «el título oficial de tiguere del régimen».

Es de suyo interesante su punto de observación, por cuanto nos da un vector del desarrollo y liderazgo originarios de las características del tiguere durante la Era de Trujillo de 1930 a 1961. Su afirmación es verdadera en buena medida. Coincide con nuestra línea argumental vertebral y me lleva a modificar en parte mi ensayo sobre el tiguere dominicano en el que aunque ví a Trujillo Molina lidereando el mundo dominicano mediante la creación de una atmósfera propia que facilitó el surgimiento de una sicología y conducta sui géneris, en aquel momento no percibí a Trujillo Molina como tiguere y máximo líder de los tigueres, quien aceleró el proceso en el que esa sicología imperó y permeó a la sociedad dominicana.

La tesis de la profesora Derby fue rebatida por el doctor Marcio Veloz Maggiolo, prestigioso escritor y antropólogo que ha incursionado en importantes áreas del pensamiento humano. «Rafael Leonidas Trujillo era todo lo contrario de lo que en este país se considera un Tiguere», dijo al refutar a la Derby; y yo respondo que, por asociación de lo contrario, entonces debemos decir que Trujillo Molina era un «pariguayo», dado que el pariguayo es exactamente el reverso del Tiguere. El pariguayo está en el reverso porque carece de condiciones para salir a paso en la vida dura. En otro lenguaje, es «un mamito», «un quejaito», alguien que se lamenta de sus fracasos. Esto me mueve a preguntarme si la imagen de Trujillo Molina, como los dominicanos lo veíamos ayer y como lo vemos hoy, es la de un fracasado, la de un

pariguayo, la de un «mamito», la de un «quejaito», la de «todo lo contrario» de un tíguere. No. Trujillo Molina era lo contrario de «todo lo contrario de un tíguere», de donde, pues, era «un tiguerazo», que maleó al Estado, delincuciéndolo, a través de las fintas negativas del tigueraje que se le imponían en su personalidad.

Veloz Maggiolo recurrió a su anecdotario para contraponer al juicio de la profesora Derby la moraleja que se desprende de la historia de tres barriobajeros llamados Suavecito (que era carretillero), José Báez (que era un «tira monedas» y jugador de barajas) y Antonio (pesista, «tira sacos» en el muelle). Tres infelices del submundo que aguajaban y aparentaban ser fieras pero que al final de la historia los vemos fracasados: uno desaparecido por la policía y los otros dos mansitos, cargando «compras de amas de casas en el Mercado de Villa Consuelo».

Que en relato atractivo nos presente a tres paraguayos barriobajeros que simulan ser tígueres gallos y que, por lo tanto, devienen en tígueres bimbines, es un recurso fútil de parte de un analista e intelectual tan vasto como él.

Veloz Maggiolo incurre en una deformación interpretativa cuando le rebate a la profesora Derby su afirmación de que Rubirosa fue un tíguere: «Rubirosa (...) es el peor modelo» (de tíguere. L.C.), sentencia Veloz Maggiolo... «los parámetros del tigueraje dominicano nada tiene que ver con Rubirosa».

Y añade que Trujillo Molina no podía ser tíguere porque era rural (?), y que Rubirosa no podía ser tíguere porque era «encompetado» (?); de modo que, según ese decir, para ser tíguere había que provenir de lo urbano y ser un dominicano urbano y emerger del «proletariado» (palabra que él emplea).

Luego de Trujillo Molina, es Porfirio Rubirosa el mejor modelo del tíguere (trasuntado chulo). En Trujillo Molina y Rubirosa se concentran los «parámetros» más definidos del tíguere y de la cultura del tigueraje, asumiendo ambos los principales liderazgos de esta cultura que lleva en su médula al triunfador.



Valga decir que aunque el tiguere, convertido en personaje típico representativo del dominicano, es el que asume el liderazgo callejero en los años cuarentas y cincuentas -imponiendo su sicología a nivel nacional- y es un producto final del crecimiento urbano y es expresión de los estratos bajos y medios, no era, ni puede ser bajo ningún concepto, puramente urbano con un entorno social en el que el 70 por ciento de la vida era rural. Trujillo Molina tenía una profunda vocación de vida urbana y se ejerció en esta para lo que sería luego. Trujillo Molina, por lo demás, había nacido y se había criado en una «ciudad» a apenas 30 kilómetros de Santo Domingo, la capital dominicana, y desde niño tuvo contactos permanentes con los dos mundos a través del hotelito que era su casa de San Cristóbal, a través de los familiares y amigos de la capital y a través de sus primeros empleos de cultura típicamente urbana creciente y en la vida urbana. Para esa vez lo urbano era «el futuro» prometededor visto desde aquel «presente» que es hoy pasado, lo urbano era la autopista del progreso y del ascenso. Lo urbano tendía a imponer las reglas a través del poder, control y administración establecidos en la capital -»la capital es la capital»- desde que Ramón (Mon) Cáceres asumió el poder, y que fue completado y confirmado por Horacio Vásquez y por la ocupación y gobierno militares de los Estados Unidos de 1916 a 1924. La mentalidad urbana era la que posibilitaba la sobrevivencia social sin descartar a una vida rural que hasta ese momento y de hecho era imperante e impelente. Trujillo, pues, es un producto social venido de una denominada «ciudad», con una cultura urbana vocativa, entronizada y desarrollada.

Que montara a caballo, que ordeñara vacas, que tuviera ganado y caballos en su Hacienda Fundación, que usara preferentemente frases tomadas de su entorno y de sus vivencias y conocimientos del mundo campestre dominicano -en proceso de debilitamiento- no descartó que también tuviera 10,000 corbatas, 2000 trajes de vestir, 500 pares de zapatos, adorara los automóviles Packard -y le regalara a su hija Flor de Oro un Packard al casarse con Rubirosa, en vez de regalarle o una mula de primera

o un burro mañoso-, transmitiera telefonemas, tuviera casas que eran palacios en los que el mármol resplandecía por doquier, hiciera numerosas carreteras y calles y edificios...

Trujillo Molina admiraba soterradamente a Rubirosa y esto se expresaba en cierta debilidad de su puño de hierro respecto a él y aconteció así desde el instante en que lo conoció en el Country Club, y en el curso de los años se hizo patente a pesar de las «bellaquerías» frecuentes de Rubirosa, a quien calificó de «traidor» cuando siendo teniente hizo suya a su hija Flor de Oro, a pesar de que tuvo conocimiento de que la maltrataba y que supuestamente le contagió una enfermedad venérea que le «esterilizó», a pesar de que ordenó dos veces asesinarle y él sobrevivió con ardides de tiguere callejero, a pesar de todos los pesares en el fondo le tuvo admiración y lo distinguió probablemente por lo mucho de él que veía en Rubirosa: un tiguere y, más que un simple «tiguere», un «tiguerazo»...

Resultan numerosos los testimonios de amigos y conocidos que sitúan a Rubirosa en un codeo con los niveles medios y bajos de la capital y en asunción de liderazgo. Era callejero, parrandero, boxeador, bailarín, valiente, «culto», educado, atractivo y dispuesto a hacerse notar. ¿Cómo es posible su descarte del mundo del tigueraje porque supuestamente era un «encopetado» y alejado del producto proletario? Robert Crasweller, uno de los escritores convertido en fuente obligada y de prestigio en el contexto de la «trujillología», nos dice en la página 151 de su libro «Trujillo, la Trágica Aventura del Poder Personal»:

«En uno de los barrios menos opulentos de la capital, en lo alto de la loma detrás de la calle Mercedes se alza una iglesia bastante humilde, San Lázaro. Próximo a ella hay una placita en la que, alrededor de 1930, solían realizarse combates de boxeo entre aficionados, en cuyo marcó emergían nombres deportivos tan singulares como los de «Kid Gogo» y «Kid 22-22». Dos centavos costaba la entrada. En la admi-

nistración de esta empresa se hallaba un joven de unos veintiocho años, de físico robusto y atractivo. Cuando no se hallaba ocupado en su negocio de espectáculos deportivos, se le veía a menudo sentado, sin camisa, en el bordillo de alguna acera, junto con otros desocupados del lugar y, peor aún, piropeando, interpelando o silbando a las muchachas que pasaban. No podía imaginar siquiera la carrera que estaba próxima a abrirse ante él. Su nombre era Porfirio Rubirosa».

Crasweller habla de su educación en París, su ingreso al ejército de Trujillo Molina, su condición de ayudante del tirano y su habilidad: «De rápida inteligencia, su aptitud propendía a la astucia».

La investigación de Crasweller para escribir el libro se desarrolló en los años sesentas. Aún vivían muchas personas contemporáneas de Porfirio Rubirosa y de Trujillo Molina - este era 18 años mayor que aquel-. Tuvo como fuentes, además de las documentales, las testimoniales y casi cuanto nos dice sobre Rubirosa fue escuchado por nosotros de boca de personas que habían tratado a esos contemporáneos. Nacimos en el sector de San Carlos, relativamente próximo a San Lázaro, y nos criamos en una tríada de experiencias intensas: en las calles, en las aulas y en la casa; pero preponderantemente en las calles; y fueron frecuentes nuestros intercambios con jóvenes y adultos de San Lázaro. De 1955 a 1956 residimos en la calle María de la O a unos 300 metros de San Lázaro y estudiamos en la Escuela Eugenio María de Hostos a cuyo norte quedaba la lometa en la cual Rubirosa instaló su cuadrilátero de Boxeo, y volvimos a cursar estudios en esa escuela de 1960 a 1961.

El codeo de Rubirosa con los estratos bajos queda evidenciado en su propensión a los burdeles y las prostitutas como en el hecho, testimoniado por Flor de Oro, de que llevó a la casa donde vivían a «Kid Gogo» como «boxeador resi-

dente», quien, además de tener fama de boxeador la tenía de «Tíguere bragao»\*, un tíguere capaz de lo que fuere al tenor de las circunstancias. Por lo demás, «Kid Gogo» había pertenecido a la cartelera de boxeo de Rubirosa.

Es forzoso aclarar que cuando en 1929 Rubirosa instaló su cuadrilátero de boxeo en la plaza de San Lázaro apenas tenía 20 años de edad y no 28 años como consignó el historiador. Posiblemente el ring dejó de funcionar en 1932 cuando él ingresó al Ejército Nacional. Rubirosa había regresado en 1928. Vivió en la capital hasta que en 1930 se estableció en San Francisco de Macorís, en compañía de su papá, quien había enfermado del corazón. Al morir su padre, regresó a la capital a vivir con su madre y hermanos en el segundo piso de una casa de tres pisos de la esquina formada por la Emiliano Tejera y la Arzobispo Meriño.

Trujillo Molina y Rubirosa fueron transgresores de las reglas sociales, morales y políticas a todos los niveles. Conquistaron en todos los terrenos, alcanzaron poderes, influencias, riquezas, «vivieron la vida»... Simuladores, violentos, fiesteros, mujeriegos, bien vestidos -los tígueres se acicalan «para aparentar», para «no dejarse caer»-, labiosos, avispados, hipersexuales.

La vinculación inexcusable de ambos la encontramos en diversos escritos. Como vimos, el intelectual mejicano Fernando Benítez, embajador de México en la República Dominicana, escribió una novela sobre el dictador Trujillo Molina en la que Rubirosa aparece estelarmente. En una entrevista concedida a Pedro Delgado Malagón, aparecida en la revista Rumbo de la semana del 17 al 23 de febrero de 1994, páginas 50, 51, 52 y 53, juzga a Trujillo Molina y a Rubirosa como dos seres singulares. «Trujillo es un dictador que no se parece a otros», dice. Y de Rubirosa afirma que su «poder

---

\*Sinónimo de «Tíguere Gallo», dispuesto a la pelea y que es rico en experiencias callejeras.

de seducción» era superior a don Juan Tenorio, a Casanova, etc..» Rubirosa tenía un poder de seducción verdaderamente extraordinario», dijo. A su modo de ver resulta «increíble» el modo en que «trabajó en la cama para hacerse rico». De su parte Mario Vargas Llosa en «La fiesta del chivo» se refiere a esa coidentificación Trujillo-Rubirosa y viceversa, aunque se va de bruces al perfilar estos personajes a partir de deformadas construcciones narrativas alrededor de ambos.

**Anécdotas y Decires  
Sobre Porfirio Rubirosa**

---

## **Anécdotas y Decires Sobre Porfirio Rubirosa**

Existen tres anecdotarios famosos en la República Dominicana que giran alrededor de tres figuras abriantadas por la riqueza de la imaginación popular. El anecdotario de Ulises Hereaux, Lilís, es poco menos que mágico. Son numerosísimas las narraciones episódicas sobre este tirano que gobernó la nación durante 19 años, de 1880 a 1899, hasta justamente el final del siglo XIX. El del tirano generalísimo Rafael Leonidas Trujillo Molina lo supera en mucho y quizás sea el más abundante y rico de la historia política dominicana porque gobernó 31 años después de Lilís y precisamente durante 31 años, y porque sus acciones fueron expansivas e implosivas en un escenario mucho más expuesto al público a través de los medios de comunicación social que norman la vida moderna. Trujillo Molina asumió el poder con el inicio del desarrollo de la radio y de un periodismo escrito que se perfilaba moderno y que terminó siéndolo. Y a los 22 años de su gobierno tuvimos la experiencia de verlo por primera vez en la hipnotizante televisión. Millones de dominicanos -el personal humano de por lo menos cuatro generaciones que se sucedieron desde 1930 hasta 1961- tuvieron disímiles experiencias vívidas sobre él. Sus historias menudas continúan fluyendo de documentos y testimonios inéditos. Porfirio Rubirosa es de otro perfil: mundano, de trascendencia americana y europea, casi universal, que maravilla al dominicano y a gente de muchos países. Su dimensionalidad se extrapola porque rompe fronteras y se mueve en un campo en el que las figuras físicas de su estirpe que han trascendido pueden ser contadas con los dedos de una mano: Juan de Mañara, Luis Colón, españoles,

Giovanni Giacomo Casanova de Seingalt, veneciano, de mediados a finales del siglo 18, Rodolfo Valentino Guglielmi, italiano, actor de cine (1895-1926), Don Juan, que es un mito español inmortalizado por el escritor Tirso de Molina, y Alí Khan, indú-pakistaní, amigo, compañero, contemporáneo de Rubirosa. Son numerosos los hechos reales que terminan siendo modificados y hasta deformados, los hechos inventados y los presumidos sobre él que en muchas partes del mundo las personas cuentan a todos los niveles. Dominicanos, franceses, norteamericanos, italianos, argentinos, mexicanos, venezolanos, belgas, egipcios, cubanos, alemanes, brasileños, y de muchas otras nacionalidades, tuvieron oportunidades de departir con él, o de estar en los mismos lugares que él -generalmente restaurantes, boites y parques deportivos- o de saber de él a través de los medios informativos y a través de otros que les contaron de lo que o habían visto o sabían de buena fuente.

Rubirosa se benefició de técnicas de relaciones públicas personales, que incluyeron publicidad y promoción de su figura y atributos en los medios de comunicación social con los cuales no contaron ni Casanova ni Mañara ni Colón. Sin embargo, en sus momentos compitió en el mismo espacio, tiempo y medios con Alí Khan, Decio Pignatari o «Baby Pignatari», y Juanito Capurro y otros con famas de Adonis y en franca desventaja frente a ellos en tanto contaron con recursos económicos. El caso de Ali Khan es bien conocido: millonario y atractivo. Ellos pagaron, gastaron tras las mujeres; pero estas gastaron en y a veces tras Rubirosa.

Rubirosa era como el dominicano común: extrovertido, sensual, imaginativo, alegre y servicial. Y, desde luego que sí, fiestero, bebedor y con un sentido del humor a flor de sus labios. Siempre estuvo expuesto al público y desde muy joven gustó de las chercas y acciones «memorables» en grupos de amigos. Y llevó por el mundo en la mochila de su idiosincrasia ciertas características que hacen del dominicano un ciudadano universal.



Biografiarlo era a más de una tarea titánica una tentación a caer en el abismo de las anécdotas y los decires que a la larga sombrean y ocultan al verdadero Rubirosa, aunque las hay que colocan en alto relieve su perfil verdadero. Los relatos breves e ilustrativos de sucesos curiosos atribuidos a él o sobre él, las anécdotas, están infladas de creatividades populares. Son de un alto valor en cuanto muestrario de cómo lo perciben popularmente y dan el norte de su dimensionalidad.

Si bien es cierto que algunos escritos sobre Rubirosa se deshacen en un mar de anécdotas -algunas tan retorcidas y fantásticas que sorprende el que las incluyan en una obra- no es menos cierto que sería lamentablemente deficitaria la obra sobre él que desdeñare su anecdotario. Sería como arrancarle la piel «morena» a Rubirosa, faltando 8 años para el centenario de su nacimiento (1909-2009). De su excedido anecdotario nos circunscribimos a episodios cortos, curiosos y aleccionadores, en su mayoría atestiguados por quienes o lo vivieron o lo vieron o por quienes lo escucharon de aquellos que o lo vieron o lo vivieron y que de algún modo otorgamos veracidad en razón de la calidad de la fuente y validez de la información. Como es natural y lógico, incluimos algunos decires -lo que alguna gente dice de él y lo que creemos que se puede narrar sobre él- extraídos de la mina viva que es la creatividad e imaginación del dominicano.

Tómese en cuenta, al leer lo que sigue, que Porfirio Rubirosa murió el 8 de julio de 1965, hace 36 años y que muchas personas de edades que van desde los 50 hasta los 80 tuvieron la oportunidad de ser testigos de sucesos a partir de 1950.

## El Dominicano que Quería «el Empleo» de Rubirosa

El poeta dominicano Carlos Gómez Doorly realizaba estudios en Francia en los años cincuentas. Él visitaba un pueblito francés. De repente comenzó a escuchar retazos de un pegajoso merengue que resbalaba en el viento marino procedente de un puerto cercano. Se encaminó hasta allá. Efectivamente, había una fiesta en un yate amenizada por una orquesta latina y el anfitrión era nada más y nada menos que Rubirosa. Merodeó por un rato y de algún modo se escurrió en el yate pero fue sorprendido. Cuando procedían a sacarlo, Gómez Doorly, famoso desde siempre por su temperamento nervioso y decidido, gritó:

- ¡Oye, Rubirosa! ¡Yo soy dominicano! ¡Somos compatriotas!

Y Rubirosa ordenó que lo liberaran y lo llamó ante él.

Gómez Doorly confrontaba una situación económica precaria.

Una vez frente a Rubirosa le dijo:

-Rubirosa, tú y yo somos casi familia y tienes que ayudarme.

Como buen dominicano, vinculó sus apellidos con los Rubirosa-Ariza, y le dijo:

- Rubirosa, estoy pasando las mil y una noches. No tengo con qué comer, quiero trabajo.

Entonces Rubirosa le preguntó qué sabía hacer. Y Gómez Doorly le respondió:

-Yo sé hacer lo mismo que tú sabes hacer: beber, bailar y «s...ar»\*.

---

\*Primera y últimas dos letras de un dominicanismo que significa hacer el coito. Se tiene como vulgar.

Rubirosa estalló en risas ante el joven de 23 años de edad. Luego le sentenció:

- ¡Pero tú lo que quieres es quitarme mi trabajo!

Acto seguido le obsequió 100 dólares. Gómez Doorly, complacido, se retiró. Al día siguiente compró una bicicleta y se fue pedaleando hasta París, recorriendo más de 300 kilómetros, y durante los días siguientes contó esta historia a cuanto dominicano encontró a su paso.

## **La Famosa Furia de Rubirosa**

Entre sus amigos y conocidos Rubirosa era tenido por temerario.

Todos sus allegados sabían que dentro del «gentleman», de media sonrisa fresca y de modales caballerosos, había un tiguere con las garras afiladas, que difícilmente evadía el enfrentamiento violento. Y entre sus mujeres tuvo fama de amoroso, de apasionado... y de amante celoso, que entraba en furia no santa. Rafael Lantigua Fernández, su secretario y asistente en la Embajada dominicana en Cuba, a finales de los cincuentas, atestiguó un crudo incidente mientras almorzaba junto a Rubirosa y Odile Rodín, su última esposa.

Rubirosa lo había invitado a almorzar a la casa.

- El siempre almorzaba con dos botellitas de cerveza Presidente, que era la que le gustaba tomar allá- recuerda.

Estaban a la mesa Lantigua, Rubirosa y Rodín. De repente surgió una fuerte discusión entre Rodín y Rubirosa. Sin reparar en la presencia de su invitado, Rubirosa tomó el mantel desde la punta más cercana a él y lo haló hacia arriba desparramando lo que estaba sobre la mesa. Rodín respondió halándolo con la misma violencia en dirección contraria.

Rodín se retiró dejándolos solos.

Y Rubirosa le dijo a Lantigua:

- Lantigua, excúsame pero tú sabes que estas mujeres son un problema.

## **Una Trompada y un sillazo**

Abelardo Piñeyro, al igual que otros dominicanos que estudiaron en París, tuvo continuos contactos con Rubirosa allá. En Santo Domingo apenas le había conocido de oídas y de lejos.

La vida privada de Rubirosa era su vida pública. Nunca se dejó lo privado de lo público-, dijo Piñeyro a la periodista dominicana Cornelia Margarita en el programa “Somos Así, Así Somos”

Cada vez que venía a Santo Domingo, Rubirosa solía ir al Conde, donde pasó parte de su juventud. El Conde era como la aorta del ser vivo que siempre ha sido la ciudad colonial.

Un domingo de mediados de los años cincuentas Rubirosa, pasado de tragos, llegó al restaurante Nuna Weber de la esquina Arzobispo Nouel con calle Pina. Pidió cervezas y «un servicio de mondongo»\*. El mozo, apodado «Chirrinó», un joven sereno y medido, se encaminó a la mesa ocupada por Rubirosa y sus amigos con el plato humeante. Cuando iba a colocarlo sobre la mesa chocó un pie con una de las sillas, golpeó a Rubirosa con el plato y se le desparramó el mondongo sobre la mesa. Parte del líquido grasa caliente manchó la camisa y el pantalón de Rubirosa. Acto seguido se levantó y le dió al mozo una trompada que lo derribó. El propietario se apersonó a la mesa, hizo que auxiliaran al mozo y pidió excusas. Rubirosa y sus amigos se marcharon con sus tragos demás en su cabeza.

---

\*Uno de los platos típicos dominicanos. Es un espeso guisado de vísceras de vaca, un poco picante. También se hace de vísceras de cerdo. Se come con yuca, o plátanos, o pan, o arroz.

Días después, cuenta Piñeyro, Rubirosa se presentó al bar-comedor, que era el más frecuentado y popular de El Conde, y solicitó un servicio de comida. Al parecer minimizó el incidente de noches atrás. El mozo lo vio, avanzó a sus espaldas, tomó una silla y lo golpeó en la cabeza. Rubirosa intentó levantarse pero cayó al suelo.

Golpear a un hombre como Rubirosa, funcionario del servicio diplomático del gobierno y, por lo demás, un protegido del tirano Trujillo Molina, podía tener serias consecuencias para el valiente mozo. El propietario y algunos parroquianos levantaron a Rubirosa. Poco a poco se recuperó. Policías y curiosos estaban ansiosos de proceder contra el mozo, pero Rubirosa, en un gesto noble y hasta caballeresco, se opuso a que lo golpearan y apresaran y reconoció que el mozo había actuado correctamente.

-... Porque el que me da a mí como yo le di a él y por lo que le di, yo lo mato.

Acto seguido pidió al joven que se sentara a la mesa a tomar una cerveza con él. El mozo, esquivo, se negó. El propietario entonces se sentó a la mesa y le ordenó que se sentara junto a él, frente a Rubirosa.

Y entonces brindaron...

## **El «Filete Cibao» de Rubirosa**

Rubirosa era servicial, cumplidor y un excelente cocinero de los platos dominicanos, por los cuales se desvivía. Ganó fama cocinando en París la bandera dominicana: Arroz, habichuelas rojas y carne guisada ligeramente picante.

El escultor y pintor dominicano Luis Martínez Richiez viajó a París con una beca de estudios y vivió allí 30 años. Fue testigo de la fama ascendente de Rubirosa.

- Yo lo conocí el día que el señor Tulio Franco terminó su misión diplomática (como Embajador)- contó.

Rubirosa tenía una «piscorre», pequeño bus para transportar utensilios deportivos y equipajes, y como el Embajador retornaba a Santo Domingo con muchas maletas, Rubirosa se la cedió para el día siguiente, que era cuando viajaría el Embajador. Marcel, el chofer de Rubirosa, quedó encargado de auxiliar al diplomático en las primeras horas de la mañana, pero no se presentó y Rubirosa condujo la «piscorre» hasta el aeropuerto. Cuando Marcel hizo acto de presencia Rubirosa lo dejó cesante.

Esa vez Rubirosa invitó a Martínez Richiez a comerse un «Filete Cibao», un plato y receta de su invención y que era un homenaje culinario a la región cibaena de su natal San Francisco de Macorís. Consistía en un filete con pimienta y otros aderezos majados y luego vertidos sobre la carne.

El «Filete Cibao» resultó muy apetitoso, según el comensal Richiez.

## **Una Trompada «Histórica»**

«Hizo historia», aproximadamente en 1929 -y sigue comentándose hoy por hoy- la trompada que Rubirosa dio en la barbilla a Suso García, temible gigantón propietario del bar 22-22, sito en la calle El Conde. Con todo y su fama de bravucón y agresivo, García había sucumbido ante el jovenzuelo que en razón de la edad podía ser su hijo. Se incorporó luego que le echaron agua y aplicaron técnicas de reavivamiento.

Esta ha sido de las anécdotas más recontadas y deformadas en las calles y en los medios informativos. La deformación ha persistido a pesar de que Rubirosa explicó en sus “memorias” cómo acontecieron los hechos.

Rubirosa estaba parado con otros jovencitos en una esquina de El Conde. Piropeaban a las muchachas. «Era un sitio por donde nos pasaban todas las muchachas que regresaban de los colegios» dice él. Ellas los miraban de reojo y ellos les decían «piropos a la española».

Rubirosa se acercó a una que llevaba una cartera y le dijo que quería besar donde ella pisaba. Ella le sonrió. «Me encendí inmediatamente. Cogí la cartera. Luego el brazo». La muchacha, asustada, reculó. Un poco más adelante estaba su tío, Suso García, sentado al frente de su bar «22-22», y ella se le quejó. «Me puso la mano», le dijo; y para esa vez eso significaba una grave ofensa de un joven a una joven. El tío, acostumbrado a salir victorioso, no escatimaba una reyerta. Se presentó desafiadamente ante el grupo. Rubirosa se identificó como el «morboso», -así había dicho García- que había piropeado a la sobrina. El gigantón trató de abofetearlo, pero recibió, a cambio, una trompada en la barbilla que lo hizo recular un largo trayecto hasta que cayó.

Luego de volver en sí retó a Rubirosa a un duelo, que este aceptó. Salieron, pues, a buscar un cuchillo para Rubirosa. García portaba el suyo.

En el decurso de la búsqueda del cuchillo «del mismo tamaño», García y Rubirosa se identificaron. Rubirosa le dijo que era hijo del general Pedro Rubirosa. Entonces, García le dijo que había peleado en la manigua bajo las órdenes de su padre, don Pedro Rubirosa, lo que le impedía batirse con un hijo de él.

Y todo quedó como si nada hubiera pasado.

Hay quienes retuercen el incidente melodramáticamente afirmando que la jovencita, impresionada por la elegancia y la rudeza del macho Rubirosa, que había noqueado a su tío guapetón, «se le brindó»...y entonces ella fue la primera conquista que le abrió muchos otros corazones... (?).

## Un «Paganini» Gentil

El hoy reputado médico dominicano Mario Tolentino Dipp llegó a París en 1953 a realizar estudios de medicina, cuando Rubirosa contaba 44 años de edad y boyaba sobre las espumas de las olas de su fama de seductor y chulo.

- Para esa vez se hablaba mucho de Rubirosa. Lo conocí al cuarto día de yo estar en París. En esa ocasión el doctor Enmanuel Pastoriza Valverde, que era el Embajador, dio una recepción porque presentaba sus cartas credenciales. En esa ocasión conocí a Rubirosa -cuenta.

Luego de la recepción Tolentino y sus amigos fueron a la boite «Jimmy's, frecuentada por latinos. Bailaban con amigas dominicanas cuando llegó Rubirosa con un grupo.

- Se sentó un ratito en la mesa con nosotros, conversó, bailó con una de las damas y se fue a su mesa.

Aproximadamente a las 4 de la madrugada decidieron marcharse y llamaron al mozo para que les trajera la cuenta.

El mozo llegó ante ellos y les dijo:

- No, no tienen que pagar nada. El señor Rubirosa tomó la cuenta para él.

Tolentino y sus amigos, haciendo señas desde su mesa, le agradecieron el gesto. Rubirosa hizo ademanes, significándoles que estaba a las órdenes de ellos.

Cuando se retiraban, Rubirosa llegó hasta la puerta y se ofreció a llevarlos a sus casas. Pero no era necesario. Andaban en un automóvil y además vivían en el sector.

Pero quedaron agradablemente bien impresionados del trato recibido del famosísimo Rubirosa.

---

\*Quien paga lo que otro ha consumido o tomado para sí.



## «Paganini» de Nuevo

El estudiante Tolentino Dipp y sus amigos dominicanos departían otra noche en “El Elefante Blanco”, en París. De repente llegó Rubirosa y agarró a uno del grupo por las espaldas y le dijo:

-¡Pero ustedes siempre están de fiesta, los dominicanos!

Intercambiaron saludos y sonrisas. Luego Rubirosa ocupó una mesa junto al grupo que le acompañaba. La noche discurrió normalmente, sin mayores novedades. Los jóvenes dominicanos solicitaron al mozo la cuenta para marcharse... pero Rubirosa ya la había pagado.

De nuevo las gracias, las puestas a las órdenes, los rostros risueños...

De ahí en adelante cada vez que los jóvenes dominicanos salían a las boites y restaurantes parisinos anhelaban encontrarse nuevamente con Rubirosa. Sus gentilezas se convirtieron, pues, en motivo de agradables chanzas en el grupo de estudiantes.

(El doctor Tolentino Dipp recordó en el 2000 que a veces se encontraban con Rubirosa en la Embajada dominicana vestido para jugar polo, o con un perrito en los brazos.

- Fue una persona muy agradable en su trato. Una vez lo vimos en una fiesta en la embajada con Zsa Zsa Gabor.)

(Habla, pues, de finales de 1953 cuando Gabor fue a París para el rodaje de una película y se alojó en la residencia que Duke le había obsequiado al peculiar Don Juan dominicano.)

## Amor por la Velocidad

Porfirio Rubirosa amaba la velocidad. Perteneció a la generación que creció con la popularización del automóvil. Cuan-

do Rubirosa tenía tres años de edad, en 1912, Henry Ford inició la producción en serie del automóvil. Durante su niñez y juventud los automóviles en República Dominicana podían ser fácilmente contados. Ver transitar alguno era motivo de alborozo para los niños, y así Rubirosa quedó atrapado en los autos.

A sus 23 años de edad, en mayo de 1932, sufre su primer accidente automovilístico en San Pedro de Macorís. «Amo la velocidad», diría 23 años después en abril de 1955 al diario dominicano El Caribe. Habló de sus accidentes en las competencias de autos, como cuando el 6 de abril de ese año chocó contra otro auto de carrera en una competencia anterior (posiblemente en Francia).

José Manuel Lovatón, uno de sus «amigotes» de los años treinta en Santo Domingo, hizo en 1962 un recorrido por Europa junto a su esposa. Previamente se había comunicado con Rubirosa, quien, solícito, le dijo:

- Desde que estén allá, llámenme.

Y efectivamente le llamaron y se reunieron en París. Cada noche Rubirosa los llevaba a divertirse. Un domingo en que debía ir al hotel para llevarlos a su casa a una fiesta, llegó retrasado. En su auto deportivo avanzó hacia su casa a velocidad extrema por las calles de París. Un niño viajaba con ellos... La esposa del señor Lovatón se escandalizó y, temerosa de un accidente, le rogó que disminuyera la velocidad. Y sólo respiraron tranquilamente al llegar a la casa.

- Allá estaba el príncipe de Yugoslavia, María Pía... Todos eran celebridades -recuerda Lovatón-. Pasamos días formidables.

De su parte, el dominicano Abelardo Piñeyro atestigua también de qué modo los autos y la velocidad se vinculaban a Rubirosa.

- Rubirosa decía que «el día que yo me muera no voy a

morir en una Lancia Flaminia, como Alí Khan. Tiene que ser por lo menos en una Maserati o en un Ferrari.

(Exactamente. Murió en París conduciendo alocadamente un Ferrari).

## **Un Hombre Bien Vestido**

En 1953 Rubirosa asistió a una fiesta en el Golfito Tennis Club. Era agosto y castigaba duro el plomo derretido por el sol en los cuerpos de los habitantes de Santo Domingo. Abelardo Piñeyro y algunos amigos ocupaban una mesa del Club. Les llamó la atención la perfección del vestir de Rubirosa, aunque divorciado con el clima reinante. Llevaba un saco «twid» inglés, a cuadros, y un pantalón «beige».

Piñeyro comentó:

- En un clima tropical un atuendo de esa categoría... lo menos que se puede decir es que estaba mal vestido. El clima manda vestir adecuadamente a las personas.

Pero reconoció que salvo en esa ocasión, era un hombre de vestir apropiadamente, en Europa como aquí.

- En Europa era un hombre muy bien vestido. Allí se le tuvo como un modelo del bien vestir.

Sí. Su vestuario era parte de su abrillantamiento ante los ojos de las mujeres.

Todos los ardides cabían en la mochila de sus amores, y él siempre estaba presto para la cacería porque, como bien dijo la periodista dominicana Cornelia Margarita, para Rubirosa «siempre se podía cazar, aunque la caza estuviera vedada».

## **Amigo de los Enemigos**

En una ocasión Rubirosa departió con Frank Logroño, José Feris Iglesias y otros dominicanos que en París se de-

clararon contrarios a la tiranía trujillista. Aconteció en el «Jimmy's», que junto con «El Elefante Blanco», era preferido de Rubirosa. Jean Rey, esposo de la propietaria, un «nizois», nacido en la región francesa de Niza, los presentó.

Jean Rey le dijo:

- Rubirosa, estos son unos exiliados dominicanos que están departiendo aquí.

Se saludaron. Rubirosa les dijo:

- Yo soy trujillista. A mí los trujillistas no me tienen nada que ofrecer. Ustedes sí, porque en el día de mañana gobernarán la patria.

Rubirosa dijo que ni Ramfis ni ningún otro miembro de la familia Trujillo les simpatizaban, pero sí Trujillo Molina.

- Mi único vínculo es con Trujillo. Es una amistad que ha pasado muchas pruebas porque en momentos dados Trujillo me la puso dura como cuando estuve casado con Flor de Oro.

Luego sonrió y calló.

Cuarenta o más años después, Abelardo Piñeyro, que estaba entre el grupo de dominicanos, dijo que Rubirosa se convirtió en una especie de «consejero» del grupo de jóvenes dominicanos en París.

Y explicó que Rubirosa era asiduo al «Jimmy's» porque allí «se tocaba mucho merengue».

## **Un Caballero Que Escucha**

Con motivo de los trabajos de acondicionamientos de la finca que en la Vega, República Dominicana, le obsequió Bárbara Hutton, Rubirosa permaneció aproximadamente un mes en el país. Ernesto Sánchez Rubirosa, sobrino, y Juan Julio Morales, hermano de padre, eran los encargados de la finca que antes había sido de Juancito Rodríguez, exiliado, enemigo a muerte

del tirano Trujillo. Cada noche, durante 23 días, en el 1956, se hizo acompañar de sus familiares, principalmente de sus sobrinos.

Doña Mirian Medina Hasbún, en ese entonces de Sánchez Rubirosa, esposa de Ernesto, recuerda la noche en que conoció a Rubi, tío de su esposo. Ella tenía una pobre opinión de él. Rubi la invitó a cenar junto a sus sobrinas y primas. Luego fueron a comer helados a Los Imperiales, en la calle Hostos próximo al Conde. Rubi se sentó de último y en ningún momento miró a su alrededor. Cruzó sus brazos, y primero miró a Mirian y le formuló varias preguntas. La escuchó con viva atención. Luego hizo lo mismo con las demás.

El habló poco pero amablemente. Se comportó como un hombre atento y agradable. El tiempo discurrió rápidamente. La opinión negativa de Mirian cambió radicalmente por la sencillez, sincera atención y conocimiento de la vida de parte de Rubi.

En cambio, la esposa, Odile Rodín dejó una impresión de acaparadora y prepotente. Los esposos Sánchez Rubirosa tuvieron que lidiar con la Rodín por sus egoísmos e imposturas ante Rubi y sus familiares.

## **Una «Lata» Telefónica**

Ana, hermana de Rubi y suegra de doña Mirian Medina Hasbún de Sánchez Rubirosa, conocía al dedillo a su hermano. Sabía que se desvivía por una aventurosa amorosa. Difícilmente dejaba pasar una oportunidad. Con el consentimiento de Ana, una hermana de Mirian le dió una «lata» telefónica a Rubi: le llamó por teléfono y le declaró su amor. Y Rubi se tragó el anzuelo.

Cada día, a la misma hora, la joven llamaba a Rubi, pero ella no accedía a las citas que él trataba de concertar. Su hermana Ana, Mirian, su sobrino Ernesto, las sobrinas, las primas y otros familiares se mantenían al tanto de la «lata» al eterno enamorado.

Los familiares temieron que la joven cayera en las redes

siempre prestas del seductor Rubi, quien llegó a desplegar algunos esfuerzos por descubrir y encontrar a su «enamorada».

El falso drama amoroso quedó en suspenso y Rubi nunca se enteró de que se trataba de una chanza.

“Desde pequeño, fue así”, comentó Ana, al decir de Mirian.

## **Una Respuesta a un «Idiota»**

Alice Leone Moats escribió «The Million Dollar Studes» en el que habla de Rubirosa y sus seducciones a mujeres millonarias. Cuenta que en una oportunidad un corresponsal entrevistó a Rubirosa a fin de obtener de él su secreto para enlazar a las mujeres ricas.

- ¿Cuál es su secreto para cautivar a las mujeres ricas? - preguntó al don Juan.

- No se requiere nada especial para conseguir las- le respondió Rubirosa - Ellas son como todo el mundo.

Un poco más adelante le razonó:

- Nunca maltrates a una mujer, a las mujeres no les gusta que las maltraten, a ellas les gusta - Ah,-, que las quieran.

El entrevistador trató de hurgar más a fondo:

- ¿Qué hace usted cuando conoce una muchacha?

- Le pido una cita, si le gusto ella dice que sí.

El reportero perdió el quid de la conducción de la entrevista que se encaminaba claramente hacia donde quería, y entonces lo malogró todo con esta pregunta:

- ¿Le han dicho alguna vez que no?

Rubirosa guardó silencio, miró extrañado al periodista y cortó la entrevista.

## **Rubirosa Golpea a Flor de Oro Trujillo**

Desde el primero hasta el cuarto matrimonio, Rubirosa llevó vida de soltero. Durante el quinto, con Odile Rodín, disminuyó su carrera de «soltero».

Inmediatamente después de casado con Flor de Oro Trujillo se zambulló en las parrandas y visitas a prostíbulos, como cuando era soltero y militar.

Su joven esposa, desesperada, lo encaró violentamente y Rubirosa, sin importar que fuera hija del dictador Trujillo Molina, la golpeó. Ella se quejó ante su padre y este hizo presentarse ante él a Rubirosa y le reclamó una explicación.

Rubirosa dijo que sabía que ella se quejaría ante él y que precisamente por ser su hija surgían los pleitos. Dijo que Flor de Oro Trujillo lo irrespetaba como hombre prevaliéndose de su condición de hija del Presidente y jefe del país.

El dictador aceptó la explicación, reprendió a los jóvenes esposos e hizo que se abrazaran, se reconciliaran y marcharan juntos a su hogar.

Rubirosa había ganado la partida y continuó sus parrandas.

(Flor de Oro reveló en sus memorias inéditas que al retornar al país procedente de Nueva York en 1933 los sirvientes de la casa le informaron que en su ausencia su esposo llevaba prostitutas a la casa y se bañaban en la piscina.

Ella dice haber encontrado en la piscina aretes y prendas de vestir femeninas.)

## **El Sano Placer de un Abrazo**

En septiembre de 1958 Rubirosa llegó a Cuba como embajador. Semanas después de su arribo sentía dolores en el área cercana

a los riñones, quizás como rémora de los balazos recibidos en París, Francia, a mediados de los cuarentas. Rubirosa ordenó a su asistente Rafael Lantigua Fernández que le concertara una cita con un buen médico y le pidió que tomara las medidas de lugar para que nadie se enterara. Lantigua concertó la cita, con un médico de la clínica Antonetti, de La Habana, advirtiendo a la secretaria de éste que guardara el secreto...

- Está bien, despreocúpese - dijo ella.

Pero desde el primer momento ella había reaccionado sorprendida por el nombre del paciente.

Llegó el día del chequeo médico.

- Cogemos para allá y cuando llegamos está la clínica repleta de personal médico y paramédico.

Rubirosa, sorprendido, reclamó a Lantigua, pero este explicó que había tomado las medidas de lugar para que no se supiera de su visita.

- ¿Y qué vamos a hacer? -preguntó Rubirosa. Y se respondió:

- Tenemos que entrar

Y entraron.

El médico le chequeó, hizo sus comentarios y recomendaciones. Al acompañarlo hasta la puerta, le dijo:

- Bueno, señor Rubirosa, ahí está su público esperándole.

Lantigua intervino:

-Precisamente, doctor, se le solicitó a su secretaria que tratara de ser lo más discreta posible.

El médico dijo:

- Bueno, eso se coló y ya no se puede hacer nada.

El público le miraba regocijándose al ver por vez primera, cara a cara, al conquistador de las mujeres más bellas y más ricas del mundo.



Al pasar cerca del público, una mujer avanzó hacia él:

- ¡Ay, Rubirosa! ¡Déjame darte un abrazo!.

Él se paró de golpe. Ella se le colocó frente a frente.

- ¿Lo abrazo?- preguntó ella.

- Sí, como no, ven dame el abrazo -dijo serenamente.

La mujer lo abrazó.

Y otra mujer avanzó para abrazarlo también... Entonces el médico intervino:

- No, ya está bien, ya. El embajador tiene que irse.

## Mientras Más Cerca

Víctor le llamaban al “valet” ruso de Rubirosa, quizás la persona más popular de su entorno y a quien él le tenía una gran confianza. La fama de Rubirosa disminuía para mediados de los cincuentas pero nadie le había suplantado; de modo, pues, que aún reinaba.

Víctor ideó un negocio «formidable» y tuvo éxito comercial momentáneo. Recortó en diversos pedazos varios calzoncillos de Rubirosa, los introdujo en bolsitas transparentes y se dedicó a venderlos en las calles de París ayudado por el voceo de su mercancía.

Ofertaba cada trozo como «amuleto sexual» para las mujeres. El precio variaba, según tamaño y cercanía del pedazo de tela al área que cubría el miembro viril de Rubirosa. El negocio parecía popularizarse. Víctor estaba feliz...

... Pero aquello estalló como un escándalo en la prensa francesa -recuerda el dominicano Abelardo Piñeyro.

La prensa arremetió contra Rubirosa ante lo que entendía un exceso imperdonable. Rubirosa se defendió acusando a su «valet» de haber abusado de su confianza. Anunció su despido.

- ¡Qué bajo ha llegado Víctor!- sentenció Rubirosa.

Por supuesto, él nunca despidió a Víctor...

Semanas después de que las aguas volvieran a su nivel, Piñeyro y otros dominicanos se encontraron con Víctor y le preguntaron si ya Rubirosa «le había levantado las sanciones», esto es, si lo había reintegrado al servicio de «valet» en su casa.

Víctor se sonrió y dijo:

- El negocio era entre los dos.

## **Otras Dos Famosas Peleas**

Siendo aprendiz de boxeador, luego que sus padres retornaron a Santo Domingo, Rubirosa peleó a los puños con un jovenzuelo francés y lo dejó en pésimo estado. Rubirosa fue arrestado y sólo se le liberó a condición de presentarse diariamente a la policía. Décadas después, en Santo Domingo, recordaba el incidente y decía a sus sobrinos que debían evitar cualquier reyerta cuando visitaran Francia porque la policía favorecía al francés...

En otra ocasión, ya maduro, jugador de polo, pero ahora protegido por su condición diplomática retó a pelear a unos jóvenes en una playa en horas de la noche. Había acontecido que Rubirosa y Alejandro Gracida, tío de Memo Gracida, uno de los más cotizados polistas del mundo, fueron a una discoteca y allí discutieron con unos fornidos jóvenes. Se citaron para pelear en una playa pero, como eran muchos, Rubirosa y Gracida fueron a buscar refuerzos al hotel donde se alojaban los de su equipo de polo. Los más fornidos, Carlos Harriott y Frankie Dorinag, se les unieron. Llegaron a la playa y antes de que se detuviera el auto, Rubirosa y Gracida se lanzaron a la arena e inmediatamente se enredaron a puñetazos con los fornidos contrincantes.

Y, por lo demás, no fue necesaria la intervención de los refuerzos.

## **Rubirosa Significa «Ojo Negro»**

Los amores de cama y prensa de Rubirosa y Gabor se caracterizaron por escandalosos celos, riñas, rupturas y arreglos espectaculares.

La noche del 24 de diciembre, poco antes de que Zsa Zsa y sus hermanas Eva y Magda se presentaran a un show muy publicitado, Rubirosa y Gabor discutieron subidos de tono porque Rubirosa le exigía casarse con él de inmediato, de lo contrario, se casaría con Bárbara Hutton. La actriz, indignada por los rejuegos amorosos públicos de Rubirosa y por su evidente chantaje -realmente ella quería a su macho- exigió que Rubirosa abandonara la habitación. Le gritó, empujó y arañó. Poseída de furia femenina lo acorraló y atestó contra una pared y entonces Rubirosa le aplicó un «gancho», un puñetazo de boxeador, sobre el pómulo derecho. Minutos después el ojo se había amoratado. La hora del show estaba próxima... Su asesor de prensa, Russ Birdwell, convocó a una rueda de prensa en la que ella, con su ojo amoratado, explicó el incidente y enfatizó: «un hombre sólo pega a una mujer si la ama intensamente. Rubi me ama a mí. Rubirosa en español significa Rosa Roja, para mí significa Ojo Negro».

---

## Precisiones Sobre «Mis Memorias»

«Mis Memorias» están contenidas en 24 artículos escritos por Porfirio Rubirosa y que luego de su muerte fueron publicados en el Listín Diario de sábado a sábado desde el 20 de noviembre de 1965 hasta el 7 de mayo de 1966. Rubirosa los escribió entre 1963 y 1964 para una revista francesa y fueron traducidos por el periódico Listín Diario. El traductor redactó algunas notas al pie -«Nota del Traductor»-, que reproducimos. Otras notas y llamados son de la presente edición, y ciertas palabras y mal uso de signos de puntuación se reproducen fiel al original.

Como se estila en los escritos de esta naturaleza, su autor miente a conveniencia, minimiza ciertos hechos, exagera algunos y calla otros. Algunas de sus falsedades las aclaramos al pie de la página correspondiente. Pero hay que decir a su favor que como «su vida pública fue también su vida privada», la mayoría de los datos y hechos memorizados por él o son ciertos o encajan dentro de las probabilidades. Están escritos por y para gente de cultura media, con destellos de palabras y expresiones de alguien de profundidad reflexiva a fuerza de una experiencia ampliamente repartida.

Rubirosa se nos descubre como un evocador del pasado con cierto encantamiento y de juicios profundos al reflexionar sobre ciertos perfiles de la vida, las personas y la sociedad dominicana de su tiempo. Destila lo popular en medio de su radiografía de la «dolce vita» al hablarnos de «jóvenes leones» de «banda de tigre», mandada por «un tigre», de «un diablo de hombre», del «morboso», de «compinches», del «genio vivo»...

Se constituye en el centro positivo de su amena historia perfumada. Coloca a sus mujeres en la toma de las iniciativas y pinta sus matrimonios como lógicos finales de dos que se aman y de repente descubren que deben unirse para siempre; y sus divorcios como la natural separación de dos que han dejado de amarse y que se pelean.

El lector apenas notará los indicios de su principal debilidad que trascendía el triple sentido que tuvo de la vida: deportivo, amoroso y festivo. Y era que adoraba el dinero, y en abundancia. Era capaz de morir felizmente sobre las espumas efervescentes del dinero fácil. Tan así que solía decir a sus íntimos que reservaba «una bala de oro» para suicidarse el día que careciera de dinero.

# **Mis Memorias**

---

Por Porfirio Rubirosa



Odile Rodin

Rubirosa era dueño de una media sonrisa que unida a una pizca de achinamiento en sus ojos y a unos pómulos ligeramente salientes, le daban un toque original y exótico en Europa y Estados Unidos.



Sergio Bencosme en su lecho de muerte en Nueva York, en abril de 1935.

Rubirosa pareciera mirar a Sergio Bencosme, cuyo crimen coordinó en Nueva York por órdenes del dictador.



Ángel Morales, exiliado antitrujillista, cuya muerte ordenó el dictador Trujillo Molina a Porfirio Rubirosa, Capitán del ejército dominicano. Rubirosa coordinó su asesinato pero asesinaron erróneamente a Sergio Bencosme.



Abelardo Piñeyro, embajador en Colombia, junto a María Eugenia Primera; Cuqui Córdova, cronista deportivo, Federico Peynado González, con lentes, y José Manuel Lovatón conocieron a Rubirosa y ofrecieron testimonios sobre diferentes momentos de su vida. Los cuatro fueron entrevistados acerca de la vida de Rubirosa por Cornelia Margarita, productora del programa de televisión, «Somos Así, Así Somos», que se difunde en Santo Domingo. La serie documental que preparó sobre su vida ha sido la más completa.





El Vicealmirante (R) Néstor Julio González Díaz conoció a Rubirosa a bordo de un yate en el que el dictador Trujillo Molina ofreció una fiesta en Miami. Abajo, a la izquierda, la famosa "Mome Muano", esposa de Benítez Rexach y amante de Rubirosa. Los testimonios aportados por quienes departieron con el afamado «playboy» lo dibujan como un individuo magnético, simpático, amistoso, solidario, brioso y sobre todo inclinado a las juergas.

## Los Paraísos Verdes

El estruendo producido por los disparos de los fusiles fueron los primeros ruidos que escuché en mi vida. Lo más que tenía era tres años. Era de mañana. El sol se colaba por las celosías de las persianas y se proyectaba sobre la alfombra en forma de rayas. De repente, el trepidar, de las detonaciones, los vidrios de las ventanas saltan destrozados, la gente grita, se oyen pasos apresurados en los pasillos de mi casa, la puerta de mi habitación que se abre violentamente y mi madre que irrumpe, me llama. Yo estaba en mi cama acurrucado y cubriéndome la cabeza con la almohada. Mi madre me arrancó de la cama y me lanzó debajo de la misma. Podía oír su voz jadeante rogar quedamente a la virgen de la Altagracia. Después, los disparos aminoran y se van perdiendo en la lejanía. Luego se escucha el galopar de los caballos y por fin, vuelve la calma. El piso queda cubierto de vidrios rotos que titilan como las estrellas de fantasía que se cuelgan en el árbol de Navidad. Siento ganas de correr a coger los pedazos de vidrios. Mi madre me lo impide y me alza en brazos, estrechándome contra su pecho.

Ese recuerdo me trae automáticamente otros recuerdos. En otra ocasión, sucedió lo siguiente, fue al amanecer. Yo tenía la costumbre de dormir con un gato. Esa noche me desperté, mi gato había desaparecido. Me levantó. Salgo de mi habitación. Bajo las escaleras que van a la cocina, y me detengo, estupefacto. La casa estaba llena de hombres armados que dormían en los pasillos, los ojos ocultos bajo los grandes sombreros de cana, las cartucheras en las que brilla el cobre amarillo terciadas por el cuello. El máuser descansando sobre el brazo. Yo pase por entre los cuerpos tumbados por el cansancio.

Estos dos recuerdos de mi infancia revelan el estado en que se encontraba la República Dominicana, mi país, en los años anteriores a la primera guerra mundial. Prácticamente, durante quinientos años\*, la situación que hemos descrito ha sido la misma en esta isla, que sin embargo, parece bendecida por los dioses.

---

\* «Durante cuatrocientos setenta y dos años» debió decir en 1965 cuando publicó en francés sus memorias. En 1992, 28 años después, se cumplirían esos «quinientos años».

El 5 de diciembre de 1492, Colón descubrió a 80 millas de Cuba, una isla que él bautizó La Española. La isla estaba poblada de unos indios que parecían ser pacíficos: Los Taínos. Pero después de una larga exterminación, de masacres que ocurrieron a mediados del Siglo XVI, desaparecieron prácticamente los aborígenes y en lo adelante, la mano de obra es realizada por esclavos negros traídos de África por los negreros.

Al rededor de 1550, la isla disfrutó de varios años de paz. Una nueva clase de colonizadores menos ambiciosa -o menos impaciente, vino a instalarse; pero en 1586 volvió la guerra de nuevo. La bandera negra de los filibusteros flota en Santo Domingo de Guzmán, Francis Drake se ha apoderado de la Capital y reclama 25,000 ducados como rescate: Comienza así el siglo de los bucaneros y filibusteros.

Las riquezas que los españoles extraen del Nuevo Mundo y que envían a Castilla La Vieja atrae a los aventureros del mundo occidental: holandeses, ingleses, franceses, no ignoran que las carabelas y galeones cargados de oro y de piedras preciosas viajan constantemente a España al través de un estrecho canal muy peligroso debido a la presencia de bancos de coral y de violentas corrientes que separa la extremidad oriental de Cuba del extremo occidental de La Hispaniola, tal canal se llama ahora, canal del Viento o de Jamaica.

En consecuencia, se establecen verdaderas colonias de piratas en la proximidad de esa ruta marina, en la costa norte de la Hispaniola, donde se halla la isla de La Tortuga. Otros se establecen en los bosques de La Hispaniola, estos son los famosos 'bucaneros». Así, a principios del Siglo XVII, la isla de Santo Domingo, o La Hispaniola, como se llamaba en aquellos tiempos, estaba invadida por una singular comunidad de hombres salvajes, hirsutos, ariscos y sucios. En tu mayoría eran colonos franceses, cuyo número había crecido considerablemente debido a la gran contribución proveniente de los bajos fondos de las ciudades europeas. Esta gente vestía camisa y pantalón de tela burda que tenían empanándola en la sangre de los animales sacrificados.

Llevaban un casquete redondo, botas de cuero de cerdo que le llegaban a las rodillas y un cinturón de piel sin curtir en el cual se ceñían el sable y los cuchillos. También llevaban un mosquete que tiraba dos balas que pesaban dos onzas cada una. Los lugares en que ellos secaban, ahumaban y salaban la carne, se llamaba 'Boucan del Caribe' (boucan es el sitio donde se cura la carne al humo). Eran cazadores de profesión y sacrificaban bestias de cuernos y traficaban con su carne; el alimento preferido de aquellos hombres era el

tuétano crudo de los huesos de las bestias que acababan de matar. Comían y dormían, en el mismo suelo. Su mesa era una piedra, su almohada era un tronco de árbol y su techo, el cielo cálido y centellante de las Antillas.

Al principio, los bucaneros -menospreciados por la piratería- aseguraban el abastecimiento de ésta. Pero cuando con la explotación de las fuentes de riquezas se hizo cada vez más difícil asegurarse sin gran riesgo -los barcos de los filibusteros eran pequeños, vivaces, nerviosos, ardientes, maniobraban bien cuando los pesados barcos españoles eran casi incapaces de hacer otra cosa que seguir la ruta del viento- los piratas se convirtieron en bucaneros.

El resultado de esa doble invasión fue la separación de la isla en dos estados. De los 77,000 kilómetros cuadrados que tiene la Hispaniola, 28, 676 formaron al oeste la colonia de Haití -Tratado de Ryswick en 1697- El resto -50,000 kilómetros cuadrados- constituye la República Dominicana.

Esa división no solucionó nada. IncurSIONES sangrientas, combates y expediciones se sucedieron una tras otra. Siguiendo la ruta de la Revolución Francesa, los esclavos de Haití se sublevaron masacrando a sus amos franceses primero e invadiendo toda la isla después, haciendo de Santo Domingo una gran carnicería de aristócratas españoles. En 1861 regresa España, más tarde, en 1865 abandonaron la isla definitivamente.

Santo Domingo recobra su independencia, pero no la paz, porque dos clanes se hacen la guerra encarnizadamente: Los Rojos y los Azules. No los separa ninguna concepción política, filosófica, moral o religiosa, evidentemente, lo único que los mueve es tomar el poder, ocupar los puestos o dárselos a sus amigos o allegados, Para alcanzarlo, no se hace ninguna campaña política, no se hace propaganda, ni mítines para tratar de ganarse la masa de los electores. Se contentan simplemente con reclutar hombres, a los cuales les entregan armas y los agrupan para sí. Las bandas armadas que ganan toman el nombre de 'Ejército Nacional', hasta el momento en que nuevos rebeldes escalen el poder, reemplazando los anteriores y amparándose en «títulos legales». Tal es a dialéctica de la historia de la República Dominicana cuando nació mi padre en 1878, en San Francisco de Macorís. En ese entonces, un hombre domina la política dominicana, un mulato cruel, sanguinario, terrible, que lleva por nombre Ulises Hereaux\*,

---

\*De 1878 a 1880 gobernaron Cesáreo Guillermo, Jacinto R. de Castro y Gregorio Luperón. El dominio de Lilís es de 1880 a 1899.

pero que responde al dulce diminutivo de «Lilis» frívolo pero malicioso. Fue ministro de la guerra del arzobispo Arturo de Meriño, después lo reemplazó en 1882, mas tarde gobierna con puño de hierro sin ningún escrúpulo que lo sonroje.

Naturalmente, mientras más insoportable se hace la opresión, mas se organiza la oposición. A los quince años, mi padre tuvo su bautizo de fuego. A los veinte, es general. Conservo un retrato de él hecho en esa época: aparece tocado con un sombrero de Panamá, vestido con chaqueta y cuello oficial, el revólver adherido a un cinturón lleno de cartuchos del cual pendía un sable de combate que se corrían hasta la espalda, entre los dos omoplatos y se llamaba «el sable cabo». La empuñadura de este sable venía quedando detrás del hombro, lo que permitía dar un golpe de sable de arriba hacia abajo el sacarlo violentamente de la vaina.

En esa época no se llegaba a general por nombramiento, uno se convertía en general. Aquel que por su valentía, su inteligencia, su suerte, se imponía como el mejor de la banda, tomaba ese título -título éste que exigía mucho de quien lo llevaba. En efecto, el general debía pagarle a su tropa, alimentarla, equiparla, armarla y conducirla a la victoria. Esta tenía que ser su intendencia, su lugarteniente, su gran cuartel general y su grupo de asalto. Era necesario ser un tigre para poder comandar un grupo de tigres como este. Un general que no marchaba al frente de sus soldados no ejercía gran dominio sobre su gente. Esto es lo que explica por qué los oficiales superiores dominicanos rara vez morían en su lecho de enfermo, contrariamente a como morían sus colegas europeos, y porqué las promociones rápidas le permitían a un joven de 20 años convertirse en general.

También es bueno consignar que en aquella época el ritmo de la vida era totalmente diferente al que nosotros conocemos hoy. A los cincuenta años, uno era ya un viejo, pero a los 20 uno era un hombre. En la fotografía que poseo, mi padre ya lucía un adulto. Con sus fuertes pómulos, su poderosa cabeza, sus gruesos bigotes, la mirada arrogante que deja caer desde su estatura de un metro, setenta y ocho, no se parecía nada a un adolescente; era un hombre hecho y derecho. Le llamaban Don Pedro. En las provincias del Cibao se multiplicaban los combates de hostigamiento, los ataques sorpresivos y las emboscadas contra los mercenarios de Lilis.

En 1899 fue un gran año. Lilis fue asesinado. Juan Isidro Jimenes es el

nuevo presidente, y mi padre participa del poder ocupando posiciones oficiales, como gobernador civil y militar de diferentes provincias.

Es entonces cuando conoce a mi madre Ana Ariza, hija de un general de origen vasco, quien había peleado en la guerra de Cuba, retirándose luego a San Francisco de Macorís\*. Se casan, primero nace una hembra: Ana, luego, un varón: Cesar y por fin, el 22 de enero de 1909 llegué, yo, recibiendo el nombre de Porfirio.

La situación era la siguiente: dos partidos se enfrentan permanentemente en una guerra civil. De un lado, los bolos, que tienen como líder a Jimenes; de otro lado, los «colúos», que tienen como jefe al general Horacio Vázquez. Colúos y bolos son dos fuerzas iguales. La victoria depende pues de lo que decida Velázquez, el cual practica una escandalosa política de balance y de creación de alianzas, apoyando tanto a Jimenes como a Vázquez, pasando de un campo al otro, haciendo oposición o colaborando con la misma convicción.

Esa es una actitud ventajosa para quien acepta no conocer ni tregua, ni descanso. Don Pedro María Rubirosa está siempre en campaña. Es la época de los sótanos atestados de fusiles y la casa llena de soldados. Mi madre, que es muy piadosa, vive rezando. Como casi todas las mujeres de esos tiempos, ha engordado muy pronto, desde los primeros partos. Varios de sus hijos murieron al nacer antes de tenernos a mi hermano, mi hermana y a mí. La recuerdo como una mujer fuerte, casi siempre vestía ropas largas y negras, recuerdo verla muchas veces arrodillada en el rincón mas oscuro de la casa, rezando. Así fue como la Virgen se le apareció una vez mientras rogaba por la salvación de su marido.

-No te inquietes Ana..Pedrito está bajo mi protección, no le pasará nada.

En efecto, mi padre atravesaba un laberinto de emboscadas, de asaltos, escaramuzas, guerrillas incesantes que no terminaban nunca en la Sierra del Cibao más que para empezar de nuevo en las llanuras de Monte Cristy, entradas victoriosas en los poblados, o la huida en la noche de las derrotas, envolviendo las pezuñas de las bestias con trapos para que la partida al exilio fuese hecha en el más absoluto silencio, durante veinte años de batallas, bajo el árduo sol!

Mi mente infantil veía a mi padre como un hombre con la fuerza de un gigante, el apetito de un ogro, y la bondad de un Dios. Sin descender de su caballo,

---

\*Hasta donde se ha indagado, Esteban Ariza, padre de Ana, su madre, ni era español ni era general. Ahora bien, el papá de este, abuelo de Ana, sí era español y general.

me empuñaba con sus grandes manos y me sentaba sobre el cuello del caballo, delante de él. Un sonido con la lengua que la bestia entendía, y a galopar!

-¡Cuidado Pedro! ¡Cuidado! Es muy pequeño... gritaba mi madre. Mi padre reía. La noche era tibia y dulce. Tenía las manos crispadas sobre la crin del animal. Lo oía resoplar fuertemente, me hubiera gustado que la corrida no hubiese terminado nunca.

Las distracciones de mi padre eran sencillas. Era un hombre hermoso. Su talle era estrecho, corvas nerviosas, ojos brillantes, aureolado de todo el prestigio de un caballero, las damas lo admiraban. En esos tiempos, los juegos amorosos tenían unas reglas mucho más estrictas que ahora. Los que querían jugar al amor, no podían hacerlo, y los que lo hacían, era por su cuenta y riesgos, los cuales eran muy peligrosos. Las mujeres se defendían mucho y sabían protegerse contra las otras mujeres y contra ellas mismas, llegado el caso. El adulterio era severamente castigado, a veces con la muerte, o con el ostracismo de la sociedad. Los riesgos eran mucho más grandes, lo cual, naturalmente hacía el juego del amor mucho más interesante. Yo había oído decir que mi padre había jugado varias veces, no contentándose con las conquistas fáciles que conocen todos los guerreros políticos, sino atacando las plazas reputadas como inexpugnables de la alta sociedad. El había seducido - entre otras- una de las grandes damas de Macorís, persona cuya respetabilidad aparente era más reconocida que antes de cometer su desliz. Esa persona alimentaba una ambición: llegar a ser presidenta del Club Social Femenino de Macorís. Durante las semanas que habían precedido a las elecciones de dicho club, ella había hecho su campaña, como cuando uno prepara su entrada a la academia, visitando las comadres del barrio. El asunto no parecía ofrecer ninguna dificultad. No había más candidata que la dama en cuestión, la cual iba directamente a una elección triunfal.

Llega el gran día. La presidenta saliente presenta a su remplazante a los miembros del club.

-Esto segura de que Uds. querrán manifestar el respeto y el afecto que sienten por la señora X..., al haberle otorgado vuestro sufragio.

-No, dice una voz.

Todas las miradas se vuelven hacia la mujer que ha hablado: era mi madre, mi madre que se había levantado y que muy calmadamente declara:

-La señora X era la amante de mi esposo. En tales condiciones yo no creo posible hacerla nuestra presidenta.

La señora X... se desmayó. La llevaron a la galería detrás de un muro de plantas verdes. La orquesta paró de tocar. Rápidamente designaron a una señora Z... no importa quien. Muy digna, mi madre se marcha, se monta en su coche, y regresa a nuestra casa sin decirle media palabra a mi padre del escándalo que acababa de darse. Este, puesto al corriente del incidente veinte minutos más tarde, conservó el mismo mutismo.

Esos intermedios galantes ocurren en medio de los perpetuos combates que siguen ensangrentando la isla. El caos es tal, las dificultades del tesoro nacional son tan grandes que varias potencias extranjeras han amenazado ya con recobrar sus acreencias por la fuerza. Velázquez -que era embajador en Washington- pudo salvar el país de una invasión usando un subterfugio tan ingenioso como absurdo: le ofreció a los americanos encargarse del control aduanero de la República Dominicana y de compartir los beneficios con los distintos acreedores. Estos, naturalmente están sólo semi-satisfechos de esta medida abracadabrante, pero el país esta revuelto, es la anarquía total, los gobiernos son reemplazados cada seis meses y mientras tanto, mi padre está en el exilio.

Tuvo que huir una noche, llevando consigo su pequeño mundo. Y he aquí que nos encontramos en St. Thomas pequeña isla de las Islas Vírgenes que era entonces posesión danesa. Vivíamos en una gran casa de campo, situada en medio de una plantación de caña de azúcar. Yo asistía a la escuela yendo por caminos repletos de sol, donde se juntan los mil olores picantes, ácidos, dulzones y pimentosos que perfuman el viento de mi país.

Aprendí la historia de esas Islas Vírgenes -archipiélago que se extiende unos 80 kilómetros de largo, que Colón descubrió y que bautizó y así porque de lejos, con el cabrilleo de las olas sobre los corales, parecía una procesión de las 11,000 vírgenes, célebres en la religión católica\*.

Ana, César y yo estuvimos en la repartición de premios. Me dieron un violín y un puesto en la pequeña orquesta. Como no sabía tocar, me puse a llorar.

-Haz como si tocaras, eso bastará- me dice el director de la escuela. Esa es una frase que afecta mi imaginación de niño. ¿El mundo de las personas mayores, es pues un mundo en el que es necesario «aparentar»?

---

\*El lector notará un salto incoherente. Así aparece en el original.



Unos meses más tarde, nos encontrábamos en el puente de un gran barco el «Antonio López\*». Mi hermano y mi hermana lucían sendos trajes de marinero a rayas y con cuello blanco. Se hablaba mucho de los submarinos. Estábamos entonces en 1915. A medida que nos acercábamos a Gibraltar se intensificaba el frío. Mi padre y mi madre pasan largas jornadas recostados en la cubierta del trasatlántico y protegidos los pies por mantas de abigarrados colores. Mi padre ha cambiado. Ya no lleva su pistola al cinto, ni el sable que le llegaba hasta el hombro. Había sido nombrado Jefe de Misión Diplomática.

---

\*Otro salto abrupto en el original. Lo que acontece ahora es que su padre fue designado en la legación diplomática en París y la familia ha abordado un barco que va a Europa.

Vamos llegando a Gibraltar, de repente hay un gran reguero sobre el puente. Se oyen tiros de rifles. Marineros corren. La gente se precipita de un lado a otro. Quieren arrastrarme a nuestro camarote, pero yo tengo ganas de ver. Me escapo a babor, en la niebla, la mote gris de un gran barco erizado de cañones se ha inmovilizado- yo espero:

-Parece que van a pedirnos las informaciones pertinentes.

-¿Quiénes? ¿Los alemanes? -No, los ingleses. Debe hacer un espía a bordo.

-¿Un espía?

-Sí. Y disfrazado de mujer.

Para un niño de seis años es un espectáculo prodigioso: marinos con polainas y carrilleras, que controlan el papeleo: la gente que se mira sospechosa; las damas de calidad, que llevaban siempre rostrillos para proteger sus rostros contra el ardor del aire marino. -La moda no era el cutis bronceado sino lechoso- y que bruscamente descubren sus facciones. La guerra y sus imprevistos cautivantes continuaban de encantar mi niñez. A los guerrilleros bigotudos del mundo caribe, sucedían Europa y sus espías disfrazados de mujer. Yo estaba cegado y petrificado, pues estamos en enero 1915, y hace un frío terrible.

Mi hermana Ana y mi hermano César se quedaron en Barcelona, éste, en un colegio de los Hermanos de Escuelas Cristianas donde él se mostrara mejor sujeto que yo no lo seré nunca: La otra, en el convento del Sagrado Corazón de Barcelona donde ella heredará una letra puntuda, marca de fábrica, de la cual no debía deshacerse más nunca. A veces me pasaba, al recibir carta de una persona de la cual sabía poco, decirme, al comprobar la letra puntuda: «Fíjate, ésta se educó en el Sagrado Corazón». -Nunca me equivoque.

Mi padre, mi madre y yo, llegamos a París por tren.

El primer recuerdo que guardé de esta ciudad, que era entonces la capital del mundo, es la piel de cabra con que estoy disfrazado, y que se

parece a una barba que puede cubrirme el cuerpo desde los tobillos hasta la barbilla. La segunda, son los cañones que tomaron al enemigo, que rodean el Arco de Triunfo, la tercera, el rostro de Pearl White, en los cines donde me arrastra mi padre la mañana siguiente de nuestra llegada. La impresión fue tan viva y profunda, que todo esto está aún presente en mi memoria, sin embargo tan mala: la sala con su lujo de pacotilla y sus cortinas de terciopelo, «Los Misterios de New York» con sus episodios; La Mano Estrecha, La Máscara de los Dientes Blancos, Pearl White a encerrada en un tubo de fundición donde el agua sube poco a poco (sigue en el próximo episodio) y los prospectos que distribuían a la salida.

Nos habíamos instalado primeramente en el Boulevard Saint Germain, luego Avenue Mac Mahon No.6. A menudo cuando estoy en París me desvío para pasar por delante de la casa. No me atrevo a tocar el timbre y subir; y sin embargo me muero de deseos de volver a ver las amplias habitaciones donde vibran todavía quizás las sombras de un pasado perdido.

Fue allí, que mi padre puso en práctica la táctica caribeña contra los ataques aéreos. Un día, que estamos comiendo, bruscamente nos dice:

-Desde hoy, cuando haya bombardeo no bajaremos más al sótano. Mi madre se inquieta. ¿Y por qué eso?

-Porque es una estupidez dice él. Se cae una bomba sobre la casa, la demolerá y seríamos enterrados vivos en el sótano. Nada más horrible que ser enterrados vivos, no los creen ustedes?

Será la influencia de Pearl White o de Darel el detective? nosotros consentimos.

-Desde ahora, cuando haya una alerta, nos echaremos todos al suelo en la sala.

Lo que se ha dicho, se hace, en lo sucesivo la Berta puede tirar, y los «Taube» mostrar sus cruces blancas y negras en el cielo gris de París, nosotros nos juntamos en la sala. Mi madre reza su rosario; mi padre lee al tiempo que acaricia sus bigotes, yo, me preguntaba si el jueves me llevarían al cine.

Un día, creímos que había llegado nuestro último día. Un estruendo espantoso nos tira al suelo, la casa tiembla, los vidrios de las ventanas han volado en pedazos. Es una bomba que ha explotado en la Ave. de la Grande Arnee. Desde ese momento mi padre considera menos satisfactorio su sistema de protección contra los ataques aéreos, cree que estaremos más seguro en

Royan que en la sala, y partimos entre un gran reguero de equipaje, frazadas, paquetes, menuderías que cualquier viaje requería entonces.

A mi me hacía falta París, el Institut Mintenon, donde me llevaba una sirvienta, y más que nada, el trayecto que nos hacía pasar entre los cañones del Arco de Triunfo, nuestro cine favorito, el Luteria y el Wagan, mi pequeño dormitorio, donde duermo solo como un hombrecito, y la presencia de mi padre. Yo soy muy pequeño para comprender lo que pasa dentro de él, pero yo presiento que algo lo atormenta y en mi interior lo quiero aún más.

Mi padre tiene 39 años, ¿Por qué será que él ha venido bruscamente a Europas, ¿Por qué es que ha cambiado sus botas de general de la revolución permanente por los escarpines de charol de diplomático? Por mucho tiempo he pensado en una maniobra política del jefe de su partido. Federico Velázquez. Fue éste quien lo aconsejó para que aceptase el puesto que le ofrecían, y como estaba, al mismo tiempo originándose esta oferta, no es difícil comprender que esta legación lejana, alejando un posible rival, servía sus propios designios.

Pero, en realidad esta explicación no explica nada. Mi padre estaba muy empapado de la política dominicana para ceder si él no lo hubiera querido así, de irse al campo y cambiar de piel. Lo que nos trae a la procedencia del problema; ¿porqué?

Yo creo que son tres las razones que motivaron esta decisión. La primera es de orden fisiológico. Mi padre ha debido sentir los primeros síntomas de la enfermedad del corazón, que se lo llevaría en el 1930. O esta existencia de «Tigre» no puede llevarse con un corazón afectado. De donde, esta partida que es una ruptura.

La segunda es de orden familiar. A pesar de ser militar mi padre viene de una familia de legistas e intelectuales. El ambiciona para sus hijos, una existencia donde la inteligencia, la cultura, el ingenio tengan una parte mayor que en la suya.

Y esto, no puede hacerse mas que en Europa, que en París. Hemos quizás olvidado, pero antes de la guerra de 1914 en toda América Latina el prestigio de Francia era inmenso.

Por o a causa de Pasteur un médico que quiere tener éxito, debe poder grabar en su placa: de la Facultad de Medicina de París. -A causa de Eiffel, un ingeniero no se impone si no viene de París, La Fontaine, Voltaire, Hugo Marinee, Stendhal, Balzac, Flaubert, Anatole France, le dan a los que se expresan en francés una reputación de letrado, de lógico, de hombres de

gusto- Del otro lado del Atlántico, Francia aparece como la nación prestigiosa donde ha habido un matrimonio entre la clase del viejo régimen y el dinamismo de la revolución-. Poder dar una educación francesa a sus hijos es uno de los móviles que van a empujar a mi padre a partir, y la prueba la veo, en el hecho que después de un año Ana y César salen de sus internados españoles para reunirse en Francia con nosotros.

En fin, la tercera razón, es política, mi padre se da cuenta que esta guerra civil incesante sólo puede llevar a la catástrofe es decir, a la pérdida de la independencia nacional o a la dictadura. El no puede oponerse, pero, no quiere ser cómplice de esta degradación. Ahí, de nuevo, el porvenir aconseja tomar alguna distancia con el hecho.

No es un mal razonamiento, puesto que el 15 de mayo de 1916 un nuevo golpe de estado -del general Arias contra Jimenes- hace explotar la ira americana. Regimientos de «marines» ocupan la isla.

El 16 de noviembre -después de una prueba de gobierno «colaboracionista»- es el Capitán H. S. Knapp que surge como jefe del «gobierno militar de E.U.» en Santo Domingo.

Esta noticia golpea profundamente a mi padre, y precipita su estado de ánimo. Se ha pasado una página de la historia de su país. No serán más los militares los que asumirán el porvenir de la República- piensa él, sino hombres modernos, formados en las disciplinas modernas. -Al instante con el espíritu de decisión que lo caracteriza, este hombre montado a caballo, se convierte en el hombre sentado. Se pone a estudiar, solo y con la ayuda de profesores que vienen a la casa: Economía, Política, derecho Internacional e idiomas..

Mi niñez, nunca había visto a mi padre sin su Smith & Weston a su lado; mi adolescencia no debía verlo nunca sino con su dalloz bajo el brazo!

Porqué no habré tenido yo las aptitudes para el estudio, y esta voluntad para el trabajo! Pero los libros no encuentran en mi un amigo muy fiel, ni los profesores un alumno aplicado ni en Maintenon ni en Jaeson de Sailli, ni en la Ecole Pascal, boulevard Lances. Lo único que me interesa son los deportes, los amigos, las mujeres, la aventura a la vida de los grandes en resumen la vida. Es el fin de la guerra, la victoria. Vi el desfile desde el techo de nuestro edificio. Espectáculo inolvidable este río azul pálido corriendo lentamente bajo el oro apagado de las banderas, el reflejo sombrío de las bayonetas que no estaban para paradas, las músicas crepitantes, los caballos, los cañones, el gentío enorme, enardecidos, hirviendo de orgullo y pasión: yo capté todo esto con un fervor tal que después me era imposible tomar en consideración el discurrir de los acontecimientos que se sucedían unos tras otros; así como estas guerras de la historia que parecían irrisorias y ridículas al lado de la gigantesca «empoignade» que acabábamos de vivir.

En casa, el héroe, celebrado era el general Manginot. En la escuela es Guynemer. Todo esto aviva nuestro apetito desmedida heroica, peligrosa. Llena de gloria y éxitos. Somos los hijos de la victoria. Escuchábamos los cuentos quebrantados. Vemos las mujeres empolvadas recostadas amorosamente del brazo de los «poinus» con las capas sucias; nuestra imaginación trabaja febrilmente. Empecé a boxear con un profesor, monitor de Joinville, que se llama M. Petiot. Es un personaje extraordinario, bigotes retorcidos, pelo corto que separa una raya mediana, un ojo de vidrio, pero no mucho más fijo que el verdadero, y quien da la clase fumando la pipa.

No tiene una apariencia muy ortodoxa pero es un profesor maravilloso. Después de los asaltos, nos habla de Carpentier. ¡Ah! qué suerte tengo de haber nacido entre Guynemer, Dempsey y Carpentier. Era una época que vibraba. Cada uno soñaba con hacer piruetas fantásticas y dar combates locos, y conocer amores resplandecientes. Las trincheras desembocaban en la calle Pigalle. En el patio de nuestros colegios, los mayores nos contaban las tinieblas misteriosa de los cabarets, la locura del jazz, las

mujeres semidesnudas que flotaban en una nube de gasa y perlas. Escuchábamos con rabia en el corazón, de no tener mas que doce o trece años y estar condenados a los pantalones cortos, no impedían tocar a la doncella, ni de seguir en la espesura del bosque a mujeres demasiado pintorreteadas que por cinco francos despabilaban a los inocentes, pero esto prohibía de manera categórica la entrada de los night clubs, o una botella de Champan al costo de nuestras entradas mensuales.

Oh presagio! He ahí porque mi encuentro con Montmartre, se hará el día de mi primer pantalón largo, en 1925.

Tenía como amigo a u joven chileno cuya familia también se había instalado en París: Pancho Morel y el hijo de un maharajah de Kapurthala. Pancho había hecho un reconocimiento del barrio y hablaba de ello con los ojos llenos de éxtasis y palabras más evocadoras que las imágenes de «Los Misterios de New York».

-Tu verás, cuando ya uses pantalones largos...!

Maldecía la ceguedad de mi madre que no divisaba que su hijo no era mas un nene sino un hombre con fuertes y peludos muslos! En fin la metamorfosis está decidida, cambio de piel y paso a la categoría de adulto; tengo mi pantalón largo. Esa noche, Pancho y Jit llegan a casa después de sus clases. Por tanto, para darse valor, empezamos a dar seriamente cuenta de la bodega paternal, y en forma, atacamos.

Los que no han conocido el París de los años veinte no saben lo que es una «boite de nuit». Todas las noches, la gente madrugadora se reúne, bajo el pretexto de oír el jazz americano y las orquestas de tangos argentinos, que los grandes nigh-clubes como el Florence, Le Zellis, El Garron, El Palermo, Le Perroquet, contrataron a precio de oro, o también ver los formidables bailarines negios; Les Black Birds, un pequeño mundo cosmopolita, donde dominan los Americanos del sur llega hacia media noche. Se han bebido cócteles, en la barra del Ritz, cenado en Maxim's, y ahora champan. La locura comienza entre iniciados, todos los juegos físicos y cerebrales que la juventud facilita el ocio y el dinero. «Les Boites» de la época son especies de clubes. La clientela básica es siempre la misma. Hoy en día, las boites de Montmartre están frecuentadas por una sociedad disparatada, que viene a bailar en estas necrópolis.

En 1925, hay que gastar mucho para poder participar de la fiesta. Las boites son las exclusividad de una clase rica y que se ha dedicado al placer.

Para volver a nosotros, esa noche, estamos conscientes de sufrir una iniciación. Pancho está un poco pálido, Jit sonríe con la sonrisa que los iniciados muestran a los neófitos, yo, tengo el corazón que bate, la sangre que hierve, una impaciencia deliciosa en todo el cuerpo. Recuerdo al portero, la música que llegaba en cocanadas, la luz cernida que daba misterio a los rostros. La pista estaba llena de gente que bailaba el Charleston. No había que titubear. Nos lanzamos en esta agua reflejante de todas las promesas. Más de treinta años han pasado desde esa noche, y todavía veo esos labios húmedos, abriéndose sobre dientes tan blancos, esos ojos donde se alumbraban luces, oigo sus risas que se unían al sonido estridente de las trompetas. Una mujer me pasó la mano por el cabello, baile´ un «blue» mejilla con mejilla, con un cuerpo que se abandonaba. Luego se hizo de día, la calle, la luz de la mañana: eran las siete.

Desde media noche, olvidé que yo soy un hijo sospechoso de la autoridad paternal. De golpe la angustia se apodera de mí: mi familia! Mi madre ha debido pasar la noche en lágrimas y oraciones. Mi padre, seguramente está furioso. Me detengo bastante para tocar el timbre de la puerta.

-Los señores están en la sala, me dijo ella.

-Ya! Ya se levantaron.

-No señor, no se han acostado.

Al ruido, la puerta de la sala se abre. Es mi padre. Tiene los ojos hundidos, no dice nada, sólo hace un gesto: me tiende los brazos. Corro a ellos, mis padres han pasado la noche llamando a la policía, la funeraria, por todas partes. Ellos temían lo peor, y vivieron horas penosas, mientras yo estaba en el paraíso. Así el niño que ha nacido en el dolor de la madre, no se convierte en hombre, sino cuando causa sufrimientos y tormentos a sus padres.

Yo no creo que yo sea de una naturaleza mala. Por el momento, el dolor de mi familia me conmueve, y cargo con la responsabilidad de su angustia. Para hacerme perdonar, como para excusarme a mis propios ojos, hago un cierto número de resoluciones, solemnes e implacables. Más trabajador, más sometido que yo hay que buscarlo. Ay de mí! Probé el veneno y tengo que rendirme a la evidencia: solamente quiero una cosa, es volver a empezar, siento confusión, una de las características de mi naturaleza: soy, y seré un hombre para el placer.



¿Mi padre se daría cuenta? En todo caso, forzado a asegurar una larga estadía en Inglaterra, me pone en un colegio en Calais. ¿Porqué Calais? Porque Calais está menos lejos de Londres que de París. Podrá utilizar mejor las vacaciones cortas, a mi padre o a mi madre se le facilitará venir a abrazarme en un santiamén. Por detalles semejantes es que puede uno decir, más tarde, quizás demasiado tarde, el amor atento que nos tienen nuestros padres.

El Colegio de Calais es una etapa importante en mi juventud. Es ahí donde voy a descubrir los bares, y donde voy a tener mi primera y última lucha de boxeo. Estos dos acontecimientos están ligados, puesto que es en el camino del Boxing-Club de Calais donde yo he sido atraído por un escaparate muy interesante: pequeñas variedades de vidrio grueso de color, enmaderamiento barnizado, insignias discretas «Picadilly» y, en letras verticales «Bar». Detrás de los mostradores, y detrás de fondo de botellas, una rubia, que me hizo olvidar todo, menos que era divina.

Cuatro veces a la semana mi padre obtuvo del director del colegio, Monsieur Mauvezin, el permiso para salir a tomar mi clase al club pugilístico. Me encuentra muy flaco. El hombre de guerra sigue existiendo bajo el hábito del diplomático y quiere un hijo sólido que tenga los puños rápidos. Por consiguiente, a las cinco dejo los estudios. Atravieso la ciudad. Cerca del salón, el Picadilly, apenas acaba de encender sus luces. Tengo el tiempo justo de sacrificar el punchin-ball, al shadow-boxing, a algunos rounds contra compañeros bajo la dirección del preboste. La ducha, y el cuerpo estremecido, enfilo para el Picadilly. Me convierto bien pronto en un parroquiano célebre por mi edad, mi reputación de peso pluma, mi nacionalidad dominicana y un gusto cierto por los cocktails fuertes y mucha solicitud para gustar a las damas.

Cuando regreso -la muerte en el alma- tengo los ojos brillantes y la palabra fácil. En el colegio, me beneficia un régimen de privilegio, comparto un cuarto con Pancho Morel, el cual de antemano yo había decidido debía ser mi seguidor y comíamos los dos en la mesa del director. Es aquí donde se inicia la siguiente anécdota. Una noche que estamos todos encorvados sobre nuestros potages yo empiezo:

-Señor Director, yo quisiera pedirle un favor.

El Señor Mauvezin levanta la cabeza se seca los bigotes, la señora Mauvezin y su hija me miran, Pancho mete la nariz más y más en el plato.

-Lo escucho señor Rubirosa dice el señor Mauvezin.

-Pues bien, mire...el sábado, necesitaré un permiso hasta medianoche.

-Usted si va rápido, señor Rubirosa, un permiso hasta media noche, ¿y se puede conocer el motivo?

-Sí, tengo una lucha.

-¿Una lucha?

-El Boxing-Club, organiza una reunión y me ha pedido que participe en ella.

-¿Contra quién?

-Contra un cierto...(yo finjo buscar)...un cierto Dagbert.

Silencio de muerte. Dagbert es un campeón local, muy conocido.

-Pero, dice el señor Mauvezin en un tono que no revelaba expresión alguna, es un profesional.

-Si, dije yo.

-Entonces ya usted sabe mi respuesta. Y hágame el favor de no importunarme más con este cuento.

Yo no tengo mucha experiencia, sin embargo adivino ya, que la mejor manera de volver inflexible a los hombres, es meter a sus mujeres en su juego. La mañana siguiente me encuentra junto a la señora Mauvezin, lleno de melancolía y suspiros.

-Qué pena tener que dejarla pronto. Yo me encontraba bien aquí...

-¿Y porqué nos dejaría usted?

-A causa de esta maldita lucha. Tuve la ligereza de aceptarla. Se que es error pero ya di mi palabra. No puedo faltar. El sábado saltaré el muro, el señor Mauvezin lo sabrá. No podrá hacer otra cosa que echarme.

La señora Mauvezin, como todas las mujeres, es sensible al dilema en que la fatalidad abruma a los héroes.

-Déjeme eso a mí, dice ella. El señor Mauvezin es severo pero justo...y de ninguna manera inhumano.

Naturalmente la partida está ganada. Se acuerda la autorización y el sábado, con Pancho como segundo cuidador, entro en el ring que se levanta en el centro del cine. La sala está repleta. Hay las notabilidades de la ciudad,

todos los externos del colegio, los parroquianos del bar Picvadilly, muy expansivos y la masa de la gente del puerto que tienen pasión por el boxeo. La lucha está anunciada como una gran lucha internacional. Yo tengo fe absoluta en mí. Me fijo en Dagbert. Es un rubio pequeño, con cara abollada y nariz rota, un verdadero hombre de experiencia en los rings. Últimas recomendaciones: protege dientes, ong. Empezamos, tengo en los oídos los consejos del profesor:

-Boxeo a distancia, en estilo, paséate, niega la lucha, aléjate del izquierdazo y sobre sus entradas, le respondes con un gancho de derecha y entonces cortas, comprendido?». El primer minuto pasa bien. Lo esquivo, corto. En primera fila, gente aprecia!

-Esto sí que es boxeo, va bien este muchachito.

Entonces, se ensancha mi orgullo, ya no conozco más mis límites. Me abalanzo, ataco, golpeo en serie, bajo todos los ángulos, en forma de molino de viento, frenético, fuera de mí, y soy yo quien recibo el golpe, un directo muy seco en la manzana de Adán. De golpe no recibo más aire, Me ahogo, el gong me salva. Pero al final del tiempo de descanso yo no me recupero. A pesar de los clamores, abandono la lucha. Las sorpresas del Picadilly son menos peligrosas.

Una de ellas, no obstante va a arruinar mi crédito moral cerca del señor del señor y la señora Mauvezin. Después de esta noche desgraciada, salgo siempre a mi clase de boxeo, pero la paso en este bar con Pancho. Una noche, en momentos de regresar al colegio, cuando el principal y su mujer se sientan a cenar, a eso de las ocho, imposible de moverme. El whisky ha tumbado como lo hizo Dagbert. Me alargo bien que mal sobre un banco, en un privado desierto.

-Regresa Pancho, le dije yo. Cuéntale a la señora Sra. Mauvezin que me sentí cansado, y preferí acostarme sin cenar.

Yo espero que la estratagema me dará el tiempo de recuperar mi equilibrio y de regresar. Pero no medí la naturaleza excelente de la Mauvezin. Pancho no ha terminado su cuentazo, y ella explota:

-Enfermo! ¿Y no me decía nada? Habrá que llamar al médico ¿No querrá una tisana, un caldo?

-No, se lo aseguro, farfulla Pancho.

-No, no, es todo lo que usted sabe decir.

Ella se lanzó, imposible de alcanzarla. Flanqueada de su hijo, ella corre

hacia el cuarto para encontrarse naturalmente con la cama vacía. ¿Qué pasa? Pancho confiesa, estoy enfermo, pero no en mi cuarto.

-¿Y donde, en la vía pública?

-No, en el bar Picadilly.

Dulce señor Jesús! La reputación del bar Picadilly es tal que la señora Mauvezin desfallece. El «Surveillant» general ha sido alertado. Con chaqueta y sombrero «melón» hacen irrupción en el bar, en medio de las risas y las chanzas de los clientes. Mi estado no ha hecho más que empeorarse. Ronco medio inconciente. Hay que asegurar un carro para llevarme al colegio.

El resultado fue que me quemaron en el bachillerato y que perdí todo el poder sobre la mujer del Director.

## IV

### Peregrinaje a las Fuentes

Para el pequeño grupo de personas que yo frecuento, la Francia del 1928 tiene dos capitales: París y Biarritz. Desde julio, es el éxodo en masa hacia el país vasco. Toda la aristocracia del placer se reúne. Los latino-americanos dominan: son entonces la gente más alegre y los más «ricos» del mundo. La excentricidad es cotidiana. Cada día no puede ser más que el día más divertido del año. Uno se encuentra en el Bar Basque, el Perroquet en la Réserve de Ciboure. Todas las noches, de smoking es la fiesta, entrecortada de calaveradas fantásticas en carros deportivos americanos. Cuando recuerdo este período de mi vida, las imágenes que me vienen a la mente, son imágenes de mar brillante bajo el sol, bólidos que atraviesan pueblecillos cuyas fachadas blancas están cortadas de vigas bermellón, «té danzantes» con señoras que tratan de asemejarse a muchachos, competencias de todas clases que hacen subir los precios más escabrosos. Todo es pretexto de reto: el baño, el alcohol, la velocidad, el amor.

Naturalmente, cuando volvemos a encontrar a París, lo que queremos es prolongar al atmósfera un poco loca de esas vacaciones. Esto me es tanto más fácil después que mi padre volvió a recuperar de Santo Domingo su misión Británica. Desde el 1922, los militares americanos han evacuado la isla, de acuerdo a un plan que había sido establecido por Francisco J. Peynado, aprobado por los líderes políticos: el general Horacio Vázquez, Federico Velázquez y Elías Brache. Ay! sólo el ocupante había logrado cimentar esa «unión sagrada». Desde la independencia completamente restaurada en 1924 y Las luchas habían vuelto a empezar como antes. El tumulto y la confusión, las querellas entre personas y la división crónica, habían vuelto a ser las características esenciales de la vida dominicana.

De este modo contra Peynado, patrocinado por el Partido Liberal y la Coalición Patriótica de Ciudadanos», Vázquez fue elegido Presidente de la República gracias al acuerdo que su partido había hecho con la Alianza Nacional Progresista, de Velázquez. Pero bien entendido, esta armonía no pudo resistir al ejercicio del poder. Los Nacionalistas Progresistas, sobre una vaga cuestión constitucional, habían vuelto a la oposición y la anarquía recomenzó en sus buenas.

Nuevas elecciones debían tener lugar en 1930. Mi padre había medido la importancia y fue para prepararlas por lo que ingresó al país.

Estoy, pues, solo en París, bajo el pseudo control de un tutor que es la amabilidad personificada, pero eso no arregla nada. Yo no abro más que los libros que me agradan y éstos son poco numerosos. La única geografía que me interesa es la geografía del París nocturno.

Es por lo cual un día de julio de 1928, busco en vano mi nombre en la lista donde están los resultados del bachillerato. Cuando conoce de este tercer fracaso, del otro lado del Atlántico, el general Rubirosa entra en una santa cólera. Un telegrama llega a la mañana siguiente: «Ve a Burdeos. Reservación el 10 en el «Carimare\*».

Fue la ruptura brutal con lo que llamo en esa época: la vida. Pero por más extraño que parezca, la sufro sin amargura y hasta con cierta alegría. Yo no era mas que un niño cuando deje mi país natal, pero los recuerdos de infancia, sobre todo cuando son mantenidos por los cuentos de los padres, encierran una fuerza extraordinaria.

Con frecuencia, en mis regresos tardíos, mientras me fumaba el último cigarrillo de un condenado al placer, viendo levantarse el día gris y azul sobre París, yo soñaba con mis bosques nativos, a los caballos galopando en las playas bordeada de coteros, al calor, a la música de ella, a todo este exotismo maravilloso que ninguna locura de las noches de Europa era capaz de remplazar.

Subiendo a bordo del «Carimare», estoy con el gozo del regreso a la tierra natal. Las reprimendas que debiera aguantar no llegan a embotar mi impaciencia. La última noche, la pasé en descubierta para ver nacer la estera blanca de los corales y la costa de la isla, frágil como una bruma. Por otra parte, todo se ha conjugado para no reducir la alegría del retorno. No desembarcamos en el puerto de Santo Domingo sino a la extremidad norte de la isla. Para llegar a la casa de la capital donde me esperaba mi familia tuve que atravesar en carro todas las prov. del Cibao. Qué peregrinaje! Tenía la impresión de vivir una película de aventuras. En esa época las carreteras no están asfaltadas. El automóvil se sacude sobre pistas amarillas y hace levantar detrás de él, penachos de polvo. Entre los boscajes se aciertan a ver humildes casas de campesinos de donde salen grupos de niños. Ver pasar un automóvil es un

---

\*Falso. La familia abandonó a Rubi a su suerte en París. Regresó de polizonte en un barco.

espectáculo excepcional. Lanzan gritos alegres y agitan sus sombreros de paja. Se necesitan diez horas para hacer 200 km. pero son diez horas de encantamiento.

A la llegada, mi padre está tan contento de volver a verme que se olvida de ser severo:

-Hice mal en dejarte solo en París, dice él simplemente. Yo te hacía un hombre: tú no eras todavía sino un pilluelo. Pero ahora hay que absolutamente darte una doble ración de estudios. Vendrá un preceptor a la casa que te hará trabajar y, además, he pedido al prometido de tu hermana, que es abogado, que te dé clases de derecho\*.

Estudiar varias horas al día bajo la vigilancia de personas que ya habían sido advertidas de mi indolencia y de mi fantasía, era un programa para estre-mecerse. Sin embargo yo no demuestro mi confusión, y esto, tanto más cuando estoy sensible a un nuevo clima en la casa. Mi padre, en un año, ha envejecido mucho. El, tan derecho se ha doblado. Sus mejillas se han rebajado. A la bondad de su mirada se agrega una profunda tristeza. La pregunta que me hace mi madre, me revela el drama.

-¿Cómo encuentras a tu padre?

-Parece un poco fatigado.

-Sí, dice ella, me inquieta, no está nada bien.

A pesar de todo, estos primeros meses de reconocimientos no dejan de ser alegres. Yo regreso de París. Beneficiado de todos los prestigios que confiere una adolescencia pasada en la ciudad mas libre del mundo: Tengo tanto que contar que todos me buscan. Envidian mi libertad de comportamiento, de propósito. Y yo, después de la existencia fácil que conocí, encuentro cierto gusto mordaz a escandalizar un poco esta sociedad cerrada.

Irse de Francia para ir a Santo Domingo, es hacer un viaje en el tiempo. Aquí, la reacción entre los seres, datan del principio del siglo diez y nueve! No es cuestión de invitar a una joven para ir al cine, imposible de pasearse solo con ella. Si a uno le gusta una joven, nada más puede ser para hacerla su mujer. En este caso, sólo hay una manera de operar: ir donde los padres y hacerles participes de los sentimientos de ternura que su joven hija ha hecho

---

\*Falso. Don Pedro carecía de recursos para pagar un «preceptor». El prometido de su hermana, abogado, Gilberto Sánchez Lustrino sí lo auxilió en sus estudios.

nacer en uno, y, respetuosamente se le pide la autorización para cortejarla. De un tono acompasado los padres le hacen entonces a usted cierto número de preguntas en términos tales, que les harán decidir si usted es un excelente muchacho, y si usted podrá venir, dos horas al día, y conversar con el objeto de su pasión. No obstante esta conversación no puede desarrollarse sin testigos, y es generalmente la abuela de la joven (o a falta de ésta, alguna tía) quien está encargada de vigilar la cita. Ella se queda a tres metros, a veces ocupándose, o haciendo creer ocuparse, de algún trabajo de crochet y, de tiempo en tiempo, fijar su mirada sobre la pareja, con los ojos sospechosos, que es suficiente para helar al más elocuente de los galanes.

Naturalmente, son convencionalismos que me parecen aún más ridículos puesto que vengo de la hoguera parisina. Ocurrirá una historia que es bien reveladora, a la vez de las costumbres de estos tiempos, y de mi estado de ánimo.

Todos los días, hacia el mediodía, tengo la costumbre, de reunirme con un grupo de amigos que hice. Al llegar, charlataneando, hablando muy alto, y haciendo muchos gestos, no paramos de acompañarnos el uno con el otro. Vamos a la playa, nos paseamos en las aceras del parque Colón, a lo largo de la calle principal que se llama la calle El Conde. Ahí se forma una encrucijada donde nos reunimos con gusto: la Esquina. Es un sitio por donde nos pasan todas las muchachas que regresan de los colegios. Ellas caminan por pequeños grupos, agarradas del brazo señalándonos con disimulo bajo sus pestañas bajas. Y nosotros, cuando ellas se acercan a nuestro lado, nos abismamos en piropos a la española, que son la moda de este país.

-Maravillosa! Divina!..Iré esta noche a cantarle bajo su ventana, el amor que me quema..usted tiene unos ojos admirables. El hombre que pueda quitarle su traje será un rey...etc...etc...

La regla de este intermedio es que si las palabras pueden atestiguar cierta audacia, ningún gesto debe nunca acompañarlas...

Un día estamos pues en eso, con los piropos hiperbólicos a boca llena. Llega un grupo de jovencitas. Una de ellas lleva una «cartera». Yo avanzo. Hago una especie de reverencia cómica y le digo con una voz trémula:

-Yo quiero besar ahí donde tú camines.

Habitualmente, las jóvenes son de mármol. Tienen por cierto las orejas bien abiertas y las miradas en acecho, pero ellas se cuidan de hacer crecer la sordera y



a quedarse mudas. Ahora bien, una media sonrisa se esboza de los labios de ésta. Me enciendo inmediatamente. Cojo la cartera. Luego el brazo.

Al instante, ella brinca como si fuego la quemara. Da un salto hacia atrás. A algunos metros había un café que se llamada el 22-22. En la puerta del café está un señor. Coincidencia, azar. Es el tío de la doncella. Es un hombre que tiene la reputación en Santo Domingo de alborotoso y tosco. La pequeña se precipita hacia él:

-Tío, tío grita ella, hay ahí un muchacho...

-¿Y qué?

-Me puso la mano...

-La mano...ruge el hombre furioso. ¿Cuál?

Sin oír la respuesta él avanzó hacia el grupo que formamos, y escoge al más bajito al más débil de entre nosotros:

-Eres tú, morbosos que te has atrevido a ponerle la mano a mi sobrina? Basurita! Gigolo!

Nuestro compañero se pone pálido. Recula un paso. Yo, avanzo otro.

-No, digo yo, soy yo. Y no puse la mano en ningún sitio.

El hombre me mira de arriba a abajo.

-Ustedes son una banda de bandiditos, grita él.

Levanta el brazo. Quiere abofetearme. Pero las clases de boxeo del señor Petit han impuestos sus reflejos. Lo esquivo, piroteo y le tiro un derechazo terrible en la barbilla. Acerté un golpe milagroso: el buen hombre, los brazos en cruz, la boca abierta, atraviesa toda la calle reculando y va a caer sobre la otra acera, aporreado. Entretanto, por uno o dos minutos atontado, él bufa. Hay que levantarlo, llevarlo hasta el restaurante, e instalarlo sobre una mesa. Lo rocían. Tiene un agrupamiento cada vez mayor. Cada uno cuenta el lío. Los compinches se adjudican la gloria de este directo. Yo, yo me pavoneo.

-No debió hacer eso, me dice un oficial. Va a vérselas con historias feas. Yo me hago el tunante.

-¿Qué historias? Si él quiere que continúe la lección estoy a su disposición. Justamente ahí vuelve para la lección.

-Joven dice él, usted me ha escarnecido traidoramente. Eso no se va a quedar así. Yo he de encontrarlo otra vez.

-Cuando guste.

Desaparece. Nosotros, nos encaminamos al parque Colón. Los comentarios sobre ese golpe magistral continúan. Se recuerda nada menos que a Dempsey y Carpentier. Pasa una media hora. De repente, aparece el tío por el extremo de la calle. El espectáculo es muy sabroso. Pero su rostro está pálido, menos su mejilla derecha que está roja y grande como una manzana de California.

-Señor, me dice él, vamos ahora mismo a borrar esta afrenta.

-Si usted quiere.

Yo reculo me pongo en guardia.

-No. Así no, dice él. Quiero un duelo en serio. ¿Está usted armado?

-No

-Yo lo estoy.

Abre su chaqueta y percibo pasado en su cinturón, una enorme cuchilla, así como esas que tienen los carniceros.

Venga conmigo, prosigue él. Vamos a buscar un cuchillo de este tamaño, y vamos a terminar esto lo más rápidamente posible.

Yo no me siento tan ufano. Yo nunca he peleado con cuchillo. Pero en fin, es imposible rehusar.

-Espérenme, le digo a mis amigotes. Yo vuelvo.

Heme aquí, siguiendo al tío. Vamos a una de esas tiendas típicas

que se llaman pulpería en Santo Domingo, y donde se vendía de todo: arroz, habichuelas, clavos, camisas, linternas...

El hombre saca su cuchillo.

-Yo quisiera uno exactamente como éste.

No hay. Salimos. Buscamos otra tienda. Es la una de la tarde. Las calles empiezan a vaciarse. Es la hora del almuerzo y de la siesta tradicional. Vamos a otra tienda. En ningún sitio encontramos un cuchillo similar. Y el hombre insiste. Las calles están de más en más desiertas. La hinchazón aumenta a medida que pasa el tiempo, y le cierra casi completamente el ojo, Todavía no hay nada del cuchillo. Al final sin embargo, él modifica sus proyectos.

-Y un revolver? Tiene usted un revólver?

-No.

-No importa. Tengo un amigo cerca de aquí que tiene uno y él me lo prestará. Vamos a tirar a la suerte para saber quien tirará primero sobre el otro. ¿Está bien?

-Si.

Yo digo siempre que «sí», no teniendo en mente mas que una cosa: no desinflarme. Volvemos a la casa del amigo.

-¿Pero quién es usted?, me pregunta él repentinamente -yo no le conozco a usted. ¿Es dominicano?

-Yo soy el hijo del General Rubirosa.

-¿El general Rubirosa?

El brinca como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

-Entonces, en este caso, yo no puedo batirme con usted: yo serví bajo las órdenes de su padre.

Revirada completa... Continúa por donde debió empezar a interrogarme sobre las razones de la andada, para concluir en que todas estas doncellas tienen el fuego en alguna parte y que ellas se las averiguan a las mil maravillas para poner el desorden en el seno de las mejores reuniones. En fin, se va con una mejilla, que ahora adquiere las dimensiones de un globo.

Fueron éstas épocas que hubieran podido ser encantadoras a no ser por

la decadencia de mi padre. Me levanto temprano en estas maravillosas mañanas de los Trópicos que son promesas siempre cumplidas; yo trabajo, mi ventana abierta a los jardines que bajan hacia el mar. La cocina criolla me encanta: arroz, habichuelas, pescados y carnes en salsa., donde el pimiento pone su poderoso ardor\*1. Siempre hace calor. Uno se siente cómodo en trajes blancos y ligeros. Las muchachas se ven bellas en sus trajes claros. Por la noche armados de guitarras se circula por las callejuelas oscuras; donde las pequeñas ventanas están protegidas por un encaje en hierro forjado. Se dan serenatas, se canta y se regresa ebrio de felicidad con poca cosa, el que una mano haya hecho temblar una cortina.

Desgraciadamente, todas las mañanas está el rostro de mi padre, que cada día se demacra más. Nada es más triste que la enfermedad y la vejez de un hombre que ha pedido mucho a su cuerpo, y que ha recibido también mucho. Cuando se ha sido tan fuerte, es horroroso volverse un anciano que la escalera sofoca y que tiene que pararse, en la calle, porque su corazón deja de latir. Además, mi padre atraviesa entonces una crisis política. La democracia, como la conciben los viejos partidos dominicanos, le parece nefasta y condenada. Su sustitución por un régimen de dictadura militar no le parece deseable. En estas condiciones él se separó de Velázquez y del partido progresista sin unirse sin embargo al campo de un antiguo telegrafista comandante de las fuerzas armadas convertidas en dominicanas, cuyo nombre se comienza a pronunciar con cierto temor: Rafael Leonidas Trujillo.

Por todas estas razones mi padre decide dejar la capital en 1930\*2. Como si tuviera necesidad de soledad, se aleja voluntariamente de su familia, y se instala en San Francisco, donde su suegro en un caserón de madera en medio de jardines. Yo soy el único que lo acompaño y descubro otro aspecto de Santo Domingo. Mi abuelo\*3 era un personaje extraño. Notario, abogado tuvo en 1895 una gran decepción. Gente que lo estimaba, lo habían acusado de malversaciones. Un proceso estableció su inocencia y su perfecta buena

---

\*1 Rubirosa adquirió fama de buen cocinero y mejor consumidor de platos criollos.

\*2 Don Pedro hizo esfuerzos pero no pudo insertarse en la alta política. La capital no era su mundo y, por lo demás, estaba arruinado económicamente.

\*3 Si su «abuelo» es el suegro de su papá, se trata del papá de doña Ana. De modo, pues, que no era ningún general español como dijera antes y que tuvimos a bien aclarar.

fe. Sin embargo, él no pudo soportar el haber tenido que demostrar su honradez y había hecho el juramento de ignorar desde ese día un mundo tan bajo y despreciable. En consecuencia, desde hacia treinta y cinco años, no había salido de la casa. Del día a la mañana, este caballero dominicano, muy buen tipo, poseedor de yunta de bueyes magníficas, llevando la vida mundana en su provincia, cortejado y cortesano, había cerrado su puerta y no la ha abierto mas nunca. En treinta y cinco años, no debía salir de su estudio y su biblioteca, rehusando ver a nadie que no fueran sus familiares y sus clientes. Nunca mas volvería a poner el pie en la calle, y el único paseo que hizo fue el coche mortuorio que lo llevó al cementerio.

Es en esta casa que mi padre va a vivir los últimos meses de su vida. Pasó largas horas en su cabecera. Parece que el joven ligero que era yo da lugar a otro personaje. Con una voz sin resonancia, mi padre me cuenta su juventud de aventura, el horror que entró en el desorden y la guerra civil, la angustia que el experimenta por el porvenir de su patria. El sigue con mucha atención la evolución de la política. Estamos al principio del 1930 y la situación es la siguiente: El presidente de la República es siempre el viejo general Vázquez. Pero luego de la defección del Partido Progresista su poder está más y mas amenazado. Comienzos de febrero la oposición crece y se traduce a fines del mes por una insurrección que estalla en la ciudad de Santiago de los Caballeros. A la cabeza de esta insurrección, un civil, Rafael Estrella Ureña, jefe del partido republicano, un militar: el general Desiderio Arias, jefe del Partido Liberal. El 22 de febrero los rebeldes toman dos puestos militares y comienzan una marcha, hacia la capital. El «Listín Diario» que es el gran periódico dominicano, cuenta: «las tropas sediciosas lanzan vivas al general Trujillo». Y veo de nuevo a mi padre subrayando esta frase con su gran dedo enflaquecido diciéndome:

-Porfirio, he aquí el alma del complot. Los generales Arias y Estrella no son mas que sus comparsas. El que juega, en la sombra, el que tira de la cuerda, el que tiene todos los triunfos en la mano, es Trujillo. Hace ya algún tiempo, me convocó a una cita secreta. Me indicó un sitio desierto en pleno campo. Yo debía ir por un camino que había sido fijado. El llegaría al sitio por otra ruta. A la hora fijada, nuestros dos carros se encontraron. Trujillo hizo que se subiera en el suyo, y, por dos horas desarrolló un plan para tomar el poder, bastante ingenioso. Este plan consistía esencialmente en fomentar un golpe de fuerza en una provincia lejana, con

el apoyo de algunos militares, y de un general disidente. Acertado este golpe de fuerza, una columna marcharía hacia la capital. En esos momentos el Presidente de la República, Vázquez, daría la orden a su ejército de marcharle a los rebeldes y aniquilarlos. Lo haría sin ninguna especie de angustia, considerando los informes de las fuerzas presentes, el ejército nacional, siendo cien veces mas poderoso y cien veces mejor armados que las bandas de rebeldes. Solamente, y es aquí, que te ruego me brindes tu atención, el Presidente Vázquez daría esta orden a Trujillo. Y Trujillo estando de acuerdo con el complot, habiéndolo agenciado él mismo, habiendo fijado las etapas de su progreso, hará de manera que los rebeldes, no habiéndolos hecho presos el ejército nacional, pudieran llegar hasta la capital. El presidente de la República no tendría otro camino que dimitir. Nuevas elecciones tendrían lugar en que se vería evidentemente el triunfo del jefe aparente de la insurrección. Y en este momento de su discurso, Trujillo me dijo.

-Rubirosa, usted acaba de pasar doce años en Europa. Usted ha establecido relaciones de las cuales solamente beneficios puede adquirir nuestro país. ¿Quiere usted ser el jefe de este movimiento insurreccional? Le respondí al instante: «General no manche su uniforme». Pero ya has visto mi desertión no le ha impedido llevar a cabo su proyecto. Y no veo bien lo que pudiera impedirlo. Desde 1928, Trujillo es el jefe del ejército. En 1927 el Presidente Vázquez lo ha hecho general del ejército nacional. Desde hace tres años, él ha trabajado profundamente. Los soldados y oficiales no habían recibido nunca tantos favores desde que están dirigidos por Trujillo. Tampoco, nunca han sido tan devotos a un hombre. Además, dos intelectuales de gran valor tienen el rejuego en los corredores. El uno se llama Rafael Vidal. El otro Roberto Despradel. El desafortunado Vázquez, no se da cuenta que en lo sucesivo está preso en las tenazas. Yo creo que asistimos actualmente a días históricos de donde va a depender el futuro de la República Dominicana por lo menos por veinte años.

Mi padre fue un buen profeta, puesto que la dictadura de Rafael Leonidas Trujillo, iba a durar treinta años.

## VI

Es en el otoño de 1932, en el Country Club, cuando me encuentro con Trujillo por primera vez\*. de él, yo no sé más que lo que mi padre me contó unas semanas antes de morir, y lo que se cuchichea en los salones de la alta sociedad, donde el miedo se ha instalado: el general es un tigre, más cruel que los otros tigres que se hayan conocido en Santo Domingo hasta entonces.

Este tigre es por otra parte más astuto que un zorro. La comedia que había montado para apoderarse del poder se desarrolló tal como la había planeado, sin tropiezo y sin bravura. Aparentemente, cumpliendo las órdenes del Presidente Vázquez despachó una columna para combatir los «insurgentes», haciéndola luego, retornar a la capital sin interceptarlos. Poco después Vázquez se refugia en la legación de Francia y renuncia a la Presidencia.

Dentro de una gran confusión los dirigentes políticos se aprestaron para la campaña electoral que debía elegir el nuevo Presidente de la República. Para ellos ésta sería una campaña electoral a la usanza dominicana, con sus negociaciones en que cada líder esperaba sacar mejor partido, sin darse cuenta de que cometían un error craso: se olvidaban de Trujillo.

Este intervino en efecto, con una violencia y una eficacia desconocidas. Había formado equipos «especiales» agrupados en una banda que llaman la «42». Comandada por un oficial nombrado Miguel Angel Paulino, la 42 «se ocupaba» sistemáticamente de las personalidades que se sabían hostiles a Trujillo. La técnica de esta intimidación racional era bien simple. El «Listín Diario» del 5 de abril de abril de 1930 lo atestigua, cuando relata uno de los atropellos de la 42, bajo el título que sigue «Tentativa de asesinato contra el comité de la Alianza Progresista».

---

\*Falso. El otoño se inicia en septiembre y termina en noviembre. Seguramente conoció a Trujillo antes de mayo de ese año, porque Trujillo fue quien lo enganchó al ejército. Y en mayo tuvo un accidente automovilístico y en la noticia publicada en el Listín Diario se le identifica como segundo teniente.

Los dirigentes de este partido, regresaban de una campaña electoral en el norte del país. En la carretera que ya de Santiago a Moca, su carro fue detenido. Hombres enmascarados salen de la maleza. Atacaron a golpe de pistola a los señores Alfonseca, Ricart, Lluberés, Morales y Moya. Hay heridos.

Por otra parte se hacen mítines donde se hacen mítines donde se tiran explosivos; las casas y los comercios de los oponentes son saqueados.

Presiones, amenazas, repartos se sucedían de tal manera que el 14 de mayo, en vísperas de elecciones, la Alianza Nacional Progresista que había tratado de oponerse a la salida del general, anuncia que se retira, y que no tendrá candidato. No hay más que un candidato a la cabeza: Trujillo, que gana con 223.731 votos contra 1.883. Hay que señalar, sin embargo que 190.000 electores se quedan en casa!

Tal fue a grandes rasgos el mecanismo de la toma del poder de Trujillo. Al principio, a pesar de su buen éxito, los salones se contentaban con burlarlo. El era de pequeña extracción. Pero, por cierto, él dejaba que se dijera «por todas partes que su familia descendía de un militar español y de un marqués francés. Hacía agregar, por cortesanos de plumas, que sus antepasados «fueron conquistadores que llegaron a América llevando la capa, la espada y el penacho, una cruz en el pecho». Mas ésto sólo hacía reír a la gente que pretendían pertenecer a la verdadera aristocracia dominicana. La verdadera familia de Trujillo tenía mucho menos brillo que el que él presentaba en sus biografías electorales. Su abuelo paterno había sido oficial de la policía en La Habana. Su padre era hijo natural que se había casado con una joven modesta de San Cristóbal. Tuvieron siete hijos, Rafael Leonidas era el segundo. Sus primeros cursos terminados a los trece años, le obligó a empezar a ganar su vida como telegrafista. Casado muy temprano a los 18 años, su mujer Aminta Ledesma, le dio a Flor de Oro, su primer descendiente.

Trujillo no había salido de su condición de empleado del telégrafo sino para engancharse en la policía supletoria que la ocupación americana en la isla había organizado en 1918. En esta época le habían dado el grado de «segundo teniente provisional» y fue enviado a la provincia oriental para cazar a los «Gavilleros», es decir a los resistentes, a los alzados.

Todos estos detalles divertían enormemente a los grandes burgueses dominicanos que nada les gustaba más que rebajar a los que detestaban. Era



olvidar un poco con ligereza el resultado de la vida de Trujillo. Los americanos habían apreciado su inteligencia, su resistencia al cansancio, su valentía, su poder de trabajo, su lucidez que no se contradecía nunca, y también una ausencia total de escrúpulos en cuanto a los medios a utilizar para obtener el resultado deseado. Al final de sus luchas con los alzados el reporte del Inspector del Distrito lleva estas frases: «Entre los oficiales de actividad uno de los mejores es Rafael Leonidas Trujillo. Antes y durante la batalla de la Noria (Enero 1921) su comportamiento ha sido en todo sentido excelente».

Regresa la expedición, Trujillo aprovechó de sus excelentes apreciaciones para solicitar un puesto en la Escuela de Oficiales de Haina. Salió en diciembre de 1921. Diez meses más tarde fue nombrado capitán. Era el comienzo de una guerra donde la habilidad, la inteligencia, la ambición y el trabajo, iban a unirse de una manera asombrosa: comandante en 1924, teniente coronel del Estado Mayor, a finales de ese mismo año le hicieron coronel en jefe de la Policía Nacional Dominicana, la P.N.D, nombre del Ejército en junio de 1925. Nombrado especialmente por el presidente Horacio Vázquez, él lo traicionaría como se sabe.

Las historias que más encantaban a la sociedad de Santo Domingo eran las que revelaban la extraordinaria duplicidad de Trujillo. Al mismo tiempo de la susodicha marcha de los pseudo insurgentes de Santiago para la Capital, Vázquez había venido a encontrarse con Trujillo, hecho general en jefe del Ejército Dominicano en la Fortaleza, que el había ocupado.

-¿Qué piensas hacer, Trujillo? le preguntó Vázquez.

-Dar la cara como siempre señor Presidente.

-Me gustaría que la columna de operaciones que vas a mandar contra esos perros sean comandadas por el coronel Alfonseca. Es el más atrevido.

-Estoy completamente con usted señor presidente. Puede recostarse en mí. Se hará según sus deseos para salvaguardia de la Patria.

La columna parte. Sin embargo a su cabeza no es el coronel Alfonseca quien se encuentra, sino el coronel Simón Díaz, el amigo de Arias que comandaba a los rebeldes. El Presidente Vázquez, enloquecido, corre de nuevo a la Fortaleza. Se extraña.

-Yo soy su hijo, dice Trujillo. Si finalmente escogí a Díaz es que tenía mis razones. Pero no tema. Tenemos la situación en la mano. Sin embargo, le aconsejo no se vaya de la Fortaleza.

-Entonces estaré prisionero! grita el Presidente Vázquez.

-Prisionero! protesta Trujillo, los ojos al cielo. Decididamente usted me está apenando. ¿Es que un hijo puede levantar la mano sobre su padre? No, Presidente, yo pienso únicamente en su seguridad.

Pasan varias horas. Simón Díaz se dedicó a pasear por el campo a su columna, teniendo bien cuidado de no encontrarse nunca con los rebeldes. Trujillo va a ver a Vázquez:

-Estamos derrotados por los revolucionarios. Hay que rendirse.

-Pero es imposible, vocífera Vázquez. ¿Con el ejército que usted tiene. El material que usted tiene, acaso tiraron ustedes?

Entonces Trujillo dice esa magnífica palabra que hacía desfallecer a las viudas pensionadas:

-Señor presidente de la República, un ejército republicano no puede tirar sobre el pueblo.

He aquí lo que sé del personaje cuando una noche entramos en uno de los sitios de reunión de lo más selectos de la Capital, el Country Club. Estoy con algunos amigos, Servio Polanco, Julio Ricart, Federico Peynado, Cuchín Cobián. Nos acomodamos en un rincón del salón y empezamos a beber. Al otro extremo hay una gran mesa rodeada de oficiales y los ministros en civil. Un hombre los domina por su rostro enérgico, su mirada severa y negra, no sé qué algo de brutal y disimulado que se desprende de su persona ajustado en un uniforme impecable: es Trujillo.

No hace más que un cuarto de hora que estamos allí, cuando un civil del séquito, Amable Nadal, se acerca y me insinúa en el oído:

-El Presidente quiere verlo.

Me levanto halagado. Me acerco, él también se levanta, la mano, extendida. Estoy estupefacto del cambio que se produjo en él: su expresión severa ha desaparecido- Parece bien contento de encontrarse con el hijo de su viejo amigo.

-Con que usted es el hijo de don Pedro, me dice él. Siéntese ahí, a mi derecha. Usted sabía que tuve mucha pena por la muerte de su padre. Hombrés como él son los que nos hacen falta hoy. ¿Qué hace usted ahora?

-Estudio derecho.

-¿Y le gusta? Estos estudiantes, siempre con la nariz en los libros, un muchacho como usted bien tallado y que me tiene el aire de no tener frío en los ojos?

-Decirle que me gusta, señor Presidente, no...pero es lo que mi padre quería que hiciese.

-Porque él no pudo asistir a la formidable revolución que estamos emprendiendo en el país. Trabajo para todos. La lucha contra la miseria, la ignorancia. Poner a valer nuestra patria. ¿Es que eso no vale todos los estudios de derecho del mundo? Si no avanzamos más pronto, por lo demás, es porque muchachos como usted no participan en este esfuerzo gigantesco. ¿No le agradaría participar como oficial?

-Sí.

-Estupendo! Venga a verme mañana a las diez, en el Palacio, vamos a arreglar eso.

Se ríe. Se levanta.

-Señores, les dice a sus oficiales, es hora. -Me da la mano. Me da hasta un golpecito familiar en la espalda y, mostrando las botellas de Carlos y Champán que queda en la mesa:

-Siéntese aquí con sus amigos. Esta noche ustedes son los invitados del Presidente.

Quizás me juzguen severamente, pero a los veinte y dos años esto es una ganga. Toda la noche festejamos y a las diez de la mañana siguiente tengo la cabeza pesada y los ojos hinchados cuando me presento a la Presidencia. El Presidente trabaja ya desde las tres. Es una de sus principales virtudes: este diablo de hombre que tiene entonces cuarenta años justos, puede pasar la noche bebiendo y bailando, y después de dos horas de sueño, está en su escritorio, afeitado, nítido, la tez clara, la mirada implacable, dando vueltas para ver si hasta el último copista y el humilde estenógrafo están en sus puestos. Yo lo he visto más tarde en rondas que hacía a caballo en el interior del país, presidir una gran cena después de doce horas de montura a través de los campos. Todos los oficiales de su guardia se caían del sueño, pero él iniciaba el baile, se retardaba si había alguna dama que le conviniera. Entonces aprovechaba de la hospitalidad que pudiera ofrecerle, y la diana lo encontraba, el primero que se levantaba amonestando a los remolones.

Ese preciso día está de excelente humor.

-Bien, Rubirosa, ¿se divirtió mucho anoche?

-Gracias a usted señor Presidente.

-Muy bien- y ahora pasemos a las cosas serias. Le voy a hacer teniente de mi Estado Mayor.

Le toca a un oficial.

-El jefe de la Intendencia inmediatamente a mi oficina.

Llega el jefe de la Intendencia: es un coronel.

-Acabo de nombrar al señor Rubirosa teniente, quiero verlo cuanto antes en uniforme.

-Bien mi general.

-Llévelo donde mi sastre personal, donde mi zapatero, a la armería. Est anoche entrará al centro de Enseñanza Militar. Le hago responsable personalmente de los incidentes que puedan producirse en la ejecución de este programa. Puede disponer.

Salimos. Y he aquí como llegué a ser el edecán del que llamarían muy pronto el «benefactor».

Yo era bastante vanidoso en esa época para creer que se debía a mi persona y a los méritos de mi familia el haber sido distinguido por el General Trujillo. Pero no era bastante ciego para darme cuenta bien pronto de las razones que habían dictado este nombramiento ultra-rápido.

## VII

La victoria política de Trujillo era debida al ejército por una parte, y por otra, a las clases más miserables del país a las cuales había tocado el fondo de la angustia, la anarquía permanente. Pero las clases medias y sobretudo lo que se llamaba entonces la Sociedad, habían visto con muy mal ojo la llegada al poder de este personaje autoritario. Resultó desde el primer mes de su poder, una hostilidad que, si ella no se atrevía a declararse abiertamente, se traducía por pequeñas vejaciones como sabe muy bien el mundo destilar. Ellas se dirigían menos a él que a sus allegados, a sus ministros y aún más, a sus oficiales. Es por lo cual él había resuelto hacer participar la juventud dorada de la isla, en la reforma de su ejército. Yo me le aparecí como el muchacho bien señalado para esta operación: por el prestigio de mi padre y por aceptación que mi educación parisina me había valido cerca de los jóvenes de mi generación.

Esta protección sólo me permitió conocer los buenos lados de la vida militar, y probar las satisfacciones deportivas, yo que detesté la disciplina.

La vida física llena nuestras jornadas: gimnasia, deportes diversos, manejo de armas, ejercicios de tiro, equitación. Para un muchacho como yo, es el paraíso. A las cinco y media me levanto, a las seis de la tarde, estoy libre, y autorizado, menos los días de servicio, para dormir en la ciudad, y no en las tiendas que nos son adjudicadas. Tal como Trujillo se lo imaginó, muchos «jóvenes leones» de la alta burguesía dominicana me siguieron. Somos una banda de compinche turbulentos, que pasan divirtiéndose mucho, terrenos de entrenamiento en los bares de la ciudad. El uniforme, mal visto, gusta ahora a las muchachas. Tengo algunas aventuras, rodeadas del misterio y de las precauciones de uso. Pues, no lo olvido! En Santo Domingo la sociedad se semeja más a la del siglo XVIII que a la del siglo XX. Si un esposo, la noche de sus bodas, descubre que la joven esposa no es virgen, está perfectamente admitido que la pueda devolver a su padre, y botarla en el salón donde él pidió su mano diciendo:

-Yo le pedí una señorita no una mujer de malas costumbres.

Desde entonces las aventuras sentimentales están llenas de dificulta-

des. Se necesita la complicidad de criadas, de choferes, la posibilidad de preservarse un sitio aislado para encontrarse; sobretudo la jovencita debe ser audaz y que a última hora los escrúpulos de orden religioso, y que la obsesión de un futuro marido, descubriendo su falta no la venga a frenar. Pero en fin, no hay caza, por más bien cuidado que esté, que no se pueda cazar en terreno vedado. Yo guardo de este período de aprendizaje militar, el recuerdo de los días alegres, vivos, llenos de un gran gasto físico, de camaradería y de aventuras, donde uno arriesgaba mucho para sólo obtener a veces la promesa de una mirada bajo las pestañas bajas.

Un día, me mandan al puesto del campamento: mi orden de cambio ha llegado. El general ha juzgado que mis «clases» habían durado suficientemente. Soy promovido a la dignidad de edecán, lo que significa que yo seré uno de los de su guardia. Debo vivir en un cuartel contiguo a la Presidencia, y, según el servicio acompañar al Presidente en todos sus lados. El continúa manifestándome su extraña amistad, duro con los otros, su rostro se ilumina cuando me ve. Muchas veces en la pequeña comitiva de Packards Kaki, que forma cuando él debe trasladarse, él me busca, me hace subir a su lado, en el sitio de mayor, lo que no deja de traer celos. Se hace de la vista gorda con algunas de mis tonterías, que para otros, habría significado la despedida inmediata. Yo recuerdo entre tantas otras: Una que tengo cita con varios amigos, me avisaron que estaba de servicio. Hay una gran cena. Mientras ésta duraba, en uniforme blanco yo debería estar en guardia detrás de la mesa que preside Trujillo. Eso me aburre. En esta cena, toda la alta sociedad de Santo Domingo estará presente. Aparecer ante ella en el papel de lacayo me disgusta.

-Me hubiera encantado hacerlo, dije yo al coronel Piro Estrella, jefe de los ayudantes del presidente, pero usted me avisó demasiado tarde. Mi uniforme blanco está en la lavandería.

-Averígüesela usted como pueda. Todos los ayudantes deben estar presentes.

Hoy, yo he llegado a ser un hombre juicioso y calmo, paciente e indiferente a muchas cosas. Pero en aquel tiempo, soy de naturaleza fácil y alegre mientras todo marcha bien, pero soporto mal las contrariedades, los obstáculos a mis deseos. Tengo un genio vivo, y fácilmente irritable. Así es que, a la

hora indicada, es en mi uniforme de maniobras que me presento a la sala de recepción. Todavía veo la mirada que Trujillo me dio y las cejas que se levantan en medio de la frente. Solícito hasta la manía del protocolo tal libertad lo saca de sí. Sin embargo se contiene, y en kaki claro, mientras que todos mis compañeros están de blanco, cojo mi puesto.

La cena es servida en mesitas. Yo debo, en su duración, quedar inmóvil y congelado. Pero aquí y allá mis ojos no descubren más que a otros amigos. Una deliciosa persona hacia donde iba la indignación más dulce no cesa de dirigirme a la vez miradas cómplices y una sonrisa burlona. Y, bruscamente, no aguanto más. La música toca una danza, dejo mi irrisorio puesto de guardia, doy la vuelta a la mesa presidencial y con la sensación de la mirada de acero entre los dos hombros, me acerco a esta joven señora, y la invito a sentarse conmigo en una mesita cerca del Presidente.

Las damas adoran siempre que uno se arriesgue mucho para obtener sus favores, sin duda porque aún, a sus ojos, el riesgo da a estas más aprecio del que ellas le concedieran.

Champán, por favor, le digo al mozo que revolotea con ojos aterrados.

Del otro lado de la mesa presidencial, el coronel Estrella me hacía señas desesperadas para volver a mi puesto: cuando el Presidente descubra mi audacia, el escándalo será terrible.

Cuando cobro conciencia de la enormidad de mi gesto, un camarero agregado al Presidente deja a éste, viene hacia mí y me dice al oído:

-¿Es usted el teniente Rubirosa?

-Sí.

-El Presidente me envía para decirle que puede bailar si usted lo desea.

Ante la guardia estupefacta, aproveché seguido de la autorización.

Es a algún tiempo de allí que estoy de servicio cuando el Presidente baja al puerto. La hija que él tuvo de su primer matrimonio, Flor de Oro, llega de París donde pasó varios años interna en el colegio Bouffemont. Tiene diez y siete años. Es encantadora, con ojos soñadores, y pelo de un negro de noche.

Al día siguiente estoy de servicio en el Palacio, cuando Trujillo me hace llamar: quiere presentarme a su hija.

Ella conoce a París como usted, me dice él. En fin, realmente como

usted, yo espero.

Entro en conversación con la señorita Trujillo. El Louvre, los Jardines de las tuillerías, el Sacré Coeur de donde se descubre la Ciudad Luz, el Sena, con sus visos moirré bajo los puentes de Bagatelle en la estación de las rosas: todas las vulgaridades las repasamos hasta que me despidio.

No ha sido sino una trivial entrevista, toda mundanalidades superficiales, y sin embargo el hecho que Trujillo haya pensado en presentarme a su hija, sobre la cual él vela, de costumbre con un cuidado celoso, hace alborotar al Palacio.

A poco tiempo desde entonces entró el verano con sus grandes calores y Trujillo decide retirarse a su residencia de vacaciones. Es un pueblo perdido en el Cibao. En San José de las Matas: una casa blanca al costado de una colina rodeada de pinos: un sitio encantador. Partimos todos, el cuerpo de guardia, algunos ministros, la servidumbre y naturalmente el Benefactor y su segunda mujer: Bienvenida Ricardo, y Flor de Oro.

Todo el mundo está muy alegre. Nos instalamos en las pequeñas construcciones bajas, disimuladas bajo los árboles del parque. Cada vez que paseamos en éste, vemos la casa del Presidente con su gran galería que da directamente al jardín. Por la mañana, Flor de Oro, se pasea, cuida de las flores, sueña bajo su sombrilla. Antes de los grandes calores seguimos al Presidente y su hija, a caballo. El la rodea de mucha ternura, la ayuda a subirse en la silla, se mantiene a su lado, se preocupa por su estado.

En muchas ocasiones, al azar del servicio, me he visto en presencia de Flor. más si yo estoy naturalmente galante tengo bastante prudencia para guardar mis distancias. La conversación es siempre limitada a París, a las concepciones diferentes de la vida que uno encuentra en Occidente y en las Antillas. Una noche, sin embargo, sentados sobre un murito bajo, conversamos con un poco mas de animación que no debiera mostrar un simple teniente de la guardia y la hija del Presidente de la república. Detrás de nosotros, se oye el ruido de una ventana que se cierra. Me vuelvo y descubro a Bienvenida que desaparece tras la cortina. Inmediatamente tengo una pequeña aprensión. Luego no vuelvo a pensar en ello: siempre fui de una perfecta corrección: no se me puede reprochar nada. Lo que prueba simplemente que soy todavía bien ingenuo.

Bienvenida cela a Flor de Oro: Trujillo tiene por su hija miramientos que no siempre tiene hacia ella. Nuestras conversaciones en francés, van pues a



permitirse empañar un poco la imagen que Trujillo tiene de su hija.

¿Qué le cuenta ella a su marido? Yo no debía saberlo sino más tarde. Pero a medio día explota el trueno: El coronel Piro Estrella, jefe de los ayudantes me comunica la orden que acaba de recibir de la Presidencia de la República: el teniente Porfirio Rubirosa está confinado a la Fortaleza de San Francisco de Macorís. Deberá dejar al instante la residencia veraniega, y presentarse inmediatamente y sin tardanza a su nuevo comandante.

Estoy desesperado. Esta desgracia, injusta, significa que mi carrera militar está desde este momento terminada. La cabeza baja, voy a mi cuarto donde las ventanas dan sobre un macizo de trinitarias. Preparo mi cantina, arreglo mis cosas, suspiro sobre las facilidades de la existencia que debo abandonar y sobre la dura vida que me espera. En este momento veo a un muchachito a quien nombran Vegetal, que atraviesa corriendo sobre la grama. Es un amigo, un pequeño protegido de la familia. Llega hasta la ventana:

-Teniente Rubirosa, me susurra, está usted solo?

-Sí.

Coja esto, es una carta de Flor.

Me tiende un pequeño sobre blanco. Lo abro y leo algunas líneas: «Supe que usted debía partir. Lo siento mucho. Espero volver a verlo. Estoy afligida. Estoy bien triste, pero espero que nos volvamos a encontrar pronto\*»

---

\*Falso. Rubirosa fue quien tomó la iniciativa de enviarle un mensaje a Flor de Oro explicándole lo que acontecía.

## VIII

### Mi primer matrimonio

Es en un estado depresivo, muy raro en mí, que me presento a la mañana siguiente a la fortaleza de San Francisco de Macorís. Me veo todavía vacilando para pasar el puesto de guardia y echando una mirada sombría sobre este edificio de cemento, flanqueado por torres, cubiertas de troneras, que dominaba la entrada del pueblo. La acogida del capitán confirma mis aprehensiones. Está serio, muy distante, como lo debe de estar un funcionario, cuidadoso de su carrera, que recibe a un favorito en desgracia. Tristemente, tomo posesión de mi habitación de muros desnudos y estrecha ventana. Si la puerta fuese cerrada del exterior, esta celda fuera una verdadera prisión. Me da escalofríos. Decididamente todo permite suponer que yo no terminaré Mariscal del Ejército Dominicano.

Pero yo le dije, no está en mi temperamento preocuparme por mucho tiempo. Una buena noche, una larga carrera a caballo por el campo, algunos tragos bebidos en el bar con otros jóvenes tenientes, caritas graciosas vislumbradas a través de las cortinas, después de todo, el exilio era quizás más soportable de lo que parecía.

Igualmente, hay que agregar que tengo el sentimiento de haber sido víctima de una injusticia y que esto no va sino para hacerme un modelo. Yo sé que comentarios lisongeros se cuchicheaban a mis espaldas. Que se le agregue a esta pobre historia y que se encuentre en la furia de Trujillo, razones que son falsas pero que a la vez me halagan. Tanto es así que algunos días más tarde, mi asistente toca a la puerta de mi cuarto.

—Teniente, le llaman por teléfono.

Me levanto sorprendido. ¿Quién puede perturbar el retiro de un desterrado? Es Flor. Su voz un poco ahogada me llega como la más dulce de las músicas.

—El sábado próximo dan un baile en mi honor, y yo quisiera verlo.

—¿A qué hora es ese baile?

—A las cinco. Venga. Venga, se lo ruego.

—Haré todo lo posible.

La distancia entre San Francisco de Macorís no es muy grande: y de setenta a ochenta kilómetros a penas. Pero yo soy militar. Y además: un militar vigilado. Mis hechos y gestos, mi actitud, mis desplazamientos son particularmente controlados. Para ir a Santiago, necesitaré un permiso. ¿Qué pretexto dar?

Recuerdo, muy a propósito, que existe en Santiago un especialista muy reputado de enfermedades de la garganta, el doctor Grullón. Le pido a mi capitán la autorización par ir a consultarlo.

—Escríbame una petición para el permiso, dice él. Yo la transmitiré con un aviso favorable al jefe del Departamento Norte, el coronel Pérez.

Y es así como el sábado, provisto de todos los permisos legales con sellos, visas y rúbricas, llevo a Santiago. El baile tiene lugar en el Club de la Juventud. (Sic.) Tengo el recuerdo de una casa grande de madera, de una sola planta, cuyas puertas se abren al parque. Guirnaldas en el cielo raso, canastos de flores, la orquesta, los buffets, toda la gran sociedad de pie: es el baile clásico dado en honor de la hija del Presidente de la República.

Aquí está justamente, en medio de un grupo de amigos. Ella me ve. Yo le sonrío. Ella se aparta del círculo. Yo avanzo hacia ella. Nos miramos, siempre con la misma sonrisa, y como en un sueño, en medio del silencio estupefacto del salón. La música comienza. Enlazo a Flor de Oro, y henos aquí lanzados en un baile que durará toda la noche.

Hoy en día, todo esto es de una extrema banalidad. Un joven y una joven se agradan pasan la velada bailando juntos: ¿qué puede ser más normal? Pero en esa época, bailar más de tres piezas con la misma persona en el curso de una fiesta sin ser su prometido era rebelarse a todas las buenas reglas, escandalizar a unos y trastornar profundamente las costumbres.

Por lo demás, el carnet de baile era de rigor, sobre el cual las jóvenes anotaban las piezas que les fueran pedidas.

Más de golpe todas las formas sociales se tiran. El amor está en juego y, nada más existe. Bailo, charlo, la invito al buffet, bebemos una copa de champán riéndonos, hablamos francés para escandalizar todavía más a los que nos rodean y volvemos a bailar sin separarnos un minuto.

---

(Sic) Nota del traductor: Debió haber sido el Club Santiago.

A las ocho cuando el baile termina, salimos juntos. Paseamos largamente en el parque, diciendo cosas fútiles que parecen tan graves cuando la pasión les hace eco.

Por cierto la dama de compañía de Flor no nos dejó. No nos quitaba la vista cuando descubrimos juntos los pasos del danzón, del merengue y el son. Luego, ella caminaba a nuestro lado en los pasadizos del parque. Pero nosotros estábamos tan felices y tan emocionados de serlo que la pobre dama de compañía se encontraba confusa.

Así los padres queriendo precaver el amor no hacen muchas veces más que estallarlos. Antes de haber sido sospechoso de cortejar a Flor, nunca antes había soñado en su conquista, y, si la idea me hubiera ocurrido, hubiera sido vigilado como la peste. Mientras que ahora estoy, enamorado, y Flor estaba en mi mismo estado!

Nos separamos tan persuadidos que nuestro amor irá a ser más fuerte que todos los tabús, todas las voluntades, todo el poder y la cólera del general director, que esta separación no fue desgarradora. Por mi parte, yo perdí totalmente conciencia de los riesgos que no pueden dejar de hacer de esta alocada escapatoria a Santiago. No es sino al regreso a la Fortaleza cuando me vuelve la lucidez. Una palabra escapada, la actitud del capitán sorprendido en el teléfono, me hacen volver pronto a mi estado normal. Esto se va a caldear, y todavía, ya hierva!

No se había terminado el baile cuando Trujillo fue prevenido. Cuando Flor llega a la residencia veraniega que se encuentra a una cuarentena de kilómetros de Santiago, él le pide que venga a su despacho. Pero Flor tiene en sus venas la sangre fuerte de su padre. Una voluntad de hierro y un valor indomable la guían. Ella responde al sirviente que vino a transmitirle la orden:

«No tengo nada que decirle a mi padre.

Ella sube a su habitación y se encierra con pestillo. Dos minutos más tarde Trujillo llega como un torbellino, a patadas y a botazos toca a la puerta. Está rabioso:

—Abre. No oyes que abras! perdidas!

Flor no se mueve. Ella es la única que puede enfrentársele a su padre: aunque estuviera en ese estado de demencia. Su salvación está en la solidez de los cerrojos.

Bruscamente el general para. En el fondo, la culpable no es su hija!» Es ese sobornador, ese miserable, ese Rubirosa. Se precipita hacia su despacho. ¿Cómo es que el teniente Rubirosa se encontraba en Santiago? ¿Con qué orden? ¿Qué permiso? ¿Firmado por quién? Un ciclón -y los ciclones del Caribe son reputados-; pasa por el servicio de transmisiones. La fiebre y la rabia corren a lo largo de los hilos del teléfono. Los timbres explotan, despertando a coroneles que se precipitan donde los comandantes que no tienen otro recurso que apresar a capitanes. Se encuentra al responsable: al coronel Pérez:

—Yo lo destituiré, grita Trujillo al otro extremo del hilo.

Vienen las explicaciones, bien que mal: el especialista, los dolores de garganta. Naturalmente Trujillo se da cuenta seguida de la trampa, comprende lo ridículo que es aferrarse a esa historia. Y la orden cae en seco: «A PARTIR DE ESTE DÍA, EL TENIENTE RUBIROSA NO COMPONE PARTE DEL EJÉRCITO DOMINICANO. EL DEBERÁ ENTREGAR INMEDIATAMENTE SUS EFECTOS Y SUS ARMAS, Y DEJAR SIN DEMORA LA FORTALEZA DE SAN FRANCISCO.

En media hora todo está arreglado. Mi revólver donde el armero, mi canana y cinturón donde el jaecero, mis uniformes que tanto me gustaban en la tienda de trajes. Me encuentro lamentablemente en mi ropa civil.

Un solo teniente me acompaña hasta el puesto de guardia: el teniente Amable Castillo, un amigo. Eso es todo. Se acabó. Soy un proscrito al interior de su país. Ignominiosamente acosado y desterrado del ejército. Marcado en la frente con el signo de la infamia del cual uno no se repone en las dictaduras: DISGUSTO AL DICTADOR:

¿Qué hacer? Voy primeramente donde mi abuelo materno que vive en este pueblo de San Francisco. Estoy absolutamente sin reacciones. Aplastado. Atontado. Colgándome a algunas ideas que me revolotean en la cabeza cómo un refrán: «el dueño absoluto de Santo Domingo me trató de apestado. Es pues ilusorio pensar poderse quedar más tiempo en el país. Pero irme, es perder a Flor. Y dejar a Flor, es morir. Pero quedarse es también morir. No hay solución...En todo caso, mi vida ya está fastidiada!».

Quemando cigarrillo tras cigarrillo, estoy en este punto de mis meditaciones cuando el teniente Castillo toca la puerta de la casa. Me lleva aparte.

-Rubirosa, dice él, la cosa es grave.

-Ay, ya lo sé bien, que es grave.

-Es más grave de lo que crees.

-¿Más grave de lo que yo creo? En una hora lo he perdido todo. Mi carrera, mis amigos, sin duda mi país, y ciertamente la mujer que amo. ¿Qué más podría perder?

-La vida

Y él me explica:

-El Presidente Trujillo ha llamado personalmente al Capitán Fernández por teléfono. Yo estaba en la pieza contigua. Tengo miedo que haya dado una orden caprichosa. Si quieres un consejo: vete del pueblo. Escóndete.

Mi primera reacción fue rehusar. Estoy tan asqueado que sueño con un barullo, una discusión violenta, y matar a algunos de esos cochinos antes de terminar. Pero no es más que una explosión romántica. La familia interviene. Mis tíos y mi abuelo. Se reúnen en consejo. Mi primo Oscar me da un arma bien aceiteada en su estuche. Un camino es trazado: éste lleva hasta la finca de cacao propiedad de uno de mis tíos, Pancho Ariza, a unos diez kilómetros.

Así pues encuentro asilo en un bohío de campesinos. Es un sitio aislado, de donde se puede divisar el campo a varios metros alrededor. No hay teléfono, ni correo. Durante ocho días me quedo ahí, a mirar en el vacío, y a rumiar sobre esta cascada de catástrofes.

Luego, al cabo de ocho días, empiezo a aburrirme. Es siempre uno de mis principios favoritos: me gusta arriesgarlo todo a condición de no aburrirme. Como por encanto la situación no me parece tan desesperada. Después de todo, yo no soy un don nadie, un vagamundo, sin familia, sin apoyo, que no tiene otra cosa que hacer que esconderse en una cueva si el general malo frunce el ceño. Esta huída, este retiro pobre: es darle poco crédito y confianza a Flor, a mi madre, a mis amigos. Un optimismo nuevo me invade. Salto sobre la silla del caballo. A galope entro a San Francisco.

Mi tío está enloquecido:

-Tú no tienes ni un grano de sentido común, Porfirio! ¿Acaso sabes que una hora después de tu partida «ellos vinieron? Un carro lleno de tipos vestidos de civil. Con unas caras...del género de los de la 42, ya ves.

-No importa, digo yo, ya veremos.

-El tiene razón -dice mi madre, quien llegó la víspera de la Capital-. Yo voy a ver a Trujillo. Y voy a decirle lo que pienso, y preguntarle quien se cree él que es.

No me atrevo a sugerir que puede que ese no sea un paso muy diplomático en las presentes circunstancias. De todas maneras, es preferible tener a mi madre de mi lado y no en contra. Además soy un intuitivo. Ahora yo siento que va a salir bien, que mi mala racha ha terminado y que de nuevo tengo el viento en popa.

¿La prueba? La misma noche, a la caída de la tarde, llega un muchachón. Me llaman por el teléfono público que se encuentra a la entrada principal del parque. Es un sitio desierto, con un solo farol, al final de la avenida.

—No vayas, me dice el tío. Me tiene aire de emboscada.

Me pongo la chaqueta sin entrar las mangas. De este modo puedo esconder bien el revolver que me desliza Oscar en la mano derecha. Y sigo al muchachón.

Camino por el centro del camino, todos los sentidos en acecho. Cien metros antes de llegar a la caseta del teléfono, veo una sombra inmóvil. Al primer gesto sospechoso, he aquí un señor que no va a contar como sucedieron las cosas.

Me acerco. Veinte metros más. Sólo faltan diez metros. Yo llego ya a su lado. El no se mueve. Paso, los riñones un poco crispados pues tiene de blanco toda mi espalda. Pero nada se produce. Debe ser simplemente un galán que espera a su Dulcinea. Y en la caseta del teléfono es a Flor a quien tengo en el otro lado del teléfono! Gracias a la complicidad de una telefonista sentimental de Santiago...ya que las llamadas de Flor eran controladas.

—Rubí, cuchichea ella, yo creo que las cosas se arreglan. La cólera de mi padre ha decaído. Ten confianza. Tu verás, todo va a salir bien para nosotros.

—¿Cómo te las averiguaste?

-Yo me negué a salir de mi cuarto. Me negué a comer. Cuando me enviaban a alguien como emisario yo contestaba: «dígame a mi padre que quiero casarme con el hombre que quiero, y que me casaré. Sin eso no sería digna de ser su hija». El estaba en un estado increíble. Durante ocho días, el gobierno paró de gobernar. El país estaba paralizado. Como nada se hacía sin

su orden, y él no ordenaba nada, todo estaba parado, nadie se atrevía a hablarle. El iba y venía como una bestia salvaje enjaulada. El gritaba que te mataría. «Este muchacho en quien yo tenía confianza, me traicionó». Repetía. Pero hoy bajé de mi habitación. Participé en el almuerzo. El no hizo ninguna reflexión desagradable. Ganaremos, Rubi, tu verás que ganaremos\*.

Este es también el parecer de mi madre. La mañana siguiente ella parte para la Residencia, pide una entrevista al general Presidente y ataca con fuerza sobre el tema previsto: ¿qué tara secreta ha marcado nuestra familia para que el Señor Trujillo no pueda tolerar que un Rubirosa se atreva a poner los ojos sobre su hija?

La diatriba dura un cuarto de hora. El Presidente no contesta. Brutalmente detiene a mi madre. Se levanta, da un puñetazo sobre la mesa y grita:

—Está bien. Que se casen seguida.

A la mañana siguiente un automóvil con placa oficial se para frente a la puerta de la casa de mi abuela. El coronel Medrano baja: viene a anunciarme que debo regresar inmediatamente a Santo Domingo (la Capital lleva todavía el nombre de la isla antes de llamarse más tarde Ciudad Trujillo).

Ya Flor retornó al Palacio Presidencial. Me han autorizado a verla algunas horas por la tarde, todos los días. Preparamos nuestra boda que tendrá efecto el 3 de diciembre de 1932. Es en el curso de la ceremonia que vuelvo a ver a Trujillo por primera vez. A pesar de la alegría en el ambiente, él está frío y callado.

Me casé primeramente en la Catedral de la Capital donde ofició la misa el Arzobispo Nouel. Al día siguiente se celebró la ceremonia civil en el pueblecito que queda en los bajos de la residencia de verano... Allí está todo el Cuerpo Diplomático. Mis testigos son Trujillo y el embajador americano Schoenfeld. Pasamos bajo un arco de triunfo que los campesinos han erigido. Flor luce muy linda y muy enamorada. Cuando partimos para pasar nuestra luna de miel en nuestra casa en Santo Domingo, yo siento que soy el más feliz de los hombres.

Trujillo también. Once días más tarde, el 14 de diciembre, de 1932, él fue nombrado Presidente del Club Unión, el más selecto de los Clubs donde él no había sido admitido como miembro antes de subir al poder.

---

\*Se trata de una cita exagerada. A sus 17 años Flor de Oro no podía exagerar así.

(Sic.) Nota del traductor: Debió haber sido el Club Santiago



## IX

### Yerno de Trujillo

Yo soy el yerno del Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, Honorable Presidente de la República, Benefactor de la Patria y antes de continuar a desgranar mis propios recuerdos, conviene sin duda intentar el retrato de este hombre extraordinario, que tuvo el poder un tercio de siglo y que por mucho tiempo ha dominado la vida política del Caribe.

Mientras más medito en su destino fuera de serie, más encuentro que Trujillo se parece al «doctor Jeckyll y Mr. Hyde». En él se mezclaba el verdadero hombre de estado y el sátrapa monstruoso. En los años subsiguientes a la toma de posesión es indiscutible que él traerá el orden en el país, la organización y la paz interior. A pesar de que su mayor objetivo es el poder, y su enriquecimiento personal, es el que transforma este país apenas salido del caos medieval en una nación moderna. Hace las carreteras y los puertos, creó industrias, por donde quiera encauzó el trabajo, la economía, y trató de imponer un sentimiento hasta entonces desconocido: el respeto a la cosa pública.

Esto no se hizo sin violencia, sin medidas dictatoriales que pueden parecer odiosas, aún sin acción policial y sin crimen. ¿Pero, cuál es el país que se hizo sin sufrimientos, sin lágrimas vertidas, sin lágrimas derramadas? Pues, bien, es posible que si él hubiera abandonado el poder en 1954, su nombre y su memoria no hubieran sido odiados por los Dominicanos.

Desgraciadamente, nada de eso sucedió. A medida que pasaban los años, que su poder se afirmaba, se volvía más y más absoluto, él acabó por creer a los cantores oficiales que identificaban la Patria con el Benefactor. Si Trujillo era la encarnación misma de la nación Dominicana, él se enriquecía y se enriquecía y todo lo que a él beneficiaba también a ella beneficiaba igualmente. Este razonamiento, que se reconoce a menudo en los dictadores y que es la base del fallo de las dictaduras, iba a servir para justificar las medidas más arbitrarias, los rackets más sórdidos, y los actos de más increíbles nepotismos. Hacía más o menos un año que me casé cuando los periódicos comenzaron a hablar «!del gracioso y bello Rafael Leonidas Trujillo, Ramfis!». Era un hijo que

el Presidente de la República había tenido en 1929 con María Martínez Alba. Ramfís a los cuatros años fue hecho coronel del Ejército Nacional. En 1938 (tenía nueve años) lo nombraron General de Brigada, bajo los aplausos de todos los periodistas del régimen. El tuvo una hermana: María de los Angeles del Corazón de Jesús, que nació en París en 1939.

Después de haber sido elegida reina del carnaval a los catorce años, ella fue, el mismo año nombrada Embajadora extraordinaria y debía encabezar la misión que debería asistir en Londres a la coronación de la Reina Isabel. Pero el «Foreing Office» rehusó por causa de su corta edad. Hubo que nombrar a otro jefe de misión y el Embajador de Moya fue designado. El hermano menor Radhamés, nació en diciembre de 1942 y era a los diez años comandante honorífico del Ejército.

Estos nombramientos no se hacían en secreto. Aparecían en la primera página del Listín Diario y luego del Caribe\*. Y nadie lo contradecía pues alrededor del Benefactor eso no era más que un concierto de alabanzas y adulonerías.

Así, en el momento de una sesión del Consejo de Ministros, pasó una escena que revela bien la adulación precipitada que la gente creía debía tener hacia Trujillo. Fue después de la guerra. Una dificultad económica había surgido, no recuerdo bien con qué motivo. El Ministro de Finanzas lo había expuesto de una manera muy clásica: causas, efectos superficiales, y consecuencias más lejanas, remedios imposibles.

-Yo he oído hablar de un cierto señor doctor Schacht- dice repentinamente Trujillo. Un alemán. Gracias a él Hitler pudo hacer su revolución financiera. Por tanto, este Schacht se marchó de Alemania después de la derrota. ¿Se sabe donde se encuentra?

Alguien cita el nombre de un país de Sudamérica.

-Se le pudiera proponer venir a nuestro país, dice Trujillo. El podría encontrar una solución a nuestro problema.

Con extrañeza, los ojos del ministro de Finanzas se redondearon detrás de sus lentes:

-Porqué, dice él, porqué hacer venir a Schacht puesto que le tene-

---

\*La Nación, un tercer diario, estaba igualmente al servicio de Trujillo.

mos a usted jefe? ¿Qué puede él saber más que usted? ¿Qué éxito más ejemplar y más total que el suyo, podría el obtener?

Cada uno hizo coro. Trujillo no tropezó bajo este elogio y no se habló más de hacer venir al doctor Schacht.

Bajo este clima, los cerebros más equilibrados no hubieran resistido y el suyo zozobró. El espíritu cortesano que reinaba a su alrededor agravó su megalomanía. Cada cual buscaba, todos los días lo que más pudiera gustarle y halagarlo. Algunos le aseguraban que el país era demasiado pequeño, demasiado limitado para su genio, que el tenía un papel que representar en América. (El lo creyó, y es en parte lo que lo llevó a su pérdida). Otros tuvieron la idea de dar su nombre a provincias y pueblos, y hasta a montañas puesto que la más alta se llamó Pico Trujillo. En estas condiciones, la identificación de Trujillo con la Nación Dominicana se hizo aún más total.

Emprendió la compra, casi total de los centrales azucareros. Esta operación la hizo, en un momento dado, el deudor de una compañía Americana por una suma de 20 millones de dólares. A fin de pagar esta deuda, hizo un préstamo a un banco canadiense. El banco naturalmente exigió una contrapartida. ¿Qué hizo entonces Trujillo?

¡Cogió los fondos de oro del país y los puso en garantía de sus compras personales de los ingenjos!

Y así hacía con todas las propiedades. Las adjudicaciones no se hacían sino a aquellas compañías que aceptaban dar la mitad de las bonificaciones al Presidente Trujillo. Pronto sobre todo la extensión de la isla, no hubo una sola empresa que no entregara su diezmo al Presidente. Los lebreles de su política son el poder del miedo y del dinero, él tenía necesidad de estas sumas colosales para comprar conciencias y rescatar sus errores.

En 1937, sin consentimiento ni consejo de nadie, hizo estallar una expedición punitiva contra los haitianos. Haití es un país muy pobre y muy poblado. El haitiano tiene la tendencia a atravesar la frontera para venir a trabajar en los ingenios de azúcar, donde aceptan trabajos penosos que a los dominicanos repugnan. A lo largo de esta frontera siempre había incidentes. Un cierto contrabando se estableció. Además los terratenientes dominicanos eran atacados a menudo, por bandas de haitianos que luego de haber hecho de las suyas retornaban tan campantes a su país donde la policía dominicana no podía seguirlos.

Trujillo mandó primeramente a algunos soldados para proteger a estas propiedades. Hubo vagas escaramuzas. Dos soldados dominicanos fueron muertos. Entonces bruscamente, Trujillo decide la muerte de los haitianos que se encuentran en el territorio dominicano. En pocos días, veinte mil personas, hombres, mujeres y niños fueron masacrados. Siguió a esto una gran protesta internacional que desarmó a Trujillo, dando ochocientos mil dólares a Haití.

Tal era mi suegro, y mi vida de yerno no dejaba de ser un remolino. Yo creo que en el fondo, nunca me perdonó el haberme casado con su hija. Que su hija pudiera querer a alguien que no fuera él. Debía de serle insoportable. Después de nuestra boda, él quiso nombrarme secretario de la legación de Londres. Yo rehusé para quedarme en Santo Domingo. Me nombró entonces Subsecretario de Relaciones Exteriores. También fui diputado del Congreso. A cada sesión el Presidente leía un proyecto de ley que adoptábamos levantando el brazo. Nunca fue cuestión de discutirla. A veces, alguno de mis colegas empeñados en ser apreciado, pedía que se oyeran de pie, lo que siempre fue acordado.

La decir verdad, esta sugestión permanente me molestaba. Habíamos desalojado el bungalow que nos dieron a vivir en los jardines del Palacio, para mudarnos en una casa que nos construyeron cerca del mar. En varias ocasiones había visto a mi suegro para pedirle que me reintegrara al Ejército. Por fin accedió encogiéndose de hombros: ¿Qué clase de yerno es este que se contentaba con ser capitán, cuando su hijo de cinco años era ya coronel? Pero la verdad es que tenía poco, muy poco que hacer y resolví ensayar en los negocios.

La suerte se me aparece un día bajo los rasgos de un ingeniero puertorriqueño que se llamaba Benitez-Reach. Estamos en el 1935. Todavía no hay un puerto en Santo Domingo. Los barcos grandes están obligados a quedarse en alta mar y cerca de la entrada del Río Ozama. Ahí son descargados sobre una chalana que va con la corriente y atraca en embriones de muelles. Es una pérdida de tiempo y dinero bastante considerables. También es una mancha en el orgullo de Trujillo el Constructor. Su sueño entonces, es, dotar la Capital con un gran puerto de mar. Pero hacer un gran puerto de mar cuesta dinero, mucho dinero. Ahora bien, estamos en los primeros años del régimen. Las finanzas todavía no están florecientes. Hay que contar. Los proyectos de las grandes compañías americanas son demasiado costosos. En resumen se habla del puerto sin ver surgir nunca las primeras piedras de la primera presa.

Un día un abogado nombrado Coll Cuchí, quien tiene un escritorio en la presidencia dice a Trujillo:

-Para el puerto tengo el hombre que necesito. Un ingeniero de gran valor que se lo construirá a un precio fuera de concurso.

Se trata de Benítez-Texach. El que había debía ser el célebre multimillonario marido de la simpática y excéntrica Mome Moineau, es entonces un ingeniero en dificultad. Trujillo acepta. Los trabajos comienzan y Benítez-Rexach que no tiene acceso directo al Presidente, me busca. Me lo presenta. Hablamos. Me invita a cenar con su esposa y a ver sus obras en construcción. De regreso, Trujillo me hace preguntas:

¿Cómo van los trabajos de Benítez-Rexach: avanzan?

Yo puedo contestarle:

-Sí. Van muy bien. Es un hombre serio y trabajador.

Lo que es la verdad exacta. Además en 1937, Benítez-Rexach no tiene los medios de ser otra cosa que ser serio. Todavía lo veo con su pelo largo y su sombrero de paja. Yo le hago el juego correctamente. En cambio Benítez me dice un día:

-La primera parte del trabajo va consistir en dragar el río y la embocadura. Yo alquilé una draga a un americano pero es muy débil para el trabajo que hay que hacer. Necesito una draga de más potencia que pueda cavar a 40 pies. Aquí tienes un negocio para tí. Yo te doy el contrato de dragage del puerto. Cómprate una draga.

La idea me gusta. Salto sobre la ocasión. Informo a Trujillo.

El contrato preparado por mi abogado doctor Julio Peynado, es firmado en buena y debida forma.

Dos, tres meses pasan, en los cuales mi Benítez estableció contacto directo con Trujillo. Cuando llega mi draga, ya no tiene necesidad de mí, y siente ya abandonar al tercio de un beneficio diario importante. El piensa comprar su propia draga. Seguida empieza derribar mi máquina aún antes de que ésta entre en acción. Sus argumentos parten sobre todo del hecho de que la draga es de vapor\*.

---

\*Realmente Benítez Rexach guardaba distancia de Rubirosa. La esposa de Benítez era amante de Rubirosa.

-Usted no se da cuenta, dice él, al que quiera oírle, en las oficinas, las antecámaras, y al cerco directo de Trujillo, ¡De vapor! Es peligroso! Puede explotar.

El va, viene, todo lo critica, la draga no cava bastante profundamente, su deuda no es suficiente, etc...etc...

Yo comienzo a incomodarme. Hago venir ingenieros de Obras Públicas. Se hacen ensayos al término de los cuales yo grito.

-Entonces, esta draga, draga a la profundidad necesaria o no?

Benítez lo reconoce con alguna reserva. No es exactamente eso. Su posición no se apoya sobre ningún argumento serio, pero sigue repitiendo.

-No es eso, es que va a explotar! Y destruir el puerto. Convenimos, no obstante en un plan, de cuadrícula del puerto y de un calendario de dragages de zonas. Esto debe de estar previsto algún tiempo adelantado, pues una draga no se desplaza como un Chriscraft. Hay por lo menos dos kilómetros de tuberías por las cuales la lama es expulsada. Me instalo en la zona no.1 No hace ni diez minutos que mi máquina está funcionando para satisfacción de todos los técnicos, cuando llega un barco de sus oficinas.

-No es la No.1 la que debe cavar, me dice un señor pequeñito, sino la No.2 Siento que soy yo el que va a explotar y no la draga.

Pero ayer nos pusimos de acuerdo sobre la No.1

-Quizás, pero es la No.2 la que hay que cavar.

Me domino a duras penas. Plegamos nuestra tubería, levantamos nuestras pesadas andas, deshacemos los complicados sistemas de inmovilización de la draga, y vamos a instalarnos en la zona No.2, donde al día siguiente la misma broma comienza de nuevo.

En una semana he dado la vuelta completa al puerto sin cavar nunca más de 24 horas en el mismo sitio para ver hasta donde llegaría la mala fe de Benítez. Los resultados no pueden ser más que catastróficos. La atmósfera creada por Benítez es tal que el Presidente Trujillo se niega a verme. Un día estoy en uniforme con mi pistola, salto en una lancha de motor y me llevo directamente a un pontón donde se encontraba Benítez. Salto, lo agarro por el cuello, lo sacudo como una alfombra:

-Bandido! Si sigues haciéndome esta guerra y no me pagas ahora mismo lo que me debes te voy a destruir!

El está aterrado. Se desploma. Promete todo lo que yo quería. Pero en una hora más tarde va a ver a Trujillo en su finca a 20 kilómetros de la capital.

Se tira a sus pies, le cuenta cualquier cosa:

-Presidente, le dice él, el capitán Rubirosa quiere matarme. Yo no puedo seguir trabajando en la obra grandiosa que usted estaba realizando. El quiere mandar en todo. Destruye mi trabajo. Tenga a bien aceptar mi renuncia.

Naturalmente Trujillo se incomoda. Cree todo lo que Benítez le cuenta, y soy yo el culpable maldito.

-Cuatro oficiales de mi guardia lo acompañarán y le haré saber al Capitán Rubirosa lo que puede costar si toca un solo pelo de su cabeza.

Fue el fin de mis esperanzas de poder hacerme una situación independiente gracias a la draga. Fue también el fin de mi presencia en el país. Sentía que debía alejarme antes de que las cosas se agravaran más.

Fui donde el jefe del Ejército, el general Héctor Trujillo, hermano del Presidente.

-Yo quiero irme de Santo Domingo, le dije.

Es él quien le habló a mi suegro, pues este ya no me recibía.

-Está bien, dijo Trujillo, que se vaya.

Fui nombrado Secretario de la Legación Dominicana en Berlín.

Es por lo que en el 1936 al final de la primavera. Flor y yo llegamos a París, desde Cádiz después de haber atravesado España y Francia en carro.

## X

### La locura de la ante-guerra

Las guerras se adivinan por la tristeza y la amargura de los años que las preceden y que las preparan. Cuando yo dejé Europa, la paz parecía eterna. ¿No se había puesto la guerra fuera de ley, como decía mister Wilson? Y el señor Briand, alisándose su grueso bigote amarillo, ¿no se complacía repitiendo: «mientras viva, no habrá guerra?» Pero Briand y Wilson estaban muertos. A la post-guerra tumultuosa, frenética, violenta, ruidosa de exuberancia y placer, había sucedido ya una ante-guerra llena de angustias, de inquietudes, de violencia y de tedio.

Yo lo sentí al atravesar España donde la revolución incubaba. Esto se confirmó en Francia, donde se anunciaba el Frente Popular y el gran movimiento de huelgas de primavera y el verano de 1936. Para mí, que no había vivido en Europa los años intermediarios, la metamorfosis era sorprendente. La descubría en los rostros de la gente, la manera que tenía de mirar a uno, un mal humor flotaba por todas partes, un espíritu de reivindicación sin duda justificado, y que yo en todo caso no tenía que juzgar, pero que entorpecía ese aire francés que no puede respirarse si no es el más ligero del mundo.

París había cambiado! Yo había prometido a Flor abrir para ella todas las puertas de la noche y de iniciarla en el mundo de la fiesta.

Pero ya no era más la gran locura de los años veinte. La más importante de las revoluciones del siglo XX, la Revolución Rusa de octubre de 1917, había tenido sus repercusiones hasta en el universo frívolo del placer. Las grandes orquestas argentinas, y el jazz americano habían sido reemplazadas por conjuntos zingaros y rusos. Los cabarets de moda los manejaban ex-oficiales de la guardia imperial del zar. Se llaman el «Casanova», el «Monseigneur», «Scheherazade». Al negro que se exaltaba en su trompeta, lo sucedieron los virtuosos eslavos, de miradas pálidas, que después de su «solo» ofrecen champán sobre el hombro de sus violines.

En el arrebató frenético de los arcos de los violines, los chasquidos de las pequeñas botas negras, los gritos guturales que sincopaban esta música a la



vez sentimental y nerviosa, los «Emigrados» olvidaban su pasado perdido. Bajo la luz artificial de Montmartre, ellos trataban de volver a encontrar las noches de San Petersburgo. Esto no sucedía sin melancolía. Por cierto, también había melancolía en los negros americanos. Bajo su alegría natural afloraba una cierta tristeza, la de los grandes campos algodoneiros que bordean el Mississippi. Pero esta tristeza no era otra cosa que la consecuencia de un presente inhumano: la esperanza de un futuro mejor mezclaba pronto, su alegría y su confianza y su calor. Mientras que en esta tristeza venida del Volga, esta tristeza de los rusos blancos, era la consecuencia de un futuro sin esperanza. Era el canto de un futuro sin esperanza. Era el canto de un mundo, que hubiera acabado de existir cuando estos violines hubieran cesado de tocar, las botas de golpear la pista en cadencia y estas gargantas de resucitar de nuevo, un instante los dioses salvajes de la estepa.

Este intermedio duró una quincena, luego en el Packard 12 cilindros, cogimos rumbo a Alemania.

Es muy difícil hablar hoy de esta Alemania del 1936. La gran furia de 39-45, los campos, la locura final de un régimen que promete a los otros el Apocalipsis sin ver que él mismo era apocalíptico, hacen difícil el tono de objetividad. Sin embargo, la Alemania que descubrí ese año no tenía nada de un campo de concentración. Ella preparaba los juegos. Sobre el bronce de las campañas del Estadio Olímpico, se leía «El Nacional Socialismo llamaba a la juventud del mundo». No era por supuesto más que un «slogan», pero el pueblo alemán lo creía y lo sostenía.

Recuerdo a propósito de esto, un pequeño hecho bastante significativo. Salimos de las autopistas monótonas, y hacia las nueve de la noche, me paré en un pueblecito, por haber perdido algo nuestro camino. Teníamos hambre. Queríamos cenar. Todo estaba cerrado. Ni Flor, ni yo hablábamos ni entendíamos el alemán. Pero el carro no se había inmovilizado en la plaza del Dorf, cuando se abrieron las persianas. Dos o tres personas salieron de sus casas. ¿Qué pasa? ¿Extranjeros perdidos, que tenían hambre? Seguida el zafaranchó general. Van a despertar al burgomaestre que hizo abrir el restaurante. Van a despertar a un señor doctor que hablaba francés a fin de podernos entender. Todo un pequeño mundo ajetreó para sernos agradable. La mejor habitación fue preparada con sonrisas cómplices y esas miradas prometedoras, que sólo los alemanes saben dar.

Cierto es que la propaganda no era extraña a esta amabilidad pero yo no creo que el III Reich se haya nunca preocupado por la opinión de un diplomático extranjero.

En todo caso, el hecho es bastante raro, puesto que veinte y siete años después, a pesar de mi mala memoria, siempre está vivo en mí.

Llegamos a Berlín en pequeñas etapas perezosas. A la entrada de la inmensa capital, vi un taxi. Le di la dirección de la Legación haciéndole entender que lo seguiría. Era Revensbergstrasse. En espera de encontrar un apartamento, es allí donde nos hospedamos. En este verano del 1936, la vida era muy alegre en Berlín. El acercamiento de los Juegos había atraído una colonia extranjera importante que frecuentaba los Tés, los bares de los grandes hoteles, los establecimientos de moda sobre los lagos. Jóvenes rubios y rubias, en uniforme, no cesaban de desfilarse en las calles, cantando, tocando guitarra, acordeón, o soplando en instrumentos de vientos relucientes. Por todas partes había porta-fusiles, banderas, la gente se saludaba levantando la mano con un aire de orgullo asombroso. De noche el Kurfurstendam y el Unterden Linden resplandecían. Luego de mi primer paseo, ví equipos de obreros, que, colgados sobre la puerta de Brandebourg rodeaban el cuadrado de las columnas de bronce y el frente cuadrado. Visité también el estadio monumental que había edificado entre las riveras de la Spree y el palacio de Charlottenburg: en medio de los bosques de pino, de álamos, castaños, las gradas subían hacia el cielo y esperaban los ciento cincuenta mil espectadores que debían ocuparlas.

A partir del primero de agosto, yo fui todos los días a los Juegos. Estaba sentado a varios metros de Hitler. Se veía muy suelto. Se reía, se excitaba, y se ponía jubiloso cada vez que un alemán ganaba. Pero cuando, en el pelotón de los corredores, no había ningún traje de baño blanco impreso del águila negra, él se desinteresaba y la carrera y su mirada perdían su insostenible y metálico resplandor.

Frecuentemente se me preguntó qué efecto me había hecho Hitler. Yo recuerdo haberle dicho una noche a Flor que este hombre, que a veces parecía ridículo en el cine en los noticieros de actualidad, cuando se le veía físicamente, desprendía un cierto poderío, un encanto magnético que perpetuaba. Se olvidaba su estatura modesta, su plante, casi borrado, para recordarse solamente de su mirada chispeante, su boca voluntariosa y los movimientos bruscos de sus manos.

Al final de los Juegos, yo estaba entusiasmado sufriendo la gran exaltación que emanaba de esa juventud. No fue sino algunas semanas después, cuando me día cuenta que el Nacional Socialismo, no era solamente eso. El primer «choc» me vino cerca de la estación del Zoológico. Vagaba una mañana, cuando, bruscamente ante mis ojos vi a un joven lívido, con pelo negro y mirada desesperada. Apretaba un libro sobre su corazón. De repente, hizo un movimiento y vi, en el bolsillo del reloj de su chaleco oscuro una estrella amarilla, que llevaba esta palabra «Jude». Recibí lo que ví como un golpe. El problema racial nunca se me había presentado. En la República Dominicana, el negro y el blanco son iguales. Hace tiempo que ellos se han mezclado. Hay diferencias sociales, pero en los Clubs más aupados, se encuentran gente de color. En París igualmente, ese problema de raza nunca fue evocado. Yo tenía compañeros israelitas que no me habían parecido distintos de los protestantes o católicos. En mi existencia vagamunda frecuentaba hombres y mujeres de todas las nacionalidades, pertenecientes a todas las étnias, practicando las religiones más variadas.

Yo no he visto a ninguna que tenga el monopolio de las cualidades y las virtudes, de los defectos y de los vicios.

La visión de ese muchacho, llevando la estrella amarilla, hizo estallar algo en mí. Me volví sensible al problema judío y advertí desde entonces hasta qué punto la propaganda había llegado, y no solamente en las clases populares. En las recepciones mundanas, sitio donde el cosmopolitismo florece y por consiguiente donde el hecho de ser judío nunca contó, o reflexiones que nunca había oído fuera: «Es un judío»...»Forzosamente, es Judío»...»Su madre se había casado con un judío...» etc. Fue para mí, como si hubieran tocado la sirena de alarma.

El segundo acontecimiento que viene a destruir la seducción de los Juegos fue una gestión del Mariscal Goering. El vice-canciller pedía ser condecorado con la importante condecoración Dominicana donde, al final de una cinta de moiré azul y blanca brilla una medalla de oro sobre la cual están grabados los rasgos de Juan Pablo Duarte. Esto me dió a pensar que, si el Nacional Socialismo había cambiado el color de las camisas, no había modificado el corazón de la gente, y que podía apreciarse a Wagner sin privarse de gustarle las condecoraciones.

El tercer golpe, lo recibí en septiembre, en Nuremberg. Fui invitado a la gran fiesta del Partido. Esos tanques que durante horas desfilaban, esos solda-

dos que fluían en las calles como río de acero, esos aviones que pasaban en picada hasta la tribuna oficial y volvían a levantarse con un formidable rugir de los motores, esas centenas de millares de hombres, con el torso desnudo, la pala al hombro, esas músicas, esos cantos, esa voluntad indómita que brotaba de la multitud y que se transmitía al hombre que permanecía inmóvil sobre la tribuna del Podium: todo esto me impresionó mucho.

Yo no soy un hombre político, y no pretendía valorizar los diplomáticos de los grandes países en medio de los cuales me encontraba. Sin embargo, yo recuerdo, el día de la Clausura del Congreso, haberme abierto a alguno de ellos sobre el sentimiento que me había penetrado a la vista de esa fuerza amontonada.

¡Cuál no fue mi sorpresa: mi comentario pareció tan cándido que sólo dió estallidos de risa! ¡Así es que yo también, había caído en la trampa! ¿Es que yo no sabía que cuando se hace un despliegue de fuerza con tanta obstinación, es precisamente porque no se tiene? Bueno se me perdonaba, considerando mi juventud, y lo reciente de mi nombramiento a ese puesto. Pero importaba que yo no fuera víctima: la Alemania del señor Hitler, no era más que un bluff. ¿Esos tanques? de carbón! ¿Esos aviones que pasaban? Siempre los mismos, un máximo de treinta, y que hacían más ruido que mal! ¿Esas botas que pisaban tan duro el suelo de Nuremberg? Cartón piedra! ¿Esos uniformes? De fibra de madera que no podían resistir un invierno en el lodo de Argone. Yo debía medir a Adolfo Hitler en su justo valor: el de un bufón genial sin duda, puesto que esas palabras lo habían llevado al poder, y nada más, no. No tenía por qué espantarse, el canciller «pique niqueur» no tenía la talla, por un lado, de organizar una nación tan compleja y tan tradicional como era Alemania, y, por otra parte, enfrentarse a los grandes cerebros políticos de Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Por lo demás, la mejor prueba de mi error eran los oficios que mandaban los embajadores de esos países a sus respectivos gobiernos, los cuales para esos observadores perspicaces, sabían que el ejército de la Alemania nacionalista no representaban sino una potencia irrisoria de pacotilla y viento.

Yo reconozco voluntariamente mis errores y mis insuficiencias. La reputación de mis interlocutores y su audiencia, me incitaron pues a pensar, que una vez más, yo había sido mal juez y que debía contentarme con el sitio que me fue reservado y que es el de la alegría y el placer. Por lo demás, Berlín me convenía perfectamente a este respecto. Esta ciudad, donde el agua y los

bosques casi penetran a los barrios del centro, no era avara de las distracciones que me gustaban: podía montar a caballo, pasear en bote, conducir con rapidez los carros de carrera y de 5 a 7 ir a bailar al Té del Edén.

Es allí donde un día descubrí una encantadora alemana. La invité a bailar, ella aceptó sonriendo y las horas pasaron agradablemente.

Cocktails..pero no nos íbamos a separar así. Cuando yo estoy feliz eufórico, la hora y las consecuencias de un retraso nunca cuentan:

-¿Quiere cenar conmigo?

Ella quería.

El Gran Berlín está lleno de hosterías discretas donde a solas se siente seguido esa dulzura y esa intimidad que gustan. Uno puede hablar ligeramente de la única cosa grave de la vida, que se llama el amor. Yo nunca supe muy bien estropear un momento presente, para tener buen éxito en una felicidad lejana. Las bebidas se añaden a la embriaguez del momento. Y literatura, en las treguas, con las seis de la mañana cuando regreso a la Legación, rico en encantadores recuerdos.

En esa época el almuerzo se hacía en común: Flor, mi ministro, su esposa y su hijo, mi amigo Julio.

Al precio de un esfuerzo sobrehumano, pude salir de la cama. Me doy una ducha. Me visto rápidamente, bajo. Entro al comedor. Tengo la desagradable sensación de ser el blanco de las miradas, y singularmente, la de Flor. Disimuladamente, voy a mi puesto. Me dispongo a sentarme, cuando brusca-mente, puesto delante de mi plato, qué veo? Un inmenso ramo de rosas! Me invade la perturbación. Levanto la vista. A mi alrededor, no hay más que cabezas en cemento! Yo me hago el extrañado. Desgraciadamente, a ese ramo, se le agregó una tarjeta. En esa tarjeta hay un texto escrito en inglés.

Es un poema que dice algo así como:

«Gracias gran amigo.

Gracias gran amigo maravilloso.

Hay en los países escandinavos

Una noche en que el sol no se pone.

Es la noche y el verano.

es la noche de San Juan.

usted me dió ayer

Mi primera noche de verano.

La sonrisa que esboqué entonces no debió ser de las más convincentes.

Si yo hubiera regresado a la casa a las ocho de la noche, sin duda, que hubiera encontrado otros acentos. Pero, al llegar a las seis de la mañana, habiendo esa noche de ausencia y subrayada por un ramo de rosas, acompañado por un poema celebrando una noche de San-Juan personal, eso hacía las explicaciones difíciles.

Mi hermosa alemana evocó el verano escandinavo: el almuerzo se desarrolló en pleno invierno siberiano. Mientras que yo trataba de encontrar en los recursos de una educación mundana, cómo romper ese silencio terrible, que pesaba sobre todos, mi ánimo, un poco lento después de una noche igual, se aplicaba a tratar de comprender como esa mujer, a quien yo no había dado mi dirección, la hubo sin embargo, encontrado. No lo supe sino algunos meses después. Una parienta de la Wilhelmstrane me dijo, en efecto, que una señora había telefonado para preguntar quién era el dueño del carro IA410. Y un funcionario sin malicia se lo informó.

Flor cogió las cosas muy mal. Antes de esta extravagancia sin consecuencia, habíamos tenido pequeñas discusiones, nada graves. Debo reconocer que ella estuvo contenta de verme salir de la República Dominicana, donde las amigas que yo había conocido antes de nuestra boda, la molestaban algo. El país no era más que un gran pueblo. Un carro abandonado por algunas horas, en la tarde, frente a una casa, por más retirada que estuviera, seguida la descubrían, la señalaban, aunque uno hubiera frecuentado tal o tal dama para entretenerse sobre la suerte de los chinos o de la extraña religión de los Cuáqueros, no se podía menos que presentar los flancos a las más abominables calumnias. Se comprende que eso debía molestar a una esposa. En Berlín, en cambio, era más fácil practicar este género de conversación instructiva sin desencadenar el concierto de las malas lenguas. Flor se encontraba, perfectamente feliz, hasta la llegada del maldito ramo! Desde entonces, me es imposible ver un ramo de rosas sin sentir un pequeño escalofrío.

Fue en este clima cuando fui nombrado secretario de la misión encargada de representar mi gobierno en Londres, en el momento de las fiestas de la coronación de George VI.

Para ir de Berlín a Inglaterra, no era posible viajar sin hacer una etapa en París. Y qué etapa! Flor se entrega al traje que Molineaux dibujó para ella. Yo me aprovecho para volver a encontrar los rastros de mis pasos adolescentes. Luego partimos para Calais, otra escala-recuerdo. El Bar Picadilly está deteriorado. Luego, el «Malle» nos lleva Dover donde nos espera un empleado del Foreign Office.

## XI

Los ingleses pueden ser el pueblo más cerrado del mundo, pero nadie mejor que ellos, saben recibir. Yo que era secretario de la misión, fui recibido en Dover por un Cónsul inglés, venido expresamente. Un automóvil fue puesto a mi disposición. Fui escoltado hasta Londres, donde nos habían reservado un gran apartamento, en uno de los más suntuosos hoteles de la Capital. Sin embargo, no me quedé allí, porque el ministro me había invitado a hospedarme en la Legación.

No olvidaré nunca la fastuosidad de la ceremonia. Todas esas «Princesas» reinantes de la India», el Maharajá Gackwarde-Baroda, el Maharaja de Jaipur, el maharaja de Kapurthala, y todos los otros con sus trajes de brocado, la constelación de sus joyas, todos esos príncipes, todos esos reyes, todos esos notables surgidos más allá de los mares, los océanos, y los desiertos y los bosques vírgenes, de los contornos más excéntricos y más extraordinarios, se encontraban reunidos en la sombra azul de Westminster para atestiguar el poder del Imperio Inglés. Seguro, ¿cómo no quedar sobrecogido? La fastuosidad del Nacional-Socialismo era el de una nación que se buscaba, de una juventud que se exigía, de una revolución que se realizaba y a pesar de la referencia al pasado germánico, no dejaba de tener el artificialismo, el oropel, el escándalo que denuncian la civilización moderna. La fastuosidad de la monarquía británica, al contrario era el verdadero poder, tranquila, profunda, esa que teje un poder provisional que sólo debe su fuerza, a la fuerza de su raza.

Fui presentado a Sus Majestades y a la familia real de Buckingham Place. Sólo los hombres eran admitidos. Un chamberlán venía a llamarnos. Había que atravesar un largo pasillo al final del cual estaba sentada la Familia Real. Yo me sentía un poco torpe con ese traje de corte que ajustaba el frac, el calzón, las medias negras y los escaupines. Pero yo estoy por el respeto de las tradiciones que son las de la gente en donde somos recibidos. Uno se pregunta por qué los señores Delbos y Livitnov creyeron no tener la obligación de plegarse a la disciplina establecida, y se habían negado a llevar el hábito que el protocolo exigía.



Hubo un baile en Buckingham Palace, con el Rey, y la Reina y todas las Misiones. Fue un espectáculo muy bello. Luego una revista naval en Portsmouth. Después de los tanques y cascos de acero de Nuremberg, era la réplica del viejo Imperio Británico, que nunca había perdido una guerra, por que nunca había perdido la supremacía de los mares.

Esto venía de Henry VIII, el que amó a tantas mujeres -a veces cruelmente- y si bien sacrificó mucho al placer y al deporte, creó la flota Inglesa. Es curioso notar que los grandes marinos fueron a menudo grandes amantes: el capitán Morgan, Sir Walter Raleigh, Surcouf y Olaf el Rojo, son testimonios. Lo que Freud explica diciendo que «La mujer es la hermana del Agua, La Madre, y el origen de la Vida...»

Fue ese día cuando yo sentí la guerra. El viento del Oeste hacía crugir los banderines y los cuellos de los marinos alineados sobre el puerto. El mar estaba gris, agitado por la brisa que cubría de espumas el rompeolas.

Los barcos patrulleros caracoleaban en la bahía arrastrando tras ellos sus estelas blancas. Lentamente, sobre los destructores, los torreones, herizados de pesados cañones de acero ennegrecido, volteaban y dirigían sus bocas de muerte hacia el Este. Yo experimentaba ese sentimiento a la vez exaltante y culpable que uno siente cuando antes de una lucha de boxeo uno va a visitar y a saludar los dos adversarios en sus respectivos vestidores.

Es siempre fácil escribir su memorias y de modelarlas para poder ponerlas en acuerdo con la Historia. Yo podría decirles que habiendo visto los preparativos del combate, éste no cesó de obsederme y pasé los últimos meses de la paz, en la angustia del conflicto. Pero eso no sería verdad.

Es con placer que volvía a encontrarme en París donde fui nombrado Consejero de la Legación. La Embajada se encontraba en la Avenida de Mesine y nosotros vivíamos en Neully. Pero, desgraciadamente, no solos. Una prima de Flor estuvo todo el tiempo con nosotros. Ella desayunaba en casa, almorzaba con nosotros; cuando yo iba a la Embajada ella no se separaba de Flor, ni un minuto, por la noche salía con nosotros. Ella estaba presente en todas nuestras discusiones, en los pleitos que habían vuelto y esto no es nada bueno para una pareja! Uno puede convencer a una mujer de su buena fé, o de la poca importancia de las pequeñas escaramuzas. Pero dos! Desde que una tercera persona asiste a las disputas domésticas, éstas se encuentran agravadas. Cada cual termina por hacer el juego por el tercer espectador. El

amor propio que no existe cuando hay solo una pareja formada por personas que se quieren, entonces la intervención de un miembro extraño a esa pareja, se ha agregado. Y el comienzo del amor propio marca siempre el fin del amor.

Un día, hubo un pleito más grave que los otros, el temperamento celoso de Flor no hacía sino agravar las consecuencias de mi temperamento ligero. El tono subió. Palabras violentas fueron pronunciadas. Yo me marché, encolerizado y la primera desde que me fui dijo:

—Yo no comprendo como tú dejas que te traten así, Flor. Después de todo, tú eres la hija del Presidente Trujillo. ¿Cómo es que tú puedes permitir que un hombre se atreva a hablar de esa forma a la hija del benefactor, aún sea su marido?

Entre Flor y yo, sólo existían las riñas habituales en todas las parejas de la tierra: las de una esposa que desea ser demasiado exclusiva, y un marido que es un poco demasiado galante. Si existe el fondo de ternura, si lo que importa en el amor es el gusto por el diálogo, la presencia, el aporte respectivo y el eco que necesariamente queda, riñas de ese tipo no son muy graves. Pero, desde que en la pequeña guerra común a todas las parejas, se cuele un sentimiento extraño a los componentes del amor, el duelo no se detiene ya más.

El amor puede curar siempre las heridas que él ha hecho. Pero, cuando éstas se deben a otra arma, el amor es un médico impotente.

—Tú deberías hacerle sentir tu voluntad a Rubi, continúa la prima. Yo vuelvo para Santo Domingo. Búscate un pretexto, acompáñame. Cuando hayas puesto el océano entre tú y él verás claro en tu corazón. Y así juzgarás si puedes continuar una vida, que no debería ser la de la hija del Presidente Trujillo.

Flor aceptó. Ella me mintió. Me dijo que había recibido un mensaje de su padre que le pedía regresar, para verla en relación a razones familiares.

—Muy bien, le dije.

Pero, del Havre, antes de embarcarse, ella me escribió una carta: «EL CUENTO QUE TE HICE SOBRE MI PADRE NO ES CIERTO. SI REGRESO A SANTO DOMINGO, ES PORQUE ME PARECE QUE LA VIDA ENTRE LOS DOS SE HA HECHO IMPOSIBLE. YO QUIERO VER SI YA NO CUENTO PARA TI, YO QUIERO VER SI PUEDO VIVIR SIN TI. YO QUIERO VER SI AL NO ESTAR JUNTOS, TODAVÍA PUEDE LLAMÁRSELE EXISTENCIA A LA VIDA».

Estas palabras me conmovieron. Ví la verdad, pero también, más que nada, al mentira.

En Santo Domingo, la primera visita de Flor fue a mi madre:

—Pídele a Rubi que venga a buscarme, le dijo ella. Yo lo quiero. Yo sé que lo querré siempre. Que me perdone. Todo puede volver a ser como antes.

Pero no. Todo no podía ser como antes. Todo no puede más nunca ser como antes. Es cierto que erré como marido, pero no hay duda que esa partida me lastimó. En la vida de los hombres, como en la historia de los pueblos, hay períodos de aceleración, y yo estaba viviendo uno. El freno que representó Flor ya no funcionaba más. Yo era joven en un París que la sombra de la guerra hacía más agitado. Yo vivía una vida caracoleada, sin paradas, sin descansos, que me hubieran permitido el reflexionar, y darme cuenta que la zancada no es el único paso que pueda convenir al hombre.

La carta de mi madre, no me conmovió. ¿Flor quiso romper? Estaba pues, muy bien así! Y el abogado se sirvió una ley sobre el divorcio que Trujillo hizo para su propia intención.

Después de Aminta Ledesma —que era la madre de Flor de Oro— Trujillo se casó con Bienvenida Ricardo, en 1927. No tuvieron hijos (por lo menos durante el matrimonio). Trujillo que ya quería romper estas relaciones, se aprovechó para hacer votar una ley cuyos términos especificaban que el matrimonio que no tuviera hijos podía ser disuelto automáticamente, al cabo de los cinco años, si una de las dos personas hacía la demanda. En nuestro caso, el asunto caminó solo. Flor estuvo de acuerdo. Algunos días más tarde, el divorcio fue pronunciado\*. Al día siguiente fui llamado por el Ministro Dominicano en París, Virgilio Trujillo. Me anunció que Trujillo me había declarado «Persona no grata», puesto que me había divorciado de Flor. En consecuencia, fui relevado inmediatamente de mis funciones.

Me apresuro a decir que este licenciamiento no venía de Flor. A pesar del fracaso del romance, nos quedamos buenos amigos. Yo volví a verla en varias ocasiones. Y seguí con amistad su existencia que fue más o menos feliz

---

\*Fue Flor, quien, por órdenes de Trujillo entabló el divorcio. Se inició en noviembre de 1937 y se falló en enero de 1938.

hasta el día en que su padre declaró «que ella no era más su hija». Actualmente, está en el exilio en Canadá. Sus hermanos y la viuda de Trujillo se portaron con ella con una avaricia inimaginable. Pero para esa época a Trujillo le había caído muy mal el divorcio. Él quería, que yo regresara sin duda para vengarse, y mi madre me advirtió no hacer nada.

Lo obedecí sin dificultad. La libertad en París nunca ha sido desagradable. Yo salía mucho. Mi ensenada de noche era el Jimmy's. Era una pequeña «Boite» frecuentada entonces por estudiantes nórdicos, que yo había descubierto al azar una noche, en Montparnasse. Fui sorprendido por la orquesta. Era excelente. Se componía principalmente de un cierto Henry Salvador y su hermano que tocaba la guitarra. El dueño se hacía llamar Jimmy por que era italiano, disfrazado con un hombre que se parecía mucho a Mussolini —él se llamaba Mocelini— lo que hubiera sido muy mal visto ya que las relaciones con la hermana latina eran muy tensas en esa época. Nos hemos hecho amigos. El ardor de Salvador, sus inventos, su alegría me divertían mucho. Me gustaba sentarme a tocar la batería y la guitarra. Yo cantaba con ellos. A menudo a las cuatro de la madrugada, cargábamos con la orquesta en uno o dos taxis, y desembarcábamos de repente donde un amigo que vivía en un edificio severo del Distrito 16. Cuando punteaba la aurora los alaridos de la trompeta empezaban a despertar la calle Murillo. Generalmente los huéspedes ponían un poco de mala cara por corto tiempo, pero el champán y el sentido del humor peruano ayudaban, y la fiesta continuaba hasta el sol del mediodía.

## XII

### Danielle Darrieux

Es un año después, a la salida de una de esas noches donde Jimmy's cuando Trujillo volvió a entrar en mi vida. Podría ser medio día, y no hacía mucho tiempo que me había dormido, cuando sonó el teléfono. Descolgué, y oí la voz de la telefonista que decía:

-Lo llaman de Santo Domingo.

Pensé en mi madre. No era otro que el abogado de la Presidencia.

-Allo... Rubirosa?

-Sí.

¿Cómo estás?

-Muy bien.

El presidente que está a mi lado querría saber si podrías ocuparte de su mujer y de su hijo, quienes llegarán dentro de unas semanas a París. habría que buscar una casa, proporcionarles una agradable permanencia, acompañarlos, guiarlos\*...

Estaba tan estupefacto que no contesté en seguida. Al instante traté de adivinar qué trampa podía esconder esta proposición. Yo no vi ninguna. Y como la hostilidad del Presidente por causa de mi divorcio me hacía un exilado sin empleo, y me causaba problemas que yo resolvía bastante mal, acepté.

Hacía ya algún tiempo que María Martínez Alba, hecha señora Trujillo había llegado al Havre. El hijo que ella tuvo con el general en 1929, la acompañaba. El se paseaba -él tiene por nombre Rafael pero lo llaman Ramfis. Su madre estaba en cinta de ocho meses y había que dejarlo todo para encontrar una clínica, donde ella pudiera dar a luz. Es pues, en el hospital americano de Neuilly donde en la primavera de 1939 nació. María de los Angeles del Corazón de Jesús.

---

\*Es una versión difícil de creer. Trujillo tenía su Embajada. Flor de Oro afirma que Rubi se acercó a la esposa del Presidente y se comportó como «un sirviente». Ella le habló muy bien a Trujillo sobre su trato. Luego Trujillo lo usaría de guía.

¿Es a causa de la sentimentalidad que generalmente acompaña el embarazo? ¿Es el cambio de país y la lejanía? María Martínez escribió a su marido que yo fui útil, atento, encantador, cortés. Trujillo me lo agradeció. Un mes más tarde desembarcaba a su vez en Francia. En lugar de un ex-suegro furibundo y de un autócrata exasperado por mis impertinencias yo encontraba al hombre agradable y amistoso que él sabía ser cuando así lo quería, y que estaba contento y en confianza.

-Porfirio, ya no te vas de mi lado, me dijo la noche de su primer día parisino.

La cohorte galoneada de los diplomáticos, oficiales, ministros y secretarios que lo rodeaban escondía bien su decepción, gracias a él ellos pensaban aprovecharse de la vida de París. Y sobre el puente del barco con un caluroso abrazo dijo:

-Vamos a hacerle la plancha a toda esta gente me murmuró al oído, -y yo quiero que me lo enseñes todo. Comprendes, todo.

Ese todo evidentemente significa los sitios elegantes de París, sin arroz ni habichuelas. Pero yo creo que el sitio que más la atraía era la última plataforma de la Torre Eiffel. Había allí una vendedora de postales, encantadora, fresca, en un traje de pacotilla y Trujillo, que pudo haber cortejado a las modelos más célebres del momento, las mujeres célebres de la gran vida occidental cayó preso ante esta joven. Repetía:

-Esta parisina, en el sitio más alto de París, es formidable. La quiso conocer y atrasó por ella, la partida a la Boureoule, donde ya sus médicos le habían fijado cita. Yo me preguntaba lo que le atraía hasta ese punto, y comprendí: él quiso seducir la mujer más alta de París. Yo fui nombrado Encargado de Negocios de la República Dominicana en París, y entonces, como borracho de libertad, deseoso de tener soltura en sus movimientos, mandó que regresaran seguida: ministros, generales, secretarios y nos fuimos para la Bourboule, acompañados solamente de su médico el doctor Benzo y del coronel Macloughlin.

El tiempo para algunos baños, y el sitio le aburrió. Entonces enfilamos hacia Biarritz donde le impresionó mucho el hotel du Palais. Hizo que le enseñaran los planos a fin de hacer en Santo Domingo, una buena parte de los monumentos, y edificios franceses. En Biarritz también existía otro Jimmy's parecido al de Montparnasse.

-Necesitamos un Jimmy's en Santo Domingo, decía él. Pero mucho más grande, con cuatro orquestas, jardines y una salida al mar.

El hizo venir su Yacht al Mediterráneo. A bordo del Ramfis (era el nombre del barco) Trujillo proyectaba hacer una gran excursión hasta Egipto, como solos invitados seríamos el coronel Macloughlin y yo.

-Porfirio, a tí te toca dirigir este viaje, dice él. A pesar de que para esa época él no era el Presidente de la república -puesto que ocupaba Jacinto B. Peynado- él gobernaba dando sus órdenes por cable. Salimos de Marsella y yo había combinado todo un programa. Primera escala:; Cannes. Trujillo estaba loco de alegría: mujeres, amigos, champan, sol, el mar tan azul como el de nuestro país, ningún aburrimiento, el paraíso. Pero, en el mes de agosto 1939, al paraíso le faltaba eternidad. Una mañana, el marino de guardia nos da un periódico: un título acaparaba la primera página: «Movilización general».-

En un minuto Trujillo cambió, cesó de ser el hombre alegre y divertido de la Costa Azul. Su rostro se modificó. Su porte se atiesó y dijo con una voz trinchante:

-Es la guerra. Hay que regresar inmediatamente a Santo Domingo.

De Cannes regresamos a Marsella a bordo del «Ramfis».

Luego, por la ruta de Biarritz, donde se encontraba su familia.

Tú vas a quedarte con mi mujer y los niños. Ellos regresarán en un barco más tarde. Yo no puedo esperar.

*Se fue seguida para Lisboa donde el «Ramfis» había llegado vía Gibraltar.* De ahí, a su Yacht, llegó a las Azores donde un buque regular lo llevó a Santo Domingo. ¿Qué temía él? ¿Pensaba él que la segunda guerra mundial podía debilitar su poder? Yo no podría decirlo. Pero todavía hoy, esa transformación a la vista, esta metamorfosis, este choque brutal de los oropeles de alegre fiestero contra el uniforme de «Benefactor» no ha cesado de impresionarme.

Fiel al papel que se me concedió, acompañé a la familia de Trujillo al Håvre y regresé a París donde viví esta singular guerra.

A mí alrededor esta parecía un juego. Extrañez! A pesar de los comunicados bicitidianos, a pesar de las actualidades, los reportajes de los diarios, los discursos guerreros que el ex-pacifista Jean Giraudoux hacía en la radio, a pesar de los muertos, nadie parecía creer en la inminencia de un conflicto violento. Aún el

asunto de Noruega no despierta a París. Para entonces, la teoría de los grandes de la diplomacia que yo podía volver a encontrar, podía resumirse así:

-Estamos todavía en un período de movilización. Cuando éste sea completamente terminado contaremos. Contaremos todos. Los hombres, las armas, las fábricas, los cañones, los aviones, los tanques. Y el que en el papel tenga más, ese ganará la guerra. Entonces como los países capitalistas son más fuertes y ricos que el III Reich, nos podemos considerar desde ahora vencedores.

Después del 10 de mayo de 1940, apareció sin embargo que ya no estaríamos tranquilos para realizar estas operaciones contables, a Tours Primeramente, y luego a Burdeos, En nuestros automóviles, hemos cargado el máximo de personal y de archivos.

Me mezclé pues al éxodo. Empecé por hacer en dos días veinte kilómetros, luego comprendí que había tratado por deslizarme por las rutas secundarias y caminos vecinales. Yo no soy muy sensible al drama, pero era imposible mirar sin emoción este país que yo quería, ente país que había ganado en el 14-18 y fue desmoronado por partes enteras, bajo el golpe de sus ancianos vencidos. Francia nunca comprendió bien (yo creo) lo que le estaba pasando en esta primavera del 1940. Todo sucedía como si esta nación, que fue el alma de los más grandes en la Historia, no se adaptó más a su tiempo, no solamente, por el fracaso de un sistema político, sino por la naturaleza misma de los franceses., Ellos dieron su completa medida en los siglos donde la astucia, la calidad, el trabajo de cada individuo permitía sin sistema, asegurar el trabajo del grupo. Pero, nuestro tiempo exigía grandes movimientos de las masas y una organización que reunía al pueblo entero. Y, lo que había de asombroso en este éxodo de junio del 1940, era la impotencia de este gran país para hacerle frente colectivamente a este desastre. Nada estaba listo ni preparado para asumir la desgracia: ni en las cabezas, ni en los corazones, ni en los cuerpos. El individuo francés y la sociedad francesa había rebasado el acontecimiento. Esta derrota es el acontecimiento más triste de mi vida.

Naturalmente, como Fabrice en Waterloo, nosotros no cesábamos de ver este cataclismo a la escala del mundo y de la historia a través de nuestros pequeños anteojos personales. Una amiga me acompañaba. Yo sabía que unos amigos nos esperaban en Biarritz. Oficialmente, la Legación Dominicana debía haber ocupado un Castillo del lado de St. Emilion. Yo me presenté allí. Algunos refugiados ya lo habían ocupado, un lote de viejas lloronas, de niños con las narices sucias, jaulas de canarios, canastas de gatos y señores que habían salvado a Francia en Esparges



y Verdún, y que encontraban en esos recursos gloriosos, el consuelo para las horas funestas que les fueron impuestas. Me instalé pues en una pensión por unos días y entonces volví para Biarritz.

Fue en St. Jean de Luz donde vi las primeras vanguardias alemanas: una columna de jóvenes rubiotes y rosadotes, la camisa escotada, las mangas remangadas, que marchaban cantando. Ni los más escépticos, ni los más indiferentes a la historia de los pueblos podían dejar de ser sacudidos, y esa noche la parranda tomó un curso exasperado que nunca había conocido. Era como un delirio de fin de mundo. Francia ocupada. Hitler sobre Bidassoa, era el final! Se bebía sin llegar a embriagarse. La risa de las mujeres tenía algo de histérico. Tengo el recuerdo de haber bailado en un túnel aterrador. Esas semanas fueron semanas de pesadillas.

Pero lo extraordinario, lo excepcional no soportan la duración. Los franceses se instalaron bien pronto en la derrota. Toda su inteligencia y todo su dinamismo parecieron ser ocupados en encontrar una solución feliz a sus destinos particulares. Yo, yo era neutral. Yo regresé a París, y luego fui a Vichy, París-Vichy, Vichy-París: este fue mi itinerario durante el otoño de 1940. La legación dominicana se había instalado en el Hotel de Ambassadeurs, cerca del Hotel du Parc, en esta ciudad termal, que las circunstancias ensombrecían. Así es que yo me apliqué a pasar lo mejor de mi tiempo en París, donde la vida había recommenzado.

El toque de queda implicaba, que debía uno acostarse antes de la media noche o después de las cinco de la mañana. Cierto, algunas de mis amigas, señoras jóvenes de la aristocracia parisina, poseían certificados de trabajo que las declaraban «Damesvestiaire» en los nightclubs, lo que les permitía circular a su antojo durante toda la noche. Yo vi señoras extremadamente elegantes, arrestadas por una patrulla y que exhibían, sin moverse, sus pases para poder llegar a sus casas sin trastornos. Pero, para los vulgares mortales, si Ud. no se recogía antes de media noche, no debía soñar sino acostarse por la mañana.

Es en el curso de uno de estos viajes cuando voy a conocer a Danielle Darrieux.

Estamos en el otoño de 1940. Un amigo, el conde de Limur, me invitó a un cocktail: Danielle está allí. Como diplomático, todavía tenía mi auto, y a la hora de retirarme mi amigo me dice:

-Puedes acompañar a la señora Darrieux?

-Seguro!

Tenga cuidado Danielle, intervino mi viejo amigo Pedro Corcuera en el momento que salíamos, este hombre es peligroso.

-¿Es verdad? Dijo ella.

Todavía recuerdo su risa cristalina . Bajamos.

-¿Dónde vive usted?

-En Neuilly.

Ella me da su dirección, y coincidencia, su casa pega a la mía. Yo estoy en el No.9 del Bulevar Julien Potin, y ella en el No.7

Yo la llevo pues sin ninguna idea detrás de la cabeza. Nos despedimos en su puerta y cada cual entra en su casa.

Un tiempo después, en Laiglon, estoy sentado en una mesa no muy lejos de la de ella. A pesar de estar en trámites de divorcio ella estaba con su marido. En ese momento, no fue amor a primera vista sino como si se me hubiera suelto un resorte. Una voz interna me dijo: «Caramba, cómo me gusta esa mujer» Y creo que a ella le pasó lo mismo, de la misma manera. Ella levantó la cabeza, me miró, y yo le miré. Ella se levantó. Se marchó. Pero ese contacto de dos miradas fue suficiente.

Otros cuantos días más pasan; un amigo me telefona:

-¿Quieres cenar esta noche en el Máxim's? Estará Danielle Darrieux.

-Sí, iré encantado.

Cenamos pues, juntos. Luego fuimos a una boite. Y pasó el fenómeno que acompaña a menudo a los nuevos amores: el grupo de amigos dejó de existir, no éramos más que nosotros, los dos. La acompañé a su casa. Hicimos una cita para el día siguiente. Cuando nos volvimos a encontrar sabíamos el uno y el otro que no nos separaríamos más.

Este pudo haber sido un amorío agradable, un episodio ligero de la dulzura de vivir, parecido a otros.

Pero ella me dijo un día:

-Te diré, yo creo que para mí ésto es muy serio.

-Para mí también Danielle.

Fue tan verdad, que poco después nos pareció que el matrimonio debía coronar este éxito. Decidimos casarnos tan pronto ella estuviera libre.

Mi puesto diplomático está en Vichy. Pero mi amor está en París. Yo estoy pues más en la zona ocupada que en la zona libre. Todo esto va muy bien hasta que llegó Pearl Harbor. Yo soy neutral y puedo atravesar sin inconvenientes la línea.

Pero era evidente que los Estados Unidos no se quedarían mucho tiempo alejados del conflicto.

-Es cuestión de días, se decía en Vichy.

-Como yo sabía que Santo Domingo seguiría a Washington, tenía que tomar cierto número de precauciones. Beligerante, mis idas y venidas habían terminado. París me era prohibido, por eso dispuse mudanza. Pero el acontecimiento fue más pronto. El 7 de diciembre, 1941, día que Alemania declaró la guerra a los Estados Unidos, estoy en París. Así es que soy un beligerante en país enemigo. Debo volver a regresar a Vichy, lo más pronto posible. Y, para ello necesito ahora una autorización especial, muy especial. Uno de mis amigos tiene algunas relaciones alemanas, le telefonoo, y le explico mi problema.

-Puedes conseguirme un «ausweis» que me permita regresar a Vichy».

-Sí, dice él, yo creo que es posible, ven a verme a la oficina. Me recibe en un salón y me dice que espere. Algunos minutos más tarde surge azorado.

-¿Qué es lo que has hecho?

-Yo, pues nada.

-Nada, ven acá.

En su escritorio se encuentra un alemán muy influyente.

-Estoy contrariado, señor Rubirosa, me dice él, yo quise intervenir en vuestro favor, y me dijeron en la Embajada, que había contra usted una orden de arresto, que proviene de Berlín. Me pidieron que lo arrestara. Pero deme su pasaporte. Esto será suficiente y vaya a dar explicaciones a la Embajada Alemana. Pregunte por el señor Von Kraft.

## XIII

### Danielle Darrieux

Yo tibebeé. El Tercer Reich todavía no ha enseñado todas sus uñas, pero ya se sabe que es más fácil entrar en sus cuarteles policíacos que salir. En fin, que no tengo de donde escoger. Y llego a la Embajada.

Después de haberme hecho esperar unos instantes, un señor Von Kraft me recibe. De entrada él ataca.

-Su paisito se ha atrevido a declararle la guerra al Gran Reich alemán. Su presidente Trujillo, en un discurso insultó a nuestro Führer. Luego, señor, usted está aquí en zona alemana, usted es nuestro prisionero, lo mandaremos al hotel Claridge con un centinela. Usted responde de la vida de nuestro Ministro alemán en Santo Domingo.

-¿Porqué? dije yo. Hay un Ministro dominicano en Berlín. Si algún día se debe responder de la vida del Ministro alemán en Santo Domingo es a él a quien corresponde. Yo no. Yo soy un diplomático en Vichy, yo no estoy en París más que por un accidente.

-¿Un accidente?

-Un accidente de amor, estoy enamorado! Yo vine a París a ver la mujer que amo!

Será mi exasperación o la sinceridad que he demostrado: el caso es que el hombre se suavizó.

-Está bien, señor Rubirosa, dijo él. Deme su palabra que no tratará de escapar. Prométame no salir de su casa y yo le permitiré quedarse en su domicilio.

-De acuerdo. Pero yo no tengo mi pasaporte. La persona que me trajo aquí me lo quitó.

-Sí yo sé, nosotros lo guardaremos.-

Entonces hace que me hagan una especie de salvoconducto.

-Hasta luego señor Rubirosa, yo voy a pedirla Wilhemostrass instrucciones para usted. Mientras tanto, no se olvide, usted es nuestro prisionero.

Yo llego a mi casa, muy fastidiado. Yo debiera encontrarme en Vichy. ¿Cómo explicar a mi gobierno que estoy prisionero en París? Y si después de las diatribas violentas de Trujillo, a un fanático se le ocurriera darle una cuchillada al Ministro alemán? Nada de esto es muy divertido. El único consuelo en esta situación fuera de serie, es que yo me encontraba en mi casa y no en el Claridge, libre, y no bajo la vigilancia de un centinela.

Evidentemente, yo me aproveché para salir como antes!

Tres semanas después de mi visita al señor Von Kraft, una noche vamos a L'Aiglon. Había en ese cabaret un violinista gitano bastante sensacional. Se llamaba Yoska Nemeth. Por lo demás, se llama siempre Yoska, y hemos evocado la historia que les voy a contar.

Yo era bastante conocido en el mundo de la noche. Pero, Danielle, ella era muy célebre. Ella era la estrella No.1. Toda Francia habla cantando con ella: «Ah! qui il peut entre doux et troublant...! Después de «Katia», «latidos del corazón», «Primera cita», su popularidad era fantástica, en la calle la gente la reconocía, le sonreían. Cuando ella regresó de Hollywood, fue una verdadera muchedumbre la que vino a recibirla a la estación. Desde que nos encontrábamos en una boîte, la orquesta nos rodeaba, y en la Aiglon, Yosk se esmeraba en mostrarnos su talento, que era grande.

Esta noche no hace excepción. Toca, como si nadie más que nosotros existiera en el cabaret. Ahora bien, en una mesa vecina, se encuentran tres alemanes en civil, con ese estilo que se atribuyó desde la Gestapo. Más lejos, entre otra mesa se encuentra otro alemán en uniforme de la Wehrmacht, de alta graduación, quien sabe general, no lo recuerdo bien. Yoska pues, toca inclinado, hacia nosotros. Esto crea un ambiente, yo comienzo a beber a la rusa, rompiendo los vasos y tirándolos detrás de mi. Uno de los alemanes en civil se molesta. Encontraría insoportable, que un hombre de un tipo visiblemente no germano, pudiera, en 1942, divertirse en compañía de una mujer bonita, cuando ellos estaban solos, ellos, los vencedores, y no disimulaban su disgusto. Coge pues un vaso y lo tira sobre nuestra mesa. Este insulto es insoportable, cualesquiera que pudieran ser las consecuencias yo no podía dejar de repostar. Fuera de mí, salto y golpeo. El se tambalea sobre la mesa, sus dos camaradas se levantan y me agarran. Estoy atrapado, y es entonces cuando el oficial alemán interviene y quién sabe va a salvarme la vida. Nos separa. A los policías les habla en alemán. A mí se dirige en francés y me dice al oído:

-No debió hacer eso. Yo lo comprendo, pero usted no sabe con quien se las está viendo. Márchese...Márchese pronto...pronto. Cuchicheándome se interpone, hace de mampara entre los civiles y yo. A nuestro alrededor, hay un silencio de muerte. El público, los sirvientes, los músicos, todo el mundo petrificado. La sangre fría de este hombre, su autoridad, por todo decir, su clase, me permiten medir hasta dónde llegó el puñetazo. Agarro a Danielle por la mano, y en un silencio en el cual solo retumba la voz del soldado alemán hablando en su idioma gutural a los policías, nosotros nos largamos.

Cuando Yoska cuenta esta aventura siempre dice:

-Señor Rubirosa, fue Dios que puso ese alemán aquí, porque sin él, usted no estaría vivo.

Al día siguiente por una extraña coincidencia, Von kraft me llama a Wilhelonstrasse. Yo debo irme, pero no para Vichy, sino para Bad-Nauheim. Es una ciudad termal que sirve de campo de concentración distinguido a mis colegas diplomáticos acreditados en Alemania, que están detenidos todos en un hotel.

Dos agentes de la Gestapo vienen a buscarme y me acompañan al tren. En el vagón-cama, tres «singles» nos fueron reservadas. Yo ocupo el del medio. Es una partida muy melancólica y la separación es cruel. ¿Por cuánto tiempo estaremos separados? ¿Qué nos reserva el futuro? Danielle llora. Hay circunstancias donde el personal ligero y danzarín que cree no ser, tiene suelas de plomo y la boca crispada.

La estación del Este tiene muy mala reputación con los franceses. Es de allí, en efecto, de donde ellos salen para ir a pelear. Es además un sitio lúgubre, una especie de trinchera gris entre casas feas y sucias que acaba por desembocar en un campo triste.

Pasé largo rato con la frente pegada con el vidrio mirando esta super-noche de la ocupación en que las casas estaban apagadas, como la vida. Al día siguiente, ya estaba en Bad-Neuheim.

Había muchos diplomáticos de América Latina, y de América del Norte. Toda la misión dominicana en Berlín se encontraba allí. Yo estaba muy deprimido. No era ese cautiverio dorado el que me pesaba. Había compañeros, mujeres, señoritas. Todo lo que se necesitaba para matar el tiempo. Pero

cuando uno está enamorado no se puede matar el tiempo, sino vivirlo. Se organizaban juegos de cartas y de sociedad. Se podía bailar. Los jefes de misiones tenían derecho para salir del hotel desde las ocho de la mañana a las siete de la noche. Los que no ostentaban estas funciones salían en fila en el parque, con guardianes, y este paseo de colegiales barbudos y condecorados no pasaba de ser bien ridículo. Pues sí, uno se paseaba en filas como en la escuela, y un fruncimiento de cejas del guardián hacía volver a la fila, a un venerable, diplomático que, de noche explicaba lo que él hubiera hecho si estuviera en el lugar de Talleyrand.

Bad-Nauhelm es una ciudad termal donde se curan las enfermedades del corazón, pero la terapéutica aplicada no daba resultado conmigo. Yo esperaba el correo con impaciencia febril. Era el año de las tarjetas sin sobres en las cuales había que leer, no entre líneas, sino entre palabras. Lenguaje secreto de la pasión donde a través de las frases relativas a la salud y abastecimiento, se debía descubrir las quejas de un corazón lejano, y el canto de las noches solitarias. Esa tarjeta cotidiana me remozaba, sin embargo. Hasta que no me llegaba el cartoncito de papel moreno, yo me arrastraba amargo y pesado por los pasillos de ese hotel hecho para oficiales de «shakos» y mujeres de «frou-frous». Entonces llegaba ese telegrama lento, y la vida refluía en mí. Brincaba hasta los salones del primer piso donde estaban los compañeros y nos dábamos unas furiosas borracheras de vino blanco que podía obtener gracias a las inclinaciones de los sirvientes por algún joven agregado de la misión dominicana.

Bad-Nauheim! Yo guardo el recuerdo que otros deben conservar de su vida militar. Yo recuerdo ese guardia que nos contaba siempre de su entrada en Varsovia, en la neblina hecha por la pólvora, su progresión en las calles desiertas reventando los vidrios de un botazo, ajustando el cañón de su metralleta en la herida del cristal, y rociando la bodega. Yo recuerdo a este amigo diplomático, era embajador y por este título tenía derecho a un apartamento muy bueno. Había visto las miradas que le daba a una de las jóvenes que estaba agregada a nuestro servicio. Tendría veinte y cinco años, rubia, bien formada, la tez que se concede a las inglesas, y que es sin embargo el de la inocencia (1). Labios rosados, ojos azules, y el

---

(1) El señor Rubirosa parece que ignoraba que cerca de Bad-N. existe «la fuente azulada de Schlangenband que da a la piel de las mujeres una dulzura de melocotón» (N. del T.).

talle agradable a la vista. Nuestro amigo se ponía color de púrpura cuando ella aparecía en nuestros salones. Un día lo llamé aparte:

-Ud. no sabe, le dije, la pequeña Gretel que está en nuestro piso..

-Sí, dígame, dijo él enderezándose.

-Ella lo mira, ella lo admira.

-¿Usted cree?

-Pero hombre, eso se ve a leguas!

Se puso tembloroso.

-Yo no me atrevía a creérmelo, me dijo él, y sin embargo no he dejado de entrever algunas sonrisas y cierta miradita fija... Pero usted sabe como es: la edad y la adolescencia tienen el privilegio de la timidez. Si usted se ha dado cuenta, hay que rendirse a la evidencia. Esta muchachita tiene una debilidad por mí.

Tuvo una sonrisa encantada.

-No podré frustrarlas por mucho tiempo.

En la tarde le tocó el timbre.

-Yo quisiera una botella de champán.

-En seguida, Excelencia

Ella se va y vuelve con la botella encorbatada de blanco.

-¿Cómo, no puso más que una copa?

-Pero, Excelencia..

Y diciendo y haciendo. La coge por la cintura, la abraza, trata de imponer la marca de su bigote. La pequeña Gretel se defiende, lo araña, grita, unos policías vienen. Gretel por fin se suelta y se va. Se puede creer que el incidente quedó sellado, pero al día siguiente un castigo colectivo es anunciado. El representante de Relaciones Exteriores hace saber a los jefes de misión, que no podrán salir por dos semanas.

Estas eran diversiones bastante inocentes, pero ya yo estaba madurando algunas más serias. Cada vez que oía la radio era para oír los comunicados de los japoneses que asestaban pilas sobre pilas a los anglosajones, y los cantos de triunfo de los alemanes que no cesaban de avanzar en Rusia. Yo no soy un gran estratega. Como uno de los tantos, yo me decía que mientras Londres se mantuviera en pie, y mientras los Esta-



dos Unidos estuvieran intactos, la guerra no había empezado. Sin embargo, yo pensé que el estado de cosas que pasábamos podía ser la larga duración y la separación se me hacía insoportable, en consecuencia, pensé en evadirme.

Había tenido la debilidad de hablarle a algunos de mis compañeros que se alarmaron: si el simple deseo de un Embajador fue sancionado por quince días de salir, ¿qué castigo podía caer por la huida de un encargado de negocios?

Es en situaciones parecidas cuando uno se da cuenta que los grandes problemas de la Tragedia, tal y como lo exponen en los prestigiosos teatros clásicos, pueden participar en la humilde existencia del hombre del siglo XX. Estaba hasta ahí de mis mediaciones ¿sacrificaría yo la colectividad por mi egoísmo enamorado? Cuando me entrega un telegrama fechado en Berlín «Llego mañana por la mañana en el tren de las 7h30. Termuras. Danielle».

## XIV

### Danielle Darrieux (Continuación)

Yo corro en seguida a ver al representante de la Wilhemstrasse, quien lleva la dirección de nuestro hotel penitenciario.

-Mi novia llega mañana, le dije. A las siete y treinta. Como en principio, no tenemos el derecho de salir antes de las ocho, yo quisiera que usted me diera una autorización excepcional.

El toma un aire de importancia. Me pide detalles, explicaciones. Mientras más le doy, más se encierra en sí mismo.

-Usted tiene permiso para salir a las ocho, no antes.

Yo me pongo nervioso.

—Pero dese cuenta! Una mujer que va a llegar sola en una estación que no conoces! Si no me ves allí, ¿qué va a pensar? Y como ella no habla su idioma, ¿cómo va a desenvolvérselas? Francamente por media hora... Rebajar media hora.. No es eso lo que puede hacerles perder la guerra!!

Pero él es intratable.

Esperar desde hace tanto tiempo y pensar que a lo mejor todo se va a fastidiar a causa de un imbécil! Yo salgo. Ante todo, hay que reservarle una habitación. Escojo el hotel y llamo a un botones.

-Oyeme, le dije; mañana a las 7:30' tú vas a ir a la llegada del tren de Berlín. Allí tu verás a una señora rubia, muy linda. La más linda que veas. Esa será ella. Sobre tu gorra, vas a ponerte un cartón con mi nombre «Rubi». Escríbelo grande, eh? Con letras altas así. Ella no podrá perderte. Entonces tu la llevarás al hotel y le dirás que me espere.

Todo pasó como sobre rieles. A la mañana siguiente a las 8:05 yo estaba en el hotel. Danielle ya había llegado. Yo no podía creerlo. Y sin embargo algo me atormentaba. Mi guarda me había dicho que si ella no tenía permiso, Danielle no podría quedarse en Bad-Nauheim. Por eso pregunto:

—¿Tienes algún permiso para quedarte aquí?

-No.

—Pero entonces, ¿cómo te encuentras aquí?

—Ah! Eso es toda una historia. Hace tiempo que los alemanes querían que una delegación de artistas franceses fueran a visitar sus estudios en Berlín, Munich y Viena. ¿Recuerdas a Graven, el Director de la Continental? . . . pues bien éste ha estado todo el tiempo a la carga. Pero como comprenderás cuando estabas en París, no tenía ningunas ganas de visitar Alemania. En cambio desde que estás encerrado, el problema es distinto. Graven lo comprendió cuando me llevó su última proposición y agregó:

—Y usted tendrá un permiso para visitar a su novio.

—Ya no podía negarme. Dije que sí. Con los otros artistas cogimos el tren para Berlín. Goebbels dió una recepción en honor de la delegación. Su mujer estaba allí. Ella habla el francés corrientemente. Aproveché la ocasión. De mujer a mujer uno se entiende mejor. Yo le dije que mi participación en esta delegación es porque me habían prometido verme con mi novio, un diplomático dominicano que residía vigilado en Bad-Nauheim y que yo quería irme mañana. La señora Goebbels se sedujo con lo romántico de la situación. Seguida llamó a su marido: «¿Sabes lo que le gustaría mucho a Danielle Darrioux?» Y le contó nuestra historia. Sí, dijo Goebbels, yo estoy al corriente, pero antes, hay la visita de los estudios. A Munich, a Viena. Yo insistí en irme inmediatamente. La señora Goebbels me apoyó. «¿Por qué hacerla esperar si pueden estar juntos desde mañana?» Por lo cual él aceptó. «Muy bien la señora Darrioux tiene permiso para ir a Bad-Nauheim»

Y aquí estoy.

—¿Pero tú no tienes un permiso escrito?

—No, solamente la autorización verbal.

Yo temo lo peor. Nadie querrá creer nunca que mi novia se encontró con Dios, o por lo menos con San Pedro. De hecho, a la primera palabra que yo pronuncio, nuestro guardia comienza a guasear:

-Vamos, señor Rubirosa, no es en serio lo que usted dice ahí. ¿Una autorización verbal del Reich Minister Goebbels? ¿Usted me toma el pelo?

-Pero le aseguro..

-¿Tiene ella un salvoconducto con el sello y la firma?

-No.

-Entonces, ¿lo ve usted?

Lo llevo al hotel donde vive Danielle. Ella confirma mis propósitos, pero el hombre no quiere creerlo.

-Oígame, le dije. Podemos llamar al ministro de Propaganda. El tendrá alguien que esté al corriente de todo esto.

El reía!

Estaba tan seguro de confundirnos que acabó por ceder y pedir por teléfono a Berlín y al ministro de Propaganda.

Cuando lo consigue, le dá el receptor a Danielle:

-Ahí está.

Ella pide la oficina del Reich Minister, obtiene al secretario y le explica las dificultades en que se encuentra; a pesar de la autorización de Goebbels, no la quieren dejar allí.

-Estoy al corriente, póngame a ese Señor.

Danielle le da el receptor a nuestro guardián. Oye por un minuto y de repente lo vemos que se endereza. Toca los talones. Se pone en guardia.

Repite:

-Ja Whol, Excellence, Ja Whol Excellence.

A cada «whol» él se parte en dos y saluda a 90 grados.

Cuando cuelga el aparato, está suave como una oveja. Se excusa, dice estar consternado y listo para firmar todas las autorizaciones que yo quiera. Lleva su complacencia hasta hacerme regalo de sus tickets de mantequilla para el mes, y en Bad-Nauheim, en 1942 los tickets de mantequilla eran oro en barras. Me pone ojos de perro, me asegura su respeto, y su devoción. Yo puedo contar con él. Para todo. El espera que yo quiera olvidar lo que sólo ha sido un enojoso malentendido.

Desde ese momento, tomé todas las libertades. Ya no me acercaba al hotel penitenciario. Paseaba por todas partes, en la ciudad, con Danielle en mi brazo lo que no dejaba de excitar los celos de algunos compañeros. Empezaron a decir que también ellos tenían novias o mujeres y lo que se le permitía a Rubirosa debiera permitírsele a todo el mundo, en buena lógica igualitaria.

Es fácil atraerse a los carceleros. Pero es imposible asegurarse la compli-

cidad de sus compañeros de cadena. Armaron tal barullo que la Wilhemstrasse fue informada del intolerable pase consentido al señor Rubirosa por el Ministro de Propaganda. Como Ribentrop detestaba a Goebbels, notifica la orden a Danielle de tener que dejar el territorio del Reich en veinte y cuatro horas. Aún un permiso de autorización para casarse no pudo cambiar la medida.

Yo volví pues, solo a nuestra residencia, forzado, triste sin duda, pero menos desesperado que antes de la llegada de Danielle. Estos diez días de felicidad me habían vuelto a dar confianza. Y como se hablaba de un posible cange de Diplomáticos en un futuro aun no fijado, yo volvía esperar, pues esa situación anormal no podía prolongarse por mucho tiempo. Sin embargo, duró todavía tres meses. Luego, de improviso así como cuando llegó Danielle, la orden de nuestra libertad llegó, nuestro ángel de la guarda nos reunió:

-Mañana seréis libres, dijo él. Tomarán un tren que los llevará a Biarritz. De ahí, les conducirán al Irún donde podrán llegar a Lisboa.

Una explosión de alegría siguió a estas palabras. Habían transformado en colegiales festejando las vacaciones, a diplomáticos que muchos eran generales, serios, ponderados. Los preparativos del gran viaje, hechos a la ligera y la fiebre, daban lugar a una fiesta llena de juventud, de risas locas de exuberancias.

Al día siguiente, delante de los esbirros de la Gestapo que nos vigilaban, nos montamos en nuestros vagones los cuales nos prohibieron dejar hasta llegar a Irún. Y entoríces, Lisboa. Es decir, la libertad multiplicada por la paz, pues no era solamente Bad-Nauheim que era una prisión, sino Europa entera, aplastada por Alemania, aplastada por la guerra, que parecía debe durar tanto como nosotros y que tapaba todo el horizonte. Mientras que Lisboa, era la libertad, era la paz, era la luz, era el derecho de moverse a su antojo, de comer todo lo que teníamos deseos de comer, de beber lo que más nos gustara, era la posibilidad de comprar cigarrillos sin esconderse, era la serenidad, la quietud. Terminados los oídos en acecho, los ruidos temidos, esa inquietud permanente.

La abundancia que reinaba en los escaparates de las tiendas, el brillo de las iluminaciones eléctricas, sin black out, sin vidrieras azules, sin bombillas opacas, la indiferencia de la muchedumbre y su rostro feliz, todo esto contagiaba. Yo pasé los dos o tres primeros días sin haber tenido la impresión que caminaba. Era como si hubiera flotado, completamente aturdido, encantado. Para poder hablar por teléfono con Danielle, ella tuvo que venir a Vichy. Por encima de las fronteras infranqueables, por encima de los

muros de esa Europa convertida en mazmorra, por encima de este ejército de soldados y policías, nos dijimos nuestro amor.

-Yo estaré en zona libre a fin de semana, ya que las relaciones con el gobierno de Vichy y la República Dominicana no se han roto y yo debo regresar a mi puesto, dije yo.

Su voz se oía lejos y ensordecida.

-Está bien, yo también estaré.

Nos casamos desde mi regreso a Vichy, muy pronto, sin publicación. Pasamos nuestra luna de miel en Portugal, donde ella fue recibida como una reina. Se organizó una corrida de toros en su honor. La orquesta tocó la Marsellesa. Todo el público estaba de pies, todo el público menos una persona que se quedaba ostensiblemente pegada al sillón: el embajador de Alemania. En la Universidad de Santarena, los estudiantes tiraban sus capas a sus pies. La aclamaban. Era fantástico. Y lo que era aun más fantástico era ver con la simpleza y la modestia que Danielle aceptaba este homenaje.

Al final del verano de 1942, volvimos a Vichy a encontrarnos con su vida monótona, el hotel con su comedor siniestro y sus comidas todavía más siniestras, las búsquedas obsesiva de los restaurantes de mercado negro y los comadros sobre los designios de la guerra. Era un año charnela. Los que estaban comprometidos del lado alemán comenzaban a preguntarse si estaban apostando al caballo bueno y a volver la camisa. Cuando uno no se comunicaba la dirección de algún trueque de mercado negro, uno se preguntaba sobre el doble juego de tal o cual personaje.

Entonces una mañana de noviembre, los alemanes hicieron irrupción en Vichy. Yo ocupaba en el hotel un apartamento bastante bonito que había heredado de su encargado de negocios americano. El 13 o 14 de noviembre he aquí al director del establecimiento que se presenta:

-Sr. Rubirosa, estoy absolutamente contrariado..

-No debe de estarlo señor director, repóngase.

-Ah! usted no sabe. Hay abajo un capitán alemán.

-¿Y qué? Eso no es una novedad.

-No por supuesto. Pero quiere alojarse aquí.

-Pues déle una habitación.

-No! Aquí en vuestro apartamento.

-¿En mi apartamento?

Esta vez veo rojo.

-Dígale a su alemán que se vaya a...

Me doy cuenta que el director censura las trivialidades. Entonces, para dar a mi rebelión resonancia histórica, corregí:

-No, no le diga eso. Dígale que yo no salgo de aquí sino es por la fuerza de las bayonetas.

Yo no sé cuál fue la respuesta del director del hotel, pero lo que sí es seguro, es que no oí hablar más del capitán alemán.

No obstante, la atmósfera se ponía irrespirable. Yo era de una inutilidad total, ya que ni siquiera tenía derecho a tener correspondencia con Santo Domingo. Yo decidí entonces poner una frontera entre el ejército alemán y nosotros.

Preparo todos mis asuntos. Compro un remolque para mi equipaje. Y, dirección, España. Nos largamos. Pero en la frontera, ya los alemanes están allí. Dieron orden a la policía francesa: prohibición absoluta, de dejar pasar a los diplomáticos «beligerantes». Inútil insistir. Es el regreso por Perpignan. Tengo la dirección de uno en la resistencia que organiza pasajes clandestinos. El trata de mediarlos por varios días y se ocupa en buscarnos su barquero.

Al principio, la aventura encanta a Danielle. Pero a medida que se acerca el día del pase, el entusiasmo disminuye.

—¿Tu crees que «ellos» podrán tirarnos arriba?, preguntó Danielle.

¿Cómo asegurarle lo contrario? Yo decido entonces no hacerle correr ese riesgo y regresarnos a Vichy.

Pero no por mucho tiempo. Le mando una nota al Secretario de Relaciones Exteriores, señor Laval, significándole mi partida y dándole las razones de esta: imposible de cablegrafiar a la República Dominicana; imposibilitado de recibir instrucciones de mi gobierno.

A pesar de que siempre tuviéramos relaciones diplomáticas con el gobierno de Vichy, mientras estábamos en guerra con Alemania, la invasión de la zona libre por los alemanes había venido a complicar el embrollo político-diplomático. Ya no era posible sostener la ficción de la soberanía del Estado del Mariscal Petaín. En consecuencia, yo me iba.

Alquilé un chalet en Megève, «Le Miaje».

¿Por qué Megève? Porque se esquía, un buen número de mis amigos se encuentra allí, Suiza no está muy lejos, por lo menos al principio la ocupación es italiana. Es decir que el ambiente era totalmente distinto. Esta anécdota lo probará.

Pronto, ya no fui más libre en Megève, sino que estaba en residencia vigilada. En efecto, la República Dominicana había roto, a su turno, las relaciones diplomáticas con Vichy. Y Vichy, como Berlín, había enterrado a los diplomáticos «enemigos» en Amelle-les-Bains. Yo obtuve permiso para quedarme en nuestro chalet megevano a condición de presentarse todos los días a la germandería. No era sino una pequeña medida, pero muy simbólica de una situación que iba por todas partes endureciéndose.

Un maquis empezaba a organizarse en la región. Alguien tuvo la idea de hacer una colecta para los residentes. Naturalmente, yo dí mi participación. El Capitán italiano fue informado, me convocó. Bastante inquieto, me recibió en su oficina.

-Señor Rubirosa, me dijo, supe que usted ha participado en una colecta para los maquis. Si usted continúa en jugar ese jueguito, podrá costarle..

El se paró de ahí. Por lo demás aún antes de la caída de Mussolini, los alemanes habían reemplazado a los Alpini\*, en esta zona fronteriza, el clima era otro. Tanto más cuando los maquis habían aumentado considerablemente. Toda la población los ayudaba. Había operaciones que eran decididas por gente como yo. Nosotros beneficiábamos la complicidad de los gendarmes franceses. Los alemanes lo sentían, reforzaban su policía, endurecían sus medidas de control. La Gestapo tenía su centro en Chamonix y un representante en Negève, otro en Asturias, nombrado Otto.

Antiguo esquiador, conocía admirablemente la montaña, hablaba francés, y dió tantos golpes al maquis, que éste decidió suprimirlo.

Fue en mi casa donde se tomó la decisión. Los maquis querían atacarlo cuando él saliera de su casa, en Megève. Pero yo intervine.



-No, no lo hagan aquí, dije ustedes van a estallar represalias contra la población. Tiéndanle una emboscada en el camino.

Me oyeron. Mejor dicho, trataron de oírme. Tres o cuatro veces, trataron de cogerlo en la carretera. Sin resultados. Otto era muy sagaz. Al final, dos matarifes bajaron de lo alto de las montañas. Que hubiera o no represalias, les importaba bien poco. Al contrario represalias quería decir más odio, y más odio quería decir más gente en el maquis. Ellos fueron directamente al chalet de Otto, y cuando él salió a la puerta de su casa le descargaron dos Colts en la cabeza.

El eco de las detonaciones no había terminado de escucharse, cuando toda la población masculina de Megève: B. O. F., israelíes bastantes numerosos, saboyardos, refugiados de todas las calañas, huían a la montaña para no servir de rehén. Quedé solo, pues no tenía derecho a moverme.

Pero, cosa curiosa, los alemanes no se movieron de inmediato. Poco a poco, cada cual volvió atendiéndose al quien vive por algunos días más, y luego persuadidos de que todo el peligro había pasado y que no habría represalias alemanas. Y, naturalmente, fue entonces cuando los camiones llegaron. Bloquearon la entrada y salida del pueblo y, en una mañana saquearon todos los judíos, quienes fueron enviados a Montlue, la prisión de Lyon y de ahí, deportados.

Me encontré con la mujer de Otto. Era una persona muy bonita, con quien yo había tenido la mejor de las relaciones. Me hizo una señal con la cabeza. Comprendí que debía seguirla. Cuando estuvimos algo aparte, me dijo:

-Tenga cuidado, Rubi. La víspera de su muerte, mi marido me había dicho que la Gestapo de Chamonix estaba persuadida que usted era del servicio de inteligencia. Sin que usted se dé cuenta, sus gestos y movimientos están vigilados. Lo tienen con la cuerda floja. Pero un día ellos van a tirar de esa cuerda. Y será atrapado. Debería irse de Megève.

Le dí las gracias. Este aviso me salvó la vida. Tengo entonces la prueba de que las amistades femeninas no solamente son disgustos lo que nos causan.

Puse en conocimiento a mi amigo Jean Pierre Wimille, que vino a hacer ski, de la necesidad en la que me encontraba: tenía que escaparme de Megève.

Para ésto necesitaba cierto número de cómplices y ayuda. Jean Pierre resolvió maravillosamente el problema de la locomoción: me envió desde París un carro, qué sería manejado por uno de los amigos de carreras automovilistas, llamado Ralph, que se convertiría en mi corredor.

-No, no lo hagan aquí, dije ustedes van a estallar represalias contra la población. Tiéndanle una emboscada en el camino.

Me oyeron. Mejor dicho, trataron de oírme. Tres o cuatro veces, trataron de cogerlo en la carretera. Sin resultados. Otto era muy sagaz. Al final, dos matarifes bajaron de lo alto de las montañas. Que hubiera o no represalias, les importaba bien poco. Al contrario represalias quería decir más odio, y más odio quería decir más gente en el maquis. Ellos fueron directamente al chalet de Otto, y cuando él salió a la puerta de su casa le descargaron dos Colts en la cabeza.

El eco de las detonaciones no había terminado de escucharse, cuando toda la población masculina de Megève: B. O. F., israelíes bastantes numerosos, saboyardos, refugiados de todas las calañas, huían a la montaña para no servir de rehén. Quedé solo, pues no tenía derecho a moverme.

Pero, cosa curiosa, los alemanes no se movieron de inmediato. Poco a poco, cada cual volvió atendiéndose al quien vive por algunos días más, y luego persuadidos de que todo el peligro había pasado y que no habría represalias alemanas. Y, naturalmente, fue entonces cuando los camiones llegaron. Bloquearon la entrada y salida del pueblo y, en una mañana saquearon todos los judíos, quienes fueron enviados a Montlue, la prisión de Lyon y de ahí, deportados.

Me encontré con la mujer de Otto. Era una persona muy bonita, con quien yo había tenido la mejor de las relaciones. Me hizo una señal con la cabeza. Comprendí que debía seguirla. Cuando estuvimos algo aparte, me dijo:

-Tenga cuidado, Rubi. La víspera de su muerte, mi marido me había dicho que la Gestapo de Chamonix estaba persuadida que usted era del servicio de inteligencia. Sin que usted se dé cuenta, sus gestos y movimientos están vigilados. Lo tienen con la cuerda floja. Pero un día ellos van a tirar de esa cuerda. Y será atrapado. Debería irse de Megève.

Le dí las gracias. Este aviso me salvó la vida. Tengo entonces la prueba de que las amistades femeninas no solamente son disgustos lo que nos causan.

Puse en conocimiento a mi amigo Jean Pierre Wimille, que vino a hacer ski, de la necesidad en la que me encontraba: tenía que escaparme de Megève.

Para ésto necesitaba cierto número de cómplices y ayuda. Jean Pierre resolvió maravillosamente el problema de la locomoción: me envió desde París un carro, qué sería manejado por uno de los amigos de carreras automovilistas, llamado Ralph, que se convertiría en mi corredor.

-Ya le he preparado el mejor de los escondites de París, me dijo.

Un reparador de esquíes, mi amigo Euchariste Seigneur, me agenció papeles falsos a nombre de Pierre Ricard y Georgette Allais. Se dispuso el disfraz de Danielle. Se le hicieron fotografías con el cabello estirado y unos grandes espejuelos sobre la nariz. La gasolina naturalmente se compró en el mercado negro. Y así que la partida para Lyon.

El «mejor escondite de París» se encontraba en la avenida del Commandant Charcot en Neuilly. En realidad era una especie de placa giratoria donde los miembros de la alambrada no cesaban de parar, armados hasta los dientes, lo que inquietaba bastante a Danielle. Allí estaban Ralph, Jean Pierre Wimille y Pierre Légonie. No oíamos hablar más que de ayuda a otros, operaciones, sabotajes. Yo había hecho una visita a la portera de mi apartamento del Bulevar Julien Potin, en Neuilly. Ella me había prevenido que la policía alemana había ido a verme. Esto no nos hacía ninguna gracia.

-Si nos quedamos aquí, algo malo nos va a pasar, dice Danielle. Yo tengo una finquita en la isla de Francia, en Septeuil. Queda como a unos sesenta kilómetros de París. Yo creo que estaríamos más seguros allí.

Es allí donde fuimos a pasar los últimos meses de la ocupación. Yo me volví todo un campesino. Compré una vaca para poder tener mantequilla. Dos cerdos, para hacer los jamones. Seis ovejas para hacer las piernas asadas. Aprendí a ordeñar las vacas. Danielle cuidaba de sus pollos. Amigos venían a vernos, traían cognac, dejando a veces algunas armas. Esto hubiera podido meternos en líos.

En efecto, una tarde, mientras miro la vaca y estoy entregado a sueños, he aquí a la nieta del síndico de Courgent que llega toda sofocada.

-Señor, dice ella, hay milicianos donde papá. Gente con uniformes y fusiles. Buscan la casa de Danielle Darrieux. Papá hizo que saliera por el jardín, y me dijo que viniera a prevenirlos.

Algunos días anteriores había en un periódico tipo «Pilorí», un eco sobre mi perfectamente repugnante. Yo estaba denunciado como un valet de los plutócratas judeo-marxistas. Señalaban que vivía con Danielle, y el valeroso autor anónimo del suelto del periódico se extrñaba que yo no estuviese en rejas.

Llamo a Danielle. Saltamos sobre nuestras bicicletas. Por un camino ondulado, llegamos a una pequeña colina poblada de árboles que se encuentra

detrás de la casa. De allí, vemos llegar los camiones llenos de soldados en uniforme azul marino. Son los milicianos. Hablan con nuestro criado, a quien ya había dado instrucciones, y luego se van. Como medida de seguridad, vamos a dormir durante tres o cuatro noches a casa de un amigo en una finca vecina. Eran los últimos días de julio. Hubo de nuevo una alerta. La Flach alemana, había tumbado un bombardero inglés, que cayó a unos cuatrocientos metros de la casa. Soldados habían azotado la campiña en busca de los paracaidistas, no habían más que muertos. Los campesinos habían llevado los cuerpos de estos a la escuela donde se les preparó una capilla ardiente. Los alemanes no hicieron comentario alguno. Ya no era el momento. Cada día, se le veía que huían al frente de Normandíe, y su éxodo no dejó de recordar el que habían sufrido las tropas francesas cuatro años antes bajo un sol idéntico.

Y entonces, una tarde en Mantes, me encontré con nuestro primer americano. Fue en un café. Había un grupo de jóvenes visitantes que hablaban fuerte.

Uno de ellos, se inmovilizó bruscamente. Apuntó con su dedo en dirección a Danielle:

-Danielle Darrieux, dijo él con acento y arrastrando el EUX.

El piloteaba un piper-cub. Hicimos amistad. Los invitamos a cenar. Ellos soñaban con cosas frescas, nosotros con los productos americanos. En un gran trueque de conservas contra marcos del país festejamos nuestra primera noche de liberados.

---

\*Nota del traductor: /Grupo especializado del ejército italiano que opera en Los Alpes.

## XVI

### Doris Duke

No pude saborear por mucho tiempo las fiestas de la victoria y la libertad que había vuelto a encontrar en París este verano del 44. Una noche, a principios de septiembre, habíamos ido a una de las primeras fiestas de París liberado, con nuestros amigos Bill Hearst & Vassilopoulos, un diplomático griego que estaba acompañado por su esposa Edmée. A las dos de la mañana Vassilopoulos nos lleva a casa, en su carro en el cual también se encuentra su amigo suizo pariente del embajador de la Confederación Helvética de París. Para llegar a Neuilly, subimos el bulevar Malesherbes. Vassilopoulos guía con Edmée a su derecha. Detrás, yo me siento entre Danielle a mi izquierda y el joven suizo. Corremos con los vidrios cerrados- De repente dice Danielle.

-Oigan, un tiro.

Vassilopoulos disminuye la velocidad, frena y cuando va a parar, una verdadera ráfaga explota detrás de nosotros. Edmée da un grito. Una bala hizo blanco en ella. Al mismo tiempo siento como si me hubieran dado un fuetazo por la espalda. Pero no me duele mucho. Además, seguido, tengo la impresión de un objeto muy caliente que ha penetrado muy profundo. No digo nada porque delante la pobre mujer grita. Ella sangra enormemente. En un minuto el asiento está cubierto de sangre. Dentro el carro es un drama. Vassilopoulos coge a su mujer en sus brazos, le grita:

-Querida, no te mueras.

Yo empiezo a sentirme mal. No quiero asustar a Danielle. Me abrí el cuello. Respiro con dificultad. Siento el sudor que me chorrea por el cuerpo. El suizo ha salido, ha empezado a hablar de los derechos de cada uno, de la civilización, de la «liberté».

-Es posible que en París se pueda asesinar gente en plena calle grita él.

Pero la patrulla que tiró ha desaparecido. Y el joven suizo, que se quedará ahí, la encontrará más tarde.

Mientras tanto yo murmuro:

-De nada sirve gritar aquí. Yo también estoy herido, vamos pronto al hospital más cercano.

Danielle se pone inmediatamente en movimiento.

-¿Qué tienes? ¿Dónde estás herido?

Yo apenas podía respirar ya. Tengo la impresión que algo se va dentro de mí: la vida, sin duda. Y en ese instante preciso de mí un extraño reporte. Nunca había sido herido de noche en París, y sin embargo, con una precisión extraordinaria una palabra se me impuso: Marmottan. Pude guiar a Vassilopoulos, hacia el hospital de socorros, los recuerdos de una niñez pasada en ese barrio volvían a la memoria.

-Izquierda... derecha, la próxima calle. Ahí tú vas a doblar. Edmée no para de gritar e hicimos una entrada bastante llamativa en ese hospital. Enfermeros rodearon el carro. Sacaron a la señora Vassilopoulos. Yo, quise bajarme. Mis piernas no me aguantaron. Tuvieron que llevarme y, como no decía nada, me depositaron en una sala donde desintoxicaban a unos soldados americanos.

-Si me dejan aquí, voy a morir, le he dicho a Danielle. Estos son hospitales de socorros. Uno no sabe lo que valen los internos de servicios. Puede uno caer en manos de un malo o de un bueno. Lo que yo tengo es serio, yo lo siento. Llama por teléfono al Profesor Funk Brentano. El profesor Brentano que es uno de los grandes cirujanos de París, me había operado de apendicitis. La pobre Danielle busca el número, lo encuentra, despierta al doctor y como loca le grita:

-Rubi debe de tener por lo menos cuatro balazos en los riñones.

-¿Es que él no puede mover sus piernas? pregunta el Profesor que no pierde la calma.

-Yo no se. En todo caso, él no puede caminar.

-Ah! Pues bien, es mejor que allá mismo se ocupen de eso. Ellos saben su asunto.

Y no vino. Por un momento pensé que si él no había venido, es porque él me creía un caso perdido. El había hecho un juicio sano sobre la situación. Si había que esperarlo, habría muerto antes de su llegada. Pero como fuera, por poco me muero cuando supe que no venía! Edmée ya estaba en la sala de operaciones. Como ella gritaba, la atendieron seguido. Sentado en el piso, yo fumaba un cigarrillo, convencido que era el último. Nadie se ocupaba de mí. Al cabo de un rato un enfermero que pasaba me pregunto:

¿Qué hace usted ahí?

-Yo tengo un balazo en la espalda.

-¿Y usted no dice nada? Voy a buscar al doctor Adam.

Era el interno de servicio. Uno bueno. Me pasaron seguido a la radioscopia. Cuando él vió los daños, dió un pitazo y dijo:

-A la sala de operación seguida. Preparen la anestesia.

Me llevaron en camilla de ruedas. En el ascensor el doctor estaba a mi lado.

-¿Cree que saldré de esta?

-Seguro que sí, no se preocupe.

Pero sin embargo, él no tenía aire de muy convencido.

Ahí está la mesa de operación, la mascarilla. Les dió mucho trabajo dormirme. Yo resistía. Ese sueño que me imponían era la muerte, y yo no quería morir.

Desperté al día siguiente a eso de las doce. Me sentía muy bien. Me dijeron que la operación había durado dos horas y media.

¿Qué tipo de operación fue?

La operación ha tenido éxito, pero de todas maneras usted no puede quedarse aquí, ya que no es más que un hospital de socorros. Me llevaron en ambulancia a una clínica en Neuilly. El doctor Adam venía a verme diariamente.- Las primeras visitas fueron agradables. Yo mejoraba. Luego, poco a poco me puse muy débil. El dolor aumentaba. Deliraba. Como me había resfriado, tosía, y, a cada ataque de tos, sentía veinte bayonetas penetrar en mi cuerpo. Me moría de sed. No me daban nada para beber. Solamente me permitían lamer una cucharada de agua que Danielle, quien no dejaba mi lado, me daba temblando y llorosa.

Edmée estaba en la habitación de al lado. Sus heridas no eran peligrosas pero muy feas. La explosión de la bala había hecho un cráter en la nalga. Yo no tenía más que un gran hoyo en la espalda pero era suficiente para dejar salir la vida.

Un día le pregunto al doctor:

-¿Oígame doctor, cree usted que viviré?

-¿Usted quiere realmente saberlo?

-Sí, dígamelo, lo prefiero.

-Pues bien, si dentro de cinco días no hay infección, usted vivirá. Pero si la infección se declara, creo que no podemos hacer nada.

Fueron cinco días abominables. Yo me espiaba. Trataba de analizar esa debilidad que me paralizaba. Yo no paraba de pasear mis manos sobre mi cuerpo herido. Apretar aquí, allí, aquí de nuevo, y cuando me dolía, me decía que era el pus que empezaba a formarse. Pero yo luchaba. Yo me sentía joven. Yo no quería morir tan pronto y tan tontamente, por nada.

Yo me aferraba a todas las razones de esperar. Así, un recuerdo del pasado surgió. Era en Berlín, en 1936. Yo paseaba con un amigo guatemalteco. Viendo un edificio, él me dijo:

-Ahí es donde vive Fraü Ackermann, la célebre pitonisa.

-Vamos a verla.

Ella me embadurnó las manos de tinta negra y yo debía ponerlas sobre dos hojas de papel blanco.

-Vuelva mañana, dijo ella.

Al día siguiente me dijo, que yo me divorciaría dentro de dos años.

-Dentro de ocho años, tendría un accidente grave, por un arma de fuego. Todo el mundo lo creerá muerto. Pero usted salvará por un milagro. Fraü Ackermann, no se había equivocado en la fecha del divorcio ni del accidente. ¿Había visto bien cuando me anunció la buena noticia?

Habían encontrado la patrulla. Nuestro suizo idealista, había removido todo París y había terminado por encontrar el nido de la semi-sección de F.T.P. que nos había atacado. Y no eran malos diablos. Muchachos que habían empezado a jugar a la guerra cuando ya se había terminado, y que querían hacer sensaciones.

-Les pedimos los requerimientos, y no se pasaron, dijeron ellos. Entonces creímos que eran alemanes y tiramos.

-¿Pero cuando el carro se paró? ¿Cuando las personas se bajaron ustedes vieron muy bien que no eran alemanes? ¿Porqué no se identificaron?

-Nos dimos cuenta que habíamos cometido una estupidez y nos largamos.

No había nada que contestar. Estas cosas son las cotidianas en períodos revueltos. Un golpe de mala suerte, es todo. Pero yo no quería morir víctima de una mala suerte.

En fin, ese quinto día llegó. El médico vino. Me examinó. Me miró arrugando la frente:



-Todo va a salir bien.

El tenía un aire picaresco de satisfacción, pero yo estaba más contento que él.

Tuve que quedarme un mes más en la clínica. Luego me llevaron a mi casa. Yo tenía que estar inmóvil, con una faja que empezaba debajo del vientre y subía hasta el pecho. Como nunca había enfermado, este tiempo me pareció demasiado largo. Y sin embargo, yo experimentaba una sensación curiosa: renacía en mí, un apetito todavía más grande de la vida, y de la gente viva.

Durante esta larga convalecencia, la guerra se terminaba entre sobresaltos y convulsiones. En París, el Gobierno Provisional del general de Gaulle se estableció. Yo creí que continuaría ocupando mi puesto de Encargado de Negocios de mi país, en Francia. Pero el Quai d'Orsay hizo saber a las Embajadas extranjeras que sería preferible que los diplomáticos que habían estado de puesto en Vichy, no fueran nombrados en París.

Entonces yo fui nombrado en Roma, lo que nos agradaba a medias. En efecto, la partida para Italia, en el momento que el cine recomenzaba en Francia tenía que molestar a Danielle. Sin embargo, ella me acompañó hasta que empezó el rodaje de su próxima película, pues yo no quería interrumpir esta extraordinaria carrera.

Su llegada a Roma no pasó inadvertida. Una periodista se presentó al día siguiente de habernos instalado en el hotel, una periodista distinta en su género, puesto que a la vez de reportera, estaba considerada la mujer más rica del mundo. Se llamaba Doris Duke. Ella había sido dueña de un diario: El «Rome American Daily» que ella había confiado a un equipo de periodistas de «Stars and Strips». Ella trabajaba para el «Harpers Bazar». Su padre, quien había sido el presidente del «American Tabacco», le había legado el gusto al trabajo.

Desayunamos los tres. Doris me pareció vivaracha, jovial, con ese no sé qué que pueden tener las americanas. Pero yo estaba lejos de pensar que algunos meses más tarde, yo estaría completamente subyugado por ella.

Por el momento, con Danielle, la felicidad continuaba. Pero hubo esa partida y fue el comienzo del giro.

Yo iba con frecuencia a París, donde siempre conservamos nuestro apartamento en Neuilly. Yo seguía con gusto el desarrollo completo de su talento. La arrebatadora actriz se convertía en una gran cómica. Todo lo que ella hubiera podido desear se le ofreció por productores americanos, deseosos de tenerla en Hollywood.

## XVII

Poco a poco, a fuerza de dividirme entre Roma y París, a fuerza de vivir de aquí y allá, vidas independientes, no solamente hubo 1,000 Kms. entre nosotros, sino algo más llamado ausencia, separación, vidas distintas, la gente que el uno frecuentaba y que el otro no conocía, la costumbre que lentamente se adquiere, día por día, de vivir sin su doble, sin su eco.

Todavía estaba enamorado de ella. Danielle tuvo que ir a Marruecos para filmar una película y me invitó a acompañarla.

Yo estaba ocupado en Roma y tuve que posponer el viaje. Más tarde cuando llegué a París, encontré una contra orden.

«Es inútil que vengas, yo te veré más tarde».

Esto lo recibí como una bofetada. Dos días después yo estaba en Marruecos. Danielle tenía razón. Mi presencia era inútil. Tuvimos una larga conversación. Nada de escenas, donde el amor y la pasión se traducen por palabras violentas y gritos de cólera. Una larga discusión lenta y triste. Yo me dí cuenta de que hacía algún tiempo que ella había notado mis pequeñas locuras, mis fallos a la estricta ortodoxia conyugal. Nada se le había escapado. Ella llega hasta pintar un cuadro todavía más negro que el verdadero. Ella no me guardaba rencor. Ella simplemente se daba por vencida.

-Yo he esperado para decirte estas cosas hasta estar segura de mí. Segura de que podría vivir sin tí, segura de que no me sentiría tentada a regresar a tu lado. Ahora puedo decirte adiós, Rubi.

Yo la escuchaba anonadado, sin reacción, sin contestación. Todavía la quería, pero no me defendí, no busqué excusas. Regresé a París.

Con la tristeza de un rompimiento, se mezcla siempre el gusto de la libertad recobrada. De día me hundía en el trabajo y de noche en la parranda. Tuve entonces la oportunidad de ese estado de vacaciones y de ociosidad sentimental donde uno se estremece después del fin de unos amores. Doris estaba allí, alegre, elegante, encantadora, con quien me entendía maravillosamente y por la cual yo sentía un sentimiento más

y más vivo. Teníamos muchos gustos en comunes, nos gustaba París, la poesía familiar y sutil de la Rive Gauche, la música. Las horas que estábamos juntos pasaban rápidas y alegres. A menudo nos íbamos para el Cap d'Antibes, donde compartíamos con entusiasmo el sol, el mar espejeante, el decoro colorante y las noches rechinantes con el canto de las cigarras. Pronto, tuvimos que rendirnos ante la evidencia: no éramos solamente un hombre y una mujer que se gustaban, nos habíamos convertido en una pareja.

Cuando se pronunció el divorcio entre Danielle y yo, me casé con Doris Duke en la Legación Dominicana en París. Un matrimonio muy íntimo. Mis testigos fueron Jean-Pierre Wimille y Pierre Légonie. Nos instalamos en la Rive Gauche. Teníamos la intención de pasar nuestra luna de miel en Hawaii, que yo no conocía y donde Doris tenía una extraordinaria propiedad. Pero antes, queríamos asegurarnos una casa en París, una casa escogida, amueblada y decorada a nuestro gusto. Nos gustaba el arte francés del siglo XVIII más que nada y pasábamos parte de nuestros días estudiando proposiciones e imaginando decoraciones. A mí siempre me gustó «instalar» la casa que iba a vivir, pero nada más que el amor en sus comienzos para realizar esa tarea.

Por las noches había el período asombroso del St. Germain-des-Prés, donde la post-guerra buscaba la nueva forma de su faz. En las nuevas del Tabou, o del viejo Colombier, mujeres jóvenes de pelo largo y genios descuidados expresaban un arquismo de pacotilla que no resistiría el éxito por mucho tiempo.

Por la mañana era el polo en el césped de Bogatelle. Pierre Dobadie fue mi mentor. Hacía tiempo que yo quería practicar este deporte, uno de los más viejos del mundo. Siglos antes de Cristo, los Persas lo jugaban. En Isapahan, se vé cerca del palacio, una gran plaza: que fue un terreno de polo. Y los sultanes de sus balcones asistían a los juegos que eran parte de la magnificencia del Imperio de Darío.

El polo, que viene de la palabra tibetiana (pallu-balle) se jugaba en la frontera de las Indias y Persia. Fue allí donde los soldados británicos lo descubrieron y luego lo trajeron a Europa. No había practicado mucho la equitación. Pero ese juego me entusiasmó, sobre todo que lo aprendí en el momento que la técnica tomaba otro giro. El polo evolucionaba virilizándose. Se buscaba más rapidez, lo que quiere decir, más violencia.

Así pues, por mucho tiempo, el caballo, que el jugador de polo montaba, era pequeño. Pero dado a la nueva tendencia, fue reemplazado

por «pura sangre», caballos rápidos y resistentes. El esfuerzo físico que exige un juego, los riesgos que se corren, esa reproducción pacífica de las peleas salvajes, se ajustaba estupendamente a mi temperamento. Tan bien, que cuando mi gobierno me ofreció una embajada en la América del Sur, yo pedí que me dieran Buenos Aires.

Argentina es la Meca del Polo. Es cierto que en Francia hay numerosos terrenos de juego. Se juega en París, de mayo a julio, pero delante de unas doscientas personas que toman sus asientos en las gradas de Bagatelle, y algunas señoras elegantes que toman el té sentadas en las mesas del club.

Luego está Vittel y sobretodo Deauville, en el mes de agosto, donde se juega el mejor Polo de Francia. Antes en septiembre, estaba Biarritz pero el sindicato de iniciativa creyó conveniente suprimir esta distracción que consideraba le costaba cara. Perdió, sin pensarlo, una clientela que gustaba mucho en Biarritz.

Pero a decir verdad el público que frecuenta estos terrenos no debe llegar a mil personas. Lo que es penoso, pues el polo es un juego muy espectacular, y muy público y los argentinos lo saben. Si en París hay una veintena de jugadores, en Argentina hay por lo menos cuatro mil. Y si hay doscientos espectadores en París, no es raro ver unos veinte mil espectadores entusiastas para el final de l'Open. Repito, el polo es un deporte agobiante. Agobiante para los caballos: de sus cualidades depende a menudo el resultado, pero también agobiante para los caballeros.

Yo recuerdo haber disputado en Dallas (Texas) un torneo sin haber montado a caballo desde hacía meses. Cuando terminé, yo creía que todos los huesos de mi cuerpo se habían roto. Pasé varios días, anquilosado, víctima de horribles agujetas.

Estoy pues tan posesionado por el polo que digo:

-Para Argentina.

Dejamos la casa de la calle Bellechasse que habíamos empezado a decorar con Henri Samuel. Y partimos para Lisboa, Dakar, Récife, Río, Montevideo. Cuarenta y ocho horas de vuelo. Directamente de Bagatelle a Palermo, al corazón del mundo del polo.

## XVIII

### El Tesoro del Caribe

Existe en la vida de cada hombre, al menos así pienso yo, períodos que vistos en las perspectivas de algunos años, parecen irreales. Cuando los evocamos, todo parece increíble, los grandes hechos y los menudos detalles. La persona que surge del pasado y que debería ser uno, no se nos asemeja. Es algo así como una caricatura de nuestro auténtico «yo», una caricatura que los recuerdos hacen a la vez monstruosa y desdibujada.

El período que yo conocí a mi regreso de la Argentina es de este género. Comencé por incomodarme con Doris. ¿Por qué? No podría decirlo exactamente. La causa es también ahora un tercero, una amiga de Doris que se había hospedado en nuestra casa y que jugaba el mismo juego que la primera de Flor. Era una músico de Jazz, que le daba lecciones de piano y a quien Doris se había aferrado. Una americana extraña autoritaria que siempre tenía algo que decir y dolida tal vez de que mi presencia le impidiese a Doris hacer todos sus caprichos. Inmediatamente, el tono de nuestras pequeñas diferencias se acentuó y se agrió. Yo jamás he sentido gusto por las disputas. Un buen día, Doris habló de divorcio. Ahí, además de la pianista, estaba su amigo que era abogado.

Bien, -dije yo bruscamente- perfecto! Aprovechemos la presencia de este señor. Al menos por una vez será útil para algo. Divorciémonos.

Doris, que no dejaba jamás sin respuesta una punta, ripostó, una octava más alta. Tres minutos después, las estilográficas estaban en ristre, la documentación firmada. Esa misma tarde, Doris abandonó la casa y voló hacia los Estados Unidos. Esto era tan idiota que no se compadecía con el hecho de que no teníamos ningún deseo de separarnos. La prueba:

Algunas semanas más tarde, ella me telefonó

-¿Qué haces, Rubi? ¿No te aburres?

-No.

-¿Estás de mal humor?

Para una mujer que acaba de divorciarse violentamente, esta era una cuestión enorme planteársela a su marido.

-No, no estoy de mal genio.

-¿Estás enojado?

-¿Por qué voy a estarlo?

-Entonces, ven a verme.

-Si tú lo deseas.

Apenas dejé de hablar con ella, volé en el primer avión.

Ella me aguardaba en Nueva York. Partimos a una nueva luna de miel para Hawai donde Doris poseía una maravillosa mansión.

Naturalmente, al cabo de unos meses comenzaron nuestras querellas.

Durante un año yo no hacía más que romper con Doris, reunirme de nuevo con ella, romper otra vez, reencontrarla, todo esto en un movimiento tumultuoso de aviones, que no cesaban de traerme y llevarme de Europa a los Estados Unidos. Cuando yo estaba en Palm Beach nada me parecía más bello que una caída de sol sobre el horizonte de la isla de San Luís. Luego cuando me encontraba en París bajo las grises luces del otoño, un París todavía resentido de la guerra, no aspiraba a otra cosa que al sol de California.

Sin embargo, en el entretanto, yo había levantado algunos negocios, entre los cuales una pesquería en el Congo. Yo había comprado, en la costa atlántica francesa, barcos de pesca que debían trabajar a lo largo de las costas africanas y que tendrían como puerto de atracó a Pointe Noire. Solamente que, Pointe Noire, estaba muy lejos. Yo dejé pues allá a un director francés que tendría que realizar el trabajo que yo mismo debía hacer. Regresé a París. Tenía todavía dos o tres pesqueros en reparación en La Rochelle. Uno, se llamaba él «Re». Se le daba los últimos toques antes de hacerlo partir para el Congo, cuando un buen día, un amigo me dijo. Yo quisiera que tú te enfrentases con un camarada, se llama Korganoff. El está obsesionado por la historia de un tesorero perdido en el Caribe, que yo creo que te va a interesar. A tí que amas el misterio, el juego, la aventura, tienes en eso bastante en qué complacerte.

Yo estaba, como se suele decir, disponible y vacante.

-Tráeme a tu Korganoff.

Al día siguiente llegó un hombre aproximadamente de treinta años y que

tenía toda la apariencia de un adolescente. Era alto, esbelto, rubio con unos ojos muy claros y unos labios intranquilos, que la fiebre crispaba. Traía bajo el brazo una voluminosa documentación que dejó caer por tierra. La desenvolvió. Aquí mapas, más allá textos, más lejos documentos náuticos, más allá aún densos libros encuadernados a la antigua, con guarniciones de hierro que recuerdan las colecciones de archivos. Y él comenzó a narrarme una historia formidable. En un abrir y cerrar los ojos quedé poseído del asunto, arrebatado, y estaba más loco aún que el propio Korganoff, que no es poco decir.

Esta historia, dicha en breve, es la siguiente:

El 2 de octubre de 1639, un galeón español de trescientas cincuenta toneladas acompañado de veinte galeones que se llamaba Nuestra Señora de la Concepción, había naufragado a noventa millas al norte de la costa norte de Santo Domingo, sobre bancos de corales que afloraban y que recibían el nombre de Banco de la Plata.

Este galeón, Nuestra Señora de la Concepción, llegaba de México vía La Habana. Estaba cargado de lingotes de plata, de prendas y de piezas de oro. Al chocar con un arrecife, el Almirante Villavicencio, hizo colocar los preciosos metales sobre el puente. Luego se tiró una chalupa al mar. Alrededor de quince hombres se instalaron en ella. El galeón desventrado por una punta de coral, se mantenía a flor de agua. El Almirante esperaba tener tiempo para traer socorros y salvar el cargamento. Con sus hombres, desembarcó en Puerto Plata, atravesó toda la isla para llegar a la Capital y referir lo del naufragio.

El tesoro que se encontraba a bordo era de tal magnitud (barras de plata, lingotes de oro, prendas, pedrerías, destinadas al rey de España) que al punto saltaron expediciones de salvamento. Pero cuando llegaron a la vista del Banco de la Plata, el galeón había desaparecido, sólo se veía la mar que se movía sobre los arrecifes. Muchas expediciones, organizadas luego, no dieron por resultado encontrar a Nuestra Señora de la Concepción.

Doscientos años más tarde, en 1864, vio la luz la narración, de un carpintero inglés que vivía en América, de nombre William Phips. Phips había tenido acceso al Archivo de Indias cuyo museo se encuentra en Sevilla. Allí, él había encontrado la declaración hecha ante la «Real Audiencia», o tribunal, por el Almirante Villavicencio. Había sabido igualmente, por diferentes testimonios, tanto del naufragio como de la pérdida del tesoro. Luego, financiado por el Duque d'Albemarle, fletó un navío de vela y llegó a Santo Domingo.

Por espacio de dos años, Phips, que ahora era el capitán Phips, había realizado búsquedas en el Banco de la Plata. Había tenido terribles molestias. Sus marinos se le amotinaron y tuvo que hacerlos reducir a prisión en la Fortaleza de Puerto Plata. Le robaron, lo amenazaron. Tuvo que cambiar de barco. A despecho de todos esos contratiempos, un buen día, la suerte le sonreía. Desde lo alto de su barco él había visto bajo las aguas claras y de escasa profundidad, una floración de corales. Un indio había buceado y al volver a flor de agua traía en las manos un puñado de piezas de oro.

Es ahí, concluyó el capitán Phips. Empezó trabajos de buceo y descubrió bien el cascarón del galeón. Los buzos subieron todo lo que se encontraba sobre el puente, a saber, veinte toneladas de plata en barra. Pero ellos no pudieron quebrantar el pañol donde se encontraba el resto de la carga, a pesar de una segunda tentativa del capitán.

En su diario de a bordo, Phips daba la posición exacta del galeón. El había hecho hasta un diseño que si bien muy mal trazado era sin embargo preciso. En efecto, la característica de este dibujo es que presentaba la punta de roca que sobrepasaba en cincuenta centímetros a la marea alta. En consecuencia, cuando esta punta quedase identificada, no habría más necesidad de bucear; allí se encontraría el galeón cargado de plata, de oro y de prestigiosas pedrerías.

Esto no era una novela. Korganoff había verificado los dichos de Phips. También él había estado en Sevilla donde había compulsado los documentos en el Archivo General de Indias.



## XIX

Era tan fabuloso y tan evidente a la vez que yo no titubeé un segundo.

-Chócala. Dije. Estoy de acuerdo. Vamos a organizar la expedición. Yo tengo una embarcación La Rochelle. El «RE». vamos a arreglarlo para esta tarea particular.

-¿Y la tripulación? me preguntó Korganof.

-Sí. Y la tripulación.

Ese fue mi error: una empresa semejante no se podía tentar sino con camaradas y buceadores aficionados como los que reunió después el Comandante Cousteau, de cuyos trabajos ignorábamos entonces.

Me dirigí a La Rochelle. Contraté un joven Capitán de nombre Prejean. Todo está listo, y el 26 de febrero 1952, partimos.

Alejandro Korganof me reemplaza a bordo porque no tengo tiempo de perder 26 días de viaje. Alcanzo la ciudad de Santo Domingo por avión donde él «RE», batiendo bandera roja porque a su bordo viene un cargamento de 600 kilos de dinamita que debe servir para romper los arrecifes de coral dentro de los cuales la «Concepción» está engastada, hace su entrada en el puerto de Puerto Plata.

Mientras, que fui dos veces a volar por encima del banco de La Plata Es un lugar espantoso: cincuenta mil metros cuadrados de coral a flor de agua. Para navegar ahí dentro se va a necesitar hombres resueltos y de habilidad.

Sin embargo, mi primer contacto con la tripulación se anuncia decepcionante, Prejean, el Capitán, tan pronto puso pie en tierra me pregunta:

-¿No hay carta para mí?

-Sí. También hay un paquete.

Se los doy. Salta sobre los sobres como sobre un botín. El desgraciado está enamorado, enamorado perdido de una joven que dejó en Francia. Lo que quiere decir que nada le interesa sino son las noticias de su amor. Ahí, donde necesitamos de un hombre decidido, voluntarioso, ardiente, no tene-

mos más que un joven débil que sueña todas las noches, acodado al empalletado, mirando hacia el camino del retorno.

-¿Es esa melancolía lo que lo paraliza? En todos casos comete error sobre error. Tanto pronto zarpo de Puerto Plata, el «RE» choca con la única goleta anclada en la rada, la «Thelma». La hélice de la embarcación en una de las cadenas de la goleta se enreda. Se debe bucear. El buceador titular, Morvan, rehusa. Es el tranque, un español enganchado por Korganof en las Grandes Camarias y de nombre Antonio acepta el trabajo y lo lleva bien. Pero la mala voluntad de Prejear contribuye a entorpecer el trabajo ya complicado por la incapacidad de retornar para encontrar su amor y nos deja. Es Kermorvan, el segundo, el hombre de los pescadores, quien lo reemplaza.

El 16 de marzo, en fin, salimos. El tiempo es bello. Al cabo de haber navegado unas quince horas, en un mar centellante, limpio, llegamos sobre el Banco de la Plata. Enormes corales multicolores iluminaban bajo el fuego resplandeciente del mar y del sol. Un marinero sube a lo alto del mastil y nos guía en medio del laberinto. Los fondos son variables. Pasamos finalmente de 200 a 18 metros. Y la búsqueda de nuestro Santo Great, empieza. Hemos colocado en el agua barcos neumáticos, y todos los días, bajo un sol de plomo, buscamos. Sobre la barriga, en el fondo de la canoa, untados de crema, miramos hasta que los ojos nos quemán. Se ve perfectamente el fondo. Buscamos sobre todo la punta de la roca que se parece a la que Phips ha dibujado. Para pasar el tiempo, maté con mi fusil esos tiburones que espantan nuestros buceadores quienes a pesar de las jaulas de hierro construidas especialmente, rehusan a bajar. En fin, al cabo de una semana, descubrimos algo que puede parecerse a dicha punta. No se nada en el fondo. Pero eso es normal: en estas regiones, el coral crece muy pronto, recubre y deforma todo. Para asegurarnos que no ha recubierto el galión con su vegetación, tenemos que hacerlo explotar a golpes de dinamita. Esta rompiendo el carapacho, libera fragmentos del barco naufragado, los cuales, flotando, revelan la presencia del galeón. El bombardeo empieza. Korganof, alucinado, como poseído por un demonio interior, no deja la discusión y a cada remolino provocado por la dinamita, se precipita gritando con una pequeña voz aguda.

-Lo vamos a encontrar- Lo vamos a encontrar.

Yo empiezo a darme cuenta de la dificultad. Este tesoro, que debíamos tomar, se defiende seriamente. Estoy instalado en una especie de toldilla de la

embarcación. Había comprado un freezer donde guardaba mis cervezas heladas y mis alimentos preferidos, sobre una buena colchoneta y al abrigo del terrible sol escuchaba los conciertos de Miami que rimaban las detonaciones de la dinamita. A la música de Jazz americana se mezclan también las canciones de la tripulación. Esta continúa atacando el vino rojo, creyéndose sin duda en Francia. El vino, con este calor, no tiene la virtud que enseña en las brumas de La Rechebonne. Por algunas señas, me di cuenta que si nuestros marinos tenían un sólido estómago, la cabeza era la que empezaba a fallar. Por un sí o por un no, se enfrentaban. Lo rompían todo. Mandaban a paseo a Korganof. Pasaban lo mejor de su tiempo en consultar el barómetro y diciendo que si un golpe de viento nos sorprendía en medio de estas rocas, ninguno de nosotros volvería a su casa para contar como habían pasado las cosas. Sin embargo, muy pronto comprendí que si la expedición tenía un chance de éxito -lo que parecía cada vez mas dudoso- importaba deshacerse, lo mas pronto posible de esta lamentable tripulación. Habíamos colocado ya boyas en muchos sitios, ancladas, que formaban una red complicada, limitando nuestras búsquedas. Este primer trabajo no era inútil: perdiéndolo todo, podíamos encontrarnos satisfechos, pero era importante poder avisar. -Debemos de entrar, dije a Korganof y cambiar la gente, porque de otra manera vamos a tener dificultades.

-Entramos pues. En Puerto Plata, tengo al «RE» por encima de la cabeza, de sus navegantes que no quieren navegar, de sus buzos que no quieren bucear, de Korganof, que termina por parecerse a los mágicos buscadores de piedras filosofales, tan pronto llego al muelle me alejo algunos kilómetros de la ciudad, en una maravillosa y pequeña playa llamada Long Beach. En medio de los cocoteros, hay una taberna en la cual pude apreciar el placer. Tengo necesidad de aislarme para reflexionar y para tratar de ver claro en este embrollo. Dos días más tarde, una llamada telefónica enloquecida de Korganof.

-Venga pronto, dijo, es el motín. Van a matarse. Están inaguantables y locos por el alcohol.

-Llego. Hago un recorrido por los bares donde nuestra gente vacía botellas de ron durante todo el día. Los junto. Los calmo. Todo parece más o menos arreglado. Bueno. Vuelvo a mi taberna. Apenas llego, esta vez es el comandante del puerto quien me llama.

-Si usted, no les hace parar de inmediato, me dijo, meto preso a todos sus franceses. Están haciendo explotar dinamita en el muelle.

Y Morvan, el buceador, descubriéndose un valor que no conocía hasta entonces, se divertía en darle a los detonadores en medio de los explosivos.

Fui tan pronto como pude, inquieto, porque conozco la policía de Trujillo. En Santo Domingo, en 1952, un motín vale la pena de muerte. Cuando salté de mi carro sobre el muelle, venían soldados en jeep de la Fortaleza de San Felipe, interviniendo por la queja del comandante del Puerto. El segundo, Morin, que permanecía fiel a Korganof, fue herido de gravedad.

-Mientras lo transportaban, con la mandíbula rota, al hospital Ricardo Limardo, la tripulación fue encerrada en la Fortaleza de San Felipe.

Naturalmente, cuando nuestros marinos se desemborracharon, se volvieron mansas ovejas. Iba a verlos todos los días. Me expresaron sus excusas. Lloriqueaban. Se lamentaban, yo les aseguré una alimentación decente. Pero finalmente, como no había nada más que hacer con ellos, tuve que resolver expatriarlos a La Rochelle, vía Martinica en avión.

-Todo es, por consiguiente, empezar de nuevo. Pero no estamos al final de nuestras desgracias.

El «RE» saqueado durante el tumulto, necesitaba ser reparado. Es necesario meterlo en dique seco y sólo hay un dique seco en Santo Domingo: en el puerto de Las Calderas. Para llegar ahí se debe costear a todo lo largo de la costa Noroeste y pasar el estrecho de la Mona, que es bastante peligroso. Marineros dominicanos a quienes se unió Morín, se encuentran a bordo. A lo largo de la costa de San Pedro de Macorís, la tempestad se levanta. La embarcación se echa sobre los arrecifes. La tripulación logra salvarse, pero se pierde el barco. ¿Qué hacer? Alquilo un viejo velero indígena de 13 metros: la «Santa Cruz». Un capitán tan viejo como su barco asegura el comando. Todo lo que se puede esperar, es continuar las búsquedas con ese aparato, rogando al cielo que no se abra a la primera ola un poco fuerte. Llevo aparte a Korganof y le digo:

-No trates de trabajar con los zambullidores, ni con los buzos. Sigue simplemente buscando en la superficie. Al menor vestigio de galeón, fondeas con una boya. Vuelves a tierra y me telefoneas a París.

-¿Usted se va?

-Sí, tengo otros negocios que debo atender. Pero te prometo que a tu llamada lo dejo todo para venir.

-Muy bien.

Estoy en París desde hace tres días, cuando me llega la llamada de Korganof, está tan emocionado que apenas me puede hablar: lo encontré, me balbucea.

-¿Es verdad?

-Se lo aseguro, Rubirosa.

He visto la «Concepción» con mis propios ojos.

Esta vez, la fiebre empieza a dominarme.

-Esta bien, no te muevas.

Salgo en el primer avión.

Yo no sé como me arreglo, pero dos días después, estoy en Puerto Plata. Korganof me cuenta:

-Hemos continuado haciendo lo que usted nos dijo. Unos vigías estaban en el aparejo. El velero evolucionó en medio de los arrecifes. Yo, patrullaba a bordo de la embarcación neumática, entonces el 11 de mayo, un poco antes del mediodía, por 20 metros sobre el fondo de arena, ví el cascarón del galeón. Yo no dije nada a la tripulación.

Parece estar seguro de él mismo y precisa:

-Yo he visto la forma de la proa. La línea de la figura de la proa se dibujaba también. Yo vi también el hoyo que había hecho la punta de la roca. Me hace un dibujo.

-En esas condiciones, ¿como puede usted dudar?

Alquilo un viejo vaporcito lanza torpedos, El «Pirata» y volvemos a salir para el banco de La Plata. Encontramos la boya, la cual según Korganof, marcaba el emplazamiento de «Nuestra Señora de la Concepción».

Se busca. Se mira. Nada.

Estaba furioso.

-Te has burlado de mí!

Le gritaba. O es que has visto visiones!

El se empecina.

-Es aquí, yo le digo que es aquí.

Nos obstinamos. La noche es maravillosa, calma, dorada. Sobre lo alto del barco instalé cuatro bidones vacíos de gasolina y un colchón encima. A las 9, agotado, me dormí.

De repente, una mano me sacude.

Es Korganof.

¿Oye usted?

El viento se levantó. El mar comienza a picarse. Olas cortas y bruscas asaltan la embarcación. Empeora de minuto en minuto. Ya se ven las crestas blancas batidas por el viento que silba en los brandales. El barco comienza a menearse, a tirar de su cadena. Hay llamadas terroríficas. Toda la tripulación se juntó en la parte de atrás de la embarcación. Algunos marinos rezan. De

repente, un choque más violento que los otros. El barco se encabrita como un caballo salvaje que tira de su cabestro. Una vez, dos veces pica de la nariz, pero cede de la cadena que lo mantiene. La tercera vez, el mar, y el viento son los más fuertes. Un crujir, la cadena rompe. El ancla más grande se pierde. La pequeña aguanta todavía. No aguantará mucho, me dice el Capitán. Y entonces, me recuerdo. A la salida de Puerto Plata, embarqué, yo no se por qué, una enorme barra de acero. En principio, no teníamos necesidad de la misma pero esa barra es la que nos va a salvar la vida.

La vamos a amarrar de una guindaleza para que nos sirva de ancla, dije. Ella podrá siempre frenarnos.

Ahora el tornado llegó a su máxima intensidad. La mar barre el puente. Se debe gritar para hacerse entender. Ancla no ha aguantado. Vamos a la deriva. Pero el rollo de guindaleza frena, tiempo en tiempo debe bloquearse en las infractuosidades del coral. El barco se pone de frente a las olas. Un instante nuestra deriva se detiene. Entonces un golpe más fuerte lo hace saltar y continuamos a la deriva y al rato una nueva parada. Este largo retroceso dura horas. Y entonces, apenas cien metros detrás de nosotros, una mancha blanca aparece sobre el agua: es un banco de coral que asoma y sobre el cual el mar hierve.

Y derivamos, derivamos siempre.

-El motor! -dije al mecánico.

Perdidos por perdidos, hay que ensayar de salir.

-En plena noche, me grita al oído, durante ese tiempo, imposible de bordear. Nos vamos a reventar sobre el primer arrecife.

-No importa, se tiene que probar el golpe.

Aparte del mecánico negro, el resto de la dotación está completamente aniquilada. Los marinos están de rodillas, rezando -«virgen de la Altagracia, sálvanos», dicen ellos. Yo mismo no tengo ninguna esperanza. Mido al ojo la frágil embarcación de salvamento en la cual echamos algunos coco de agua y me pregunto:

¿Cómo aguantaremos siete personas ahí dentro, en un mar así?

El balanceo es enorme. El cabeceo es alucinante. El mecánico negro empieza a tirar de su motor de arranque. Un golpe, apenas una explosión. Dos golpes, varias explosiones. Tres golpes y parte del motor de arranque le queda en las manos. Lo repara. Los arrecifes ya se encuentran a sesenta metros y entonces asisto a una hazaña de un gran hombre. Esta vez, el motor de arran-

que funciona, pero no así el motor. Entonces en un barco que se mueve como una cáscara de nuez y sobre el cual el mar rompe, nuestro mecánico desarma el motor, encuentra la causa del desperfecto, lo repara y lo arregla! Y cuando estamos a 5 metros del arrecife, cuando no nos queda ya más remedio que echar al agua la canoa de salvamento, el motor en medio de muchas explosiones funciona, funciona tan bien como nunca lo había hecho...T el alba empieza a levantarse sobre el mar.

Hacemos funcionar el motor muy despacio al principio para resistir las corrientes. Y cuando el día se levanta, cuando se empiezan a distinguir las pasamos entre ellas, a velocidad reducida, salimos, locos de alegría, mientras que los marinos agradecen al cielo diciendo:

Son los ahogados que no quisieron que le cogiéramos su tesoro!» Nunca más, por nada del mundo, volveremos sobre el banco de la Plata.



## XXI

### Bárbara Hutton

Esta carrera al Tesoro me había curado un poco de las aventuras por un tiempo cuando menos, porque tenía que darme cuenta más tarde que me había dejado un poderoso sabor de barco y de la navegación de placer. Pero por el momento prefiero navegar sobre las aguas mejor balizadas de las ciudades, que no son del todo sin peligro.

Después de haber estado a punto de perder la vida sobre el banco de la Playa, voy a perder un puesto diplomático y ganar una mala reputación completamente falsa, víctima de maniobras de una pareja que desean divorciarse. La historia ha sido a menudo relatada de una manera parcializada y tengo empeño en contarla hoy con toda la verdad.

Una noche, en Londres, me encontré en el Club de los Embajadores con unos amigos de Polo. Entran dos mujeres y toman asiento en una mesa vecina. Una fue de mis mejores amigas. Ella entonces se casó con un gentleman que conozco perfectamente. Ella se sonrió. Me levanté para ir a saludarla. Ella me pide quedarme a beber una copa con ella, lo que me es difícil rehusar.-

Al cabo de algunos instantes de conversación, esa amiga me dice: Rubi, quisiera que me acompañes. No tengo coche. No tengo ningún deseo. Cobardeamente trato de evitar:

-Estoy con mis amigos. No puedo dejarlos.

Espero que por el tiempo transcurrido, esta ex relación comprenda y se irá de mi lado. -La dejo. Retorné a mi mesa.

Pasan una hora o dos. Y de nuevo me llama:

-Rubi, te suplico, acompáñame hasta mi hotel.

Ella insiste. -Cedo-. Me excuso acerca de mis amigos diciéndoles que voy a regresar enseguida. Salimos. Converso en el trayecto lo que hay de normal y correcto. Ninguna tentativa de ternura agresiva.

Paro frente al hotel.

-Buenas noches.

-Tú no eres muy galante que digamos. Podrías acompañarme hasta el ascensor.

Acepto otra vez. Naturalmente hasta el ascensor, sería hacerle una afrenta no llevarla hasta su cuarto. Y en la puerta de su cuarto la música continúa:

-¿Quieres beber algo?

-Pero no, debo regresar, tú lo sabes.

Ella insiste.

Es la única manera de obtener la paz. Entro.

Siéntate.

Ella me sirve un whisky.

-Vuelvo enseguida.

Efectivamente volvió seguido con un negligé verdaderamente negligé. Huelo la trampa. Se acerca a mí. Me levanto. Ella me echa los brazos alrededor del cuello. Una puerta se abre. Aparece una sirvienta. Esta vez la medida se colmó. Peleo en retirada. Sordo a todas las súplicas, retorno al Club. Y algunos días más tarde, en París, recibo un aviso: el marido de esa persona, con testimonio de la sirvienta, decide divorciarse. Soy nombrado «corresponsal» de ese divorcio. Es una expresión británica que designa al amante responsable del adulterio.

En el momento no he contestado. El proceso tuvo efecto. Estaba ausente y no había tomado el asunto en serio. Fui reconocido «corresponsal» condenado a todos los gastos, tal como lo indica la ley Inglesa, siendo nada más que una víctima de una trampa sabiamente planeada. Este asunto me hizo mucho daño. Me encontraba en New York cuando los periódicos anunciaron la noticia. Se me acusaba de haber roto un matrimonio de un célebre jugador de golf amateur, el ruido fue de los más intensos. Sobre todo Trujillo, para darse importancia y darle más fuerza al asunto, decidió destituirme, haciendo publicar en la prensa americana esta medida y las razones que la motivaron. Por ejemplo el New York Times publicó el cable que salió de Ciudad Trujillo, donde se decía que mi puesto había sido suprimido en razón de mi conducta.

En Hollywood, fuí también víctima de un marido que vivía separado de su mujer y sólo esperaba una ocasión para obtener un divorcio ventajoso. Esa ocasión la iba a suministrar yo. Cada uno hacía su vida por su lado, viviendo en casa diferente. Una noche de Navidad, en que me encontraba en casa de

una actriz tan rubia como excéntrica, él hizo irrupción, acompañado de dos detectives juramentados. El dijo al comenzar muy gentilmente:

Merry Christmans

Y, después, volviéndose hacia los hombres de Ley:

-Sírvanse comprobar.

Acababa de ganar su divorcio.

Es también en un carabet que conocí a Faruk, en el Cairo. Estaba acompañado de dos jóvenes mujeres americana y Australiana, Honeychile y Phie, que conocía. Nos saludamos. Ellas me pidieron venir a sentarse en su mesa y fui presentado a Su Majestad.

Contrariamente a lo que se decía, Faruk no bebía. No comía tampoco mucho, -salvo cuando era Chocolate- Yo lo puedo atestiguar, porque durante un mes he estado a menudo con él. Hemos pasado muchas noches juntos hasta las 5 de la mañana. Sólo bebía Orang Crush, una especie de naranjada gaseosa. Su obesidad era seguramente de un origen glandular aunque ningún médico pudo curarla. El misterio de esa obesidad es por demás asombrosa puesto que Faruk tuvo una adolescencia de una extraordinaria belleza.

Era un personaje extraño sorprendente, lleno de complejos y de imprevistos. Un día, mientras se jugaba a la Copa del Rey, estoy herido bastante seriamente. Me transportan al hotel con la cabeza maltrecha, con la nariz aplastada, vendajes por todos lados. Dos horas después, él viene a verme.

-Usted se va a aburrir mi pobre Rubi. Tengo que encontrarle compañía.

Se va. A la noche, golpean a la puerta, llego a farfullar:

-Entre.

Se aparece una cantante francesa, su favorita del momento

-Buenas noches- dijo ella. Es su Majestad quien me envía.

Yo encuentro eso raro porque de costumbre él es celoso, pero hoy él me dijo: Nuestro amigo Rubirosa fue herido en el Polo. Le vas a hacer compañía esta noche a su hotel...el pobre está solo. Entonces he venido.

Ella se sentó al borde de mi cama. Yo no podía moverme, pero fue delicioso. Esta delicadeza de Faruk me conmovió.

Algunos días más tarde, su secretario particular que se llamaba Puli Bey, me llama por teléfono.

-Su Majestad desea que usted venga a almorzar mañana, en Alejandría, a bordo de su Yate.

-Sería un placer- dije.

Pero estoy invitado con mis compañeros de juego. Madame Hilda Hana preparó un gran almuerzo en nuestro honor, en pleno desierto, bajo una tienda de campaña. Era la gran moda de la época. Toda la gente de alta sociedad del Cairo, poseía en el desierto, sus tiendas de campañas arregladas con un lujo extraordinario: cuadradas, muy amplias, tan confortables como las casas, ellas atestiguaban por la búsqueda y la magnificencia de sus tapices, de su decoración, de la vajilla de los cubiertos, todo el fasto del Oriente.

Con un equipo de Polo que había formado y que se llamaba Cibao La Pampa (porque Cibao es mi provincia dominicana, y La Pampa es simbólico de la Argentina, de la cual otros jugadores eran oriundos) habíamos jugado numerosos partidos en Egipto, a los que seguían comidas y fiestas en nuestro honor. Es en este proceso de recepciones que Madame Hilda Hana había organizado esta fiesta bajo tiendas de campaña.

Venga entonces a tomar el café dijo Puli.-

-Como dije. Tendré que encontrar un avión.

Faruk debe de estar cerca de él, porque le oigo murmurar.

Y entonces su voz se hace más clara de nuevo:

-Su Majestad dice que te va a enviar el Jefe de su aviación.

Ustedes arreglarán eso juntos.

Todo pasa tal cual. El coronel jefe de la aviación real, se presenta una hora más tarde, al hotel Semiramis. Le informo sobre el sitio exacto de la tienda de campaña. Un amigo Egipcio, Víctor Simaika, hace un croquis para el coronel, del desierto.

-El único emplazamiento del campo de aviación que podemos utilizar se encuentra aquí. Por consiguiente para llegar a la tienda, se debe recurrir a un helicóptero. Muy bien, voy a dar las órdenes en consecuencia.

Al día siguiente salimos por consiguiente al almuerzo de Madame Hilda Hana. La prevengo. Yo no podré quedarme mucho tiempo. Su Majestad me

manda a buscar en helicóptero. Ella me mira de un aire burlón, pensando que de repente tengo locuras de grandezas.

¿Usted cree? me dijo.

-Si. El jefe de la Aviación Real ha además pedido a que se extiendan sábanas no lejos de la tienda.

Muy bien, Rubi, se hará.

La comida se efectúa según el ritual de esas ceremonias donde todo está previsto para dejar el recuerdo de refinamiento más marcado. Todo lo que hay de más raro se busca donde se encuentra es ofrecido a profusión dentro del cuadro más lujoso.

## XXII

Bruscamente, se oye el ronquido de un motor. Todo el mundo sale: del cielo baja inmediatamente un enorme Sykorski llevando a su lado los escudos reales. Lentamente, en un gran rugir de motores, aterriza provocando un viento de arena. Las aspas se han parado y el coronel jefe de la aviación salta a tierra. Un nuevo saludo.

-Está usted listo, señor Rubirosa. Su Majestad lo espera.

Me despido a toda velocidad. El Sykorski brinca. Dibuja una gran vuelta recostado como los corredores de un velódromo. Volamos entre las pirámides, ya estamos en Faruk Airport. El avión personal del rey se encuentra sobre la pista de vuelo. El motor ronca. Oficiales esperan al pie de la escalera. Subo. La puerta se cierra. Un servidor me conduce hasta el elemento principal de este avión que es una cama cubierta de seda de damasco, despegamos inmediatamente: cabo sobre Alejandría. Al final de la pista dos coches oficiales están listos, vienen a situarse junto a la escalera. Treinta segundos después de haber aterrizado, enfilamos hacia el puerto. El mismo escenario. Un Chriscrasft se encuentra en el desembarcadero. Los marinos desbordan con los grifos. Adelante, dirección del yate real fondeado en plena bahía: Su Majestad se encuentra al final de la escalera de abordó.

-¿Usted hizo buen viaje?

-Sí. Fue magnífico. Tuve la impresión de utilizar una alfombra mágica. ¿Usted tenía algo que decirme de urgencia? Faruck se sorprendió.

-No. ¿Por qué? Tenía simplemente el deseo de verle. Y además hay aquí dos jóvenes que desean volverlo a ver. Dos amigas muy queridas. Vamos a pasar la noche juntos.

Tal era Faruk. Nada contaba para él sino el deseo del momento. Al año siguiente, en pleno mes de agosto, mientras la situación política se había convertido en muy grave, pero que él hubiera podido contar con el sostén del pequeño pueblo que le había guardado su afecto y su ternura (y ahí sin duda el más grave pecado de estas monarquías, que desprecian e ignoran su única razón de existir: el

amor de sus hijos), dejó el Cairo y con una corte de amigos salió para Francia no podía esperar más. Necesitaba hacer su paseo en los casinos. Faruk amaba el juego. En el Cairo, con el mismo grupo de amigos, de pachás, de favoritos del régimen, jugaba póker todas las tardes en el Automóvil Club.

Por consiguiente lo volví a ver este verano ahí en Deauville. Residía en el Hotel del Golf, yo en el Royal. Evidentemente cuando llegaba al casino, Mr. Francois André lo esperaba en la puerta.

-¿Usted juega esta noche, Majestad?

-Sí. Al ferrocarril.

-¿Cuáles son las personas que usted desea en su mesa.?

-Yo quiero a Rubirosa a mi derecha. El Pacha...aquí. Señor M...ahí. Y habrá también dos o tres sitios para quienes lo quieran.

Su presencia vaciaba las otras mesas. Había multitud para mirarlo porque él jugaba un juego espectacular. Tiraba cuando no había necesidad, expresamente para irritar los otros. Cuando ganaba estaba en el cielo. Era como si Dios le hubiese señalado su protección particular.

Pero Dios no se manifestaba a menudo, Faruk perdía. Detrás de él, se situaba Puli-Bey con sus fichas. Cada vez que perdía hacía sonar sus dedos y Puli-Bey ponía un apila de fichas sobre la mesa. Faruk se permitía diferencias considerables y era muy enojoso, porque él hubiera deseado que lo siguieran y yo no tenía su fortuna. Un día, yo le dije:

-Majestad, yo no puedo continuar con esta tarifa.

-Sobre todo que usted no tiene mucha suerte.

El reía. Le divertía como ver perder a los otros. Conmigo no era difícil porque yo nunca tuve suerte al juego.

-Entonces, mi querido Rubi no juegue más.

Esa noche, tuve un suspiro de alivio, él era tan raro.

No había más que pedirle alguna cosa para que la rehusara sin motivo. El ejército le pedía el nombramiento de un ministro de guerra particular. Cuando era esto, aquel u otro, Faruk se burlaba. Pero por capricho, se obstinó. Dijo que nó. Era la manera de probarse que él tenía poder. Sin embargo, de hecho, no tenía más que la espuma del poder, no la realidad.

En este asunto él se había obstinado. El rehusó contra toda lógica y buen sentido una medida que no tenía para él ninguna importancia. Es así como empezó el fin de su reino.

Es igualmente en Deauville que reencontré Bárbara Hutton. Yo la conocía desde hacía tiempo. La señora Elsa Maxwell que si yo le doy crédito a todas las historias que me ha contado, es la columnista más célebre y le peor informada del mundo, dice en su libro de chismes que era a el señor Rosemberg quien había arreglado nuestro matrimonio. Esta es una información tan inexacta como tonta. Yo conocía a Bárbara Hutton, desde cuando era casada con mi amigo Igor Troubetskoi y yo no había jamás oído hablar de M. Rosemberg. Más tarde, hemos almorzado a menudo juntos cuando me casé con Doris. Es cierto, Rosemberg se ocupó muy bien de mis negocios, pero no de mis negocios sentimentales.

El me ha servido de secretario particular en la época que encontré a Bárbara. Pero nunca ha tenido un papel en ésta unión.

Ese verano, estaba por consiguiente en Deauville para participar en un torneo de polo. Bárbara se encuentra igualmente. Ella se hospedó en el hotel Normandy.

Empezamos a vernos, salimos juntos, pero no muy a menudo porque Bárbara se fatiga, debía reposar. Le hice algunas visitas al hotel para distraerla. Y prometimos vernos pronto en New York. Cuando llegué, ella se encontraba en el hospital donde seguía un tratamiento.

Acudo, y nuestra amistad toma un nuevo curso. Nos descubrimos una poderosa tracción el uno por el otro.

A medida que su salud se restablece, descubro una mujer nueva, de una belleza frágil, inteligente, cultivada, sensible, acerca de quien encuentro cada vez más placer en verla. Este placer al ser mutuo, decidimos casarnos al final de su tratamiento, a principios del invierno de 1953. Escogimos para celebrar la ceremonia el Consulado Dominicano en Nueva York, pero cuando llegó al Hotel Pierre en busca de Bárbara, centenares de fotógrafos y de periodistas se amontonan desde el pie de la escalera hasta la calle. La Quinta Avenida queda bloqueada por la multitud mucho antes de la hora de la ceremonia, la multitud se aglutina en más de un kilómetro con una obstrucción fantástica que debemos atrave-



sar. Bárbara estaba atemorizada y la comprendo. Eso parece que no es nada., pero les aseguro que se necesita una gran indiferencia y nervios de acero para atravesar estas hordas delirantes de periodistas, erizados de proyectores de cámaras, de altoparlantes que están dotados de todas las audacias. En esa amalgama humana, un columnista le pareció oír a alguien que gritaba:

-Su próximo matrimonio será con Fort Knox\*.

La miro con inquietud cuando baja la escalera del hotel Pierre. Un nuevo temblor la estremece. Todo el efecto del tratamiento está desapareciendo.

Partimos a la mañana siguiente para Palm Beach donde hemos alquilado una soberbia casa de la Marajada de Baroda. Pero este sitio maravilloso, que hubiera podido albergar una pareja feliz, será para nosotros una clínica.

Bárbara no sigue al pie de la letra el compromiso que ella había tomado de observar la disciplina de su tratamiento. No hubo luna de miel. Ella no salía de su cuarto. Ella se rehusaba a este universo de sol, luz, deportes y de alegría. Esas condiciones hacían difíciles la vida en comunidad. Con el corazón triste que lleva a la ruina a las más bellas promesas, nos separamos. El matrimonio no dura tres meses.

\*Fuerte Knox es el sitio donde se guarda la reserva de oro del Estado Americano.

## XXIII

### Odile, Mi Esposa

Fue después de nuestro matrimonio fallido (con Bárbara Hutton) cuando fui literalmente acorralado por la prensa en general. Así, en el magazine americano «Confidential» se me vió sobre dos páginas, mientras bebía un trago\*. La foto fué tomada en un cocktail cualquiera y lo que tomaba entonces era sin ningún lugar a dudas un AMERICANO o un whisky. Pero el artículo decía:

Aquí Porfirio Rubirosa tomando un Pega Palo, la bebida a la cual debe su virilidad. Todos los días él toma su Pega-Palo.

Fabricado con ciertas raíces que se encuentran en la flora dominicana, el Pega Palo servía para hacer tisanas. Los campesinos de mi país le concedían muchas virtudes y algunas cualidades afrodisiacas.

Pero el artículo de «Confidential» hizo un «Boom» en los Estados Unidos. Recibí numerosas cartas de hombres cansados y de mujeres decepcionadas. Todas me pedían procurarles de urgencia el Pega-Palo. Una firma de Texas fué a Santo Domingo para obtener la materia prima y supe que gracias a este abuso de «Confidential», ella compró un millón de dólares de Pega-Palo.

Frente a la amplitud que tomaba, me trasladé a República Dominicana. Ahí supe que era el Dr. Sobá, Ministro de Salud, quien se ocupaba personalmente de este negocio; fui a verle.

—¿Cómo puede Ud. utilizar mi nombre en todas esas transacciones, sin preguntarme mi parecer... si ni siquiera proponerme participación alguna?.

El Dr. Sobá, tomó un aire misterioso:

---

\*Falso. En noviembre de 1956 Confidential publicó el reportaje sobre el Pega Palo. Bárbara Hutton se separó de Rubirosa el 13 de marzo de 1954. El divorcio se pronunció en marzo de 1955. Entonces, carece de veracidad situar el escándalo del Pega Palo inmediatamente luego de aquel divorcio. (L.C.)

-Ud. conoce cuál es la única persona que puede dar semejantes órdenes aquí...

Adivinaba entonces que Trujillo no había titubeado en utilizarme en semejante negocio para sacarle provecho.

Me fui para París. Algunos días después, recibí una generosa recompensa: doce pequeñas botellas muestras de Pega Palo.

Yo no podía salir con una persona más o menos conocida sin que anunciaran tan pronto mi quinto matrimonio.

Se imagina mal en Europa el poder de los periódicos de chismes, de indiscreciones, de escándalos del tipo de «Confidential». La enemistad que mi amigo Sinatra profesa a esta clase de periodistas sorprendió a los franceses. Pero hay que convenir que no es sin fundamento, Sinatra, que era y es una gran estrella, vió su carrera amenazada durante algunos meses por una intriga en la prensa.

Su vida privada fué referida de una manera tal, que sólo podía horrorizar a un pueblo donde las ligas puritanas, el conformismo social, el racismo, crean una especie de consciencia colectiva que no es bueno afrontar. Porque no se atrevió a hacer lo que era, se acumularon sobre él las peores acusaciones. Sus propósitos fueron deformados.

Se apuntó las proyecciones sobre algunos detalles de su vida íntima. En resumen le aplicaron técnicas que harían para el público, un monstruo de cualquier hombre mediano, tomado al azar, en la multitud.

De estrella, Sinatra, se convirtió en un exiliado en el interior de su propio país. Cualquiera más débil, más frágil que él se hubiera hundido. Pero Sinatra que es un valeroso y con voluntad, aguantó. De un papel, en «Mientras haya hombres», él hizo una creación sensacional, y como en América nada resiste al buen éxito, fue el inicio de una segunda carrera más deslumbrante que la primera, ya que Sinatra, no es solamente el primer cantante del encanto, sino también todavía el número uno del «show» business» americano.

De ese drama conserva sin embargo una herida secreta y profunda que nada, yo creo, podrá cicatrizarla. Hace algún tiempo, vino a Francia. Una gran revista francesa, donde tengo amigos verdaderos, me llamó por teléfono:

- Rubí, ¿tú podrías arreglarnos un gran reportaje exclusivo de Sinatra? Tomaremos las fotografías que él quiera y estamos de acuerdo en darle nuestra palabra de someterle el texto de nuestra entrevista antes de publicarla.

En esas condiciones la empresa me parecía posible. Se lo referí a Frank, quien de inmediato me contestó:

- No, dijo. Recientemente, en la Riviera, fotógrafos de esa Revista instalaron en un palo un micrófono muy sensible y muy poderoso que podía registrar todo lo que pasaba en el interior de mi cuarto. Para mí, esos métodos no son tolerables. No daré mi interview, ni reportaje con fotos.

Cuando Frank Sinatra ha decidido algo, es inútil, tratar de hacerlo cambiar de parecer. Por consiguiente no insistí.

Esta presión y esta opresión de la prensa fueron de tal manera que volví para Europa y no iba a tardar en encontrarme con Odile. La primera vez que la ví, fue en un cocktail que daba un amigo, yo no estaba muy presentable: dos días antes, en el polo, tuve una caída bastante grave y llevaba un aparato que mantenía el cuello derecho, que se llama yo creo, una Niverva.

Pero cuando se está enamorado, no se le teme al ridículo y me enamoré desde el primer minuto en que la ví. Era tan joven, fresca, tan linda, con un no sé qué de misterioso en su mirada. Inmediatamente la acaparé. Le hablaba de mi país, del mar Caribe, de las puestas del sol sobre los corales, de los bosques de cocoteros y de mangles que vienen a morir a las playas de arena. Ella me escuchaba sonriendo. Yo le decía el placer que tendría de hacerle descubrir este sitio tibio engastado de espuma de mar donde la vida es lenta y hecha para el amor. El milagro es que ella no se abochornaba, que ella no se mofaba, que ella no preguntaba si yo empleaba esos argumentos con todas las mujeres que el azar ponía en mi camino. Al contrario, cuando la interrogaba sobre ella misma, ella me contestaba con mucha gentileza. Ella estaba aún en el Conservatorio y le acababan de ofrecer un papel en una nueva obra de Marcel Ragnol «Fabien. .

Odile fue por otra parte interrogada por los periodistas. Es ella misma quien contó su encuentro conmigo.

«Lo que diferencia a Rubí de los otros hombres, es que da la impresión a las mujeres, a la mujer que ha elegido, por una noche, por un año o para siempre, de ser el centro del mundo. Yo conocía de él lo que habían dicho los periódicos y lo que susurraba París. Sin embargo, en el mismo instante en que me acaparó, yo sólo pensaba en el gran calor humano que desprendía y en

la sinceridad de los sentimientos que expresaba. Su fuerte es la de ser siempre sincero en el momento en que habla. Cuando evocaba su país, yo pensaba, en mi misma, que él había hecho ese mismo número a otras.

Pero lo pensaba, aunque superficialmente. Había al mismo tiempo otra voz, muy profunda, voz que muchos hubieran juzgado ingenua, que tenía que tener razón, ya que algunos meses más tarde Porfirio iba a arrastrarme al descubrimiento de Santo Domingo».

## XXIV

«Nuestro encuentro fué en el mes de junio. La primera noche, fuimos a cenar en un café. Al día siguiente, él me invitó a bailar al Elefante Blanco y al Jimmy's. Todavía era una amistad agradable, sin más. Llegaron las vacaciones. Hice una escapada para ir a encontrarlo sobre la «Côte». Durante esos diez días se reveló tal como es atento, siempre alegre a partir del minuto que se despierta, capaz de salir diez noches de seguido pero capaz igualmente de quedarse en su casa para leer o mirar la televisión. Una característica de su carácter me sorprendió: Rubí es un hombre que se interesa mucho por las mujeres con quien él sale. No se contenta solamente en darles una cita, de acompañarlas en un nuevo restaurant a la moda, al teatro, a un cabaret y de volver donde ellas, él penetra más en su intimidad. Las aconseja primero sin que parezca nada, pero de una manera cada vez más precisa y cada vez más urgente, sobre el maquillaje, sobre el peinado. El detesta los maquillajes violentos, el rouge de los labios, las uñas sangrientas. El me aconsejó sobre un peinado (él ama los moños) sobre las joyas que podía llevar (las desea simples), sobre mis trajes (él le da mucha importancia). Desde que hicimos nuestro noviazgo, no he comprado un traje, un «tailleur», un abrigo que no me haya acompañado en casa de los modistas, aconsejada y algunas veces imponiéndome su juicio».

«La hermana de Rubí cayó gravemente enferma\* y tuvimos que interrumpir nuestras vacaciones. Por otra parte, los ensayos de «Fabien» empezaban. Salí para Santo Domingo. Fué una separación muy melancólica. Estaba muy enamorada. El también yo creo, porque tan pronto nos separamos, él no cesó de telefonarme, de escribirme, de enviarme telegramas largos como una novela».

«La víspera de su regreso recibí un cablegrama en estos terminos: Tengo algo muy importante que decirte. Ven, espérame en mi casa».

«El llegó, sonriente, los ojos brillantes, como si hubiera bajado a buscar

---

\*Ana Rubirosa viuda Sánchez Lustrino enfermó de cáncer del colon en 1955. Murió el 18 de diciembre de 1956 a los 54 años de edad.

cigarrillos y para mí, una pequeña francesa que no había viajado, en atravesar el Atlántico tenía algo de estupendo.

-¿Cuál es esa cosa importante Rubí?. Le pregunté-

-Yo no puedo vivir sin tí.

-Yo tampoco.

-¿Cómo tú tampoco?

- Yo tampoco no puedo vivir sin tí.

-Entonces no hay titubeos Odile; debemos casarnos.

-Si tú lo quieres.

«Partimos de seguida a casa de mis parientes que vivían en rue de Tournon. Perteneczo a una familia burguesa de Lyon, la cual cuenta con cierto número de profesores en medicina. La perspectiva de ver su hija casada con un personaje como Porfirio Rubirosa no era cuestión de encantar a los Berard. Mi madre me había prevenido en varias ocasiones, cuando la avalancha de telegramas no me permitió disimular el nexo.

-¿Tú sabes a que te expones?

- Sí, madre-.

-No podrás venir a quejarte después!.

-No, mamá-.

«Pero tan pronto tuvo el primer encuentro con su yerno la familia fué seducida. Mamá adora a Robí y le da siempre la razón contra mí».

«Todos los días que siguieron venía a esperarme al final de las tardes al teatro donde ensayábamos «Fabien». El ensayo general se acercaba. Me volvía nerviosa. Tenía un miedo terrible y la noche primera, Porfirio estaba más tembloroso que yo. El, de un natural tan optimista, estaba triste. El me contó después que temía las peores catástrofes: fallo de memoria, decaimiento, fracaso de la obra, cábala. Me dijo para darse valor que fue visitando todos los pequeños cafés del barrio».

«A pesar de todas sus aprehensiones, todo resultó muy bien. Esta obra, de Marcel Pagnol, fué gentilmente acogida por el público. Tuve una buena prensa. Las grandes revistas empezaron a interesarse en mi persona. Se me hicieron ofertas cinematográficas. Un año antes, lo que puede pasar por un

debut prometedor de mi carrera, me hubiera encantado. Pero en ese mes de septiembre 1955, este éxito profesional me era mucho menos tentador. Yo no pensaba más que en él y nuestro matrimonio, que tuvo lugar un mes después el 27 de octubre en Gonchamps, en la casa de nuestros amigos: Bernard y Nicole Bogé. No habíamos enviado invitaciones. Había en el acto sólo algunos amigos íntimos. Sin embargo, debido a no se cuál indiscreción, los periodistas fueron avisados y se presentaron a la Alcaldía.

«A pesar de eso el acto fué un éxito. En la noche fuí a representar al teatro como si nada hubiera pasado. Pero tenía que convenir: la disciplina que me imponía «Fabien» me pesaba. En los meses maravillosos que son los primeros meses de un matrimonio, hubiera deseado consagrar todo mi tiempo a mi amor».

-Empecé por pretextar un catarro para poder ofrecerme un week-end en Londres. Tenía una doble que estaba naturalmente encantada de reemplazarme, lo que me quitaba todos los remordimientos».

«En Londres, fuimos al Club de los Embajadores. Bailaba con Rubi, cuando veo entrar a mi empresario Andrés Bernheim.

-Eso es el catarro, me dijo, algo sorprendido.

No parecía muy contento, lo que me imaginaba muy bien. Era inútil continuar el experimento. El estado de una artista no es compatible con el estado de una recién casada.

Rescindí por consiguiente el contrato y nos fuimos para Santo Domingo en luna de miel, como me lo había prometido seis meses antes.

«El país del hombre a quien se ama es siempre el más bello del mundo. Sin embargo Santo Domingo me decepcionó un poquito: tenía una naturaleza imaginativa, y me imaginaba que estas islas del Caribe eran como las había descubierto los Bucaneros. Sin embargo, encontré un estado muy moderno, muy americanizado, autopistas, casas con aire acondicionado, y con cuartos de baño último estilo. Por suerte, Rubi encontró un bungalow sobre una playa, entre los cocoteros. No lejos habían unas chozas de paja alrededor de las cuales corrían unos negritos con unos vientre enormes. Pero gracias al cielo luminoso, al mar, a los colores, al color, no se sentía la miseria de las pobres gentes».

Pasé ahí tres meses en la beatitud. Aprendía lentamente el español y el inglés. Rubí cocinaba, -cocina muy bien, platos a base de arroz, de carnes en salsa, de habichuelas coloradas muy picantes.



Le gustan muchos las ostras y el pescado. Iba conociendo a mi marido. Descubría un ser muy refinado pero no pomposo. Teníamos largas conversaciones. Agradecía al cielo haberlo encontrado. Nunca cambié de parecer. Mucho he ganado en su contacto».

## **PARTE III**

# **Anexos**

### **Informe enviado a Washington por la \_\_\_\_\_ Embajada norteamericana en Ciudad Trujillo**

«AIR POUCH.

AM AMBASSY - CIUDAD TRUJILLO, D.R.

Enero 25, 1957 . CERP-D, 22,

Introducción para patente de la medicina conocida como «Pega-Palo» en los Estados Unidos.

#### *Resumen:*

Desde que apareció la publicación de un artículo en la revista «Confidential» sobre el «Pega-Palo», que es una planta que crece silvestre en la República Dominicana, considerada por algunos como afrodisíaca, la Embajada ha recibido numerosas cartas de individuos residentes en los Estados Unidos, quienes se muestran interesados en la obtención del «Pega-Palo». Correspondencia con similar solicitud ha sido recibida en el Palacio Nacional, la Cámara de Comercio, Hoteles, el Departamento de industria y Comercio y más de mil ochocientas piezas de dicha correspondencia han llegado al Laboratorio químico Dominicano, C. Por A., que es el beneficiario de la patente dominicana del referido nombre. El 17 de diciembre, 1956, este laboratorio firmó un contrato con Mr. W. L. Bridges, Presidente de la Bridges Company, P. O. Box 8353, South Moore Station, Houston, Texas, mediante el cual se le daba a dicha firma el derecho exclusivo para la importación-distribución del «Pega-Palo» (Fortidom, como se le conoce actualmente), en los Estados Unidos. Es entendido que la Bridges Company ha registrado el nombre «Pega-Palo» en los cuarentiocho Estados de la Unión. Esa compañía parece era respaldada por un grupo de muy pudientes comerciantes tejanos...

«En el curso de las semanas que siguieron a la excitación inicial producida por el «Pega-Palo», el doctor Sobá recibió sucesivas visitas de un determinado número de norteamericano interesados en comerciar con el producto. Sobá negoció con dos grupos de tejanos que le ofrecieron sustanciales sumas de dinero por los derechos exclusivos del producto en los Estados Unidos, pero finalmente suscribió el contrato con los Bridges

Company, la cual se tiene entendido que pagó veinticinco mil dólares en efectivo por los derechos exclusivos en los Estados Unidos durante cinco años...

«Es opinión de esta Embajada que el «Pega-Palo», o su nombre farmacéutico «Fortidom», es en realidad una medicina patentada que carece de verdaderas cualidades afrodisíacas. Esta opinión se fundamenta sobre una serie de investigaciones realizadas por la Embajada en el curso de las últimas semanas. Se ha declarado de manera fidedigna que el «Pega-Palo» es simplemente una frase que significa en español: «Echarse un trago», al mismo tiempo que es el nombre popular de un árbol que crece en las montañas a lo largo de la frontera dominico-haitiana y cuyo nombre técnico es «Ráuwolphia Pyramidadis». Un conjunto de experimentos realizados por el doctor Sobá determinaron un suave efecto tónico sobre personas no propiamente saludables. No se ha encontrado indicio alguno de que posean cualidades sexualmente estimulantes. Estas últimas fueron inventadas arbitrariamente por quien escribió el artículo de «Confidential», ayudado posiblemente por la creencia popular de que la planta tiene características afrodisíacas.

«Como consecuencia del buen éxito de las ventas de la medicina patentada bajo el nombre de «Hadacol» en los Estados meridionales de la Unión, muchos norteamericanos se muestran esperanzados en que puedan obtenerse grandes beneficios de la venta de «Pega-Palo». Desde el punto de vista dominicano, tanto el Gobierno como el Laboratorio Químico Dominicano esperan lograr considerables sumas de dinero de la promoción y venta del producto. Tanto las numerosas cartas como las personas que directamente se han acercado a la Embajada en solicitud de cooperación para obtener el suministro de «Pega-Palo», han sido informadas de manera uniforme del hecho de que no existen pruebas científicas en cuanto a la eficacia del vegetal como afrodisíaco. Es probable, sin embargo, que algunos individuos, tanto dominicanos como norteamericanos, insistan en que la planta posee los supuestos atributos. Pero tales alegatos deberían ser cuidadosamente escrutados por la «Food And Drug Administration» y la «Federal Trade Comission» de los Estados Unidos.

Por el Embajador,

(firmado)

Richard H. Stephens,  
Segundo Secretario de la Embajada».

---

Reproducido del libro "Trujillo: El Último de los Césares". Pág. 53-54. Espailat, Arturo R; El autor es Ex Jefe de Seguridad del Dictador Trujillo Molina.

## **El 2o. Teniente Rubirosa, del Cuerpo de Ayudantes del Sr. Presidente, fué accidentado en Macorís**

Nuestro estimado amigo el distinguido joven, señor Porfirio Rubirosa, Segundo Teniente del Cuerpo de Ayudantes del señor Presidente de la República, Gral. Rafael L. Trujillo M., tuvo la fatalidad de sufrir en la tarde del domingo último, un accidente automovilístico en la ciudad de San Pedro de Macorís, del cual resultó con una herida en la rótula derecha.

Después de la primera cura que le fue practicada en el Hospital San Antonio, se dio aviso ayer a esta Capital, don-

de el cumplido Teniente Coronel Dr. W. Medrano, Director del Cuerpo Médico E.N., dispuso la salida de una ambulancia, con personal y material necesario para su traslado aquí.

El distinguido caballero militar accidentado fue traído e internado a su llegada anoche a las 10 y 5 en el Hospital Militar.

Aparentemente, la herida no reviste mayor cuidado.

Nos alegramos poder consignar su más pronta mejoría y cabal restablecimiento.

Listín Diario/24 de mayo de 1932

# Las Suntuosas Bodas Rubirosa-Trujillo

Se realizaron en la tarde del sábado último, a las cuatro treinta, según las informaciones que dimos antes, las suntuosas bodas en la Mansión veraniega del Jefe del Estado, en San José de las Matas, del caballero Sr. Porfirio Rubirosa, estimable y distinguido elemento de la sociedad dominicana, designado últimamente con el carácter de Secretario de Primera Clase de nuestra Legación en Londres, y la gentil Srta. Flor de Oro Trujillo, hija muy querida del Sr. Presidente de la República, Gral. Rafael L. Trujillo M., constituyendo un acontecimiento que prestigiaron con su presencia distinguidas personalidades de las diferentes localidades de la República, en síntesis, toda la élite social del país.

La elegante boda fue bendecida por el Ilustre Prelado Monseñor Adolfo A. Nouel, Arzobispo de Santo Domingo, y apadrinada por el Jefe de la Nación, Gral. Trujillo, y la Primera Dama Sra. Bienvenida Ricardo de Trujillo; y por el Enviado Extraordinario y Ministro Ple-

nipotenciario de los Estados Unidos. F. H. Arthur Schoenfeld, y su distinguida y gentil esposa, Mrs. Schoenfeld.

Signaron el acta nupcial en calidad de testigos, los distinguidos caballeros, Don Virgilio Trujillo M., Secretario de Estado de Interior, Policía, Guerra y Marina; el Licdo. Jacinto B. Peynado, secretario de Estado de la Presidencia; el Dr. Max Henríquez Ureña, secretario de Estado de Relaciones Exteriores; Don R. Paino Pichardo, Secretario de Estado de Hacienda; Don Teódulo Pina Chevalier, Secretario de Estado de Trabajo y comunicaciones; Don Raf. César Tolentino, Secretario de Estado de Sanidad, Beneficencia y Obras Públicas; Don José Ma. Bonetti Burgos, Sub-Secretario de Estado de la Presidencia; Don José Trujillo Valdez, abuelo de la novia, y Diputado al Congreso Nacional; Dr. José D. Mejía, Diputado; Gral. Ramón Vásquez Rivera, Comandante en Jefe del Ejército; Coronel Don José García, E. N; el

**Cont.**

Dr. Francisco E. Benzo, Médico Particular del Sr. Presidente de la República, Supervisor de Hospitales, y Director de la Clínica «Padre Billini»; el Teniente Coronel, E. N., Director del Cuerpo Médico y del Hospital Nacional, Dr. Wenceslao Medrano; el Coronel Federico Fiallo, Ayudante de Brigada; el Capitán Héctor B. Trujillo; el Licdo. Gilberto Sánchez Lustrino; el Gral. José Estrella, Gobernador de la Provincia de Santiago; el Sr. Ramón Saviñón Llubes, Administrador de la Lotería Nacional; el Coronel Pedro Ma. Estrella, Jefe del Cuerpo de Ayudantes del Sr. Presidente de la República; el Sr. Licdo. Manuel A. Peña Batlle, ex Presidente de la Comisión de Fronteras; el Sr. Jean Morlait, y el Sr. Charles de Mondesent.

De todas partes de la República concurren distinguidas damas y caballeros de nuestra élite social y amenizó el acto la Banda Municipal de Música de Santiago, por gentil ofrecimiento que hiciera el ilustre Cabildo, habiendo ejecutado durante el acto bellas piezas de su repertorio.

Toda la concurrencia, entre quienes se hallaban, secreta-

rios de Estado, Miembros de las Cámaras Legislativas y del Poder Judicial, elementos del Cuerpo Diplomático y Representativos de la Industria, del Comercio, de la Banca y de las más salientes actividades del país, y de la alta sociedad fué espléndidamente obsequiada, y atendida por el Sr. Presidente de la República, Gral. Rafael L. Trujillo M., y su distinguida esposa la señora doña Bienvenida R. de Trujillo.

La gentil pareja Rubirosa-Trujillo, emprendió viaje hacia esta Capital, poco después del acto nupcial, habiendo llegado la misma noche del sábado y fijado accidentalmente su residencia en uno de los chalets del aristocrático «faubourg» presidente en el elegante sector de Gascue.

Un estimado y distinguido amigo nuestro, asistente a tan suntuosa boda, nos ha ofrecido una extensa relación que publicaremos mañana.

Nos place expresar por este medio nuestros sinceros parabienes y cordialísimos votos por la ventura personal de los distinguidos jóvenes contrayentes amigos nuestros, muy estimados y distinguidos.

Listín Diario/5 de diciembre de 1932

# Un Acto Social Esplendoroso Constituyeron las Bodas de los jóvenes Rubirosa-Trujillo

## DISTINGUIDAS PERSONALIDADES DEL PAIS ASISTIERON A LA LUCIDA CEREMONIA NUPCIAL

EL JEFE DEL ESTADO Y LA PRIMERA DAMA DE LA REPUBLICA, Y EL MINISTRO AMERICANO Y SU DISTINGUIDA CONSORTE APADRINARON EL Suntuoso CASAMIENTO.

Bajo el frescor de los pinares y en el maravilloso paraje tropical de San José de las Matas, la Villa ahora enaltecida con la residencia temporal del Primer Magistrado de la Nación, Gral. Rafael L. Trujillo M., y de su elegante esposa Sr. Bienvenida R. de Trujillo, e un ambiente todo lleno de exquisiteses, hubo de celebrarse el sábado último, la suntuosa nupcia de la encantadora hija del Sr. Presidente, Srta. Flor de Oro Trujillo, con el fino y correcto caballero Sr. Porfirio Rubirosa Ariza, Secretario de Primera Clase de nuestra Legación en Londres.

La novia, que es flor por su nombre perfumado y por los encantos que en ella florecen, lucía un precioso traje de bodas con un bellísimo «toilet» ostentando sobre finísimo velo de tul, la blanca corona de azahares, celebrándose el acto en el salón principal de la Mansión Veraniega del Jefe del Estado que fué

adornado primorosamente, con simbólicas guirnaldas.

De todo el país hubieron de concurrir prestantes caballeros y distinguidas damas que hicieron su parada en la hidalga y caballeresca ciudad de Santiago, lugar de donde salieron poco después del medio día hacia la empinada Villa, perfumada aquella tarde por las aromas nupciales de la suntuosa boda.

En un extremo de la sala presidían el acto junto a la simpática pareja de los contrayentes y al distinguido caballero Don Alejandro Amable Nadal, Regidor del Ayuntamiento de esta Capital, quien leyó por encargo del Oficial Civil y a nombre de éste, el acto matrimonial, el Primer Magistrado de la Nación, General Raf. L. Trujillo M., y la elegante Primera Dama de la República, Doña Bienvenida Ricardo de Trujillo, esposa del Sr. Presidente, quienes apadrinaron la boda en unión de los distinguidos esposos, Mr. H. F. Arthur Schoenfeld, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipo-

**Cont.**



tenciario de los Estados Unidos, y su elegante esposa la distinguida dama norteamericana Mrs. Schoenfeld.

Signaron además como testigos el Sr. Secretario de Estado de Interior, Policía, Guerra y Marina, Don Virgilio Trujillo M., el de la Presidencia, Licdo. Jacinto Pichardo; el de Agricultura y Comercio, Don R. César Tolentino; el de Trabajo y comunicaciones, Don Teódulo Pina Chevalier, y el de Sanidad, Beneficencia y Obras Pública, don Agustín Aristy; don José Trujillo Valdez, abuelo de la novia y Diputado al Congreso Nacional; Dr. José Dolores Mejía, ex Secretario de Estado y Diputado al Congreso Nacional; General Ramón Vásquez Rivera, Comandante en Jefe del Ejército Nacional; Coronel José García, Segundo Jefe del Ejército Nacional; Dr. Francisco E. Benzo, Médico Particular del Jefe del Estado, Supervisor General de Hospitales y Director de la Clínica «Padre Billini»; Teniente Coronel Federico Fiallo, del Ejército Nacional; Teniente Coronel Dr. Medrano, Director del Cuerpo Médico del Ejército Nacional; Capitán Héctor B. Trujillo, del E. N., ex Agregado Militar en las Legaciones de la

República en Francia, España y otras capitales europeas; el Licdo. Gilberto Sánchez Lustrino, cuñado del novio y prestante intelectual y abogado capitaleno; el Gral. José Estrella, Gobernador de la Provincia de Santiago; Don José Ma. Bonetti Burgos, Sub-Secretario de Estado de la Presidencia; Don Ramón Saviñón Llubes, Administrador de la Lotería Nacional; el Coronel Pedro Ma. Estrella, Jefe del Cuerpo de Ayudantes del Sr. Presidente de la República; el Licdo. Manuel A. Peña Batlle, ex Presidente de la Comisión Dominicana Delimitadora de Fronteras; el Sr. Jean Morlet, distinguido elemento de la colonia francesa; y el Sr. Charles de Mondesert, Consejero del Comercio Exterior de Francia.

En la Iglesia del pueblo se consagró la boda por el Ilustre Prelado Monseñor Adolfo Alejandro Nouel, ex Presidente de la República, Conde Romano Asistente del Sólido Pontificio.

De retorno en la Mansión veraniega del Presidente Trujillo, fué descorchado el champagne y toda la concurrencia brindó por la eterna felicidad de los jóvenes.

# PACKARD

**L**AS personas que poseen coches Packard son las más distinguidas de la sociedad. Esparcidas por el mundo entero forman un grupo que es probablemente supremo en el conocimiento y apreciación de los lujos de la vida.

Las alabanzas de tales personas son, claro está, inestimables. El que las recibe las merece y la compañía Packard se enorgullece del honor que tales personas le hacen al preferir sus coches a todos los demás.

M. ALFARO REYES

San Pedro de Macoris, R. D.

Apartado No. 40.



Anuncio publicado en el Listín Diario en los años treinta. El Packard era un vehículo de lujo preferido por Trujillo. Uno semejante a este fue su obsequio de boda en 1932 cuando Flor de Oro Trujillo se casó con Porfirio Rubirosa.

# **Rubirosa en Cuba**

## **De Balaguer a Rubirosa**

---

**CARTA 17525 DE FECHA 16 SEPTIEMBRE DE 1958,  
ENVIADA AL SEÑOR PORFIRIO RUBIROSA,  
EMBAJADOR DE LA REPUBLICA DOMINICANA, LA HA-  
BANA POR JOAQUIN BALAGUER**

16 de septiembre de 1958 I Ref. S/R

Tengo el agrado de avisar recepción de su oficio de fecha 10 de septiembre en curso, para informarle que nuestro Ilustre Jefe, Generalísimo Doctor Rafael L. Trujillo Molina, Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva, quedó debidamente impuesto de sus pormenores.

\*Rubirosa llegó a La Habana como embajador el 3 de septiembre de 1958

---

**MU-KIEN ADRIANA SANG, La Política Exterior Dominicana 1844-1961  
Tomo II \* La política exterior del dictador Trujillo 1930-1961; Pág. 678.**

**CARTA DE FECHA 10 DE SEPTIEMBRE DE 1958,  
ENVIADA AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR GENERALÍSIMO  
DOCTOR RAFAEL L. TRUJILLO MOLINA, BENEFACTOR  
DE LA PATRIA Y PADRE DE LA PATRIA NUEVA, CIUDAD  
TRUJILLO POR PORFIRIO RUBIROSA.**

«Ante todo expreso a Usted de nuevo mis más sentidas gracias por haberme honrado con el elevado cargo de Embajador en Cuba.

Aseguro a Vuestra Excelencia que cumpliré fielmente con mis deberes, y que mi comportamiento irá a la par con el inmenso agradecimiento que le profeso.

A la semana de estar en La Habana presenté mis Credenciales al Presidente Batista, acto que se celebró ayer martes, 9 de septiembre.

En la conversación que sostuve durante diez minutos con el Presidente, me declaró que hubiera querido juntarse con Vuestra Excelencia y el Presidente de Haití en el sitio propuesto, pero que se le dificultaba salir de país y, sobre todo, díjome riéndose: «La gente podría creer que estoy huyéndole a esto».

Manifesté al Presidente Batista que Vuestra Excelencia, el Presidente Héctor B. Trujillo y el Presidente Duvalier, acompañados de sus respectivos Cancilleres, se reunirán dentro de breves días en la frontera dominico-haitiana. Aproveché para hacerle alusión de la Declaración que resultaría de dicho encuentro, al Ministro de Estado Doctor Gonzalo Güell, que estaba presente, previniéndose que lo visitaría al día siguiente para edificarlo sobre ese asunto.

El Presidente Batista continuó su conversación con palabras muy amables para la República Dominicana y para Vuestra Excelencia, Díjome que quisiera conocer la República Dominicana, y que iría. Enseguida yo le pregunté si podía extender esos deseos a Vuestra Excelencia y me contestó «Sí, sí...díga al Generalísimo Trujillo que yo iré a la República Dominicana. El trato del Presidente Batista conmigo fue muy cordial y amistoso.

Aquí en La Habana existe un Señor de nombre Rafael Oscar Álvarez Tineo, que fue miembro de nuestro Ejército en años atrás y quien llegó a Cuba procedente de Nueva York hace aproximadamente diez años. Él manifiesta que nunca ha sido enemigo de nuestro Gobierno, pero que los verdaderos enemigos le tienen confianza y hablan delante de él. Has-

ta ahora este individuo ha dado resultados positivos, de tal manera que el Embajador Calderón le daba dinero en pago de informes sobre las actividades de enemigos de nuestro régimen en Cuba. Este señor propone que se le provea de un pasaporte y se le facilite el viaje a Venezuela, donde según ha expresado, podrá prestar interesantes servicios, toda vez que allí están los enemigos más activos, quienes, según dijo, le tienen plena confianza. Me parece que no costaría nada probarlo en ese aspecto.

Es mi propósito que la Embajada tenga un puesto destacado en la vida social habanera. Para tal fin es imprescindible que se amueble y se arregle la residencia de la Embajada, que he encontrado en un estado desastroso. La casa es magnífica, y es increíble que se haya amueblado como lo está y que se haya dejado poner en ese estado de abandono y de suciedad.

Considero una vergüenza para la Embajada recibir personalidades en ese cuadro. Yo mismo he tenido que hacer gastos inmediatos para apuntar los muros interiores, arreglar muebles y limpiar alfombras, gastos que pasan ya de dos mil pesos. Considero que hay que eliminar todos los muebles y lámparas de los salones de recibo y comedor y decorarlos en forma adecuada.

Me permitiré presentar un proyecto, con su correspondiente presupuesto, a la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores.

Con los mejores deseos de que Vuestra Excelencia goce de plena salud y felicidad, se despide muy respetuosamente su leal servidor y amigo».

---

**MU-KIEN ADRIANA SANG, La Política Exterior Dominicana 1844-1961  
Tomo II \* La política exterior del dictador Trujillo 1930-1961; Pág. 678.**

## **Rubirosa, Tiberio Castellanos Y el MPD**

**CARTA 938/59 DE FECHA 2 DE OCTUBRE DE 1958,  
ENVIADA AL SEÑOR VICEPRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,  
ENCARGADO DE LA SECRETARÍA DE ESTADO DE  
RELACIONES EXTERIORES, CIUDAD TRUJILLO POR EL  
SEÑOR PORFIRIO RUBIROSA, EMBAJADOR.**

«Me cumple llevar al conocimiento de esa Cancillería, muy cortésmente, que el pasado día 27, en horas de la mañana, visitó esta Embajada al desafecto nombrado José Tiberio Castellanos Vargas para expresarnos su deseo y el del llamado «Movimiento Popular Dominicano», según nos dijo, de regresar al país.

Conforme las palabras textuales del nombrado José Tiberio Castellanos Vargas, en el propósito de los miembros de la agrupación citada y de la cual es el Secretario General, «regresar al país para crear una organización independiente en la República Dominicana que luchará por el logro de ciertas reformas y para crear un ambiente de sana polémica y crítica constructiva.

Señala el desafecto Castellanos que ha hecho algunos contactos con otros compañeros de Venezuela y Nueva York en este sentido, aunque no ha podido viajar por falta de recursos económicos, pero que una vez que obtenga respuesta favorable del Gobierno dominicano, se dedicará a llevar a cabo una campaña en el exilio para aumentar el número de los que están dispuestos a regresar y «para combatir la influencia comunista en el pensamiento de la juventud dominicana en el exilio, y los métodos violentos y la falta de fe en la solución pacífica de los problemas nacionales.

Ya en una ocasión anterior Castellanos suscribió con otros compañeros una solicitud similar. La respuesta del Señor Secretario de Estado de la Presidencia, tramitada a través de esa Cancillería y esta Misión fue categórica y, en mi criterio,

serviría de igual respuesta a esta nueva gestión. Así me permití dárselo a entender al desafecto Castellanos. Este, sin embargo, insiste e que aquella gestión estuvo mal planteada y no perseguía los mismos fines de la presente, y que, mientras en aquella vez se buscó ostentosamente la publicidad, en ésta se evitaría en absoluto. Y es de ahí que no formulan esta nueva petición por escrito».

**MU-KIEN ADRIANA SANG, La Política Exterior Dominicana 1844-1961  
Tomo II \* La política exterior del dictador Trujillo 1930-1961; Pág. 679.**

# Carta de Flor de Oro a Trujillo

30 MINIMET 14.

octubre 29-31.  
COLLEGE FÉMININ DE BOUFFÉMONT  
BEINE ET OISE. TELEGRAPHE: COLFÉMININ-PARIS 140  
TÉLÉPHONE: 808 17 822 A MONTMORENCY

Mr. Rafael L. Trujillo  
Santo Domingo

*Carta de Flor de Oro*

mi queridísimo papá:

El día de tu santo te envíe un cable y después recibí el tuyo que me puso contenta.

Ya tengo un año y 1 mes de no verte y no imagino lo deseo.

Si voy en julio como dices ya verás lo grande y cambiada que estoy, y espero encontrarte cambiada para contarte con eso's

Recibe todo mi cariño  
y un millón de besos  
de tu hija  
Flor de Oro.

Recibe su retrato y espero  
te guste el mío.

Al regresar al país en Julio de 1932, Flor de Oro conoce en el Puerto de Santo Domingo a Rubirosa.



# Entrevista que provocó un Foro Público.

## Rubirosa Declara que no Regaló Caballos a Universidad EU

**Por Rafael Lara  
Cintrón**

«Puras patrañas. Si hubiera regalado algunos caballos de polo, con toda seguridad se los habría enviado a la Universidad de Santo Domingo», declara con explosivas palabras Porfirio Rubirosa, negando la versión que circuló recientemente en Nueva York que indicaba que la Universidad de Virginia había rehusado al famoso deportista dominicano su ofrecimiento de un grupo de potros de polo.

Ni siquiera conozco la Universidad de Virginia. Disparates de algunos periodistas norteamericanos, disparates», agrega Rubirosa al enterarse de la otra ver-

sión que señalaba como que había regalado entonces los caballos a un nuevo equipo de estudiantes y que invitó a los miembros de fraternidad estudiantil AYE que los visitarían en Ciudad Trujillo y que éstos lo habían hecho quince días después.

Rubirosa, modesto y puntual en la cita, vestía pantalón de gabardina inglesa, camisa francesa deportiva, profusamente adornada con botones blancos regulares y zapatos marrones de piel, durante la entrevista exclusiva a El CARIBE, en el bungalow uno—hotel Jaragua, donde se hospedaba desde el lunes antepasado que regresó de Miami.

**Hombre de mundo**

El famoso y legendario Rubirosa, con ojos chispeantes y tonalidades vivas, habló largo rato. Se refirió, en una sucesión palpitante a las escenas en donde su figura de hombre de mundo, su característico, genio latino han centralizado el interés de la prensa del mundo occidental. Habla de la mujer, del intelecto y de la belleza femenina como condiciones que pesan en sus preferencias personales; de autos de carreras, de la publicidad, y contó anécdotas y revisió su agradable conversación con la discreción del hombre de experiencia que no

sólo se guía por el instinto sino también por los cálculos de la razón.

Don Porfirio, como le llaman algunos llegó el lunes 28 de marzo a las 5 de la tarde.

En el aeropuerto General Andrews, explicó entonces: «Vengo por motivos particulares. Mi viaje de ahora no tiene que ver en absoluto con el divorcio de Bárbara Hutton». Y prometió la entrevista.

**La mujer total**

«Chico, para que una mujer sea interesante debe reunir un gran refinamiento intelectual y un estu-pendo físico. Ya le he dicho antes a la prensa mexicana que amo a la mujer total, como ser, no sólo como sexo opuesto. La

\* El Foro Público era una columna fija del diario trujillista El Caribe a través de la que se denotaba a amigos y enemigos de la tiranía de Trujillo Molina.

mujer, inteligente y bella, es lo que me apasiona. Es el ser de más interesantes reacciones cuando reúne en un solo ideal los dos que he indicado».

«Cuando las cosas no me andan bien con la mujer, después de un tiempo juntos, para qué seguir», dice Rubirosa con una sonrisa indicadora de su temperamento pagano en los laberintos del amor, muy propio del hombre tropical de ascendencia latina.

Intempestivamente se pone en pie y protesta del calor. Señala que en invierno viene a América y en primavera va a Francia, para acomodarse a los rigores de las estaciones.

«El paraíso terrestre no existe - afirma con marcado convencimiento-, cuando no es un dolor de cabeza, es la molesta obligación del deber hogareño o del reinicio de alguna tarea. Por esto último, especial-

mente, no me interesa hacer la película que tenía en p r o y e c t o , «Western Affair» con Zsa Zsa Gabor, y con temática concentrada en el Oeste de los Estados Unidos.

«Ah, -se remozca con delectación- Zsa Zsa se ve mejor fuera de las películas. Muchísimo mejor».

### **Desiste de filmar película**

Una pausa. Mira por la ventana hacia el malecón. Un sol caribe cae de plano sobre el asfaltado. Algunas gaviotas. Y las risas de unas bañistas jóvenes que se cueñan por las ranuras de las ventanas protegidas por la telaraña de los alambres, hacen que prolongue el silencio.

Se le pregunta y, s a l i e n d o automáticamente de su cubierta silenciosa, dice con voz firme y precisa: «En Estados Unidos se opusieron a que realizase el proyec-

to original de la película porque hay que tener un permiso de trabajo. Protegen así a los actores nativos. Me dijeron que el papel lo podía hacer un norteamericano. No estuve de acuerdo con la idea, y, al final, tampoco estoy de acuerdo en filmar la cinta en México, ni en cualquier otro sitio. Mire, -agrega- yo proyectaba rodarla con expertos estadounidense».

Con los cabellos discretamente ondulados y con el rostro encendido por el sol dominicano, cuenta con entusiasmo meticuloso que estuvo en su finca de La Vega recientemente.

Rubirosa observa con mirada rápida sus zapatos de piel marrón. Con 1.75 ó 1.80 metros, distribuidos proporcionalmente en músculos aparentemente elásticos, en su estatura que es, a corta y rápida intención, respetable hasta lo último,

practica los deportes con singular dedicación desde sus primeros años.

El Rubirosa silencioso y el Ruby que ama lo agradable, más bien parece un joven inquieto del alto mundo social. «Oh, chico, -nos dice- no oculto mi edad: 45 años».

Habla entonces, al mencionársele su vida parisina, con frases lentas y medidas: «En París los periodistas no molestan a uno tanto como en Estados Unidos. ¿Llegué a París? Una foto, y se acabó. Los norteamericanos se meten en todo, indagan hasta las tonterías absolutas. Por eso vengo a mi país. Aquí son verdaderas vacaciones las que paso».

### **La libertad de la velocidad**

«Amo la velocidad. Es emocionante la libertad de la velocidad. Se puede correr en los concur-

sos de autos de carrera todo lo que uno quiera», afirma Rubirosa sin meditarlo mucho.

Entornando sus ojos un poco achinados, expresa: «El año pasado llegué en segunda en el concurso de Sebring, Florida. Ya saben que en la V Carrera Panamericana celebrada en México, mi auto, un Ferrari, sufrió desperfectos en el motor en la primera etapa.

«Hace tres domingos tuve un accidente en una de esas carreras. Choqué con mi Ferrari a otro auto; por suerte, no hubo desgracias personales».

Afirma: «Es formidable, se cuenta con buenos caballos, los mejores, y con una excelente cancha. La última vez que jugué polo fué el domingo, 27 de marzo en Palm Beach, cuya cancha es, en calidad, la mitad del Perla

Antillana».

### **Prisionero en Alemania**

«Eso de que Danielle Darrieux expuso su vida por mí, son noticias infundadas. Ella en verdad fué a Alemania a verme, en una ocasión en que estuve preso durante la Segunda Guerra Mundial.

«También es mentira que trató con los alemanes. Son cosas increíbles de periodistas sensacionalistas, que ven en donde no hay», explica Rubirosa con palabras concretas, cargadas de esa personalidad que en el diplomático y deportista dominicano atrae y que le ha ganado infinidad de admiradores en el mundo entero.

Rubi hace un rápido recuento de su vida. Nació en San Pedro de Macorís, en 1909. A los 5 años, siendo su padre, el general Pedro Rubirosa, gobernador civil y militar,

lo mandaron a París. Volvió a los 20 años. Entonces regresó a Europa con toda su familia, después de pasar en el país siete años. Hizo en la Universidad de Santo Domingo el primer año de la Facultad de Derecho, abandonando los estudios en el segundo curso.

### **La más bella del mundo**

D a n i e l l e Darrieux, considerada al casarse con Rubirosa la mujer más hermosa del mundo, con mucho talento, según los periodistas mexicanos, asegura que el famoso deportista dominicano es el más encantador de los hombres. La Francesita también ha dicho que Ruby, cuando ama a una mujer ésta queda convencida de ser la mujer más bella y agradable en todos los sentidos.

«Y lo bueno es ha dicho la bella actriz francesa que amó Rubirosa- que en aquel momento es en absoluto verdad en el

corazón de Porfirio Rubirosa».

«Viviendo con las personas que se aman, es realmente como se conocen sus verdaderas reacciones. Se descubre el espíritu de ellas -expresa Rubirosa en un «in promptu», refiriéndose a los répetidos divorcios de su vida, a veces fugaz, otras veces con pretensiones de concreta determinación en un solo sitio del mundo.

### **No le atrae la publicidad**

Rubirosa gusta, según dice, de la ropa ligera y de color gris claro o azul-gris. Las corbatas, con nudos gruesos, en cuellos abiertos. Entre las bebidas prefiere el whisky y los vinos franceses. Fuma con discreción. Ahora esta leyendo poco, pero ama las lecturas históricas, sobre todo biográficas. «Me interesa mucho, pero mucho, la historia», dice sin alardes de sabio

en la materia.

Le gustaría tener hijos. No los ha tenido con ninguna de las mujeres que han pasado por su vida fabulosa.

«No me atrae la publicidad como se cree. Tampoco me divorcio porque aspire millones. Si los deseara, es lo lógico, no me divorciara, sino que trataría de obtener beneficios de una situación que no hay que mencionar», dice con frases que no son para dejar lugar a duda.

Luego habla de sus gustos teatrales y cinematográficos. «Me gustan el teatro francés y el inglés». Entonces pasaron los nombres de Shakespeare, Wilde, Shaw, Moliere, Racine, Hugo, Rostand y otros.

«El cine italiano ha llegado a un superrealismo que ya se pasa de lo razonable. Es que uno quiere

sonar un poco. El cine mexicano tiene muy buena fotografía».

### **Rubirosa y una guaracha cubana**

Rubirosa partirá el domingo o el lunes, pues tiene otros negocios. «En Africa tengo una industria de pesca, muy productiva. En el Congo Francés, para ser más preciso», dice.

Explica que ignora la razón por la que algunas revistas cubanas tratan de apocarlo. Ruby dice: «Las revistas que hacen esto, se ridiculizan; todo el que lee esas cosas se da cuenta de inmediato».

Indica que no ha tenido «altercados» con la prensa cubana.

Cuenta que hace varias semanas, en uno de sus viajes a la República Dominicana, se detuvo en Camagüey: «Estaba tomando una

cerveza. Un periodista me espetó: 'Usted es Rubirosa, ¿verdad?' Le contesté que no le había preguntado nada y que me dejara tranquilo. Vió la lista de pasajeros para cerciorarse, y no tuve más que decirle: 'Bien, está bien'. Entonces llamó por teléfono a una de las emisoras locales y pusieron el disco '¿Qué será lo que tiene Rubirosa?'. 'El periodista habló del prejuicio existente en la prensa cubana y desmintió que tal prejuicio fuera compartido por el público cubano».

El periodista, luego, según se supo, le dijo a Rubirosa: «Usted es popular en Cuba, créalo, tanto como en Estados Unidos».

### **Zsa Zsa echó a Sanders**

Rubirosa dijo, ante otra pregunta, que en realidad no le gusta la publicidad y que en

Estados Unidos las mujeres abusan de la popularidad. «Cualquier mujer telefona a los periódicos - declara con llaneza- y dice que estuvo conmigo y lo publican».

Se acerca la 1 del día y lo inminente: una comida -Rubirosa va a almorzar fuera- y termina la entrevista con el conocido deportista, que ve en los gallos una interesante faceta del espíritu latino y tropical.

Antes comenta, respecto a algunas llamadas que ha hecho George Sanders a Zsa Zsa Gabor, diciendo que «ella no lo llama a él; Zsa Zsa lo echó, (a Sanders). Ocurre que la gente se cree que ya he terminado con ella. Pero es que no puedo pasarme todo el tiempo en California».

Se despide «Encantado, chico» y vuelve a su bungalow.

# Foro Público Provocado por la Entrevista

## ¡Muy favorecido, pero no ha hecho nada!

Ciudad Trujillo,  
11 de abril, 1955.

Señor Jefe de Redacción:

Leyendo el reporte aparecido hoy en ese periódico sobre Porfirio Rubirosa, me he quedado pensando, a propósito, que tal vez convendría averiguar qué clase de entendido tiene este señor con personas de aquí o a cuáles elementos paga él para estar apareciendo, sensacional y profusamente, en nuestros principales rotativos; pues es de todos sabido que este señor, pese a haber sido siempre favorecido por la mano generosa del Generalísimo Trujillo en sus posiciones diplomáticas, no ha contribuido en lo más mínimo a dar a conocer en el exterior -aquí tampoco lo ha hecho-, el auge, fomento y desarrollo que en todos los órdenes, material, moral y cultural, ha experimentado el país en esta Era luminosa.

Me sorprendió, asimismo, leer hace días en El Caribe, al pie de una fotografía de Rubirosa, declaraciones de éste asegurando no haber visto nunca una pelea de gallos, cuando en los alrededores de su casa

paterna, en San Francisco de Macorís, había trabas de dichos plumíferos, celebrando sus vecinos, casi a diario encuentros entre estas aves.

Y puesto que El Caribe tanto se ha esmerado en destacar la figura y gestas de Porfirio, me parece oportuno sugerir a dicho periódico la celebración de una interviú con César, el otro Rubirosa, respecto de la experiencia de éste en Egipto y Grecia. Novedoso e interesante, verdad?.

«La vagancia es madre de todos los vicios»... Cuánta verdad!

Muy atentamente,

Anselmo A. Paulino A.

El Caribe/1 de junio de 1955

# Rubirosa responde al Foro Publico

31 de mayo de 1955. Pág. 5

## Rubirosa contesta

(Por cable)

París,

27 de mayo, 1955.

EL CARIBE,

Ciudad Trujillo

Leído Foro Público 12 de abril el cual dice no he contribuido dar a conocer en el exterior ni en el interior progreso que el país ha experimentado en esta Era luminosa. Quiero que se sepa que como un gran admirador de la gran obra del Generalísimo Trujillo he dado a conocer y sigo dando a conocer tal vez más que nadie, la obra grandiosa que ha realizado nuestro querido Jefe.

Muy atentamente le saluda,  
Porfirio Rubirosa

N. de R. Ante esta contestación de Rubirosa cabe preguntarse: ¿No resulta un poco presuntuosa la respuesta? O, si Rubirosa es el dominicano que más ha hecho, como él se jacta de decir en su cable, por dar a conocer el país, ¿no podría explicar en qué forma lo ha hecho?

Hay muchas maneras de dar a conocer el país y bien podría Rubirosa ser más explícito, sobre todo cuando el firmante del foro a que se refiere afirma que él nada ha hecho en ese sentido.

El Caribe/1 de junio de 1955

# Un Cuestionario Sobre Rubirosa

---

(...)

Ese particular cuestionario llegó al Palacio el 25 de octubre de 1956. Trujillo me lo pasó y recuerdo que procedía de la revista «Argosy», y estaba formulado por el redactor de la misma llamado Gene Lowell. El señor Lowell parecía que intentaba relacionar a Trujillo con un catálogo impresionante de crímenes.

He aquí algunos ejemplos:

«Pregunta: ¿Podría usted confirmar o negar que Porfirio Rubirosa, mientras aparenta ser una figura de la farándula internacional, es en realidad un «hombrecuña» tal como se le ha acusado como parte de un contra movimiento en escala mundial contra la clandestina Legión del Caribe?».

Pensé la respuesta un momento y entonces escribí lo siguiente en mi Underwood:

«Felicitaciones. Esta es la quincuagésima segunda vez que se me ha hecho esta pregunta, pero será la primera vez en que la contestaré sinceramente, diciendo lo que realmente es Porfirio Rubirosa. Efectivamente, Porfirio Rubirosa es en su papel de hombre de mundo, una pantalla para su trabajo como Jefe de nuestra Legión Anticaribe, también clandestina, y denominada la Brigada de los Dormitorios de Señoras...»

Pero inmediatamente taché semejante respuesta. Pensé que el Jefe no la apreciaría. Sin embargo me puse a pensar en otra respuesta por el estilo, pues la pregunta era en realidad casi tan vieja como Rubirosa, quien como se sabe, está ya bastante viejo.

---

**Espailat, Arturo R; Trujillo: El Último de los Césares, Pág. 77**  
**El autor fue Ex Jefe de Seguridad del Dictador Trujillo Molina.**

# La Firma de Rubirosa

No. 292/59

27 de abril de 1959

Al : Señor  
Secretario de Estado de Relaciones Exteriores,  
Ciudad Trujillo, R.D.

Asunto : Declaraciones del Dr. Joaquín Balaguer,  
Vicepresidente de la República.

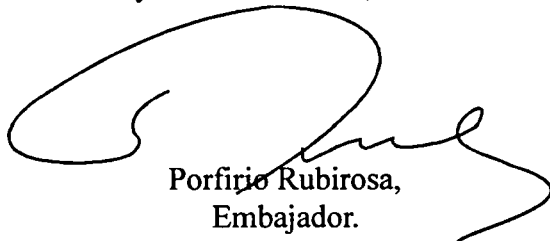
Anexo : Recorte de EL MUNDO de fecha 25 del  
corriente.

REMITIDO, muy cortésmente.

Hasta ahora EL MUNDO ha sido el único periódico en publicar el servicio de Prensa Asociada con las declaraciones mencionadas en el asunto.

Me permito anexas a este oficio un recorte del periódico «Revolución» de esta fecha, en el que aparece el comandante Camilo Cienfuegos, Jefe del Estado Mayor del Ejército Rebelde y una de las principales figuras de la revolución, vistiendo un uniforme de los Cubans Sugar kings, lo que hace suponer que, al igual que Fidel Castro, es un ambicioso de publicidad a cualquier precio.

Le saluda con la mayor consideración,



Porfirio Rubirosa,  
Embajador.

rbl.-



# Un Dominicano Versátil

Por PEDRO RENE CONTIN AYBAR

Lo conocí cuando acababa de regresar de París, ciudad donde se había educado porque su padre, un general, era Ministro Plenipotenciario Dominicano de Francia. (No existían entonces las Embajadas).

La familia vino a radicarse en la ciudad y vivía en la casa de tres pisos, que fabricó Balbino Fernández, en la esquina noroeste de las Calles Arzobispo Meriño y Emiliano Tejera. Eran dos varones y una hembra, la madre y el padre.

Porfirio era extraordinariamente sociable y cultivó enseguida muchas amistades, encontrándosele en todas partes y en todas partes cumplía él funciones predominantes. Jugaba fútbol, boxeaba, tiraba la esgrima, bailaba, hablaba correctísimamente el francés, hablaba también el inglés.

Porfirio Rubirosa era un muchacho simpático, que llevaba una vida social intensa, pero ninguno de sus amigos pensó cuánta notoriedad mundial iba a tener un día.

Alto, de buena contextura física, rostro enérgico, labios gruesos, pelo encrespado, mirada intensa, voz agradable de barítono profundo. Sabía conversar acerca de todo, con el sentido mundano aprendido en su larga permanencia en París.

Todo el mundo le apreciaba y sus íntimos le llamábamos Rubi y gustábamos todos de su amable compañía.

Su padre era el general Pedro María Rubirosa, hombre culto, amigo de los intelectuales, patrocinador de una conferencia de Tomás Hernández Franco, en la legación dominicana en París, intitulada La poesie a la Republique Dominicaine, editada en folleto y donde Tomasito informaba y enjuiciaba la poesía dominicana dándola a conocer en París.

Porfirio ingresó al grupo de jóvenes que formaba la sociedad recreativa El Porvenir. Todos éramos sus amigos y él siguió siéndolo de todos, a pesar de haber alcanzado la fama mundial y así, cuando venía al país, buscaba a sus antiguos amigos con el mismo cordial afecto de siempre, cuando él estaba escaso de fondos y no pensaba siquiera llegar a ser el playboy mundial que había llegado a ser noticias de todos los periódicos, en primera página.

Era un perfecto caballero. En sus últimos tiempos, un editor le ofre-

ció un cheque en blanco para pagarle sus memorias con tal de denunciar en ellas la conducta íntima de las tantísimas mujeres prominentes que fueron sus esposas o amantes. Porfirio lo rechazó diciendo: Yo soy un caballero y un caballero no cuenta sus intimidades con mujeres.

Escribió sus memorias y en el LISTIN DIARIO salieron publicadas en español, traducidas del original francés. Rubi habla en ellas sin arrogancia, lo más verazmente posible, sin atacar a nadie, sin perjudicar a nadie, con la misma elegancia de siempre, con su cordial distinción, con la seguridad de sí mismo tenida al lanzar el balón en un juego de fútbol, como manejaba el estoque en un asalto de esgrima, como hacía girar la pareja en un vals o en un tango.

Porque Porfirio Rubirosa, el famosísimo Porfirio Rubirosa, el dominicano más conocido, más comentado, más envidiado en el mundo, siguió siendo hasta su fatal muerte en un accidente automovilístico en París, el mismo sencillo, cordial Rubi que conocimos sus amigos, allá en los años treintas, cuando él regresó de Francia y se radicó en el país.

---

El Caribe/27 de marzo de 1971

---

\* Porfirio regresó al país en 1928.

# Rubirosa, John F. Kennedy y los Críticos

*Por William A. Carr*

Porfirio Rubirosa, el «playboy» de fama internacional por todas las apariencias amenaza ser hoy una nueva fuente de fricción en la América Latina.

Grupos adversos a la poderosa dictadura aún en pie, establecida por el fenecido Generalísimo Rafael Trujillo, asesinado el 30 de mayo último, aseguraron que la aparente amistad de Rubirosa con el Presidente Kennedy ha disgustado a los elementos democráticos en la República Dominicana.

Rubirosa ha sido huésped frecuente a los convites sociales de los Kennedys en su residencia en Hyannis Port, Mass. Anteriormente, hijo político de Trujillo, Rubirosa es miembro de la camarilla en poder en la República Dominicana, y es íntimo amigo del hijo del dictador

asesinado, Ramfis.

El doctor C. Alvarez, de 33 años de edad, natural de Santiago, República Dominicana, lleva la representación de la Unión Cívica Nacional una organización que patrocina libertades civiles con cien mil afiliados (en un país cuya población total asciende a 3,000,000).

Declaró Alvarez: «La asociación de Rubirosa con el Presidente Kennedy... ha desalentado a muchos dominicanos quienes sueñan con la libertad. Más y más de ellos han estado escuchando a las radioemisiones de Fidel Castro en Cuba, en cuyas emisiones ofrece 35,000 ametralladoras checas para respaldar cualquier revuelta contra el régimen. El está tratando de identificar el régimen Trujillo-Balaguer con los Estados Unidos».

## **Rubirosa: Maracas Teñidas de Sangre Mario de Jesús Gana \$50,000 en México**

Por Max Alvarez  
(Especial desde Nueva York)

Porfirio Rubirosa fichado en las oficinas de la Policía de Nueva York. Fichado y no por bonvivant. A Rubirosa le esperan días amargos ahora que no tiene su impunidad diplomática. El fiscal Hogan declaró al columnista que el expediente contra Rubirosa es serio y que en los archivos de su despacho está la historia con lujo de detalles del plan siniestro que dió con la vida de un dominicano digno: Sergio Bencosme. Rubirosa ha producido declaraciones fuera de tono en Palm Beach donde es huésped del antiguo embajador norteamericano en Cuba, Mr. Earl T. Smith. Lo que Rubi ignora es que el señor Hogan con una hoja de servicio policial inmaculado, no se prestará l juego de intereses para «limpiarle su caso». Las maracas de Porfirio producirán un sonido distinto. Las maracas acostumbradas a marcar el chá, chá, chá y el merengue, esta vez están teñidas de sangre. Ya era tiempo que sobre la cabeza del Casanova del Caribe cayera la espada de la diosa Themis.

¡Un ídolo de la sociedad de Tango Internacional que se derrumba definitivamente!.

¡Qué bueno!...

El Caribe/6 de enero de 1962

## Iniciarán Rodaje Película Acerca Porfirio Rubirosa\*

Una película sobre la vida de Porfirio Rubirosa comenzará a rodarse en Francia a principio de septiembre de este año.

Se señala que aunque la película comenzará a filmarse en París, varias secuencias de la misma serán realizadas en España, Nueva York y en América Central (República Dominicana).

En un artículo aparecido en el diario neoyorquino *El Tiempo*, se informa que la dirección de este film le fue encomendada a Lewis Gilbert, el de «Sólo se vive dos veces».

El papel de Porfirio Rubirosa será interpretado por el actor yugoslavo Bekim Fehiu, protagonista de la película «He encontrado hasta gitanos felices».

Expresa el artículo

que Charles Aznavour, Jean Corel, Mireille Darc y Olga Georges Picot completaran la cabecera del reparto.

Mientras tanto, indica el artículo, en los medios cinematográficos parisienses se barajan nombres para seleccionar a la actriz que recibirá el encargo de interpretar la figura de Danielle Darrieux, segunda esposa de Rubirosa.

Añade que Danielle Darrieux continúa exhibiéndose y cosechando aplausos como cantante y que al parecer no se había alterado en lo más mínimo al conocer la perspectiva de ver reproducido en la pantalla el capítulo de su matrimonio con Rubirosa.

Manifiesta el artículo de *El Tiempo*, de Nueva York, que en la película actuarán algunas actrices más, de

acuerdo con el número de mujeres más o menos importantes y célebres que estuvieron sentimental o íntimamente vinculadas al playboy del siglo.

Se señalan como esposas de Rubirosa a Flor de Oro Trujillo, hija de un tirano dominicano; Danielle Darrieux, famosa cantante francesa, Doris Duke, hija del rey del tabaco americano; Bárbara Hutton, rica heredera americana; y Odile Rodin, actriz casi desconocida, ni millonaria ni famosa, pero con la que, al fin, había de conocer Rubirosa, las delicias de la felicidad hogareña tranquila, duradera.

Dice el artículo de *El Tiempo* que «la noticia dada en los ambientes cinematográficos era de esperar, ya que si la vida de Porfirio Rubirosa, fue

\* Este rodaje no se realizó. Hasta el momento no se ha filmado ninguna película sobre Rubirosa.

como se ha dicho, una novela, resulta lógico que de esa novela se haga una película».

Agrega esta noticia: coincide, como destino caprichoso, con que el nombre del apuesto diplomático dominicano y del de su esposa número dos, Danielle Darrieux, volvieran a mencionarse a un mismo tiempo en las pá-

ginas de la prensa diaria parisiense.

Danielle, treintiseis años después de su primer film, de ingenua, se enfrenta con el público parisiense interpretando un repertorio de canciones en la pista de La Tete de L'art.

Dice el artículo que el amor y el matrimonio de Rubirosa y Danielle puso una nota de

m u n d a n a l i d a d extemporánea en los noticiarios de los años de La segunda guerra mundial, amor y matrimonio que duró tanto como ésta.

Expresa que «en un amanecer de julio de 1965, cerca del Bois de Boulogne, Porfirio Rubirosa, el más célebre playboy de su generación, parecía al estrellarse su coche contra un castaño».

---

**Listín Diario/15 de julio de 1968**

# Cronología de Porfirio Rubirosa

## Viernes 22 de enero de 1909

•Nace en San Francisco de Macorís, República Dominicana. Hijo de Pedro María Rubirosa y Ana Ariza.

## 1912

•Su casa es atacada a tiros y su madre lo protege lanzándolo bajo su cama.

## 1914

•Su papá es designado cónsul en Saint Thomas, una isleta del Caribe. Rubi, sus hermanos César y Ana, y sus padres establecen residencia allí.

## 1915

•Su papá es designado Jefe de la Legación Diplomática Dominicana en París. Rubi llega a París con sus padres. Sus hermanos quedan en España.

## 1916-1918

•Junto a su familia sufre los embates de la Primera Guerra Mundial. En 1917, debido a los intensos bombardeos, se refugian en un pueblito cercano hasta 1918.

## 1918-1924

•Su vida discurre en París en-

tre deportes, diversión...y estudios. Su papá le asigna un entrenador de boxeo.

## 1925

•A sus 16 años de edad lo autorizan a vestir pantalones largos y junto a tres amigos lo celebran en una boite de Monmartre hasta el amanecer. Es su "primera vez".

## 1926

•Su papá es designado en la Legación Diplomático en Inglaterra. Queda en Calais, Francia, en una pensión escolar. Posiblemente en esta escuela conoció a Alí Kham, futuro playboy famoso.

Es reprobado en los estudios por primera vez.

## 1927

•A sus 18 años es derribado knock out en el tercer round por un boxeador juvenil profesional a quien él retó. Es reprobado en los estudios por segunda vez.

## 1927-1928

•La vida mundana le sigue atrayendo más que los estudios. Crisis familiar con él en el centro. Su familia regresa a Santo Domingo dejándole en París para que complete sus estudios.

## 1928

• Se zambulle aún más en la vida bohemia y de prostíbulos. En julio es reprobado por tercera vez. Su familia, decepcionada, le discontinúa la ayuda económica desde Santo Domingo.

• De polizonte en un barco. Retorna a la República Dominicana, vía Puerto Plata.

## 1929

• Instala un cuadrilátero de boxeo en la plazoleta de San Lázaro, cerca del Puerto de Santo Domingo.

## 1930

• Reside junto a su padre enfermo en San Francisco de Macorís. Profesor de Francés en el liceo público y guardameta de un equipo de fútbol. Compite en natación. Su padre muere.

## 1931

• Regresa a la capital, Santo Domingo. Reinicia las funciones de boxeo y estudia Derecho en la Universidad de Santo Domingo.

## 1932

• En el Country Club tiene un encuentro fortuito con el incipiente dictador Trujillo Molina e ingresa al ejército. Tiene que abandonar la casa de su hermana y el esposo porque este “no tolera” un militar de Trujillo bajo el mismo techo.

## 1932

• En agosto es edecán del presidente Trujillo Molina. Le acompaña al puerto de Santo Domingo a recibir a su hija Flor de Oro Trujillo. Se enamoran a primera vista.

• En septiembre el dictador se entera de que su hija y Rubirosa “tienen amores”. Le confina a una fortaleza, le da “de baja” y luego ordena que lo asesinen. Se esconde.

• Entre finales de septiembre y principios de octubre el dictador acepta “los amores”. “Los compromete” para casarse.

• El 3 de diciembre contrae matrimonio con Flor de Oro en la casa veraniega presidencial de San José de las Matas.

## 1933

• En enero rechaza un nombramiento en la Legación Diplomática en Londres. En abril es designado Subsecretario de la Presidencia.

• En mayo es designado Presidente de la Compañía de Seguros San Rafael, del dictador.

• En julio es designado Subsecretario de Relaciones Exteriores.

## 1934

• Es reintegrado al ejército con rango de capitán. No le asignan funciones.



• En febrero tiene un altercado con el Ingeniero Félix Benítez Rexach por el arrendamiento de una draga. Rubirosa es amante de la mujer de aquel.

### 1935

• En abril viaja de incógnito a Nueva York en el barco Coamo y coordina el asesinato del exiliado político dominicano, Sr. Angel Morales. Asesinan por error al exiliado Sergio Bencosme.

### 1936

• En julio es designado Secretario de la Legación Dominicana en Alemania.

### 1937

• En marzo asiste a la Coronación del Rey George VI de Inglaterra.

• En mayo es designado Secretario de la Legación Dominicana en París.

• En noviembre, Flor de Oro regresa a Santo Domingo y cuenta al dictador el trato brutal que le da Rubirosa. El dictador ordena el divorcio.

### 1938

• El 31 de enero se pronuncia el divorcio.

• En Febrero es cancelado de su puesto diplomático en París y de-

clarado “persona no grata” en Santo Domingo. El dictador ordena su muerte en París. Se escurre.

### 1939

• En agosto, luego de atender en París a la esposa del dictador, doña María Martínez, es el guía y celestino de Trujillo Molina en París y otros puntos de Europa.

### 1938

• El 28 de agosto es reintegrado al servicio diplomático como Secretario de Primera Clase en París y Bélgica.

### 1939 a 1945

• Permanece en Francia durante la ocupación alemana, a pesar de los riesgos.

### 1941

• El 24 de julio es designado Encargado de Negocios ante el gobierno de Vichy, Francia.

### 1942

• El 18 de septiembre contrae matrimonio en Vichy con Danielle Darrieux.

### 1944

• Es herido de balas en la espalda, cerca de un riñón. Sobrevive milagrosamente luego de más de un mes de penurias.

## 1945

- En enero es designado encargado de negocios en Roma.

## 1947

- En julio de 1947 se divorcia de Danielle Darrieux. Llevaban seis meses separados.

- El 1 de septiembre se casa en terceras nupcias con Doris Duke.

- El 11 de noviembre es designado Embajador en la Argentina.

## 1948

- El 27 de octubre se divorcia de Doris Duke.

## 1948-1949

- De noviembre de 1948 a noviembre de 1949 es amante de Doris Duke.

## 1948

- En diciembre es designado Ministro Plenipotenciario en Roma.

## 1951

- El 28 de febrero es designado Ministro Consejero en París.

## 1953

- Conoce en un hotel a Zsa Zsa Gabor.

- A mediados de diciembre es destituido como Ministro Consejero

en París por los escándalos de esposos que se divorciaron de sus esposas porque les fueron infieles con Rubirosa.

- De abril a diciembre mantiene romances paralelos públicos con Zsa Zsa Gabor y Bárbara Hutton.

- Su equipo de polo Cibao-La Pampa gana el Abierto de París.

- El 28 de diciembre el dictador lo repone como Ministro Consejero en París.

- El 30 de diciembre casa en cuartas nupcias con Bárbara Hutton en el Consulado Dominicano en Nueva York. Ramfis es el padrino.

## 1954

- En enero de 1954 reanuda su romance con Zsa Zsa Gabor, a pesar de estar casado con la Hutton.

- El 13 de marzo Rubirosa y Hutton rompen relaciones y anuncian el divorcio.

- De enero de 1954 a febrero de 1955 Zsa Zsa Gabor y Rubirosa son amantes públicos tumultuosos. Sanders se divorcia de Gabor, pero ella rechaza casarse con Rubirosa.

- En julio su equipo Cibao-La Pampa gana por segunda vez el Abierto de París.

## 1955

- El 27 de octubre se casa en quinta y últimas nupcias con Odile Rodín.
- Su equipo Cibao-La Pampa gana por tercera vez el Abierto de París.

## 1958

- El 15 de junio es designado Embajador en Cuba.
- El 3 de septiembre llega a La Habana, Cuba y asume sus funciones de Embajador.

## 1959

- En enero se pone bajo la protección de Suiza debido a las relaciones hostiles entre el dictador Trujillo y el nuevo gobierno cubano.
- En mayo abandona Cuba y llega a París.
- El 15 de junio es designado Embajador en Bélgica.
- En septiembre es cancelado. No le asignan nuevas funciones de Embajador.

## 1961

- El 31 de mayo retorna a la República Dominicana junto a Ramfis al conocerse la muerte del dictador Trujillo Molina la noche antes.
- El 9 de junio es reintegrado al cuerpo diplomático como inspec-

tor de Embajadas y Legaciones.

- El 19 de noviembre, al enterarse que Ramfis ha huido del país, le ataca en rueda de prensa en París y descontinúa sus relaciones de amistad con aquel.

## 1962

- El 2 de enero es apartado del Cuerpo Diplomático por el nuevo gobierno post Trujillo.
- Los días 9 y 12 de enero es interrogado en Nueva York por su vinculación con el asesinato de Sergio Bencosme en 1935. Regresa a París.

## 1963

- Comienza a escribir sus memorias.

## 1964

- A finales de 1964 publica sus memorias en una revista francesa.

## 1965

- El miércoles 7 de julio su equipo de polo, gracias a una anotación estelar de Rubirosa, gana un partido de polo y se coloca como seguro ganador por cuarta vez del abierto de París. Rubi, muy alegre, festeja toda la noche.
- El jueves 8 de julio, siendo aproximadamente las 7:30 de la mañana, su auto Ferrari choca contra un árbol y minutos después muere

# Índice Onomástico

## A

Abbes García, Johnny, 135  
Adán, 149  
Adolfo Emilio (Ariza Almanzar), 34  
Aga Alí, Sir Mohammed Shah Lon, 42  
Agustina (Ariza Almánzar), 34  
Almanzar, María Dolores, 34  
Álvarez Albizu, Antonio, 135  
Álvarez, C., 147  
Álvarez, Rosendo, 104  
Álvarez Tineo, Rafael Oscar, 137  
Amour, Lester, 100  
Anacaona, 55  
Antonio, 161  
Arava, Douglas Abrams, 127  
Ariza, Ana, 34  
Ariza, Buenaventura, 34  
Ariza, Juan Esteban, 34  
Ariza, Lila, 34  
Ariza (Los), 172  
Ariza, Oscar, 126  
Ariza Viuda Rubirosa, Ana, 34, 37, 62, 63, 66  
Arruza, Ciclón Carlos, 89

## B

Báez, José, 161  
Balaguer, Joaquín, 133, 145, 146  
Batista, Fulgencio, 131, 132, 133, 135  
Beijas, Basilio, 84, 85, 86  
Bencosme, Cipriano, 38, 79, 81, 82, 86  
Bencosme, Sergio, 79, 81  
Benítez, Fernando, 165  
Benítez Rexach, Félix, 70, 71, 72  
Berrocal, Sergio, 151, 152  
Betancourt, Rómulo, 141  
Bettina, 43  
Birdwell, Russ, 189

Bobbit, John Wayne, 21  
Bobbit, Lorena, 21  
Bridges, W. L., 122

## C/CH

Cabrera, Yoyito, 124  
Cáceres, Ramón, 32, 35, 162  
Calderón, Telésforo, 132, 133  
Capote, Truman, 22, 29  
Caputto, Juanito, 44, 170  
Carrse, William A., 147  
Cassanova de Sungalt, Giovanni Giocomo, 7, 10, 27  
Cassini, Igor, 118, 139, 141, 142, 147  
Castellanos Vargas, José Tiberio, 133  
Castillo, Amable, 61  
Castillo, Manuel Emilio, 61, 62  
Castro, Fidel, 131, 132, 135  
Chartien, Jean Luc, 88  
Chavchadze, George, 104  
Chea, Mantak, 127  
Cienfuegos, Camilo, 133  
Clase hijo, Pablo, 103, 104  
Climpton, Bill, 21  
Colón, Luis, 169, 170  
Concuerda, Pedro, 93  
Coperton, 26  
Córdoba, Cuqui, 87, 89  
Crassweller, Robert, 119, 163, 164  
Cuello, Leovigildio, 45, 48  
Cuello Maynardi, 45, 48, 49

## D

Damirón, Rafael, 157  
Darrieux, Danielle, 24, 91, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101  
Dean Jame, 31

De Galíndez, Jesús, 82  
De Gaulle, Charles, 98, 143  
Delgado Malagón, Pedro, 165  
De Maraña, Juan, 10, 169, 170  
De Molina, Tirso, 10, 170  
Demorizi, 146  
Derby, Lauren, 159, 160, 161  
Díaz, Lucas, 55  
Dierich, Bernardo, 148  
Don Juan, 7, 9, 10, 16, 166, 170  
Dorinag, Frankie, 188  
Duke, Doris, 20, 21, 23, 26, 27, 39,  
91, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104,  
105, 106, 107, 109, 117, 141  
Duke, James B., 22, 98  
Duke, Pony, 26, 102, 103

## E

Edmée, 97  
Escribano, Paco, 124  
Estrella, Pedro María (Piro), 58

## F

Faruk III, 15  
Félix, José Ricardo, 43  
Feris Iglesia, José, 181  
Fernández, 61  
Fernández, Pupo Román, 144  
Ford, Henry, 180  
Fouret, Antonio, 88  
Franco, Tulio, 176  
Fuente Rubirosa, Luis (Chichí), 79

## G

Gable, Clark, 31  
Gabor, Eva, 189  
Gabor, Magda, 189  
Gabor, Zsa Zsa, 12, 24, 31, 91, 100,  
101, 112, 113, 114, 115, 116, 117,  
118, 119, 141, 149, 179, 189  
Galiley, Galileo, 31  
García Lluberés, Alcides, 34  
García, Pedro, 36

García, Suso, 176, 177  
Genoveva, (Trujillo), 55  
Goico Alix, Morales, 67  
Gómez, Marcos, 146  
González Díaz, Néstor Julio, 110  
González, Reynaldo,  
Gómez Doorly, Carlos, 172, 173  
Gracida, Alejandro, 88, 188, 189  
Gracida, Memo, 188  
Grullón, 60

## H

Harriott, Carlos, 188  
Hasbud, Miriam, 94, 98, 107, 183, 184  
Hayworth, Rita, 12, 43  
Hearst, Bill, 97  
Hereaux, Ulises, 32, 169  
Herman, Alexander, 81  
Higgs, Carmine, 79  
Hogan, Frank S., 81  
Horacio, Francisco (Ariza Almánzar), 34  
Hutton, Bárbara, 13, 23, 26, 27, 31,  
91, 100, 109, 110, 111, 112, 113,  
114, 118, 124, 141, 182, 189

## J

Jean, 104  
Jiménez, Juan Isidro, 33  
Jit, 41  
Joan, 44

## K

Kain, 44  
Kenneddy, Bob, 141  
Kennedy, Jonh, 15, 140, 141, 142,  
143, 145, 147  
Kennedy, John F., 86, 141, 147, 151  
Kennedy, Joseph, 141  
Kham, Ali, 7, 12, 42, 43, 44, 101, 127,  
170, 181  
Kid Gogó, 51, 70, 163, 164, 165  
Knickerbacker, Chally, 141  
Kohane, Johnny, 37, 84, 85, 86  
Kraft, 95

## L

Lantigua Fernández, Rafael, 111, 132, 133, 134, 135, 173, 174, 186  
Lara Cintrón, Rafael, 113  
Lawford, Peter, 141, 142  
Ledesma, Aminta, 55, 66, 77  
Légonie, Pierre, 102  
León Estévez, Luis José, 146  
Lewinski, Mónica, 21  
Logroño, Frank, 181  
López, Antonio, 37  
López Guzmán, Fidel, 135  
Lovatón, José Manuel, 180  
Lovatón, Lina, 56, 57, 59, 60

## M

Maclaughlin, Charles, 148  
Maharahak de Japur, 105  
Mainardi, Doña Carolina, 45, 48, 49  
Makee, Ernie, 90  
Marañón, Gregorio, 8, 9  
Margarita, Cornelia, 22, 87, 110, 174, 181  
María, 104  
Marie, 104  
Martínez de Trujillo, María, 72, 92, 137, 139, 146, 148  
Martínez Richiez, Luis, 175, 176  
Maxwell, Elsa, 109  
Mc Affe, Jack, 9  
Méndez, Luis (El Tiburón), 79  
Mercado, Luis, 146  
Meriño (Arzobispo), 62  
Moats, Alice Leone, 184  
Moineau, Mome, 70, 71  
Moral, 176  
Morales, Adelina, 36  
Morales, Angel, 78, 79, 80  
Morales, Juan Julio, 36, 182  
Morales, Rafael, 36  
Morel, Emilio A., 86  
Moró, Jean, 43

Moya, Tony, 17

Muphy, 147

## N

Nadal, Alejandro Amable, 64  
Nemeth, Yoskas, 95  
Newman, Paul, 31  
Nouel, Adolfo Alejandro, 64  
Nova, Kim, 119, 137, 142

## Ñ

Ñáñez, Roberto, 86

## O

Ortega y Gasset, 51  
Otelo, 9  
Ovidio, 9

## P

Paley, Maggie, 21  
Pastoriza Valverde, Emmanuel, 178  
Pastoriza, Manuel, 40  
Peralta (Sargento), 59, 62  
Perón, Domingo, 106, 107  
Perón, Evita, 106, 107  
Peinado González, Federico, 70, 89  
Peinado, Jacinto, 73, 84  
Pía, María, 180  
Pignatary, Sergio, 43, 170  
Piñeyro, Abelardo, 20, 43, 174, 175, 180, 182, 187, 188  
Polanco, Ramón Lacay, 7

## Q

Quiñones, Maritza, 22, 25

## R

Relentlow Hutton-Lance, 109  
Rey, Jean, 44, 182  
Ricardo de Trujillo, Bienvenida, 56, 58, 65  
Rodín, Odile, 12, 19, 24, 39, 91, 101, 124, 133, 134, 143, 151, 152, 173, 174, 183, 185

Rodríguez, Juancito, 182  
Rosemberg, Leland M., 109  
Rothschild, Elie, 105  
Rubirosa, 166, 172  
Rubirosa, Ana, 32, 37, 38, 51, 52, 94, 183  
Rubirosa-Ariza, 47, 49, 51  
Rubirosa, César, 32, 37, 38, 51  
Rubirosa, Don Pedro María, 32, 35, 36,  
37, 45, 47, 48, 49, 51, 52, 3, 125,  
156, 177  
Rubirosa-Duke, 102  
Rubirosa-Gabor, 113  
Rubirosa-Hutton, 113  
Rubirosa-Trujillo, 74, 75, 79  
Ruiz, Luis, 73  
Ruiz Trujillo, Ligia, 73, 105

## S

Saborit, Eduardo, 11, 132  
Saillant, 139, 142, 146  
Sánchez (General), 146  
Sánchez Lustrino, Gilberto, 52, 66, 73,  
94, 183  
Sánchez Rubirosa, Gilberto, 94, 182, 183  
Sánchez-Rubirosa, 52, 84  
Sanders, George, 115, 116, 117  
Sang, Mukien Adriana, 131  
Santana, Pedro, 34  
Sapote, Eusebio, 157  
Schaenfeld, 65  
Schaenfeld, Arturo, 65  
Severo Cabral, Angel, 144  
Silfa, Nicolás, 80  
Sinatra, Frank, 38, 86  
Sobá, José E., 122, 123  
Strauss, 10  
Suavecito, 161

## T

Tejera, Emiliano, 62  
Theodoracopulos, Taki, 88  
Thomas, Jason, 26, 102  
Tolentino Dipp, Marcio, 178, 179  
Tolentino Rojas, César, 69

Troubetskoi, Igor, 109  
Trujillo (Ciudad), 11  
Trujillo de Ruiz, Japonesa, 73, 105  
Trujillo Ledesma, Flor de Oro, 17, 19,  
22, 23, 24, 25, 27, 39, 49, 54, 56,  
57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65,  
66 67, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 78, 80,  
83, 86, 90, 92, 98, 99, 100, 105, 106,  
134, 137, 138, 162, 164, 182, 185  
Trujillo Molina, Rafael Leonidas, 15, 18,  
24, 52, 55, 56, 57, 58, 60, 61, 62,  
63, 64, 65, 69, 70, 71, 72, 73, 74,  
75, 77, 78, 79, 83, 84, 86, 91, 92,  
94, 95, 103, 106, 107, 110, 112,  
116, 122, 125, 131, 132, 135, 141,  
142, 144, 160, 161, 162, 163, 165,  
166, 169, 182, 183  
Trujillo Molina, Virgilio, 73, 83  
Trujillo, María de los Angeles (Angelita),  
86, 137, 139  
Trujillo, Negro, 146, 147, 148  
Trujillo, Petán, 146, 147, 148  
Trujillo, Ramfis, 72, 92, 110, 112, 119,  
137, 138, 139, 140, 142, 143, 144,  
145, 146, 147, 148, 150, 182

## V

Valentino Gauglielmi, Rodolfo, 170  
Vallejo Sosa, Anibal, 66  
Vallejo Sosa, César  
Vargas Llosa, Mario, 166  
Vásquez, Horacio, 47, 63, 162  
Vassilopulos, 97  
Vega, Bernardo, 142, 148  
Vegetal, 58  
Veloz Maggiolo, Marcio, 160, 161  
Víctor, 19, 20, 104, 105, 187, 188  
Villegas, Víctor, 7

## W

White, Pear, 38  
Wimille, Jean Pierre, 102  
Woolworth, 109

## Bibliografía Escogida

- 1-Mis Memorias  
Rubirosa, Porfirio  
(XXIV Artículos sabatinos publicados en el Listín Diario del 20 de Noviembre de 1965 al 7 de mayo de 1966).
- 2-Porfirio Rubirosa. El Primer Playboy del Mundo  
Clase Hijo, Pablo. Sexta Edición. Editora Taller. Julio 1993. 178 Págs.
- 3- Porfirio Rubirosa: Vida, Pasión y Suicidio.  
Margarita, Cornelia. Serie de T.V. de 7 capítulos.
- 4- Memorias de la Hija de un Dictador Caribeño.  
Trujillo, Flor de Oro. Memorias escritas y grabadas en inglés. Inéditas.
- 5-Documentales sobre Flor de Oro Trujillo  
Margarita, Cornelia. Serie T.V.
- 6-Vivencias  
Mainardi Vda. Cuello, Carolina. Editora Manatí. Octubre 2000. 244 Págs.
- 7- Guerra, Traición y Exilio. Tomo I  
Silfa, Nicolás-Editor. Barcelona, España. 1980. 612 Págs. (No específica Impresora).
- 8-Trujillo, El Último de Los Césares  
Espaillat, Arturo R. -Ediciones Renovación. 1967. Traducción y notas de Pedro Andrés Pérez Cabral y Ramón Pina Acevedo. Edición original en inglés por Henry Reenery Company, Chicago, Illinois, 1963. 190 Págs.
- 9- Kennedy y Los Trujillo  
Vega, Bernardo. Fundación Cultural Dominicana. Editora Taller 1991. 426 Págs.
- 10- Los Trujillo se Escriben  
Vega, Bernardo. Fundación Cultural Dominicana. Editora Amigo del Hogar. 1990. 202 Págs.
- 11- La República Dominicana en el Umbral del Siglo XXI  
Ponencias Seminario organizado por la PUCAMAIMA. Editora Centenario. Julio 1999. 548 Págs. (Ver "La Seducción del Dictador: Lo Masculino y el Espectáculo Estatal Durante la Era de Trujillo", por Lauren Derby. Desde la página 195 a la 213).
- 12-Trujillo. La Trágica Aventura del Poder Personal.  
Crassweller, Robert D. 1996. 428 Págs.
- 13- La Era de Trujillo  
De Galíndez, Jesús. Editora Taller. Marzo 1984. 238 Págs.
- 14- La Política Exterior Dominicana 1844-1961. La Política Ex-



terior del Tirano 1930-1961. Tomo II. 700 Págs.

Sang, Mu-Kien Adriana.

15- Memorias de Un Cortesano en la Era de Trujillo

Balaguer, Joaquín. Editora Corripio. Noviembre 1988. 478 Págs.

16-El Foro Público en la Era de Trujillo

Collado, Lipe. Editora Collado. 2,000. 290 Págs.

17- El Tíguere Dominicano

Collado, Lipe. Editora Panamericana. 1992. 144 Págs.

18-La Fiesta del Chivo

Vargas Llosa, Mario. Editora Taller. Marzo 2,000. 536 Págs.

19-Balaguer y Trujillo Rodríguez León, Francisco. Arte Ediciones Caribe. 1998. 650 Págs.

20-Tres Ensayos Sobre La Vida Sexual

Marañón, Gregorio. Editorial Diana. Marzo 1953. México. 250 Págs.

21-El Libro del Pene

Paley, Maggie. Planeta 2 mil 1. 2001. 286 Págs.

22-Dime Capitán: Reflexiones sobre la Masculinidad.

Ramírez, Rafael L. Santiago, R.D. Enero 1999. 146 Págs.

23-Jayael (El Hijo de Jaya). Tomo I. Ramón Alberto. Editora UASD. 1977.

24- El Hombre Multi-orgásmico

Chia Mantak y Douglas Abrams. Arava Collins. 1996.

25- Too Rich. Duke

Pony y Jason Thomas. N.Y. Harper Collins. 1996

26- Power Games and Totalitarian Masculinity

Universidad de Puerto Rico, Rio Piedras. 2001

Moya, Tony

---

## Publicaciones Periódicas\*

1-Diario Listín Diario

2-Diario El Caribe

3-Revista Rumbo

4-Revista Look

5-Revista Ahora

\*Los títulos de los artículos o noticias, fechas y páginas se citan en los capítulos correspondientes.

---

# INDICE

---

## Parte I

<b>Características Del Don Juan O Casanova O Playboy</b> .....	07
<b>Magnetismo Y Misterio De Un Seductor</b> .....	11
<b>Un Chulo Exitoso</b> .....	16
Relaciones Públicas Sexuales .....	18
El Pene Como Personaje Noticioso .....	21
<b>Lo Que Dijeron Las Mujeres De Rubirosa</b> .....	23
"la Cosa", Según Flor De Oro Trujillo .....	24
"La Cosa", Según Doris Duke .....	26
"La Cosa", Según Bárbara Hutton .....	27
"La Cosa", Según Truman Capote .....	29
<b>Bajo El Signo De Acuario</b> .....	31
La Niñez De Rubi Y La Vida De Su Papá .....	34
El Niño Rubi En París .....	38
La "primera Vez" De Rubirosa .....	40
Compañero De Alí Kham .....	42
Descontrol Del Adolescente Rubirosa .....	44
<b>De Polizonte Entre Las Máquinas De Un Barco</b> .....	47
<b>Rubirosa En El Ejército</b> .....	51
<b>Su Primera Gran Seducción:</b>	
Flor De Oro Trujillo (Amor A Primera Vista) .....	55
Un Beso Robado Y Dos Confinamientos .....	58
Amores Escondidos .....	59
Le Dan De Baja Y... .....	60
<b>Matrimonio Rubirosa Y Flor De Oro</b> .....	63
Una Boda Despampanante .....	64
<b>Bienestar Y Amargura</b> .....	69
La Draga Y Un Triángulo Amoroso .....	70
Rubirosa Cae "En Desgracia" .....	71
Dictador Ordena El Divorcio .....	73
<b>Antecedentes Del Crimen De Bencosme</b> .....	77

Rubirosa Salpicado De Sangre .....	79
<b>El Supuesto Asesinato De Un Polaco</b> .....	83
<b>Un Deportista Nato</b> .....	87
<b>Peregrinaje De Un Soldado Del Amor</b> .....	91
<b>Danielle Darrieux</b> .....	93
<b>Doris Duke En Las Garras Del Tíguere</b> .....	99
Embajador En La Argentina .....	105
<b>Un Zarpazo Felino: Cae Bárbara Hutton</b> .....	109
Hechos Espectaculares .....	112
<b>Zsa Zsa Gabor: En Las Redes de Rubirosa</b> .....	115
<b>El Afrodisiaco Pega Palo Y Porfirio Rubirosa</b> .....	121
<b>Magnetismo Y Sexo En Rubirosa</b> .....	125
Técnica Sexual De Rubirosa .....	126
<b>Porfirio Rubirosa En Cuba</b> .....	131
La Caída De Batista .....	135
<b>Circularidad En Las Vidas De Rubi Y Ramfis</b> .....	137
Un Rompimiento Abrupto .....	139
<b>Rubirosa, Ramfis Y Los Estados Unidos</b> .....	141
Rubirosa Fleta Avión Para Ramfis .....	143
Ramfis Envía A Rubirosa A N. Y. ....	145
<b>El "Suicidio" De Porfirio Rubirosa</b> .....	149
<b>El Tíguere Rubirosa</b> .....	155
<b>Trujillo Y Rubirosa: Dos Tígüeres</b> .....	159
<b>Anécdotas Y Decires Sobre Rubirosa</b> .....	167

## Parte II

<b>«Mis Memorias», por Porfirio Rubirosa</b> .....	1-127
--	-------

## Parte III

<b>Anexos</b> .....	1-16
---------------------	------

**Cronología de la Vida de Porfirio Rubirosa**

**Índice Onomástico**

## AGRADECIMIENTO

El autor agradece la cooperación de instituciones y personas durante la investigación y acopio de fotografías e informaciones sobre Porfirio Rubirosa; en especial a Cornelia Margarita, Carlos Mondesert, Mirian Medina Hasbún viuda Sánchez Rubirosa, Francisco Elpidio Beras, Rafael Antonio Mármol, Abelardo Piñeyro, Omar Bautista y Aliro Paulino.

Asimismo expresa las gracias a Diógenes Céspedes por sus observaciones y correcciones a la segunda edición de esta obra.

## Colofón

Esta séptima edición de la Impresionante Vida de un Seductor, de Lipe Collado, se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2005 en Editora Collado, S. A. Santo Domingo, Rep. Dom.

La Impresionante Vida  
de un Seductor

PORFIRIO  
**RUBIROSA**

## **-De Cómo Un Dominicano Se Convirtió En Chulo del Jet Set Internacional-**

¿Acaso un estudioso de las peculiaridades del dominicano negaría que millares de nuestros machos llevan en su garganta una versión del tenor Eduardo Brito y en su siquis los sedimentos de haber querido ser como el dictador Trujillo Molina? ¿Acaso negaría que esos machos se han soñado siendo un Porfirio Rubirosa actuando «a lo Rubirosa» y «como Rubirosa»? Son sus modelos de machos exitosos, los del ser social dominicano que rompe barreras y se dispara hacia la cúspide. He ahí entonces que varias generaciones de machos dominicanos veneran a Eduardo Brito, se siguen maravillando con el dictador Trujillo Molina, y cuando se paran ante el espejo quisieran verse Porfirio Rubirosa.

Rubirosa es un producto social que emergió desde la vida mundana, hizo suya la vida bohemia, y cabalgó a su manera y antojo en el Jet Set Internacional. Es un híbrido de la cultura del tigueraje dominicano y de la del glamour europeo y del Jet Set internacional. Como Brito y Trujillo Molina, escaló en espiral ascendente, atrapó a sus nacionales y se extrapoló, pero con una fuerza expansiva más abarcadora. Tiene características de universalidad.